KATHERINE REILLY

Match Point

EL AMOR ES UN JUEGO
QUE NADIE QUIERE PERDER



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Match Point

El amor es un juego que nadie quiere perder

Katherine Reilly

Traducción de Aleix Montoto

matchstories

Para Kim.
Gracias por creer en mí.

Prólogo



Hoy todo irá mejor.

Es lo que no paro de repetirme mientras abro otro sobre marrón, saco el libro de su interior y lo dejo en la pila cada vez más alta que hay sobre mi escritorio. Cada semana las editoriales nos envían decenas de ejemplares para que los reseñemos aquí, en *The Daily Journal*, y, como asistente de la sección de cultura, tengo que amontonarlos todos y colocarlos luego en un carrito para que la responsable de la sección de libros pueda examinar sus lomos y seleccionar los que quiere que sean leídos y reseñados.

Lo preocupante es que este es uno de los aspectos más interesantes de mi trabajo.

No me quejo, ojo. Soy consciente de lo afortunada que soy en realidad por estar trabajando en un periódico, y, cuando me mudé a Londres el año pasado, ni siquiera pensaba que sería capaz de conseguir un empleo en un medio de comunicación, de modo que debería sentirme agradecida por estar aquí apilando libros y yendo a buscar té y café. Es solo que esperaba estar tal vez un poco más implicada en el lado creativo de las cosas y, como este año cumplo veintinueve, en ocasiones me pregunto si no debería estar

desempeñando un cargo con mayor responsabilidad que el que, en esencia, es un puesto para principiantes.

Como ayer, por ejemplo. Mi único trabajo mínimamente apremiante fue reservarle una mesa al jefe de la sección de cultura, Harvey, en The Ivy para un almuerzo de negocios; luego me pasé el resto de mi valioso tiempo organizando los libros que habíamos recibido esa mañana por el color del lomo y haciendo cuestionarios en internet para descubrir qué raza de perro se ajustaba más a mi estilo de vida, a qué personaje de Disney me parecía más y cuál de los famosos de la década de los 2000 sería mi pareja perfecta.

Averigüé que debería ser dueña de un terrier de Norfolk, que tengo mucho en común con Meeko —el mapache de *Pocahontas*— y que, en el caso de que volviera a estar soltera, no me iría mal toparme con Chad Michael Murray. Se trata de una información muy útil, qué duda cabe, pero esta mañana no me he despertado exactamente llena de motivación y convencida de estar contribuyendo de un modo útil a la sociedad.

Esa es la razón por la que ahora mismo estoy procurando llenar mi mente de pensamientos positivos, y, en cuanto haya terminado de abrir estos sobres, me he propuesto redactar una lista de cosas que puedo hacer que sean útiles para mi carrera profesional, como escribir otro email más al departamento de Arte para asegurarme de que todavía no ha salido ninguna vacante de diseñadora o comenzar a solicitar empleo en galerías o editoriales especializadas en novela gráfica. No debo acomodarme aquí. Si quiero trabajar en el campo del arte, tengo que hacer algo al respecto.

Sí, muy bien. Sólidos pensamientos motivacionales. Las cosas ya parecen estar mejorando.

—Flora, Harvey quiere verte.

Levanto la mirada por encima de la creciente pila de libros y veo a Basil, nuestro becario, de pie delante de mí con los ojos clavados en el móvil. Parece irritado por haber tenido que recorrer los pocos metros que hay de su escritorio al mío para comunicarme el mensaje. Hijo veinteañero de uno de los compañeros de golf de Harvey, lleva en el periódico poco más de una semana y está aquí para adquirir algo de «experiencia laboral», aunque hasta el momento no ha hecho nada que pueda considerarse como tal. Se pasa la mayor parte del tiempo en TikTok y acompañando a Harvey en largos almuerzos.

—Gracias, Basil —digo animadamente, decidida a mostrarme optimista.

Él se encoge de hombros y, una vez de vuelta en su escritorio, se deja caer en su silla sin apartar ni un segundo la vista del móvil. No puedo evitar poner los ojos en blanco y me pilla una periodista de deportes, Iris, que está hablando con alguien sobre la maquetación de una página. Al principio, me siento avergonzada por que alguien me haya visto hacer eso a espaldas del chico, pero, cuando Iris me sonríe con complicidad e imita mi gesto después de mirarlo de reojo, me siento aliviada y le devuelvo la sonrisa.

Iris es una de las pocas personas de esta redacción a las que soporto, principalmente porque es la única periodista que se molesta en dirigirme la palabra. A pesar de que trabajamos en secciones distintas —ella en deportes y yo en el rincón de cultura—, en ocasiones pasamos el rato juntas en la cocina de la oficina, haciendo café y riéndonos de nuestros estirados y pretenciosos compañeros o de algún deportista con aires de diva al que ella ha entrevistado. También hemos salido a comer unas pocas veces, lo cual puede que no signifique nada para ella, pero para mí es un mundo. Como no llevo demasiado tiempo en Londres, lo cierto es que aquí no tengo

muchos amigos propiamente dichos. Resulta agradable saber que hay alguien con quien puedo hablar.

Somos muy distintas. Al principio, me sentía intimidada por ella: es una persona segura de sí misma, lista, ingeniosa y cautivadoramente guapa, con pelo moreno, rasgos delicados y unos impresionantes ojos verdes. También es muy estilosa y sofisticada, y siempre va vestida como si fuera a acudir a un importante almuerzo de negocios en un exclusivo restaurante de Mayfair. Es el tipo de mujer que entra en una sala y todo el mundo se vuelve para mirarla. Yo, en cambio, tiendo a ser reservada y cauta, me peleo a diario con mi rebelde pelo ondulado y rubio, mi armario está formado básicamente por camisetas desvaídas y pantalones vaqueros con rotos y suelo entrar en los lugares con la esperanza de que nadie repare en mí.

Aun así, congeniamos. Supongo que los opuestos se atraen.

Cuando llego junto al escritorio de Harvey, me aclaro la garganta antes de hablar:

—Basil me ha dicho que querías verme.

Sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador, Harvey alza un dedo, indicándome que espere hasta que haya terminado el email que está escribiendo. Procuro reprimir una sonrisita. Típico de Harvey: le pide a alguien que vaya a hablar con él y luego le hace esperar. Le encanta sentirse importante y recordarles a sus empleados quién está al mando aquí.

Harvey es un sesentón pomposo y gilipollas que no debería ser el editor de cultura de un periódico nacional porque no parece tener la menor idea de cine, arte, música o teatro. Por desgracia, conocía a toda la gente adecuada para obtener el puesto. El hecho de que haya hecho recorrer a un becario unos pocos metros para que me

transmitiera el mensaje de que quería verme en vez de levantarse él mismo y caminar hasta mi escritorio lo describe perfectamente.

—¡Listo! —exclama al fin, enviando el email y girando la silla para volverse hacia mí—. Vayamos a una sala de reuniones, Flora. —Se pone de pie—. Basil, dame cinco minutos y luego iremos a almorzar.

—Genial. —Basil asiente mientras mira su Instagram—. No he parado en todo el día.

Alzo la vista hacia el reloj que cuelga de la pared. Son las once y media.

Tras dirigirnos a una de las salas de reuniones, Harvey abre la puerta y me indica que entre.

—Siéntate —me pide, dejando que la puerta se cierre a su espalda y echándole un vistazo a la redacción. Las salas de reuniones consisten en una hilera de cajas de cristal alineadas a lo largo de una de las paredes, de modo que todo el mundo puede ver su interior. Harvey se acaricia la barbilla pensativo antes de meterse ambas manos en los bolsillos y volverse hacia mí. Exhala una bocanada de aire—. Flora, me temo que nos vemos obligados a prescindir de tus servicios.

Parpadeo.

—¿C-cómo dices?

—Estoy seguro de que eres consciente del estado actual del periodismo —sigue diciendo descaradamente Harvey, sacando las manos de los bolsillos y apoyándolas en el respaldo de la silla de enfrente para inclinarse hacia delante—. Tenemos que hacer recortes. Tú te incorporaste el año pasado y, bueno, ya sabes cómo va la cosa. El último en entrar es el primero en salir.

Lo miro con incredulidad.

—¿Estás... despidiéndome? —consigo farfullar.

—¡No, claro que no! —exclama escandalizado—. Solo nos vemos obligados a recortar personal.

Cuando asimilo sus palabras, comienzo a notar el escozor de las lágrimas en la parte posterior de los ojos. Puede que este no sea el trabajo de mis sueños, pero sigue siendo mi empleo. He hecho todo lo que requería el cargo. No me puedo creer que me estén poniendo de patitas en la calle. El otro día, Harvey estuvo literalmente cuatro horas en un almuerzo que cargó a la empresa. Yo nunca he cargado ningún gasto. ¡¿Cómo es posible que echarme a mí sea la forma ideal de ahorrarse dinero?!

Él se aclara la garganta e, incómodo, cambia el peso de un pie a otro.

—Es un asunto feo, qué duda cabe, pero necesario. El departamento de Recursos Humanos te pormenorizará los detalles. Por mi parte, quiero agradecerte... el competente trabajo que has hecho estos últimos meses. Estoy seguro de que tendrás éxito en lo que sea que hagas a continuación, y, si alguna vez te apetece ir a tomar algo para que te proporcione alguna que otra perla de sabiduría... —hace una pausa mientras sus ojos descienden hasta mi pecho y luego suben de nuevo—, mi puerta está siempre abierta.

No puede ser.

¿En serio está tirándome los tejos mientras me despide?

—Bueno... —tose y se gira para echarle un vistazo al reloj a través de la pared de cristal—, ya son las once y media, será mejor que vaya yendo a mi almuerzo de negocios. Si tienes alguna pregunta, envíame un email y lo solucionaremos. Mientras tanto, ve a Recursos Humanos y ellos te indicarán cuáles son los siguientes pasos. Ahora tengo que irme, lo siento.

Vacila un instante al colocar la mano en el tirador de la puerta y, respirando hondo, se vuelve hacia mí.

—Flora —comienza a decir en un tono más suave, y, por un momento, creo que va a decirme algo agradable—, te has acordado de reservar una mesa en The Ivy para Basil y para mí, ¿verdad?

Todavía en shock y con la boca demasiado seca para pronunciar palabra alguna, me sorprendo a mí misma asintiendo.

—Excelente —dice Harvey más animado—. Me vuelve loco su curry de gambas malayo. Está increíble. Deberías probarlo si alguna vez tienes la oportunidad.

Y, tras ese inspirador consejo de despedida, sale de la sala.

—Hazme caso, Flora, terminarán arrepintiéndose del día en que decidieron despedirte —me dice Iris mientras abro la puerta de mi piso—. Sé que ahora mismo te sientes como una mierda, pero intenta concentrarte en el hecho de que, al fin y al cabo, este trabajo nunca te ha gustado. Harás cosas más grandes y mejores, lo sé. Ahora puede que no te lo parezca, pero esto es algo positivo.

Ha sido un detalle por su parte insistir en acompañarme a casa después de haberme pasado el día llorando en su hombro en los lavabos de la oficina y, luego, haber estado quejándome de mi lamentable carrera profesional durante todo el trayecto en tren de Waterloo a Wimbledon, donde vivo con Jonah de alquiler en un apartamento de una habitación. Cuando acepté mudarme a Londres con él, no sabía en qué zona debía buscar piso porque no conocía bien la ciudad, pero resultó que él ya había elegido Wimbledon. Todos sus amigos viven en el sudoeste de Londres, así que supongo que tenía sentido. Eso sí, fui yo quien encontró este piso. En cuanto pusimos un pie en Lingfield Road para ir a verlo, supe que era aquí donde quería vivir.

Al entrar en el salón, descubrimos que el televisor está encendido. Jonah debe de haberse olvidado de apagarlo antes de salir de casa esta mañana. En estos momentos, el canal Eurosport está retransmitiendo el Abierto de Australia y uno de los jugadores le grita airadamente algo al juez de silla.

—Kieran O'Sullivan —dice Iris en tono soñador a mi espalda, echándole un vistazo a la pantalla por encima de mi hombro.

—¿Quién?

Ella señala con un movimiento de cabeza al tipo alto y moreno que gesticula con violencia en dirección al juez de silla.

—Es un jugador de tenis irlandés. Tiene un carácter terrible... y está buenísimo.

—¡Ah, sí! He oído hablar de él.

Observamos como se quita la gorra de la cabeza y la tira al suelo con frustración, provocando un coro de abucheos del público.

Iris se cruza de brazos.

—Es un jugador interesante cuando las cosas le salen bien. Intenso, temperamental, sexy. —Deja escapar un suspiro y, en voz baja, añade—: Podría pasarme el día mirándolo.

—¿Tiene tan mal genio en persona?

—No lo sé. No concede entrevistas. Antes lo hacía, cuando empezó. Se plantó muy joven en su primera final del Abierto de Australia, y de la noche a la mañana todo el mundo pensaba que arrasaría en los demás torneos de Grand Slam, pero nunca llegó a suceder. Ha alcanzado muchas semifinales y finales, pero no ha conseguido alzarse con ningún gran trofeo. —Se encoge de hombros —. Ahora parece evitar a los periodistas.

—Puede que sea mejor así —sugiero mientras O'Sullivan recibe una advertencia del juez de silla.

Tras quitarme el gorro, la bufanda y el abrigo, me pongo a buscar el mando a distancia, y me invade la frustración cuando no lo encuentro. Yo siempre lo dejo en el mismo sitio de la mesita de centro de cristal, pero Jonah, en cambio, lo deja tirado en cualquier sitio aunque le he pedido incontables veces que lo coloque en su lugar.

—Me encanta este salón —comenta Iris mientras meto las manos por debajo de los cojines del sofá—. Esa pared es muy bonita.

Levanto la mirada hacia las flores de cerezo rosas que decoran toda la pared del fondo alrededor de la chimenea y su repisa. Inspirada por un diseño parecido que vi en una película, la pinté la misma semana que llegamos con la intención de hacer el piso más hogareño y personal. Jonah no dejó de protestar por el hecho de que estuviera dedicando todo mi tiempo libre a la decoración —algo que, en su opinión, podía esperar— en vez de desempaquetar cajas esenciales, pero yo no estuve de acuerdo. Mudarme aquí me resultaba abrumador, y necesitaba sentirme en casa cuando entrara en el piso.

—No te encariñes demasiado —murmuro—. Vamos a pintar encima.

Ella frunce el ceño, desconcertada.

—Estás de broma.

—Jonah piensa..., perdona, Jonah y yo pensamos que pintar las paredes de color blanco roto le daría un toque más sofisticado al salón. —Al fin encuentro el mando debajo de uno de los cojines—. ¡Ajá!

Apago el televisor.

Es entonces cuando lo oímos: un gruñido fuerte procedente del dormitorio. Es una voz de hombre. La de Jonah. Me quedo

petrificada. A continuación, se oye el gemido de una mujer. Iris se pone tensa.

—No... no puede ser... —susurro, pero mi voz se apaga al tiempo que se me forma un nudo en la garganta.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, me dirijo de puntillas al dormitorio. Iris me acompaña, cogiéndome de un brazo en señal de solidaridad. La voz de la mujer vuelve a emerger a través de la puerta.

—¡Oh, sí! ¡Sí, Jonah!

Con el rostro pálido, Iris se cubre la boca con una mano.

—Flora —susurra a través de los dedos con una reluciente mirada de compasión.

Agarro el pomo de la puerta y la abro de un empujón.

En la cama se encuentra la vecina de al lado, Zoe, completamente desnuda y sentada a horcajadas sobre Jonah, que está tumbado de espaldas y la sujeta por las caderas.

Al principio no siento nada, como si mi cerebro no comprendiera del todo que lo que estoy viendo es real y, por lo tanto, no hubiera necesidad de procesarlo. Cuando finalmente asimilo la realidad de la situación, sin embargo, el intenso dolor que siento en el corazón hace que todo mi cuerpo entre en shock.

Dejo escapar un débil gimoteo.

Jonah alza la cabeza de repente y nos ve. Con expresión de pánico, levanta a Zoe y la tira a un lado de la cama, haciendo que caiga al suelo y suelte un grito. Si no se tratara de una escena tan desagradable, habría resultado incluso divertido. Los telespectadores de una *sitcom* se habrían partido de la risa. Pero no es ficción. Nadie grita «corten», porque esto es la vida real. Esto está pasando de verdad.

—¡Flora! —chilla Jonah, cubriéndose el miembro con las manos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mira a un lado y a otro de la habitación mientras Zoe asoma su rostro sonrojado y sorprendido por el lateral de la cama y se apresura a envolverse con nuestro edredón, que debieron de apartar antes.

Corten. ¡Corten!

Con la cabeza dándome vueltas y la vista nublándoseme, alargo una mano para apoyarme en Iris antes de derrumbarme en sus brazos cuando las piernas ceden bajo mi peso.

CORTEN.

1



Seis meses después

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Iris por teléfono mientras meto cuidadosamente unos vaqueros cortos de cintura alta en la maleta—. Cuatro semanas es mucho tiempo para estar tú sola.

—Nunca había estado más segura de nada en toda mi vida, Iris —insisto, poniéndola en altavoz y dejando el móvil sobre la pila de libros que hay en mi mesita de noche mientras doblo con meticulosidad algunos bonitos vestidos de flores—. Cuatro semanas sola es justo lo que necesito.

—Lake District está muy lejos. —Exhala un suspiro—. ¿No puedes trabajar en tu novela gráfica aquí, en Londres? Así podríamos seguir quedando. Todas mis otras amigas están casadas o tienen bebés, y, por mucho que las quiera, te necesito a ti. Si te vas, ¿quién va a beber conmigo hasta las tantas de la noche y a bailar y darlo todo encima de las mesas?

Me río por la nariz.

—¿Cuándo hemos bailado encima de una mesa?

—Lo haríamos si te quedaras en la ciudad. Londres en verano es una locura.

Suelto una risita, colocando mis vestidos con esmero en la maleta.

—Son solo unas semanas, y luego regresaré para bailar en todas las mesas que quieras. La gracia de todo esto consiste en salir de la ciudad y pasar tiempo conmigo misma.

Ella exhala otro suspiro, ahora en un tono más suave y serio.

—No te enfades por lo que voy a decirte, Flora, pero estoy preocupada por ti. Entiendo que un cambio de escenario puede ayudarte a desatar la creatividad y estoy completamente a favor de que te tomes un respiro, pero no quiero que te vayas tan lejos y, una vez allí, descubras que te sientes... sola.

Bajo la cabeza y aprieto los labios. En los últimos seis meses, Iris se ha convertido en mi mejor amiga y comprendo por qué me dice esto. Desde que Jonah se marchó del piso, no he estado demasiado bien. Durante un tiempo, de hecho, estuve hecha un absoluto desastre. No me siento demasiado orgullosa de cómo gestioné la ruptura: suplicarle a Jonah que se quedara cuando había sido él quien me había engañado fue uno de los momentos más bajos de mi vida y preferiría olvidarlo.

A pesar de todas las señales de alarma, de todos sus comentarios hirientes y su desatención, me había convencido a mí misma de que él era con quien quería pasar toda la vida. Era el indicado. Llevábamos juntos tres años y había dejado a mis amigas y mi trabajo de asistente personal en Norwich por él. Me había mudado a Londres, donde no conocía a nadie, y había hecho todos los esfuerzos posibles para encajar en su vida. De algún modo, había comenzado a descuidar lo que yo quería; todo era para él, lo importante era lo que le hiciera feliz a él. Y yo había contribuido voluntariamente a que las cosas fueran así. Entonces, de repente, cuando todo se vino abajo ese funesto día de enero, me vi sin trabajo, sin amigos y sin Jonah.

Todo mi mundo había quedado reducido a escombros.

Con la excepción de Iris. Ella permaneció a mi lado a pesar de todo. Me siento afortunada de contar con ella; puede que todavía se trate de una amistad nueva, pero está resultando ser la mejor que podría tener. La relación con mis viejas amigas se debilitó cuando empecé a salir con Jonah. Él no se llevaba bien con mi pequeño grupo de compañeras del colegio. Siempre que organizaba alguna quedada con ellas, se quejaba de que tenía que venir, y, si lo hacía, me dejaba claro que era a regañadientes. Al ser consciente de que era algo que causaba tensión entre nosotros dos, comencé a tener cada vez menos ganas de ver a ese grupo de amigas y mis esfuerzos por hacerlo fueron reduciéndose de forma drástica. Para cuando me marché a Londres, ya prácticamente no tenía relación con ellas, y veía más a los colegas del teatro de Jonah.

Desde la ruptura, sin embargo, ninguno de sus amigos se ha puesto en contacto conmigo. En lo que respecta a elegir bandos, nunca tuve la menor oportunidad.

Así, perdí a la mayoría de mis contactos en la ciudad de la noche a la mañana, lo cual supuso un duro golpe. Aunque hay una persona de la que me ha resultado cruelmente imposible desembarazarme: la vecina de la puerta de al lado. Cuando rompimos, Jonah quiso marcharse de inmediato de este apartamento y mudarse a un piso compartido en Clapham. Yo, en cambio, no era capaz de decirle adiós a este lugar y tampoco podía imaginarme viviendo en ninguna otra zona de Londres, de modo que decidí quedarme a pesar de todas las cosas que me recordaban a él. Me gusta demasiado Wimbledon. El problema es que pasar página resulta mucho más difícil con Zoe entrando y saliendo continuamente de su piso.

Por desgracia, vivo al lado del recordatorio humano de que, tal y como siempre había temido, no soy lo suficientemente buena para estar con alguien como Jonah. Zoe, por el contrario, es perfecta. Es

alta y esbelta, tiene una lustrosa mata de pelo rizado, los pómulos marcados, los labios carnosos y unos grandes ojos castaños. Lleva las uñas siempre hechas, su maquillaje es impecable y trabaja en una agencia de comunicación del sector de la moda, por lo que viste de forma impecable todos los días. Nunca la he visto con mal aspecto. Ni una sola vez. Incluso cuando saca la basura, sigue pareciendo una modelo en su tiempo libre.

Y, encima, es simpática. Bueno, eso creía yo. Siempre era muy amable y divertida cuando nos encontrábamos. Pensaba que habíamos tenido mucha suerte con nuestra vecina; se oyen historias para no dormir sobre Londres. Desde el incidente, sin embargo, no hemos vuelto a hablar. Un día ella intentó disculparse, pero Iris le dijo que se fuera a la mierda y no me dirigiera la palabra ni se acercara a mí. Parece haberse tomado ese consejo muy en serio, lo cual probablemente es algo bueno. No importa: sé que Zoe está en su piso y, cada vez que la veo salir para ir a trabajar, me recuerda todo lo que yo no soy.

Aun así, las cosas son cada vez más fáciles. El dolor paralizante que se alojó en mi corazón los primeros meses después de la marcha de Jonah ya casi se ha desvanecido. Cada día lo echo menos en falta, algo a lo cual ha contribuido el hecho de que me he mantenido ocupada con un trabajo temporal de asistente personal. Está mucho mejor pagado que mi breve coqueteo con el periodismo y me ha ayudado a hacerle frente al alquiler del piso ahora que ya no cuento con la parte de Jonah. Por supuesto, esto es Londres, de modo que, aun así, tuve que pedirle a mi padre que me echara una mano, lo cual resultó mortificante.

—Su padre no tiene ningún inconveniente en pagarle el alquiler de todo el año —me dijo alegremente un día por teléfono Andy, su asistente personal—. Podemos hacer la transferencia hoy mismo.

—No, no, ¡no! —contesté con severidad—. Es muy amable por su parte, pero solo necesito un préstamo para los próximos meses mientras pongo en orden mis asuntos. Cuando se me termine el contrato de alquiler, ya me mudaré a algún sitio más barato, pero, por el momento, si él...

—Y... ¡listo! La transferencia está hecha —me interrumpió—. Si no le importa, le agradecería que me enviara un email para confirmar la recepción. ¿Puedo ayudarla en alguna otra cosa hoy?

—Yo... Eh... Vale. Guau. Gracias, pero devolveré la mayor parte de inmediato. Como estaba diciendo, lo agradezco de veras, pero no quiero que él me...

—De nada, señorita Hendrix. ¿Necesita algo más?

—Eh... Me gustaría darle las gracias a mi padre, si es posible.

—Me temo que hoy tiene una reunión detrás de otra, pero me aseguraré de transmitirle el mensaje.

—Ah, bueno. Gracias. ¿Quizá podría llamarme cuando encuentre un momento?

—Desde luego. Que tenga muy buen día y gracias por su llamada.

Mi padre no me llamó, pero me envió un mensaje uno o dos días después para asegurarse de que había recibido la transferencia, lo cual ya es algo.

A pesar de lo que le dije a Andy, ha supuesto un alivio disponer de ese dinero en la cuenta corriente del banco. Sigo decidida a devolverlo todo, pues no quiero depender de mi padre para nada. Y ahora ha surgido una oportunidad demasiado buena para rechazarla: el torneo de tenis de Wimbledon se acerca y los alojamientos en la zona están solicitadísimos. Me he sacado un auténtico pastizal realquilando el mío a través de una agencia: las siguientes cuatro semanas me cubrirán el alquiler de al menos tres meses. Los precios son una locura, pero no me quejo.

Es perfecto; la localización de mi piso es muy buena y he podido indicar en la descripción que el de arriba está vacío, puesto que su ocupante, la señora Perry, está realizando un irrepetible viaje de tres meses por Asia, de modo que quienquiera que se aloje en el mío no tendrá que preocuparse por el ruido. Lo reservaron de inmediato. Supongo que ahí fuera debe de haber auténticos forofos del tenis que están dispuestos a pagar lo que haga falta para alojarse en Wimbledon y disfrutar de su ambiente durante la competición.

Para ser justos, esta época del año es muy guay. Gente de todo el mundo desciende a este rincón de Londres y el Wimbledon Village cobra vida. Durante estos días hay mucha animación: todas las terrazas de los restaurantes y los bares están repletas de gente charlando y riendo bajo el sol, y las propias calles tienen una apariencia idílica. Por todas partes cuelgan cestos llenos de coloridas flores y todas las tiendas compiten para ofrecer el escaparate con la decoración de temática tenística más extravagante.

Pero lo mejor de todo es que realquilar mi piso me ha proporcionado el empujoncito que necesitaba para marcharme un tiempo de Londres y arrendar una casita de campo en la región de Lake District, donde por fin voy a poder ponerme con mi novela gráfica. Es perfecto. Mi abuela por parte de madre vivía en Keswick y algunos de mis recuerdos más preciados son de los días que pasaba con ella en verano. De vez en cuando, salíamos a explorar y encontrábamos un lugar alejado de los turistas donde yo me ponía a dibujar y ella pintaba con acuarelas.

Durante mi adolescencia, estar con ella suponía un descanso del caos que entrañaba vivir con mi madre. Mi abuela estaba al tanto de los problemas que ella tenía y de lo que yo tenía que soportar. Bueno, ella y todo el mundo. Cuando era pequeña, mi madre era lo que se conoce como una alcohólica funcional: alguien capaz de

seguir con su rutina diaria sin llamar excesivamente la atención sobre su problema con la bebida. Sin embargo, no pudo mantener ese estilo de vida durante mucho tiempo y, para cuando yo tenía quince años, su adicción ya la dominaba por completo.

Y no podía pedirle ayuda a mi padre. Entonces él estaba viviendo en Nueva York con su nueva esposa, Camila, heredera de una adinerada familia, echándole una mano para expandir su imperio de propiedades. Pero al menos contaba con mi abuela. Cuando podía, venía a visitarnos a mi madre y a mí y se quedaba unos días con nosotras; durante las vacaciones, me acogía en su casa de Lake District. Además, me transmitió sus genes artísticos. Ella fue la única persona que creyó que podría llegar a ser artista; ni mi madre ni mi padre, por distintas razones, advirtieron siquiera que estaba interesada en el arte.

Cuando mi madre murió después de que yo hubiera terminado la escuela, mi abuela se vino a vivir una temporada conmigo al piso de Norwich para acompañarme en todas las cuestiones administrativas del funeral y luego me ayudó a encontrar un piso propio, lejos de los tristes recuerdos del que había compartido con mi madre. Mi padre se puso en contacto conmigo y me echó una mano del único modo que sabía —ofreciéndome dinero—, pero fue mi abuela en quien me apoyé para todo lo demás. Cuando falleció unos años más tarde, me di cuenta de que me había quedado sola. Esa es la razón por la que Iris está equivocada. No me sentiré sola en Lake District aunque no interactúe con nadie en cuatro semanas; es el único lugar en el que me he sentido querida de forma incondicional.

—No tienes de qué preocuparte, Iris —le aseguro ahora—. Me lo pasaré genial. Es un lugar tranquilo e inspirador. Exactamente lo que necesito.

—Lo que necesitas es un tío sexy entre las piernas.

Suelto una carcajada.

—¡Iris!

Nos interrumpe el timbre. Frunzo el ceño, confundida, y consulto la hora en el móvil. Debe de ser un paquete, aunque no recuerdo haber pedido nada.

—Tengo que dejarte. Alguien llama a la puerta —le digo—. Hablamos luego.

—Vale, escríbeme cuando estés de camino.

Ambas colgamos y me guardo el móvil en el bolsillo antes de enfilar rápidamente el pasillo y abrir la puerta de la entrada. No es el cartero.

Ante mí hay un tipo alto y de espaldas anchas con unos vaqueros negros y una camiseta blanca que deja a la vista unos brazos musculosos y bronceados. Lleva una gorra, de modo que solo veo sus labios carnosos y la incipiente barba oscura que se extiende por su cincelada mandíbula. Cuando alza la cabeza, me mira fijamente con unos penetrantes ojos de color azul zafiro enmarcados por unas pobladas cejas oscuras.

Lo reconozco al instante, y no puedo evitar que se me escape un grito ahogado.

Es Kieran O'Sullivan. Sí, el famoso jugador de tenis y gilipollas de renombre mundial. Sabía que era alto, pero vaya si lo es —puede que uno noventa y cinco o así—, y sumamente guapo. Si no le fuera bien en el tenis, sin duda podría encajar en un anuncio de Calvin Klein, con esa estructura ósea perfecta y esa mirada ardiente. ¿Qué narices está haciendo Kieran O'Sullivan en la puerta de mi piso? No parece perdido. Se le ve más bien impaciente, como si fuera yo la que está en el lugar equivocado.

Arruga el entrecejo, una expresión característica en él.

—¿Eres de la agencia? —pregunta con un ligero dejo dublinés.

—T-tú eres... —comienzo a decir, tartamudeando.

—Sí, soy Kieran. Encantado —repone con desdén, como si, más que estar encantado de conocerme, el hecho de que yo esté aquí le pareciera un auténtico incordio.

Y entonces entra en mi piso.

Kieran O'Sullivan pasa despreocupadamente a mi lado y accede al interior de mi hogar como si fuera suyo. Me siento tan desconcertada que me limito a permanecer ahí inmóvil y le dejo hacerlo, como si fuera del todo normal que un desconocido procedente de la calle entrase en tu casa sin la menor explicación. Al rozarme, percibo un almizcleño aroma a sándalo mezclado con un fuerte tufo a alcohol rancio. Él desaparece en el salón y, en el espejo de la pared opuesta del pasillo, veo el reflejo de mi expresión boquiabierta. Cierro la boca rápidamente.

Antes de cerrar la puerta de entrada, asomo la cabeza y miro a ambos lados para comprobar si es que en realidad está huyendo de los *paparazzi* o algo así y se ha metido en la primera puerta que ha visto, pero no hay nadie. Ha venido solo.

Aprovecho la oportunidad para comprobar mi aspecto en el espejo. Hoy no esperaba toparme con una estrella del tenis. Me paso los dedos por el pelo para intentar domar las ondas rebeldes y luego por debajo de los ojos para asegurarme de que el rímel que me he aplicado de cualquier manera esta mañana no se ha corrido. No me he puesto base de maquillaje y se me ven perfectamente las pecas, más acentuadas aún estos días gracias al sol que hemos estado teniendo en Londres. Entonces reparo en el par de pendientes de aro dorados que descansan sobre la mesa del pasillo, junto al jarrón de flores frescas que he colocado esta mañana; ayer los dejé ahí a propósito para no olvidármelos antes de marcharme.

Después de ponérmelos rápidamente, vuelvo a mirarme en el espejo una última vez y luego me dirijo a toda prisa al salón.

Para cuando llego, descubro para mi sorpresa que Kieran ya se ha quitado los zapatos, que ha dejado tirados sobre la alfombra, y se ha tumbado en el sofá tras recolocar con torpeza los cojines para estar más cómodo.

Cuando entro, levanta la vista y frunce el ceño.

—Estoy seguro de que ya puedo apañármelas yo solo. No tienes por qué quedarte. Gracias.

Lo miro boquiabierta.

—Y-yo..., disculpa, ¿puedo preguntarte qué... estás haciendo aquí?

—Ya sé que he llegado temprano —refunfuña, quitándose la gorra y tirándola al suelo—. Pero no me ha parecido que fuera a importar. ¿Sabes si hay paracetamol o algo aquí? Tenía intención de comprarlo de camino.

—¿P-paracetamol? —tartamudeo—. Sí, claro, en el botiquín del cuarto de baño.

—Genial. Si pudieras traérmelo con un vaso de agua, te lo agradecería. —Hace una mueca mientras se coloca un cojín detrás de la nuca. Luego se recuesta en él y cierra los ojos—. Me duele mucho la cabeza.

Parpadeo repetidamente.

—Lo siento. Estoy confundida.

Él se pasa una mano por la cara y me mira entre los dedos.

—Puedo ir a buscarlo yo mismo, pero no me encuentro muy bien y he pensado que, como ya estás de pie...

Su voz se apaga y deja la frase sin terminar. Después me observa como si esperara algo.

—Eh... Vale. Ahora te lo traigo —digo finalmente, desconcertada.

—Gracias —contesta él con voz grave, y cierra los ojos de nuevo.

Me doy la vuelta y me dirijo a la cocina para llenar un vaso de agua. Al cerrar el grifo, analizo la situación. Está claro lo que ha pasado: se ha equivocado de casa. No resulta tan sorprendente que un jugador de tenis esté en Wimbledon un par de semanas antes del torneo —habrá venido para prepararse con su equipo—, pero no comprendo por qué se comporta como si creyera que yo estaba esperándolo.

Tras coger el paracetamol, regreso al salón y me lo encuentro sentado con la cabeza enterrada en las manos y emitiendo un quejido de dolor. El móvil que lleva en el bolsillo comienza a sonar y parece que le supone un gran esfuerzo cogerlo. Al ver el número que lo llama en la pantalla, farfulla algo en voz baja, ignora el teléfono y lo deja a un lado.

Me acerco, le tiendo el paracetamol y coloco el vaso en la mesita de centro.

—Gracias —dice él con un gruñido y sin levantar la vista al tiempo que saca dos comprimidos del blíster.

—De nada. Yo... no quiero ser maleducada, pero ¿puedo preguntarte de nuevo por qué estás...?

—¡Argh! —suelta después de darle un sorbo al agua para tragarse los comprimidos, mirando el vaso como sintiéndose ofendido—. ¿Qué cojones?

—¿Le pasa algo al agua?

—No es Evian, ¿no? —farfulla.

Mis mejillas se sonrojan de la vergüenza. Supongo que no debería sorprenderme que un atleta profesional como él esté acostumbrado a las mejores cosas de la vida, pero es de mala educación que muestre su desagrado con tanta claridad. Me cruzo de brazos a la defensiva.

—No, lo siento, es del grifo —le digo.

Con un exagerado estremecimiento, deja el vaso junto al posavasos que hay en la mesa. No encima. Junto a él. ¡¿Quién se cree que es?!

Ya está bien. Me he cansado de ser educada. Ha llegado el momento de obtener algunas respuestas.

—Perdona, ¿se puede saber qué haces aquí? —pregunto sin rodeos.

Él se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—No pensaba que fuera a ser un problema que llegara temprano.

—Es que no me esperaba esto.

—Bueno, yo tampoco —dice entre dientes, mirándome de arriba abajo—. Como te he dicho antes, te agradezco que me hayas recibido, pero ya veo que está todo en orden, así que puedes marcharte.

—¿Por qué iba a hacer eso? —pregunto con los brazos en jarras—. Vivo aquí.

—No —repone con los ojos entrecerrados—. Yo vivo aquí.

Me lo quedo mirando fijamente. Madre mía, no puede ser. Kieran O'Sullivan ha debido de sufrir una especie de brote psicótico y ahora se piensa que vive en mi piso.

Él se pone de pie y me examina con recelo, lo que me hace retroceder un paso.

—Tú no eres de la agencia, ¿verdad? —conjetura.

—¿Qué? No, no soy de ninguna agencia.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabías que iba a alojarme aquí? ¿Te lo ha contado alguien de mi equipo? ¿Quién? ¿Cómo te has enterado? —inquiere rápidamente en un tono crispado y tenso—. ¿Quién te ha dicho que iba a alojarme aquí?

—Yo no... ¡Nadie me ha dicho nada! —contesto con un tartamudeo, enervada por la batería de preguntas—. ¡Este es mi

piso! ¡Tú no vives aquí, yo vivo aquí!

Él vacila un momento y dice:

—Este es tu piso.

—¡Sí!

—En plan que no te estás hospedando aquí, sino que vives aquí.

—Sí —vuelvo a decir, mirándolo con los ojos como platos.

—Ah —dice aliviado, y su expresión se suaviza—. Creo que ya sé a qué se debe la confusión. Has puesto tu apartamento en alquiler para las próximas semanas, ¿no? Pues soy yo quien lo ha alquilado.

Por un momento, me siento demasiado estupefacta para hablar.

—¿Eh? —consigo decir finalmente.

—He alquilado tu piso —repite, estirando un brazo para acariciarse la nuca—. Pensaba que eras de la agencia.

—¿Tú... has alquilado mi piso? —digo con incredulidad—. ¿En serio?

Él asiente y vuelve a dejarse caer en el sofá.

—¿Estás... seguro? —pregunto para confirmarlo.

—*Sip* —dice hastiado al tiempo que señala con un movimiento de cabeza las flores de cerezo de la pared—. Sin duda es aquí.

Me quedo callada un momento para intentar asimilar el hecho de que no va a ser un aficionado al tenis quien esté alojado en mi casa, sino Kieran O'Sullivan, un famoso.

—Lamento haber llegado antes de lo acordado —continúa, volviendo a ponerse cómodo mientras yo permanezco petrificada en el mismo sitio—. Sé que no debía venir hasta las cinco, pero... no tenía nada que hacer hasta entonces.

Su móvil vuelve a sonar. Puedo ver en el identificador de llamada de la pantalla que se trata de una tal Henrietta. Él le echa un vistazo, aunque no mueve ningún músculo y deja que siga sonando.

—Tú vas a alojarte aquí —digo en voz alta como si eso ayudara a mi cerebro a comprender el hecho—. Eso es... ¡Guau!

Él aprieta los labios, claramente incómodo.

—Sí, bueno, te agradecería que no se lo dijeras a nadie. No quiero que la prensa me agobie.

Me doy cuenta de que, tras decir esto, se me queda mirando expectante.

—Ah, sí, claro. No le diré nada a nadie.

Él frunce el ceño aún más. Está claro que no me cree.

—Te lo prometo —añado enseguida, aunque me percato de que eso no significa mucho para él. No me conoce de nada—. Bueno, espero que te encuentres a gusto aquí. No pensaba que un tenista fuera a alquilar mi piso. Es algo pequeño, pero está muy bien situado. Cerca del Village, así que hay buen ambiente. Aunque supongo que estarás demasiado ocupado para apreciarlo. Jugando en el torneo propiamente dicho, claro...

Mi parloteo nervioso se va apagando. Él sigue sentado con las manos entrelazadas sobre las rodillas y la vista al frente, mirando la pared con el ceño fruncido. Todo su cuerpo está diciéndome a gritos que mi presencia le incomoda, haciéndome sentir que no soy bienvenida en mi propia casa.

—Bueno..., si tienes alguna pregunta —prosigo— o necesitas algo...

—En ese caso ya llamaré a la agencia —me corta.

Su interrupción me pilla desprevenida.

—Claro. Vale.

—Tengo todo lo que necesito, así que ya puedes marcharte.

Es curioso cómo las palabras pueden decir una cosa y el modo en el que se pronuncian puede hacer que signifiquen otra. Es posible que haya dicho «puedes marcharte», pero no hay nada en su tono o

su semblante que me otorgue voz ni voto en el asunto. Ni siquiera se molesta en mirarme. Su cuerpo está cuidadosamente colocado de tal forma que se encuentra casi de espaldas a mí. Su tono ha sido brusco y severo, como el de un profesor cabreado que quiere despachar a un alumno cuyo entusiasmo le resulta un engorro.

Básicamente, este tío está diciéndome que me den.

¿Y sabes qué? Puede que sea una estrella del tenis, pero esta es mi casa. Según los términos acordados, no debería haber llegado al apartamento hasta esta tarde y, sin embargo, se ha metido dentro sin ningún tipo de disculpa válida, se ha quitado los zapatos y no los ha dejado en el zapatero, ha ignorado el posavasos y ahora está comportándose como si fuera yo la que hubiera hecho algo mal. Eso no es justo y no pienso dejar que me ningunee de este modo.

—El apartamento no está disponible hasta las cinco en punto —afirmo, poniendo los brazos en jarras y sacando pecho. Eso es, Kieran. Mira mi pose de poder—. Así que, mientras termino de hacer la maleta y recogerlo todo, eres tú quien puede marcharse.

Percibo un destello de irritación en sus ojos cuando finalmente hace el esfuerzo de levantar la vista hacia mí. Mientras me observa, su mandíbula se tensa y las arrugas de la frente se le acentúan aún más. Me niego a sentirme intimidada y le sostengo la mirada. Ninguno de los dos dice nada. El silencio es ensordecedor.

De repente, mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo y, a regañadientes, aparto la vista para comprobar quién me llama. Es el número de la empresa de alquileres temporales a través de la cual he arrendado la casita de campo en Lake District.

—Tengo que cogerlo —le digo secamente. Me doy la vuelta y salgo del salón en dirección a la cocina—. Hola, soy Flora —contesto al teléfono. La irritación que me ha provocado el grosero

comportamiento de Kieran se desvanece al pensar en la pintoresca casita de campo que me espera.

—Hola, señorita Hendrix. Soy Hailey, de Simply Cottages. ¿Ha alquilado usted una casa con nosotros para este mes en Keswick?

—¡Sí, hola! ¿Me llama para decirme dónde estarán las llaves cuando llegue esta noche? Creo que en el email decía que alguien...

—Lo siento mucho, pero me temo que tenemos un problema con la casa de campo —me interrumpe Hailey con un tenso tono de voz —. No podrá alojarse en ella.

El corazón me da un vuelco.

—¡Pero... si iba a llegar esta noche para pasar cuatro semanas!

—Lo sé, y lo siento mucho. Está completamente fuera de nuestro control.

—¿Cuál es el problema, si se puede saber? Porque no necesito nada especial y estoy segura de que, sea lo que sea, puede arreglarse. Si se trata solo de alguna fuga o algo así, quizá todavía podría...

—El tejado se ha desplomado por completo.

Me quedo callada un momento.

—¿Cómo?

—Es una pesadilla —se queja la mujer exasperada—. Va a haber que cancelar los alquileres de todo el verano. Lo lamento mucho. Obviamente, recibirá usted un reembolso completo. Le enviaré los detalles al respecto en un email...

—Un momento, un momento. —Respiro hondo—. Hailey, tengo que ir a Lake District. ¿No hay ningún otro sitio en el que pueda alojarme? Seguro que disponéis de más casas de campo. No podéis cancelar mi reserva en el último minuto sin ofrecerme un reemplazo.

—Es pleno verano, la temporada de mayor actividad de todo el año. No queda nada disponible. Solo puedo disculparme.

—No lo comprendes. ¡Tengo que marcharme de mi piso sí o sí!

—Deje que le pregunte a mi encargado si puede hablar con usted. Estoy segura de que podemos ofrecerle no solo un reembolso completo ahora mismo, sino un descuento en el próximo alquiler que realice con nosotros a modo de pequeña compensación por las molestias causadas. Voy a ponerla un momento en espera...

—Hailey, yo...

Me interrumpe un ruido crepitante seguido de un hilo de música clásica. Desesperada, cierro los ojos, apoyo la espalda en la pared y me paso una mano por el pelo. «Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando. Esto NO PUEDE ESTAR PASANDO».

Me sobresalto al oír la puerta de entrada cerrándose de un portazo. Asomándome por la de la cocina, echo un vistazo al salón y veo que no hay nadie. Exhalo un suspiro de alivio. Kieran debe de haber entrado en razón y habrá decidido volver más tarde. Al menos me he quitado a ese imbécil de encima.

—¿Señorita Hendrix? —dice Hailey, de vuelta al teléfono después de un par de minutos.

Aprieto con fuerza el aparato.

—Sí, hola, estoy aquí.

—Mi encargado no está disponible para hablar ahora mismo, pero la llamará en breve para ofrecerle una explicación completa y contestar todas sus preguntas. De nuevo, le pido disculpas por las molestias y espero que vuelva a contar con nosotros en el futuro. Gracias por su comprensión.

Cuelga.

«¿Y qué voy a hacer ahora?».

2



No es así como deberían ir las cosas. Se suponía que iba a marcharme un tiempo de Londres para retomar finalmente el control de mi vida y hacer algo con ella en vez de dejarme llevar por la apatía y seguir sin un trabajo serio ni objetivos en una ciudad en la que no tengo más amigas que Iris. Después de un terrible inicio de año, esto iba a ser el punto de inflexión. Necesitaba este respiro. Iba a volver sintiéndome revitalizada y dispuesta a afrontar lo que viniera a continuación. Con la novela gráfica en marcha, pensaba buscar trabajo en galerías de arte y editoriales, un empleo que realmente me apasionara. Tenía un plan.

Y ahora se ha ido todo a la mierda.

Me permito a mí misma un instante o dos para autocompadecerme y, apartando la maleta a medio hacer, me tumbo boca abajo en la cama para gritar en el edredón antes de volver a levantar el culo y comenzar a buscar algún sitio al que ir las próximas semanas. Tiene que haber algún otro lugar en el que pueda quedarme en Lake District; siempre hay ofertas de último minuto, seguro que encuentro alguna.

Me siento a la mesa de la cocina con el portátil y me pongo a buscar otras empresas que alquilen casas en Keswick, pero todo lo que veo está reservado para todo el verano. Amplío la búsqueda sin éxito. No hay casitas, ni apartamentos, ni habitaciones de hotel disponibles para las próximas cuatro semanas. Dejo a un lado el ordenador, suelto un gruñido e, inclinándome hacia delante, apoyo la frente en el tablero de la mesa. Esto es un desastre. Un completo y absoluto desastre.

Reprimiendo las lágrimas, decido que la persona con la que necesito hablar ahora mismo es Iris.

Resulta extraño pensar que nuestra amistad todavía sea relativamente reciente. Cuando Jonah se marchó y yo apenas podía salir de la cama —no digamos ya del piso—, fue ella quien se presentó sin que la invitara nadie y se sentó conmigo mientras yo lloraba, quien me escuchó hablar sin parar sobre mi dolor al tiempo que me acariciaba el pelo y me decía que todo iba a salir bien. También me pedía comida para llevar carísima que yo casi no tocaba, pues estaba demasiado disgustada, pero en ningún momento me hizo sentir mal por la cantidad de dinero y comida que debía de estar desperdiciando. No dejó de venir siempre que podía para ver cómo estaba. En la peor época de mi vida, ella consiguió que no me sintiera tan sola.

Nunca podré agradecérselo lo suficiente.

Siempre he intentado fingir que no me importa el hecho de no contar con una familia que me apoye. Cuando iba a la escuela, visitaba las casas de mis amigas y veía todo lo que sus madres y padres hacían por ellas, me decía a mí misma que era algo bueno que yo ya fuese tan responsable. Me sentía orgullosa de ser autosuficiente y cocinarme porque mi madre no estaba en casa cuando yo llegaba y no tenía ni idea de dónde se encontraba ni con

quién. Era bueno saber cuidar de mí misma. Sería yo quien contara con ventaja cuando acabara el instituto y tuviéramos que buscarnos la vida en el gran y ancho mundo. Eso era lo que me repetía una y otra vez.

Casi llegué a creérmelo.

Y, si bien por aquel entonces estaba cabreadísima con mi padre por haberme dejado con mi madre cuando conocía a la perfección sus crecientes problemas con el alcohol, aprendí a gestionarlo gracias a la terapia. Aprendí a comunicar mi ira y a perdonarlo. Ahora nos llevamos bien, es solo que no tenemos nada en común y que, emocionalmente, él se muestra muy distante. En las raras ocasiones en las que hablamos, nuestra conversación resulta forzada y tirante, y ninguno de los dos dice nunca nada importante. Sin embargo, me siento agradecida por que me haya ofrecido ayuda económica cuando realmente la necesitaba. Este es su modo de demostrarme que le importo, y lo acepto.

Es como si este año me estuvieran poniendo a prueba. Sé que no se debe depender tanto de nadie como yo lo hacía de Jonah, pero, cuando no tienes familia, es normal querer crearse una y eso es lo que creía que estábamos haciendo. Él lo era todo para mí. Y yo quería desesperadamente serlo todo para él, así que aceptaba sus críticas y me esforzaba en ser aquello que necesitara, aunque fuera a costa de mí. Su rechazo definitivo fue devastador. Nunca me había sentido más inútil e indigna. Esa es la razón por la que Iris nunca comprenderá del todo lo mucho que me ayudó el mero hecho de que estuviera presente. Que se dejara caer por casa y me hiciera saber que le importaba a alguien supuso el rayo de luz que necesitaba para salir del pozo en el que me encontraba y recuperar la determinación para colocar un pie delante de otro y tirar adelante.

Muy poco a poco, en estos últimos seis meses he ido encontrándome a mí misma. Me he cuidado, me he comprado ropa bonita y cosas de calidad, he ido a la peluquería y me he hecho la manicura cuando me ha dado la gana. He vuelto a escuchar las canciones pop optimistas de las que Jonah siempre se burlaba, y me han hecho sentir tan feliz y animada que, literalmente, me estremezco ante la idea de estar con alguien tan deplorable, pretencioso y presumido como para desdeñar y menospreciar en voz alta una música tan alegre. La vida es demasiado corta para ser tan esnob.

Me siento orgullosa de haber llegado a este punto en el que quiero intentar crear mi propio cómic. Jonah me dejó claro que no tenía lo que hacía falta, pero estaba equivocado en tantas cosas que confío en que también lo esté respecto a mí. Ahora no puedo renunciar a esto, no cuando he llegado tan lejos. Necesito que esto funcione y, a pesar de que parece que todo está viniéndose abajo, todavía no quiero tirar la toalla.

Solo necesito que me lo diga alguien más.

Iris contesta después del primer timbre.

—¡Ey, Flora! —dice animadamente. De fondo se oye música y gente charlando—. ¿Ya estás de camino?

—Se ha ido todo al garete.

—¿Qué? Un momento, que no puedo oírte bien. Dame un segundo. —Espero mientras se aleja del lugar en el que se encontraba y el ruido mengua—. Lo siento, he ido al *pub* a almorzar y la terraza estaba a tope. ¿Qué decías?

—El tejado se ha desplomado.

—¿QUÉ? ¡Dios mío! ¿Estás bien?

—El de mi piso no, el de Keswick.

—¿Cómo?

—El de la casita de campo que había alquilado —le explico mientras me sorbo los mocos—. El tejado se ha desplomado y no pueden recolocarme en ningún otro lugar. He intentado buscar yo algún sitio, pero no hay nada disponible.

—¡Ay, no, Flora! Lo siento mucho. Tenías tantas ganas... ¡Es terrible! ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, pero tengo que dejar libre mi piso. Ahora no tengo ningún lugar al que ir.

—Tranquila, ya lo solucionaremos. Seguro que puedes hablar con la agencia para que le hagan saber a quienquiera que haya alquilado tu piso que ha habido un problema y no puede alojarse en él —sugiere.

Vacilo. Desearía poder contarle que va a resultarme muy difícil decirle a un famoso jugador de tenis que ya no tiene ningún lugar en el que quedarse mientras compite en el torneo de Wimbledon, pero le prometí a Kieran que no se lo diría a nadie y, por más que confíe en Iris, soy fiel a mi palabra. Además, no tendría ningún sentido revelárselo, pues tampoco es que vaya a tener la oportunidad de conocerlo. Ya se lo contaré después del torneo.

—No estoy segura de que eso sea una opción viable —le digo sin entrar en detalles. Pongo un codo en la mesa y apoyo la barbilla en la mano—. Menuda forma más desastrosa de comenzar mi escapada.

—Desde luego, no estás teniendo mucha suerte —conviene Iris—, pero esto no significa que debas cancelar el viaje. Hay muchos lugares en Inglaterra en los que puedes pasar unas semanas para trabajar en tu libro.

—Ya sabes que yo quería ir a Lake District.

—Sí, pero hay otros sitios igual de bonitos —contesta con cuidado —. Ya irás en alguna otra ocasión. ¡Cuando escribas la secuela de tu

exitoso debut, por ejemplo!

—Ojalá —murmuro pesarosa.

—Flora, no puedes dejar que un tejado desplomado te arruine los planes. Esto no es más que un pequeño contratiempo. Yo ya estaba algo preocupada por que te fueras tú sola, así que quizá sea el destino intentando decirte que tengo razón y que debes hacerme caso.

—Ya... —contesto, sonriendo al aparato—. De acuerdo, pues. Según tú, ¿qué debería hacer?

—Levantar tu precioso culo del sofá, salir por la puerta, irte a tomar una copa de rosado fresquito en alguna terraza al sol y disfrutar buscando en el móvil alguna oferta de último minuto en la campiña, preferiblemente en algún lugar que no esté a varias horas de Londres. Así podré ir a visitarte si me dejas.

Exhalo un suspiro.

—Lo cierto es que lo de la copa de rosado al sol suena tentador.

—Venga, ve y llámame cuando hayas hecho una nueva reserva. Y recuerda: no hace falta que te quedes en un solo sitio todo el rato, así que no te vengas abajo si la casa que te gusta solo está disponible unos días o una semana. Resérvala y busca otra para el resto del tiempo. Si hiciera falta, entre una y otra podrías quedarte a dormir en el sofá de mis padres.

Me sorprendo a mí misma asintiendo mientras ella me detalla sus instrucciones.

—Está bien. Tienes razón. Un nuevo plan.

—Un nuevo plan la mar de emocionante —enfatiza—. Todo ocurre por una razón.

—Voy a alquilar una casa en un sitio nuevo —declaro, poniéndome de pie.

—Claro que sí. ¡Llámame cuando ya lo hayas hecho!

—Lo haré. Eres la mejor, Iris.

—Ya lo sé.

Colgamos y, con una oleada de determinación, cojo una bolsa para mi portátil, mis gafas de sol y las llaves. Tras recorrer el pasillo, salgo de casa. En cuanto me encuentro bajo el sol, respiro hondo y me pongo las gafas.

—Ha llegado el momento de trazar un nuevo plan —me anuncio a mí misma.

Enfilo una calle en dirección al Village y busco una mesa libre en alguna de las terrazas de los restaurantes y bares de la zona —las instrucciones explícitas de Iris eran que debía tomarme una copa de rosado al sol—, pero están todas hasta los topes. Cuando hace bueno, todo Londres sale a la calle. Como noto que comienzo a acercarme peligrosamente al mal humor a causa de otro obstáculo más que me impide llevar a cabo mis planes, hago lo posible por mantener la calma y decido dirigirme al *pub* Dog and Fox con la esperanza de encontrar un lugar libre; soy solo una persona y no muy corpulenta, tal vez pueda compartir mesa.

Después de pedir una copa de vino en la barra, salgo a la terraza. Como esperaba, la mayoría de las mesas están llenas, pero veo una hacia el fondo que parece vacía hasta que me acerco y compruebo que hay un hombre al final del banco. Está solo, mirando el móvil con una pinta de cerveza rubia delante. Imagino que está esperando a alguien, aunque con suerte no le importará que me siente en un extremo.

—Disculpa —comienzo a decir con mi sonrisa más dulce—, ¿podría sentarme...?

—No —dice con un gruñido antes incluso de que haya terminado la frase.

De repente, me doy cuenta de quién es. Lleva la gorra calada hasta las orejas, por eso no lo había reconocido. El mismísimo Kieran O'Sullivan.

3



Alzando la cabeza con cautela, Kieran echa un vistazo por debajo de la visera de la gorra y se sobresalta.

—¡Tú! —Frunce el ceño y, ajustándose las gafas de sol, yergue la espalda—. ¿Me has seguido?

—¡No! —digo airada al tiempo que mis mejillas se sonrojan ante la sugerencia—. ¡No tenía ni idea de dónde estabas! ¡Creía que te habías marchado!

—Y lo he hecho. He venido aquí.

—Sí, gracias, ya lo veo —replico.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No te estoy siguiendo. Yo... Me ha surgido un contratiempo y tengo que buscar unas cosas en internet. Pensaba tomarme una copa de vino al sol mientras lo hacía. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—El apartamento que he alquilado todavía no está listo.

Reparo en su pinta de cerveza y enarco exageradamente las cejas.

—Pensaba que te dolía mucho la cabeza —mascullo—. Tanto que ni siquiera podías ir a buscarte tu propio paracetamol.

Su mandíbula se tensa.

—Es para quitarme la resaca.

Apretando los labios, tomo una decisión. Me siento con seguridad al otro lado de la mesa y, tras alargar una mano para coger uno de los endebles posavasos de cartón, dejo encima mi bebida. Luego saco el portátil de la bolsa y lo abro delante de mí. Aparto una pelusa que hay sobre el teclado.

Él me observa en silencio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunta en un tono bajo y hosco.

—Estoy tomándome algo mientras busco unas cosas en el ordenador —lo informo altivamente mientras me conecto al wifi y le doy un sorbo a mi copa.

—Me refiero a qué haces en esta mesa —me aclara con los dientes apretados. Reconozco que me proporciona una gran satisfacción comprobar que estoy molestándolo.

—Tú estás solo y yo también. Hay espacio más que suficiente para los dos. —Me coloco las gafas de sol en lo alto de la cabeza para poder ver bien la pantalla—. Ya me había pedido la bebida, así que necesitaba un lugar en el que sentarme para tomármela.

—No puedes sentarte sin más si no te han invitado.

—Es gracioso, porque recuerdo claramente cómo antes has entrado en mi piso cuando nadie te había invitado.

Él se remueve en su asiento.

—Eso ha sido un malentendido. Tú, en cambio, estás siendo grosera a propósito.

—A diferencia de lo simpático que has sido tú conmigo cuando te has dado cuenta del error —repongo con sarcasmo.

—Puede que me haya sentido algo desconcertado por la confusión —dice a la defensiva y con el ceño fruncido—. Pero no he sido grosero.

—¿En serio? Dime, Kieran, ¿cómo me llamo?

Él vacila.

—¿Qué tiene eso...?

—Sin duda, alguien con un mínimo de modales le habría preguntado el nombre a la persona en cuya casa ha irrumpido, la misma que amablemente le ha dado un vaso de agua y paracetamol —señalo con inocencia, ladeando la cabeza—. ¿O es que no me he dado cuenta con todas las disculpas que repetías sin parar?

Él inhala con brusquedad una bocanada de aire por la nariz y advierto como se le tensan los músculos de la mandíbula. No puede contestar.

¡JA!

—Lo que me imaginaba. —Vuelvo a posar la mirada en mi portátil, tecleo en Google y, tras presionar el botón de buscar, alargo el brazo para coger mi copa de vino.

Al cabo de un buen minuto de silencio, se aclara la garganta.

—Está bien —refunfuña—. Tal vez debería haberte preguntado el nombre. Y haberme disculpado.

—Ajá —digo, manteniendo la mirada en la pantalla mientras examino los resultados de la búsqueda.

—Siento haber irrumpido en tu piso... —Gesticula con una mano, indicándome que termine la frase.

—Flora.

—Siento haber irrumpido en tu piso, Flora.

Asiento con la cabeza como muestra de que he escuchado su disculpa.

—Soy Kieran —añade.

—Ya me lo has dicho antes.

Oigo el ruidito que emite su garganta antes de quedarnos en silencio, un suspiro de exasperación tal vez. Con el rabillo del ojo, veo como le da un trago a su cerveza, me mira otra vez y luego

devuelve la atención al móvil hasta que un camarero se acerca con una pizza que debió de pedir antes de que yo llegara.

Lo ignoro y me concentro en mi tarea: a las cinco en punto, tengo que haber dejado mi piso y estar de camino a otro sitio. A medida que voy vaciando mi copa, sin embargo, mis esperanzas van apagándose. Encontrar un alojamiento mínimamente agradable en el Reino Unido que tenga un precio razonable y esté disponible con tan poca antelación está resultando ser una tarea imposible.

Un movimiento al otro extremo de la mesa me distrae un momento. Kieran ha terminado de comer y se ha levantado para marcharse. Cuando pasa a mi lado, alzo la mirada, esperando que me diga adiós o algo parecido, pero no lo hace. Se larga sin pronunciar palabra.

Está bien. Como quiera. Con viento fresco.

Mordisqueándome la uña del pulgar, repaso mis contactos del móvil. Tiene que haber alguien que me pueda ayudar. Cuando ya casi he llegado al final de la lista, me invade la desesperación. No conozco tanta gente en Londres; de hecho, la única persona de esta ciudad con la que tengo una relación estrecha es Iris, y ahora mismo está viviendo con sus padres después de que su casero la echara tras avisarla con apenas un mes de antelación. Sé que me ofreció la posibilidad de hospedarme ahí en caso de necesidad, pero no puedo presentarme en la casa de sus padres en Fulham e instalarme en su sofá durante cuatro semanas. Y, además, el objetivo de todo esto era precisamente salir de Londres.

En ese momento alguien deja otra copa de vino delante de mí.

—No he pedido na... —comienzo a decir, pero me callo cuando levanto la mirada y veo que se trata de Kieran.

—Sentía que te debía una copa a modo de disculpa —dice sin apenas disimular el rencor de su tono de voz. Con otra pinta para él,

vuelve a sentarse en el extremo opuesto de la mesa.

—Vaya. Gracias. Es... muy amable por tu parte.

Él no dice nada, se pone de nuevo las Wayfarer y, dándome la espalda, se gira para observar a la gente que pasea por la calle. No puedo evitar poner los ojos en blanco. Preferiría que no me hubiera invitado a la copa de vino si lo ha hecho de tan mala gana. Aprecio el gesto, pero no parece demasiado sincero.

Por supuesto, eso no impedirá que la acepte; en lo que a mí respecta, ha sido gratis. Le doy un sorbo y me sorprende gratamente descubrir que me ha pedido un rosado mucho mejor que el de antes. De hecho, creo que es el más caro.

Bueno, a seguir buscando. Procuro tener en cuenta lo que me ha dicho Iris y ver si puedo quedarme un tiempo en un lugar y luego cambiar a otro, pero incluso mostrándome más flexible con las fechas sigo encontrándome los mismos problemas. Los alojamientos más bonitos y adecuados no están disponibles o, si lo están, es a un precio absurdo a causa de la escasa antelación.

Mientras me llevo un chasco tras otro, no dejo de resoplar y suspirar hasta que, finalmente, me doy por vencida y, con un sonoro gemido, entierro la cara en las manos.

—¿Podrías... parar de hacer eso? —oigo que me pregunta Kieran. Abro los dedos y, a través de los huecos, veo su expresión de fastidio—. La gente está empezando a mirar hacia aquí y preferiría evitarlo.

Bajo las manos y lo fulmino con la mirada.

—Vaya, siento que mi desgracia te suponga un inconveniente.

Él permanece imperturbable.

—Discúlpame por querer algo de privacidad.

—Sí, claro, sin duda con esa gorra y esas gafas pasas del todo desapercibido —mascullo al tiempo que pongo los ojos en blanco—.

Las gorras son parte del uniforme de un tenista.

—¿Uniforme? —repite, esbozando una sonrisita de suficiencia.

Es la primera vez que lo veo amagar siquiera una sonrisa. Aunque se trate de una muestra de presunción.

—Lo siento, quería decir «equipación deportiva» —repongo en tono burlón—. ¿Sabes? La mayoría de la gente, al ver que alguien tiene un problema, le preguntaría qué le pasa en vez de regañarlo por lamentarse en voz alta.

—No te he regañado, solo te he pedido educadamente que dejaras de hacerlo. En cuanto alguien me reconoce, me resulta imposible relajarme. Aunque no espero que tú lo comprendas —dice con amargura.

—¡Uy, sí, alguien puede venir a pedirte un selfi! ¿Tan grave es?

—Puede que me pidan un selfi si se atreven a venir hasta aquí, pero la gente no pide permiso para hacerte fotografías y vídeos desde su mesa. Y resulta imposible relajarse cuando sabes que están mirándote y grabándote.

Exhalo un suspiro, irritada. Por muy mal que me caiga Kieran, lo cierto es que tiene algo de razón.

—Está bien —accedo, colocando los dedos sobre el teclado del portátil—. No haré nada más que pueda llamar la atención. De todos modos, en cuanto me acabe la copa, me voy.

Él asiente con brusquedad. Yo me quedo mirando inexpresivamente la pantalla con los dedos inmóviles. No tengo ni idea de qué teclear en el buscador. No estoy segura de sentirme capaz de revisar más páginas web de alquileres temporales. Al caer en la cuenta de mi derrota, cierro los ojos desesperada.

Kieran tose y murmura algo tan bajito que no llego a oírlo.

—¿Cómo dices? —pregunto. Me vuelvo hacia él de mala gana, preparándome para la siguiente crítica. A lo mejor he hecho

demasiado ruido al cerrar los ojos o quizá estoy bebiéndome el vino con excesiva lentitud.

—¿Cuál es el problema? —repite en voz baja y con el ceño fruncido.

Parpadeo y me llevo una mano al pecho.

—¿Me hablas a mí?

—Has dicho que tenías un problema —me recuerda con impaciencia.

Enarco las cejas.

—¿Estás preguntándome si estoy bien?

No puedo verle los ojos detrás de las lentes oscuras de sus gafas, pero su expresión tensa parece querer decirme: «No me toques las narices y limítate a responder».

—Está bien, de acuerdo. Si te soy sincera, no tengo ningún sitio en el que alojarme las próximas semanas —lo informo—. El tejado de la casita de campo que había alquilado en Lake District se ha venido abajo, de modo que ya no puedo ir ahí, y, con tan poca antelación, no encuentro ningún otro lugar.

Él observa como cojo mi copa de vino y la remuevo antes de darle un largo trago.

—¿Estás preocupada porque no tienes un lugar al que ir de vacaciones? —dice lentamente, como si no tuviera claro cuál es el problema—. Hay muchos sitios en el Reino Unido. Seguro que puedes encontrar algo.

—Sí, ya, pero tengo unos requisitos muy específicos —contesto a la defensiva mientras me pregunto por qué me he tomado la molestia de compartir mis preocupaciones con alguien tan detestable —. No puedo alquilar un alojamiento cualquiera.

Él le da un trago a su cerveza y se mete las manos en los bolsillos.

—De acuerdo, ¿cuáles son?

—Tiene que estar en un lugar bonito y apacible de la campiña, con al menos un lago o masa de agua cerca, y preferiblemente disponible durante cuatro semanas porque no tengo ganas de estar yendo de un lugar para otro. Y también debe ser tranquilo y sereno. Tampoco puede ser muy caro, y no quiero ir a un hotel, así que tiene que ser alguna especie de cabaña, apartamento o casa, pero que no sea demasiado grande, pues voy a estar sola.

Él se me queda mirando y yo me lo quedo mirando a él.

—Son unos requisitos muy específicos —admite finalmente.

—Así es. Y esa es la razón por la que, mal que me pese, a no ser que ocurra una especie de milagro y una casa de campo en Keswick pase a estar disponible en las próximas horas, vas a tener que alojarte en otro sitio durante el torneo.

—¿Cómo dices?

—Es posible que mi piso deje de estar disponible —le aclaro, dándole otro sorbo a mi vino—. Comprendo que se trata de una inconveniencia, pero seguro que alguien como tú puede...

—No pienso buscar otro alojamiento —zanja con severidad, interrumpiéndome.

Titubeo un momento.

—Es posible que tengas que hacerlo. Puede que no tengamos otra opción.

—Tú no tienes otra opción que alquilarme el apartamento a mí, tal y como has acordado, puesto que he pagado por él y hemos firmado un contrato —me responde con serenidad—. Siento que tus vacaciones se hayan ido al traste, pero eso no es problema mío.

Me lo quedo mirando con incredulidad.

—¿Hablas... en serio?

—He alquilado ese apartamento con todas las de la ley. Tendrás que buscarte otro sitio.

—Pero... ¡tú eres Kieran O'Sullivan! ¡Puedes alojarte donde te dé la gana!

Él hace una mueca.

—Por favor, grita más alto mi nombre —masculla con sarcasmo mientras me fulmina con la mirada—. Creo que los habitantes de Australia no te han oído.

—Debe de haber cientos de hoteles elegantes o mansiones en los que puedas quedarte —argumento, ignorando sus palabras porque su comodidad es la última de mis prioridades en estos momentos.

—No quiero alojarme en ningún hotel elegante ni en una mansión —responde.

—¿Se puede saber por qué no?

—Tengo unos requisitos muy específicos.

Entrecierro los ojos.

—¿En serio?

—En serio.

Me cruzo de brazos.

—Muy bien, pues. ¿Cuáles son?

Él le da un largo trago a su cerveza y vuelve a dejar el vaso en la mesa antes de contestar.

—No puede ser una habitación de hotel porque resultan demasiado impersonales, y tiene que ser un piso, no una casa, porque es solo para mí y sería demasiado grande. Es necesario que cuente con un jardín o, al menos, algún tipo de espacio exterior. Y debe tener entrada independiente para no tener que compartir la puerta con nadie. Además, debe estar cerca del All England Lawn Tennis and Croquet Club. Y también del Village para poder ir a tomar algo cuando lo necesite. Y, lo más importante, si hay algo disponible en Lingfield Road, me alojaré ahí y solo ahí. Esto no es negociable.

Para cuando llega al final de la lista, se me ha descolgado la mandíbula. En primer lugar, me siento abrumada por lo pormenorizada que es su respuesta, pues hasta ahora solo me había obsequiado con comentarios breves y bordes; por otro lado, es IMPOSIBLE que todo eso vaya en serio. No puede ser. Es demasiado ridículo. Los jugadores de tenis participan en torneos que se celebran por todo el mundo, dudo mucho que encuentre lugares que encajen a la perfección con esos requisitos cada vez que juega en alguno. Solo está intentando hacerse el difícil.

—Eso último te lo has inventado —suelto de forma acusadora.

Él niega con la cabeza.

—Para nada.

—Entonces, ¿estás diciéndome que, a pesar de que podrías alojarte en cualquier lugar de Londres, te niegas a renunciar a mi piso de una habitación porque está en Lingfield Road?

—Así es —me confirma—. ¡Ah, y también por el mural del salón!

—¿Cómo dices?

—Las flores de cerezo pintadas en la pared. Me gustan.

Me lo quedo mirando con perplejidad.

—Está bien, me halaga que te guste mi obra, pero, Kieran, si por la razón que sea Lingfield Road es tan importante para ti, entonces tal vez podrías mirar si alguna otra persona más que viva ahí está interesada en alquilarte su vivienda. El piso que hay encima del mío, por ejemplo, está vacío. Podemos ponernos en contacto con la señora Perry y ver si...

—¿Qué quieres decir con tu obra? —me pregunta juntando las cejas.

—¿Eh?

—Has dicho que te halagaba que me gustara tu obra.

—Sí, porque has dicho que te gusta el mural que pinté en la pared —le explico con impaciencia—. ¿Has oído lo que acabo de decirte? Creo de verdad que si buscaras otro...

—¿Tú has pintado esas flores de cerezo? —vuelve a interrumpirme.

—¡Sí!

—¿Eres artista?

—No. Bueno, quiero serlo. De ahí mi interés en ir a Lake District, de hecho. Quería comenzar a trabajar en mi novela gráfica. Por eso es una catástrofe que lo de la casita de campo se haya venido abajo, literalmente —murmuro, pasándome una mano por el pelo.

—Los artistas pueden trabajar en cualquier parte.

—Sí, bueno, esta no —respondo—. Necesito estar en Lake District. ¿Se puede saber por qué estamos hablando de esto? Creo que deberíamos concentrarnos en el problema de dónde vas a alojarte.

—Dónde vas a alojarte tú —me corrige con firmeza—. Ya te he dejado claro que no pienso buscarme otro sitio.

—¡Es mi piso!

—Y me lo has alquilado a mí.

—¡Pero tú puedes hospedarte en cualquier otro lugar!

—No quiero —dice apretando los dientes y mirando nervioso la mesa que hay detrás de mí, ya que el volumen de mi voz ha ido aumentando a medida que lo hacía la creciente ira que siento ante este imbécil tozudo y poco razonable.

—¿Por qué es tan importante Lingfield Road?

—Tiene que haber alguien con quien puedas alojarte...

—No lo hay.

Respira hondo por la nariz.

—Está bien —dice con voz cansada cuando termina su exagerada inhalación—. Entonces estoy seguro de que puedes encontrar algún

otro lugar adecuado para una artista en ciernes, aunque no esté en Lake District.

—Tiene que estar allí —insisto, aunque me he pasado la última hora buscando en otras zonas, pero Kieran está siendo tan maleducado y poco razonable que, instintivamente, me muestro tan intransigente como puedo—. Es el único lugar en el que podré trabajar en mi libro.

—¡Anda ya! ¡Eso no es más que una excusa! —exclama, volviéndose en su asiento para mirarme de frente—. Si quieres ponerte con tu novela gráfica, hazlo y punto. No necesitas estar en Lake District. Eso es ridículo.

Aprieto el puño y noto como me hierve la sangre.

—No lo es.

—¿Qué tiene Lake District que lo haga tan necesario para que puedas comenzar tu libro? —me pregunta cabreado, alzando una mano. A medida que nuestra discusión sube de tono, se va alterando cada vez más.

—No lo sé, Kieran. ¿Silencio, tranquilidad, lagos preciosos y montañas sobrecogedoras tal vez?

—¿Así que eso es lo que un verdadero artista necesita para crear una novela gráfica? ¿Lagos y montañas?

Un ardiente rubor se extiende por mi rostro.

—¡Sí! ¡Es un paisaje inspirador! ¡Quiero sentirme inspirada!

Él se ríe con un resoplido.

—Eso es oficialmente la mayor estupidez que he oído en mi vida.

«Que te jodan, Kieran O'Sullivan».

Antes de tener siquiera la oportunidad de pensar en lo que estoy haciendo, me pongo de pie, cojo mi copa de vino y le lanzo el contenido a la cara. Él farfulla algo, sorprendido, mientras le caen

gotas de vino rosado por la visera de su gorra y las lentes de sus gafas de sol.

Toda la gente que abarrota la terraza se vuelve hacia nosotros.

Muy tranquilamente, dejo la copa en la mesa, cojo mi bolsa y me voy.

4



Puede que mi reacción haya sido ligeramente desproporcionada.

Sin embargo, no iba a quedarme ahí sentada y dejar que un jugador de tenis gilipollas que gana más de lo que se merece se riera de mis sueños solo porque no los entiende. Puede que a él le parezcan estúpidos, pero para mí no lo son, y no tenía ningún derecho a hacerme sentir como una idiota.

Además, no me cae nada bien.

Cuando llego a casa, todavía estoy furiosa. Cierro la puerta de entrada de un portazo, voy al dormitorio, lanzo la bolsa con el portátil sobre la cama y dejo escapar un sonoro «¡ARGH!» de frustración. Luego agarro uno de los cojines decorativos con la intención de tirarlo al otro lado del dormitorio, pero apenas consigo que caiga a un metro de mí. Respirando pesadamente, me quedo ahí de pie un momento con los brazos en jarras. Después, tras exhalar un hondo suspiro, recojo el cojín y vuelvo a colocarlo en su sitio. Joder. Soy tan patética que ni siquiera puedo tirar cosas en pleno ataque de rabia.

Me dejo caer en la cama y entierro la cabeza en las manos.

Me siento tan perdida... ¿Cuántas veces puede una caer antes de renunciar a levantarse de nuevo? A lo mejor tengo que aceptar que no soy una artista de verdad. Jonah siempre me decía que las cosas serían más fáciles si lo hacía. Lo más exasperante del día de hoy es que no estoy completamente convencida de que Kieran O'Sullivan no tenga algo de razón. De hecho, me temo que ese es el motivo por el que me he puesto a la defensiva y he terminado tirándole el vino. El mundo está lleno de artistas que no necesitan crear su obra en un lugar específico. La mayoría lo hacen en el tiempo que les dejan su empleo y una caótica vida familiar. Y aquí estoy yo, sin responsabilidades ni familiares que dependan de mí, aunque también sin la menor inspiración. Tengo tiempo, pero no ideas.

¿Y qué narices hago en Londres? Aquí ya no hay nada para mí. Por mucho que me cueste aceptarlo, es posible que simplemente no encaje en esta ciudad. Aún recuerdo con claridad el día que me mudé a Wimbledon y me enamoré al instante del lugar. Me encanta su ambiente; me encantan los *pubs*, los restaurantes y las tiendas; me encanta el parque de Wimbledon Common y que parezca conformar una comunidad propia. Recuerdo la emoción que sentí la primera vez que paseé por el Village. Estaba convencida de que este era mi lugar ideal y de que Jonah y yo íbamos a ser felices aquí. Yo trabajaría en algún medio de comunicación y conseguiría una oferta para publicar un libro. En verano, nos sentaríamos en el parque con nuestras latas de Pimm's y nos reiríamos y charlaríamos y seríamos felices como todas las demás parejas o grupos que pueden verse holgazaneando en sus extensiones de hierba.

Pero mírame. No soy feliz. Estoy sola y no dejo de fracasar. En todo. Ni siquiera soy capaz de reservar unas putas vacaciones sin que todo se vaya al traste. Puede que haya llegado el momento de aceptar que lo de Londres no ha salido bien. Puede que...

Suena el timbre.

Alzo la cabeza de golpe. No puede ser Kieran. No se atrevería a volver aquí.

¿Verdad?

Me levanto con mucha cautela y me apresuro a recorrer el pasillo para echar un vistazo por la mirilla. Kieran O'Sullivan se encuentra en la entrada con la gorra mojada puesta. El mal humor que exuda parece atravesar la puerta y colarse en el apartamento. Veo como extiende un brazo para volver a llamar al timbre con impaciencia mientras no deja de mirar a uno y otro lado. Dios mío, ¿qué problema tiene este tipo? Está paranoico. En la calle no hay absolutamente nadie.

—¿Qué quieres? —pregunto sin abrir la puerta.

Él acerca el rostro para contestar y, manteniendo el tono de voz lo más bajo posible, dice:

—Me gustaría hablar contigo.

—Pero yo no quiero. Vete a algún otro lado, por favor —respondo con sequedad.

—Flora —dice con los dientes apretados al tiempo que apoya un brazo en la puerta y se inclina hacia esta—. Me gustaría mucho hablar contigo. ¿Puedes abrirme, por favor?

—Puedes hacerlo desde donde estás.

—Pero no debidamente. Cualquiera podría oírme —dice, echando un vistazo por encima del hombro.

No contesto. Doy un paso atrás y me cruzo de brazos.

—Por favor —oigo que dice con voz cansada.

Armándome de valor, abro la puerta de golpe. Esto lo coge por sorpresa y casi se cae hacia delante. Tras conseguir mantener el equilibrio, entra en el piso. Se detiene en el vestíbulo, se quita la gorra y se vuelve hacia mí mientras cierro la puerta a su espalda.

—¿Qué querías decirme? —pregunto despreocupadamente, pasando a su lado en dirección al salón.

—Quería preguntarte por qué estoy cubierto de rosado —contesta, siguiéndome hasta la entrada del salón—. ¿Tienes alguna idea de lo que has hecho?

Frunzo el ceño.

—Entonces no has venido para disculparte.

Él me mira desconcertado.

—No puedo pedirte perdón a menos que sepa por qué debo hacerlo. En caso contrario, serían unas disculpas falsas.

—Qué noble.

—Te he pedido específicamente que no llamaras la atención —dice. Sus ojos azules resplandecen mientras arroja la gorra al sofá y se pasa una mano por el pelo—. Y vas tú y me tiras encima la bebida delante de todo el mundo. ¿Sabes lo que ha ocurrido cuando te has marchado?

Me encojo de hombros.

—Una multitud se me ha echado encima —dice con un gruñido.

Con un exagerado suspiro de aburrimiento, cojo su gorra y paso a su lado en dirección al pasillo para dejarla en el colgador de la entrada.

—¿Sabes lo incómodo que es que la gente te pida un selfi cuando estás cubierto de vino? —prosigue, observándome con curiosidad cuando regreso al salón—. He tenido que deshacerme de ellos de mala manera para conseguir salir de ahí.

Me llevo una mano al pecho y dejo escapar un falso grito ahogado.

—¿Te has visto obligado a ser maleducado? Inconcebible.

Él ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—Preferiría haber pasado desapercibido.

—Y yo que no me hubieras ofendido —respondo altivamente mientras ahueco los cojines del sofá que él ha aplastado antes.

No es algo natural en mí comportarme de un modo tan beligerante, y, si bien estoy arreglándomelas para mantener el tipo, es una conversación que sigue resultándome algo enervante, así que tengo que hacer algo con las manos. Además, Kieran tiene la mirada más intensa que he visto en mi vida y no la aparta de mí. Y no en un buen sentido.

Si las miradas mataran, ya estaría exhalando mi último aliento.

—¿En qué sentido te he ofendido? —quiere saber.

—Te has reído de mí.

—No, no lo he hecho.

—Me has llamado estúpida.

—No, no lo he hecho —masculla.

—Kieran —yergo la espalda y pongo los brazos en jarras—, ¿de veras estás diciéndome que no recuerdas las palabras exactas que acabas de decirme en el *pub*? ¿Vas a negarlo?

—Si crees que te he llamado estúpida es que me has malinterpretado —me explica—. Y te pido perdón si antes me he expresado con torpeza. No pretendía insultarte. Lo que quería decir era que habías dicho una estupidez.

—Es lo mismo.

—No, no lo es.

—Sí, lo es.

—¡No, no lo es! —repite airado, levantando la voz con los orificios nasales dilatados—. Uno no es estúpido por decir una estupidez. La gente dice estupideces continuamente. Por ejemplo, decir que tienes que estar en Lake District para crear arte es una estupidez.

—¡Ya estás insultándome otra vez! —señalo al tiempo que alzo ambas manos—. No debería haberte dejado entrar. ¿Por qué no te

largas a algún otro lugar?

Él da un paso adelante.

—Puedo demostrarte que lo que estás diciendo es una estupidez.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Cómo?

Alarga una mano y con el dedo índice señala las flores de cerezo que decoran la pared que hay detrás de la tele. Me vuelvo hacia el mural. No sé qué explicación esperaba que me diera, pero, desde luego, no era esta.

—Ahí lo tienes —dice, examinándome—. Supongo que no arrastraste la pared hasta Lake District para pintarla.

—Esto es... distinto —balbuceo.

Exhala una bocanada de aire y baja la mano.

—Lo único que pretendía decir es que mucha gente pone excusas todo el rato porque le da miedo actuar. Si quieres dibujar una novela gráfica, Flora, puedes hacerlo en cualquier sitio.

Sigo mirando la pared, perpleja. Él suspira y, tras coger su móvil, se sienta en el sofá para leer algo en él. De repente, me siento extrañamente vulnerable, como si Kieran me hubiera calado por completo. Cruzando los brazos en un gesto vergonzoso, me vuelvo hacia él y, desafiante, alzo la barbilla.

—Aun así, no deberías haber sido tan cruel conmigo —afirmo, aunque, dicho en voz alta, suena bobo e infantil.

—Y tú no deberías haberme tirado el vino —contesta sin vacilar, como si estuviera esperando que yo dijera eso y ya tuviera preparada la respuesta.

Cambio el peso de un pie a otro.

—Está bien. A diferencia de otras personas, soy capaz de admitir que estoy equivocada. —Él alza la mirada, ligeramente sorprendido

—. Tirarte el vino ha sido... innecesario. En vez de eso, debería haberte explicado por qué estaba molesta.

Él aprieta los labios y, sin apartar en ningún momento los ojos de mí, respira hondo. Veo como su pecho sube y baja mientras permanezco a la espera de que diga algo, pero no lo hace.

—¿No vas a disculparte? —pregunto finalmente con impaciencia.

—Ya lo he hecho —asegura.

—¿Perdona? No, no lo has hecho.

Me mira con el ceño fruncido, confuso.

—He dicho hace un momento que me disculpaba si me había expresado con torpeza y que no pretendía hacerte sentir mal.

Abro la boca para protestar y me doy cuenta de que... tiene razón. Lo ha dicho justo antes de hacerme la observación sobre el mural, pero en ese instante la irritación y la ira me consumían de tal modo que no lo he oído ni apreciado.

«Maldita sea».

—Ah, sí —murmuro—. Vale, está bien. Gracias. Acepto tu disculpa.

Volviéndose de nuevo a su teléfono, Kieran enarca una ceja con aire satisfecho.

—Tampoco hace falta que te lo creas tanto —suelto.

Él me ignora por completo. Poniendo los ojos en blanco, me dirijo al otro sofá y me dejo caer en él. Estoy agotada y todavía tengo que decidir qué narices voy a hacer las próximas semanas. De repente, el móvil de Kieran suena otra vez. Me giro hacia él. Veo que frunce el ceño al comprobar quién lo llama y, de nuevo, lo ignora.

—Puedes cogerle el teléfono a la chica, no me importa —digo distraídamente mientras me mordisqueo la uña del pulgar. Es una mala costumbre de la que me deshice hace años, pero en la que vuelvo a caer cuando estoy estresada, como un tic nervioso.

—No pasa nada, preferiría... —Se calla de golpe y vuelve la cabeza hacia mí—. ¿Cómo sabías que era una chica?

—Lo he supuesto. ¿Por qué? ¿He acertado?

Él no dice nada, pero percibo un temblor en su mandíbula.

—He acertado, ¿verdad? —digo con descaro—. Henrietta. Deberías contestar sus llamadas. Está claro que necesita hablar contigo.

—No es que sea asunto tuyo —comienza a decir en un tono de voz profundo y contenido—, pero en estos momentos preferiría no hablar con ella.

—¿Por qué? ¿Temes que esté enfadada contigo porque esta mañana te has marchado de su casa sin despedirte?

Sus ojos se abren como platos, evidenciando su estupefacción, y yo me regodeo en el hecho de ser quien domina la conversación. Hasta ahora, él se ha mostrado tan superior y engreído que no deja de parecerme un logro haber conseguido que, por una vez, sea él quien se ponga a la defensiva.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta con preocupación al tiempo que las arrugas de su frente se vuelven aún más profundas—. ¿Lo has leído por internet?

—No, solo lo he supuesto y tú me lo has confirmado —contesto con afectación—. No hace falta ser un genio para deducirlo. Has aparecido aquí mucho antes de la hora con ropa que claramente llevaste anoche, bastante resacoso y apestando a alcohol, y ahora no dejas de ignorar las llamadas de una mujer.

Él frunce el ceño.

—Está bien, Sherlock. Eres muy lista.

Su móvil vuelve a sonar y yo pongo los ojos en blanco.

—Sé que no es asunto mío, pero, si no pretendes cogérselo, al menos envíale un mensaje —le sugiero—. Puede que piense que ha

hecho algo mal. Si no ha sido así, no es justo que se quede preocupada. Y, además, así conseguirás que deje de atosigarte a llamadas. Ambos saldréis ganando.

—Yo no... Ella no ha hecho nada malo. —Exhala un suspiro mientras se acaricia pensativamente la barba de tres días—. No tenemos nada serio. Ella ya lo sabe.

—Entonces, ¿por qué has sentido la necesidad de marcharte sin despedirte esta mañana?

—No quería que los *paparazzi* me vieran salir de su casa. A primera hora suelen pulular alrededor de su edificio. Quería marcharme antes de que llegaran.

Asiento intrigada.

—De modo que es famosa, ¿eh? ¿A qué se dedica? ¿La conozco?

Él no contesta.

—Como quieras —digo, suspirando con impaciencia—. Pero no te comportes como un capullo. Envíale un mensaje y explícale lo de los *paparazzi*. Si es famosa, lo entenderá, ¿no?

Él coge el móvil a regañadientes y comienza a teclear antes de levantar la mirada hacia mí con expresión insegura.

—¿Has dicho que apesto a alcohol?

—¿Eh? A ver..., sí. Aunque, para ser sincera, creo que el vino lo ha empeorado.

Kieran no puede evitar sonreír al oír eso y consigo atisbar fugazmente los hoyuelos de sus mejillas. Diría que no había reparado en ellos antes, pero en realidad creo que no ha sonreído delante de mí hasta este momento. Le cambian el rostro por completo, suavizándolo y volviéndolo más atractivo. Su aparición, sin embargo, es tan efímera antes de que su semblante se torne de nuevo inexpresivo que me pregunto si realmente existen.

Cuando su móvil vuelve a sonar, levanto la vista al techo.

—¡Cógelo de una vez! Está claro que está enfadada.

—No es ella —me dice antes de molestarse en contestar la llamada—. Hola, Neil.

Vuelvo a bajar la mirada y advierto como la expresión de Kieran se ensombrece mientras escucha lo que sea que el tal Neil esté diciéndole al otro lado de la línea. Sus ojos se posan en mí y parpadean.

—Sí. Ha sido un malentendido. Puedo explicártelo cuando te vea —dice en un tono algo tenso—. ¿Cómo de grave es? —Mientras escucha la respuesta, aprieta los labios con tal fuerza que casi desaparecen—. Está bien, de acuerdo. Todavía no traigas a Nicole. De momento ven solo tú, Neil. Lo digo en serio. No quiero que venga todo el equipo. Ah, por cierto, necesito ropa limpia. Sí, Tori tiene mis cosas. Llegará a las cinco, pero necesito algo antes. —Me mira fijamente—. Al parecer no huelo demasiado bien y me gustaría ducharme.

Tras colgar, agacha la cabeza unos segundos y exhala un suspiro.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Kieran inhala una bocanada de aire y teclea algo en el móvil. Al principio, pienso que se está limitando a ignorarme y ha decidido seguir escribiendo a Henrietta, pero luego se pone de pie y se acerca a mí, sosteniendo el aparato en alto para mostrarme la pantalla. Yo lo cojo para poder ver bien lo que está enseñándome.

Se trata de una serie de posts de redes sociales, la mayoría de los cuales muestran el mismo vídeo. En él se nos ve a Kieran y a mí hablando en la terraza del Dog and Fox antes de que yo me levante hecha una furia y le tire mi bebida por encima.

—Dios mío... —susurro mientras paso al siguiente vídeo, horrorizada. No para de compartirse, y los comentarios son interminables.

—Deberías sentirte halagada —observa fríamente Kieran—. Me has tirado la bebida con tanto estilo que se ha vuelto viral.

5



Los fotógrafos van llegando poco a poco. Al principio, solo hay un tipo con una cámara alrededor del cuello merodeando cerca de casa, pero después llega otro, que saluda al primero como si fueran viejos amigos, y luego un tercero y un cuarto hasta que se reúnen cinco o seis en la calle. Solo han pasado un par de horas desde que el vídeo en el que le tiro el vino a Kieran ha aparecido en las redes y ya han averiguado dónde se aloja. Resulta escalofriante.

—Es mejor que te apartes de la ventana —me dice Kieran airado por millonésima vez—. O verán como se mueven las persianas.

—¡No entiendo cómo han podido averiguar dónde estabas! —exclamo al tiempo que dejo caer la persiana—. ¿Cómo lo saben?

—Porque la gente habla —contesta Kieran con amargura—. Uno de tus vecinos debe de haberme visto y se habrá corrido la voz. Seguramente cuando no me dejabas entrar e insistías en que habláramos a gritos a través de la puerta. No ha sido algo muy sutil que digamos.

—O sea, que esto es culpa mía, ¿no? —repongo con un resoplido, fulminándolo con la mirada.

—Tú eres la que me ha tirado el vino y después se ha negado a abrirme la puerta. En el *pub* te advertí que pasaría esto.

—Eres de lo que no hay —respondo exasperada mientras comienzo a deambular de un lado a otro del salón—. Y no lo digo como un cumplido.

—No he pensado que lo fuera. —Kieran observa como me alejo de la ventana y luego regreso a ella sin dejar de mordisquearme la uña del pulgar—. ¿Puedes parar de dar vueltas, por favor? Resulta irritante.

Entrecierro los ojos.

—No, no pienso parar, muchas gracias. Por culpa de tus seguidores acérrimos de ahí fuera, estoy encerrada. No puedo quedarme sentada mientras la gente habla de mí en internet.

—Los *paparazzi* no son seguidores míos —me informa en un tono de voz bajo y cortante, volviéndose instintivamente hacia la ventana —. En todo caso, se trata más bien de lo opuesto: están siempre a la espera para despedazarme a la mínima oportunidad.

—¿Has visto lo que están diciendo de mí?

—Ya te he dicho que no mires el móvil. —Su voz suena con más suavidad de lo normal, casi con un dejo de tristeza—. Es mejor ignorarlo.

—¡Me llaman «rubia desconocida»! ¡Y aseguran que soy tu nueva amante! —Hago una mueca, muerta de la vergüenza por haber tenido que decir eso en voz alta—. ¡¿Por qué afirman algo así?! ¡Pero si acabamos de conocernos!

—Me has tirado una bebida. No mucha gente le haría algo así a alguien que no conoce.

—¡Tú me habías hecho enfadar!

—Ya lo sé.

—¡No suelo tirarle bebidas a la gente! ¡De hecho, ha sido la primera vez!

Kieran suspira y, frotándose la frente, cierra los ojos un momento. De repente, el ruido y el tumulto que hay en la calle aumentan y vuelve a alzar la cabeza de golpe.

—Debe de ser Neil —anuncia, levantándose del sofá y saliendo del salón en dirección a la puerta.

Cuando esta se abre, puedo oír a los periodistas gritando sus persistentes preguntas unos sobre otros: «Neil, ¿puedes contarnos qué ha pasado en el *pub*?», «¿Quién es la nueva novia de Kieran, Neil?», «¿Temes que esto afecte a su rendimiento en el torneo de Wimbledon?», «¿Es algo serio?», «¿Cómo se llama la chica, Neil?».

La puerta vuelve a cerrarse y sus voces dejan de oírse. Me llevo una mano a la boca. Esto es mortificante. Tengo un par de llamadas perdidas de Iris. Seguro que ya ha visto el vídeo y me ha reconocido. No pasará mucho rato hasta que mucha más gente que conozco también lo haga. Dios, ¿por qué he tenido que tirarle el vino y montar una escenita? ¿Por qué he perdido los estribos? ¿Por qué he permitido que me sacara de mis casillas?

La culpa la tiene Kieran. Si no hubiera sido tan grosero, nada de esto habría ocurrido.

En ese momento regresa al salón seguido de Neil (quien, según me ha explicado Kieran, es su entrenador). Si lo hubiera visto caminando por la calle, habría pensado que me resultaba familiar, aunque dudo que hubiera sido capaz de situarlo. Cuando Kieran me ha dicho que Neil Damon vendría a casa para ayudarlo a hacer un control de daños, ha parecido confundirle mi expresión en blanco y ha repetido su nombre como si eso fuera a servirme. «Neil Damon». Yo le he dicho que me sonaba, pero que necesitaba alguna pista. Mostrándose algo escandalizado, me ha recordado que fue un

famoso jugador de tenis estadounidense que ganó Wimbledon en dos ocasiones. Ahora ya está retirado.

Neil es mucho más bajo de lo que esperaba. Había dado por hecho que todos los jugadores de tenis eran gigantes musculosos, pero él mide aproximadamente uno setenta y cinco. Es guapo, tiene el pelo entrecano, unos ojos de color castaño claro y luce una expresión severa. Por alguna razón, esperaba que fuera en chándal, pues en mi cabeza eso es lo que visten todos los entrenadores de tenis; sin embargo, va ataviado con un lujoso traje a medida y una corbata, y lleva una bolsa de cuero colgada al hombro. Cuando entra en el salón, le sonrío tímidamente. Él no me devuelve la sonrisa.

—Tú debes de ser Flora —dice en un tono arisco.

—Hola, es un placer conocerte.

Él me examina un instante. Yo, mientras tanto, jugueteo con los bajos de mi camiseta corta.

—Lo mismo digo —contesta fríamente, y le tiende la bolsa a Kieran—. La ropa que me has pedido. Siento no haber podido llegar antes. ¿Has hablado con alguien?

Kieran niega con la cabeza.

—Solo contigo.

Neil se vuelve hacia mí.

—¿Y... la señorita Hendrix?

Se me queda mirando expectante. Me vuelvo hacia Kieran, confundida.

—No ha hablado con nadie —contesta él—. Creo.

—Algo es algo. Eso nos facilitará las cosas a la hora de tomar el control de la narrativa. Tengo que decir que no es el inicio de torneo que tenía en mente, Kieran —lo reprende Neil en un tono cortante.

Kieran se pone tenso.

—Yo tampoco, Neil. Las historias que circulan no son ciertas. Flora y yo nos hemos conocido hoy y... ha habido un malentendido en el *pub*.

—Sí, bueno, pues da la impresión de ser algo mucho más íntimo que un mero malentendido —dice Neil furioso mientras se dirige al otro lado del salón—. ¿Qué mensaje crees que envías a tus competidores con esto, eh? Pensaba que este año querías ser una amenaza seria.

—No necesito que me sermonees —replica bruscamente Kieran. Y luego, mirándome de reojo, añade—: Ya hablaremos más tarde.

—Esto... ¿Qué os parece si os dejo solos? —sugiero, abriéndome paso entre los dos para poder salir del salón. Antes de hacerlo, me detengo en la entrada y, volviéndome, le digo a Neil—: De veras que ha sido solo un malentendido. Lamento lo sucedido.

En vez de contestar, se queda mirando el suelo con expresión tensa. Pillo la indirecta y, tras escabullirme, me encierro en la seguridad de mi dormitorio. «Mierda». Esto es grave. Ya es oficial: mi día ha pasado de meramente terrible a jodidamente desastroso. Como si no tuviera suficientes cosas de las que preocuparme, ahora soy un meme. Apoyo la espalda en la puerta y, con los ojos cerrados, considero la posibilidad de no salir de la habitación nunca más. Podría hacerme un ovillo debajo del edredón y esperar a que todos los problemas desaparezcan. Los *paparazzi* se marcharán, Kieran y Neil también, en algún momento el meme desaparecerá y yo podré volver a ser una desconocida.

Al poco mi móvil vibra y, al ver que se trata de Iris, decido contestar la llamada. Ya llevo demasiado rato ignorándola.

—Ey —digo en voz baja.

—¡HOMBRE! ¡HOLA! —grita tan alto que tengo que apartar momentáneamente el teléfono de la oreja—. ¡POR FIN has decidido

contestar!

—Sí, lo siento, he estado... ocupada.

—Pero ¡¿qué COJONES está pasando, Flora?! ¿Por qué hay un vídeo en las redes sociales en el que le tiras una copa de vino en la cara a Kieran O'Sullivan?

Me muerdo el labio inferior.

—Eh... ¿No soy yo? —pruebo patéticamente.

—Claro que eres tú —responde ella con entusiasmo—. ¿Lo conoces? ¿Cómo es que no me lo habías dicho? ¿Qué está pasando?

Respiro hondo.

—Está bien, ¿esto quedará entre tú y yo?

—Por el amor de Dios, Flora, claro. ¿Cuándo no lo ha hecho una conversación nuestra?

—Cierto. —Me froto la frente con la mano libre. Estoy comenzando a sentir un dolor sordo en un lado—. ¿Recuerdas que había puesto en alquiler mi piso para las próximas semanas? Resulta que quien lo ha arrendado era Kieran O'Sullivan.

—Estás de broma. Estás de BROMA. ¿Es una broma?

—No. No lo es.

—¡Ay, Dios!

—Ya lo sé. Ha llegado antes de lo que debería y luego se ha marchado. ¿Recuerdas que antes hemos hablado y me has dicho que me fuera a tomar algo a un *pub*? Pues he terminado yendo al mismo que él. Pero no estaba siguiéndolo, en serio. Ha sido por accidente.

—Vale...

—Entonces hemos discutido y le he tirado el vino.

—¡Flora! Me cuesta creerte, pero, claro, ¡he visto la maldita prueba en internet! Menuda locura. ¡Kieran O'Sullivan! ¿Cómo es? —me pregunta con curiosidad.

—¿Te acuerdas de que todo el mundo piensa que es un capullo?

—Sí.

—Pues es un capullo.

—¡Ah, por eso le has tirado el vino!

Asiento, cogiendo el móvil con fuerza.

—Hay periodistas delante de mi piso, Iris.

—Mierda. Sí que te han encontrado rápido. Aunque tampoco es tan raro. El vídeo se ha vuelto viral y se les da bien su trabajo. ¿Has hablado con ellos?

—Claro que no. Quiero que se larguen cuanto antes. No quiero que la gente piense que soy la última conquista de Kieran O'Sullivan —murmuro, haciendo un mohín—. Qué vergüenza.

—No lo sé, Flora. Puede que sea algo bueno.

—¿Cómo dices?

Iris suelta una risita.

—¿Puedes imaginarte la cara de Jonah cuando vea esto? Ese jodido idiota se volverá loco creyendo que estás saliendo con un jugador de tenis de renombre mundial. Y encima ese tenista en cuestión resulta ser endiabladamente sexy.

Me mordisqueo la uña del pulgar. No puedo fingir que no se me haya pasado por la cabeza que Jonah llegue a ver el vídeo. De hecho, ha sido una de las primeras cosas en las que he pensado cuando ha comenzado a propagarse por internet cual incendio forestal. Lo que no he terminado de tener claro es si el hecho de que piense que estoy saliendo con Kieran es algo bueno o malo. Supongo que se trata de algo bueno siempre y cuando no crea que le he tirado el vino porque me ha dejado.

—¿Sigues ahí, Flora? —pregunta Iris.

—Sí, solo... estoy tratando de decidir qué pasos debo dar.

—Está muy claro. Deja que la gente piense que estáis juntos. Será lo mejor tanto a ojos de tu exnovio como de tu casero.

Vacilo.

—¿Mi casero?

—Claro —dice ella como si fuera obvio—. No querrás que piense que le has subarrendado el piso a un jugador de tenis, ¿verdad? ¿No me dijiste hace unos meses, cuando comenzaste a plantearte la posibilidad de poner en alquiler el piso durante el torneo, que no estabas segura de si los términos de tu contrato te lo permitían? ¿Llegaste a mirarlo?

La sangre se me hiela en las venas.

—Pues...

—Mira, si los *paparazzi* están en la puerta de tu piso es que ya se ha descubierto el pastel. En algún momento fotografiarán a Kieran entrando o saliendo y, si el casero lo ve, podría atar cabos. Es mejor que piense que es tu novio. No querrás arriesgarte a que te eche, ¿verdad?

—Iris —digo con voz rechinante a causa del nudo que se me ha formado en la garganta—. Tengo que dejarte.

—Está bien, ¡pero no me ignores! ¡Quiero enterarme de todo lo que pase!

Le prometo que la mantendré informada y después cuelgo. El corazón me late con fuerza en el pecho. Mierda, mierda, ¡mierda! ¡Se me había olvidado lo de mi estúpido contrato de arrendamiento! ¡¿Cómo es posible?! No quiero perder este piso. Todavía no. Es el único sitio en el que ahora mismo me siento segura.

Tras darme la vuelta, abro la puerta del dormitorio y salgo pitando hacia el salón. Kieran ha desaparecido y Neil está mirando a hurtadillas por la ventana mientras teclea con furia en su móvil.

Cuando entro, levanta la vista hacia mí con indiferencia y vuelve a centrar su atención en la pantalla.

—Hola —me apresuro a decir, y las manos empiezan a sudarme—. ¿Dónde está Kieran?

—Ha ido a darse una ducha —contesta Neil distraído—. Sé que, técnicamente, no disponemos del apartamento hasta las cinco, pero, como vosotros dos habéis hecho tan buenas migas, hemos pensado que no habría ningún problema.

—Necesito hablar con él —digo, ignorando su comentario incisivo.

Él se limita a soltar un gruñido sin apartar los ojos del móvil.

Frustrada, me dirijo al cuarto de baño y llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Kieran? No puedes estar aquí.

No hay ninguna respuesta. Con un resoplido de impaciencia, comienzo a aporrear la puerta con el puño.

—¡Sé que estás ahí dentro, Kieran! ¿Me has oído? ¡No puedes estar aquí!

—Tardo cinco minutos —exclama irritado—. Estoy a punto de darme una ducha.

—No, no me refiero al cuarto de baño —digo entre dientes, tratando de bajar el volumen de mi voz para que Neil no me oiga—. Estoy hablando de este piso. Tienes que marcharte.

—¿Por qué?

—Porque tienes que hacerlo —respondo furiosa, echando un vistazo hacia la puerta del salón—. Luego te lo cuento, no puedo explicarme a través de la puerta.

—¿Por qué no? Antes te ha parecido bien que yo lo hiciera.

Madre mía... Con la de tenistas que hay en el mundo, ¿por qué ha tenido que alquilar mi piso el más insufrible de todos? Procurando

mantener la serenidad y la calma, lanzo una mirada asesina a la puerta del cuarto de baño.

—Por favor —digo con los dientes apretados.

Por doloroso que resulte decirlas en voz alta, esas palabras mágicas surten el efecto deseado. La puerta se abre de golpe y casi me caigo hacia delante. Consigo evitarlo y recobrar el equilibrio agarrándome al marco. Kieran se encuentra ante mí sin camiseta y con una toalla atada alrededor de la cintura. En un anonadado silencio, me quedo mirando con descaro su torso desnudo, increíblemente musculoso, y dejo que mis ojos se deleiten con su sólido pecho bronceado y sus esculpidos abdominales.

Trago saliva.

—¿Qué pasa? —pregunta con impaciencia.

—¡¿Va todo bien por ahí?! —exclama Neil desde el salón.

—Sí, todo bien, gracias —contesto alzando la voz en un tono mucho más agudo de lo normal. Luego entro en el cuarto de baño y cierro la puerta tras de mí.

Kieran se muestra desconcertado.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero que Neil oiga lo que tengo que decirte —susurro, esforzándome por mirarlo a los ojos y no bajar la vista por muy tentador que resulte—. Ha habido un problema y soy consciente de que no quieres marcharte, pero definitivamente tendrás que buscar otro sitio en el que alojarte las próximas semanas. Lo siento.

Él exhala un suspiro y alza la vista al techo.

—Ya te he dicho antes que no pienso hacerlo. Si quieres, puedo ayudarte a buscar algún sitio al que ir, pero...

—No, no es eso. La prensa publicará fotos tuyas saliendo de mi piso.

—¿Y?

—Como mi casero las vea, pensará que lo he subalquilado para el torneo de Wimbledon, lo cual infringe las condiciones de mi contrato de arrendamiento.

Él se me queda mirando con el ceño fruncido.

—Pero sí que lo has subalquilado —dice entonces.

—Sí, soy consciente de ello, gracias —contesto furiosa, apoyando despreocupadamente una mano en el radiador toallero para, acto seguido, retirarla de golpe y encogerme de dolor cuando descubro que está ardiendo.

Al caer en la cuenta de lo que estoy diciéndole, Kieran abre los ojos con interés.

—¡Has incumplido las condiciones de tu contrato!

Lo fulmino con la mirada, pero noto como el ardor asciende por mi cuello ante mi infracción.

—No estaba segura de cuáles eran. Puede que no haya ningún problema, aunque no lo tengo claro. ¿Sabes lo caro que es el alquiler de este piso? Ahora mismo solo estoy haciendo trabajos temporales, no es que nade en la abundancia precisamente. ¡Y tampoco es que al casero vaya a afectarle que otra persona se aloje aquí unas pocas semanas! Él recibirá el dinero a tiempo, como siempre, así que no me pareció que fuera a suponer ningún problema. Pensaba que ni siquiera se enteraría.

Kieran escucha mi inconexo discurso con expresión imperturbable y sin el menor indicio de compasión.

—Y ahora te preocupa que, cuando los tabloides publiquen fotos en las que aparezca yo entrando y saliendo del apartamento, tu casero las vea y descubra tu estafa.

—¡No es ninguna estafa! No soy una criminal.

—Pero estás cometiendo un crimen.

La boca se me descuelga incrédula.

—No es... Es que... Yo... Tú...

Él enarca una ceja y sus labios esbozan un amago de sonrisa. Exhalo furiosa.

—Eres muy cruel —digo airadamente.

—No te preocupes, no pienso delatarte a la policía —contesta como si nada—. Pero me temo que no voy a renunciar al apartamento. Me gusta Lingfield Road.

Llaman a la puerta del baño y me quedo petrificada al oír a Neil aclarándose la garganta al otro lado. Kieran enarca las cejas.

—¿Kieran? ¿Señorita Hendrix? —pregunta en un tono incómodo—. ¿Estáis... los dos ahí dentro?

Con la cabeza alta, abro la puerta. Su mirada pasa de mi sonrisa forzada a la semidesnudez de Kieran y se le tensa la mandíbula.

—No quería interrumpir —dice en un tono cortante y frío.

—No pasa nada, solo estábamos... hablando —tartamudeo al tiempo que echo un vistazo a Kieran, que permanece impasible—. Me temo que hay un problema.

Neil frunce el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Kieran no puede quedarse aquí —digo sin rodeos—. Deberá buscar algún otro alojamiento. Lamento la confusión, pero no hay nada que pueda hacer. Tengo que quedarme aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Neil desconcertado.

—Pues... Bueno, verás... Yo...

—El tejado de la casita de campo de Lake District que Flora había alquilado para pasar las próximas semanas se ha venido abajo y ahora no tiene ningún otro lugar al que ir —interviene Kieran—. Estaba diciéndole que podemos ayudarla. Encontrarle una buena habitación de hotel o algo así, ¿verdad?

Neil lo mira receloso.

—Supongo que sí.

—Perfecto. Está decidido, pues —concluye Kieran.

—No, no quiero ninguna habitación de hotel —le digo a Neil, procurando comportarme con la máxima corrección delante de un legendario campeón de Wimbledon, pero enfurecida ante el intento de Kieran de tomar el control de la situación—. Tengo que quedarme aquí. Kieran, eres tú quien deberá marcharse.

—¿Por qué tienes que quedarte, Flora? —pregunta, fingiendo que está confundido a pesar de que sabe perfectamente que no quiero admitir mi desliz con el contrato de arrendamiento delante de Neil.

—Porque esta es mi casa —digo con los dientes apretados—. ¿Por qué no puedes hospedarte tú en una lujosa habitación de hotel? Sin duda se trata de un alojamiento mucho más adecuado para un competidor del torneo de Wimbledon.

—Me temo que ya te he resumido por qué eso no es posible —se limita a afirmar—. No pienso marcharme de aquí. Es mi última palabra.

—Entonces tenemos un gran problema, porque yo tampoco voy a hacerlo —contraargumento.

—No puedes echarme. Ya he pagado todo el alquiler y, legalmente, debes avisarme con mucha más antelación.

—Y tú no puedes echarme a mí porque vivo aquí —respondo con la sangre hirviéndome en las venas.

—Entonces parece que ambos vamos a quedarnos aquí.

—¡Pues vale!

—Pues vale. Nos quedamos los dos —declara él.

Parpadeo.

—Un momento. ¿Qué?

—¿Sabéis qué? —interviene Neil. Su mirada no para de ir del uno al otro—. Dejad que nuestros abogados les echen un vistazo a las

condiciones del contrato de arrendamiento y...

—No hace falta —dice Kieran mientras yo soy presa del pánico—. Ella puede dormir en el sofá.

Neil se lo queda mirando y fuerza una risa nerviosa.

—¿Cómo has dicho, Kieran? Creo que no te he oído bien.

—Nada de abogados —zanja él con firmeza—. De momento, si ninguno de los dos puede marcharse, Flora puede quedarse en el sofá hasta que encontremos una solución mejor. —Se vuelve hacia mí—. Me encantaría ser más caballeroso, pero creo que, puesto que estoy entrenando para participar en Wimbledon, debería ser yo quien durmiese en un colchón. Si fuera posible, me gustaría competir en el torneo de tenis más importante del mundo sin tortícolis.

Me lo quedo mirando boquiabierta. Neil me imita.

—Perfecto. Está decidido, pues —dice Kieran serenamente, y, señalando la puerta, añade—: Ahora, si no os importa, me gustaría darme una ducha. El olor a rosado está empezando a darme náuseas.

Sin saber qué otra cosa hacer, Neil y yo salimos del cuarto de baño en silencio. Kieran cierra la puerta con firmeza a nuestra espalda y, un instante después, oímos el ruido del agua corriente. El entrenador y yo nos quedamos en el pasillo inmersos en nuestros pensamientos. Al final, Neil se aleja hacia la puerta de entrada. Antes de abrirla, se vuelve para lanzarme una última mirada furiosa y luego sale del apartamento, dejando que se llene momentáneamente con el frenético ruido de los *paparazzi* que, expectantes, esperan averiguar de una vez qué demonios está pasando aquí.

Aunque eso es un misterio para todos.

6



¿Te ha despertado alguna vez el ruido de una batidora? A mí sí, y puedo confirmar que no es una forma nada agradable de salir de un sueño profundo. En la primera mañana del extraño acuerdo de convivencia al que hemos llegado Kieran y yo, su alto y repentino zumbido hace que me incorpore de golpe en el sofá y me lleve las manos al pecho mientras me pregunto si alguien está haciendo obras en medio de la casa. Cuando mi cerebro se despeja y caigo en la cuenta de lo que está pasando, cojo el móvil, que descansa en la mesita de centro, y miro la hora.

No me fastidies.

Tras apartar el edredón, me levanto del sofá y me dirijo a la cocina, cuya puerta está completamente abierta. Inclinado sobre la batidora, Kieran, con los ojos relucientes y el pelo revuelto, ya está ataviado con su ropa deportiva. Al reparar en mí, enarca una ceja. Estoy demasiado cansada y enfadada para que me importe el hecho de estar ante él vestida solo con una holgada camiseta de Snoopy y unos pantalones cortos de pijama que se encogieron en la lavadora y ahora parecen más bien unos *shorts* provocativos.

—Son las seis y media de la mañana —digo con un graznido, pues mi garganta todavía no ha entrado en calor.

Kieran frunce el ceño y niega con la cabeza, señalando primero una oreja y luego la batidora.

—No te oigo —me dice, moviendo los labios sin articular sonido alguno.

—He dicho que son las SEIS Y MEDIA DE LA MAÑANA.

Él apaga la batidora.

—Lo siento, ¿qué has dicho?

Aprieto con fuerza los dientes y le lanzo una mirada asesina. El día apenas ha empezado y este tipo ya está haciendo que me duela la mandíbula.

—He dicho que son las seis y media —repito, procurando mantener la calma—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Él busca un vaso y vierte la bebida que acaba de preparar.

—Batido de frutas. ¿Quieres uno?

—¿Qué? No —contesto con un resoplido y apartándome el pelo de la cara—. ¡Quiero volver a dormirme como una persona normal!

—Vale —dice, girándose y apoyándose en la encimera mientras le da un trago al batido—. Pues vete a dormir.

—¡Ahora ya no podré! ¡Me has despertado con la batidora!

Él inclina la cabeza.

—Ya veo que no eres una persona de mañanas.

—¡Nadie lo es cuando lo despierta un ruido infernal! —digo entre dientes, señalando el aparato mientras él sigue tomándose su bebida —. La próxima vez cierra la puerta. ¡A eso se le llama ser considerado! ¡Tener modales!

—Si estuvieras en un hotel, podrías dormir tanto como quisieras sin que nadie te molestara —repone con aire despreocupado, bajando ligeramente el vaso y humedeciéndose el labio superior—.

Podrías levantarte todo lo tarde que quisieras, pedir que te trajeran el desayuno a la cama y...

—No pienso marcharme —lo interrumpo, cruzándome de brazos—. Sé lo que estás intentando hacer y no funcionará. Ya te lo he dicho, tengo que quedarme aquí o me arriesgo a perder el piso. Eres tú quien ha causado este lío. Si no estás contento, deberías irte tú.

—No estoy intentando hacer nada —asegura. Tras encogerse de hombros, apura el resto de su bebida y deja el vaso en el fregadero —. Y estoy muy contento. Eres tú quien está quejándose.

Se dispone a salir de la cocina. Retrocedo para que pueda cruzar la puerta y, cuando pasa a mi lado, me roza con el brazo.

—¡Qué asco! ¿Por qué tienes el brazo húmedo? —Hago una mueca, secándome el mío con gestos exagerados.

—He salido a correr y estoy sudado.

—¿Que ya has ido a correr? —pregunto incrédula—. ¿A qué hora te has levantado?

—Temprano —responde por encima del hombro, dirigiéndose al baño.

—¡Un momento! ¿Qué estás haciendo? Necesito...

Él cierra la puerta tras de sí. Oigo el clic del pestillo y, un momento después, el agua de la ducha. Luego comienza a tararear. No a cantar, a tararear.

Menudo capullo.

Con la vejiga a tope, le hago una peineta a la puerta del cuarto de baño y me apresuro a volver al sofá, donde me tiendo y me cubro de nuevo con el edredón para al menos estar calentita hasta que haya terminado. ¿Cómo ha podido pasar esto? Toda esta situación sigue resultándome extremadamente confusa.

Anoche decidí buscar en Google a Kieran para hacerme una mejor idea de cómo era la persona con la que viviría las próximas

semanas, y tengo que decir que no me quedé muy tranquila. Estaba demasiado cansada para profundizar en su vida, pero averigüé que recientemente había participado en el Abierto de Halle, un torneo de la serie ATP 500 que, al igual que el del Queen's Club de Londres, se celebraba a mediados de junio, y encontré un montón de fotografías en las que salía de una fiesta a tan solo dos días del comienzo del certamen. En ellas, iba con una modelo alemana del brazo, tenía los ojos vidriosos y no dejaba de gritarles a los periodistas mientras se metía en un coche.

No sería mi primera elección como compañero de piso, la verdad.

Él se toma su tiempo en el cuarto de baño y sé que lo hace a propósito. La presión en mi vejiga está volviéndose insoportable. Cuando su alteza por fin sale con la toalla atada alrededor de la cintura y el torso desnudo, recorro a toda velocidad el pasillo y, apartando a Kieran de mi camino, prácticamente me abalanzo sobre el retrete. Él finge sorpresa mientras yo cierro la puerta a toda prisa detrás de mí.

Casi puedo oír su sonrisita de suficiencia al otro lado.

Justo antes de ducharme, reparo en mi reflejo en el espejo. «Madre mía». Tengo el pelo enmarañado —no en plan sexy— y anoche no me quité el rímel demasiado bien, por lo que ahora se me ven unas manchas negras debajo de los ojos. Además, por mucho que me guste la camiseta de Snoopy, no estoy segura de que sea el atuendo que mejor me queda. Con un gruñido, cojo el desmaquillante y las almohadillas de algodón para limpiarme los restos de rímel antes de desnudarme y meterme en la ducha. Cuando termino, caigo en la cuenta de que no he traído ropa conmigo al cuarto de baño, de modo que voy a tener que salir envuelta con la toalla para ir a buscarla. Pues vale. ¿Acaso él no va

por ahí con su toalla sin ningún problema? Yo no debería sentir ningún reparo en hacer lo mismo.

Fuertemente aferrada a la toalla para que no se me caiga, abro la puerta y me deslizo de puntillas por el pasillo hasta llegar al salón, donde me agacho para coger ropa de mi maleta. Todavía no he deshecho la que pensaba llevarme a Lake District ni tampoco he decidido dónde poner todas mis cosas mientras Kieran esté aquí. Estoy rebuscando entre mis prendas cuando suena el timbre.

Me enderezo de golpe con unas bragas de color rosa fluorescente en la mano.

Antes de que pueda regresar a la seguridad del cuarto de baño, Kieran llega a la puerta de entrada y la abre.

—¡Entrad, tíos! —oigo que dice.

¿«Tíos»? ¡¿TÍOS?! ¡¿Qué tíos?!

Todavía con las bragas en la mano, me quedo petrificada, rezando para que pasen de largo y se dirijan al dormitorio. «Por favor, que no entren aquí. Por favor, por favor, por favor, por favor...».

—¡Anda!

Tres hombres, entre ellos Neil, han aparecido en el salón y ahora me observan con la boca abierta. Detrás de ellos, llega Kieran, que sigue sus miradas y, al reparar en mí, se sobresalta. Sus ojos se abren como platos y reprime una sonrisa. Noto como el rubor me asciende por el cuello hasta las mejillas mientras les devuelvo la mirada cual ciervo iluminado por los faros de un coche.

De repente, recuerdo las bragas que tengo en la mano y decido soltarlas. Por algún cruel giro del destino, o quizá porque Dios me odia, aterrizan sobre la mesita de centro en vez de caer detrás.

Los cuatro hombres bajan la vista a las bragas, que han quedado extendidas sobre el tablero, y luego vuelven a levantarla hacia mí.

—Hola —digo embarazosamente, y los saludo haciendo un gesto con la mano—. Lo siento, no me había dado cuenta de... Bueno, no sabía que iba a venir gente tan temprano.

Neil aprieta los labios y se gira hacia Kieran, que permanece a su lado con una exasperante expresión de altivez.

—¿Estás listo? —dice con un tono de voz tirante.

—Sí, deja que vaya a coger mi bolsa —contesta Kieran, y desaparece por el pasillo. Neil va detrás de él.

—¿Dónde pongo el equipo, Kieran? —pregunta uno de los otros dos tipos alzando la voz.

—En el salón está bien —responde él.

Los dos hombres comienzan a recoger la parafernalia de *fitness* que habían dejado en el pasillo y la apilan en medio del suelo: bandas elásticas, esterillas, rodillos de espuma, una gigantesca pelota de pilates, un largo cinturón de resistencia, un enorme soporte para mancuernas y, finalmente, un puf de color púrpura muy grande. Puesto que están bloqueándome el paso a la puerta, me quedo ahí de pie envuelta en la toalla, mirándolos con impotencia.

—Los pufs son geniales para quemar calorías. Intentar levantarse de uno supone todo un desafío, ¿verdad? —bromeo con una risa forzada, tratando de romper el hielo.

Los dos hombres comparten una mirada de confusión y no me contestan. Noto como empieza a arderme el rostro.

—¿Todo listo? —pregunta Neil cuando llega de nuevo al salón acompañado de Kieran.

—Todo listo —responde uno de los otros dos tipos.

—Entonces vámonos —dice Neil antes de volverse hacia Kieran, que está de pie en el umbral de la puerta inspeccionando todo el equipo para hacer ejercicio—. Por cierto, fuera hay unos cuantos periodistas, pero el coche está esperándote en la calle.

A Kieran se le agria la expresión. Luego asiente secamente y se pone la gorra.

—¡Ah! —dice uno de los dos hombres, volviéndose hacia mí—. No sé si estarás en el apartamento, pero esta mañana alguien vendrá a instalar la PlayStation.

Me lo quedo mirando sin dejar de parpadear.

Él levanta un pulgar y se marcha detrás de los otros. La puerta de entrada se abre y puede oírse el vocerío de los periodistas cuando reparan en Kieran. Un momento después, sin embargo, vuelve a cerrarse y me quedo sola con mi toalla, por fin en paz. Intentando convencerme a mí misma de que no ha sido tan vergonzoso como me ha parecido, echo un vistazo al móvil para consultar la hora.

Son solo las siete y media, pero tengo la sensación de que llevo horas despierta.

Exhalo y cierro los ojos. Van a ser cuatro semanas muy largas.

—¡Hay un francotirador ahí, en la cima de la colina! ¡Vamos, ponte a cubierto! — exclama Kieran al micrófono de sus auriculares. Está sentado en su puf, delante de la PlayStation que ha conectado a mi televisor, aferrado al mando de la consola y presionando los botones a una velocidad alarmante—. Venga, vamos, ataquemos al equipo que hay en ese edificio. Yo iré por la puerta principal; tú, mientras, cubre la retaguardia. ¡Lanza una granada por la ventana! ¡VAMOS! ¡VAMOS! ¡VAMOS! ¡Mierda, me han dado! ¡Lo he dejado a un tiro, lo he dejado a un tiro! ¡Me cago en todo!

Mientras gruñe decepcionado, le llamo la atención con unos golpecitos en el hombro. Él alza la mirada y, al verme, se quita a regañadientes los auriculares con micrófono y se los coloca alrededor del cuello.

—¿Te importaría bajar el volumen? —le digo con un tono de voz tenso—. No eres un general de verdad en una auténtica batalla, ¿vale? *Call of Duty* es un juego. No hace falta que les grites a tus tropas. Nadie va a morir en la vida real, así que relajémonos un poco.

Él devuelve la atención a la tele y se coloca de nuevo los auriculares sobre la cabeza.

—Los efectos de sonido están muy altos y necesito comunicarme con mi equipo.

Tras respirar hondo varias veces, vuelvo a darle unos golpecitos en el hombro, esta vez un poco más fuerte. Él gira la cabeza lentamente hacia mí con una mirada asesina y se mueve uno de los auriculares un poco hacia atrás.

—Quizá podrías bajar el volumen de los efectos de sonido para no tener que gritar tanto —le sugiero como una profesora esforzándose por mostrarse paciente con un niñato desagradecido—. Estoy intentando leer un libro.

Esboza una sonrisa forzada como si hubiera entendido lo que le he dicho. Asiento agradecida y me dirijo de vuelta al sofá mientras él se ajusta de nuevo los auriculares.

Kieran se ha pasado la mayor parte del día entrenando y, cuando ha regresado esta tarde oliendo a cloro, se ha metido directamente en la ducha y luego se ha adueñado de la cocina para prepararse un arroz que se ha zampado en apenas cinco segundos. Ha estado bien contar con el piso para mí sola todo el día, pero, a pesar de que él no estaba aquí, su presencia seguía notándose. El equipo con el que entrena ocupa tanto espacio en el salón que ahora está abarrotado de cosas y tremendamente desordenado, lo cual no deja de estresarme. Me he tropezado con las putas bandas elásticas unas quinientas veces.

He advertido además que ha colocado un montón de productos suyos en el cuarto de baño. Y, si bien apruebo todas las cosas que usa y que le hacen oler tan bien, se las guardé en una pequeña caja que dejé en el borde de la bañera para que todo quedara ordenado. Después de ducharse esta tarde, sin embargo, ha vuelto a dejar los botes desperdigados por todas partes.

Ahora que ha regresado, el ánimo en el piso se ha desplomado y estoy intentando aceptar el hecho de que va a pasar tiempo en el salón a pesar de que, técnicamente, ha irrumpido en lo que ahora es mi dormitorio para jugar a su estúpido juego. Yo no voy a ir al dormitorio a leer, de modo que lo mínimo que podría hacer es bajar el volumen. Acomodándome de nuevo en los cojines del sofá, dejo mi manzanilla en la mesita y abro el libro.

Un momento después sus gritos vuelven a molestarme.

—¡Nos están rodeando! ¡Entra, entra! —grita mientras dejo a un lado el libro sin poder creérmelo—. Vale, primero nos ocupamos de este grupo. ¡Ve a la izquierda, ve a la izquierda! No, ¿qué estás haciendo? ¡No hagas eso! ¡Te he dicho a la izquierda!

Apretando la mandíbula, le lanzo una mirada de odio antes de coger un cojín y tirárselo a la cabeza. Él se vuelve sorprendido y baja la vista. Luego la levanta hacia mí, coge el cojín y se lo coloca en la espalda.

—Gracias —dice entre dientes, echándose hacia atrás—. Así estoy mucho mejor. Bueno, chicos, dejad de manquear y prestad atención a mis instrucciones si queréis tener alguna posibilidad de ganar.

Lo odio.

Cuando a la mañana siguiente me despierta de nuevo la maldita batidora, salgo disparada hacia la cocina y me quedo en la puerta

hasta que Kieran repara en mí. Fulminándolo con la mirada, espero que la apague.

—Buenos días —dice él despreocupadamente, concentrado en verter el batido en el vaso.

—Te pedí que cerraras la puerta —le recuerdo. La sangre me hierve en las venas.

—Lo siento. Mañana me acordaré. La habitación de hotel sigue siendo una opción, ¿sabes?

Me lo quedo mirando con perplejidad.

—¿No te molesta que esté aquí? ¿Por qué prefieres vivir en un piso diminuto con una desconocida en vez de alojarte en un buen hotel?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

—No te entiendo —insisto, masajeándome las sienes—. ¿Por qué no te marchas? ¿Qué tiene de especial Lingfield Road?

Sin decir nada, se termina su bebida y pasa a mi lado para salir de la cocina.

—¿Y de verdad necesitas todo ese equipo para hacer ejercicio? Ocupa todo el salón. ¿No te pasas literalmente todo el día entrenando en el gimnasio? —pregunto airada, siguiéndolo hacia el cuarto de baño.

Él se vuelve y, apoyándose en el marco de la puerta, dice:

—También juego al tenis.

—¡No jodas!

—Y por las tardes nado.

—Gracias por los detalles. Si haces todo eso, ¿para qué necesitas un gimnasio en el salón? —enfatizo, poniendo los ojos en blanco.

Él se encoge de hombros.

—Alguna vez podría necesitar hacer estiramientos o ejercicios aquí.

—En ese caso, ¿no podrías guardar todo el equipo en algún otro lugar hasta que llegue alguno de esos momentos?

—No.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Nunca cedes en nada?

Se muestra pensativo.

—Sí.

—Pero en esto no piensas hacerlo.

—No.

Respirando hondo, me paso una mano por el pelo.

—Eres jodidamente irritante.

Apretando la mandíbula, baja un instante los ojos a mi camiseta de tirantes de encaje azul y luego vuelve a alzarlos.

—¿Dónde está Snoopy? —pregunta, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué?

—Ayer llevabas una camiseta de Snoopy.

Bajo la mirada a mi pijama.

—Me he cambiado.

Él asiente con expresión pensativa.

—Me gustaba la camiseta de Snoopy —dice, luego retrocede y cierra la puerta.

Me quedo inmóvil mientras se mete en la ducha. Me siento demasiado confundida para moverme. ¿Acaba de hacerme un cumplido? No, estaba riéndose de mí. Aunque en realidad no parecía que estuviera burlándose. Si cualquier otra persona me hubiera dicho algo así, habría pensado que simplemente estaba siendo amable. Tratándose de él, sin embargo, tiene que haber sido un insulto. Puede que haya sido un cumplido malintencionado. O tal vez estaba diciéndome que no le agrada lo que llevo ahora. En cualquier

caso, ¿a él qué más le da? ¿Para qué me dice que le gustaba la camiseta de Snoopy? No puede gustarle.

¿Verdad?

¿Qué juegos psicológicos se trae entre manos este capullo?

Esa noche Kieran se planta delante de la tele con los brazos cruzados.

—¿Dónde está? —pregunta furioso.

—¿Dónde está el qué, Kieran? —contesto inocentemente al tiempo que paso una página de mi libro.

—La PlayStation —gruñe. Las arrugas de su frente se acentúan.

Sin decir nada, aprieto los labios y leo una y otra vez la misma frase sin llegar a registrar ni una sola de sus palabras. Estoy demasiado ocupada fingiendo ignorancia para poder concentrarme en la lectura.

—Flora —dice con los dientes apretados y frotándose la frente—, ha sido un día muy largo y quiero relajarme. ¿Dónde la has puesto?

Me encojo de hombros.

—Yo también he tenido un día muy largo y me gustaría relajarme con mi libro.

En realidad, la jornada ha consistido en ir a por café y un cruasán, enviar un par de solicitudes para dos trabajos administrativos en la City que no quiero y ver unos cuantos episodios de *Friends*, pero él no tiene por qué saberlo.

Por otro lado, sé que Kieran ha tenido un día bastante malo. Ha vuelto a aparecer en los titulares gracias a la actriz Henrietta Keane, quien, supongo, debe de ser la que ha estado llamándolo por teléfono. Anoche fue a una fiesta y habló con un periodista del

mundo del espectáculo que también había asistido. El titular del artículo principal rezaba:

> «Es un tipo infeliz, desconfiado y con un corazón de piedra, por eso he roto con él»: Henrietta lo cuenta todo sobre el aspirante a ganar Wimbledon Kieran O'Sullivan.

Otras publicaciones también se han hecho eco de las declaraciones, de manera que al final han aparecido por todas partes junto con muchos comentarios de «amigos cercanos a la familia» que, por lo visto, consideran apropiado expresar su opinión sobre el asunto. Estoy de acuerdo en que Kieran es un cascarrabias y en que vivir con él resulta absolutamente exasperante, pero, aun así, me da algo de pena. No debe de ser nada divertido que una ex le cuente ese tipo de cosas a la prensa, tanto si son ciertas como si no.

Sin embargo, no siento tanta lástima como para devolverle la PlayStation sin obtener primero lo que quiero. Con el rabillo del ojo, veo que está mirándome fijamente.

—Por favor —dice por fin con un suspiro—, ¿puedes decirme dónde la has escondido?

Aparto la vista de las páginas del libro y me vuelvo hacia él.

—Si me prometes mantener un tono de voz bajo cuando juegues a tus batallitas, te lo diré.

Nuestros ojos parecen haber entablado una batalla propia, negándose a rendirse o retroceder.

—Está bien —accede, rompiendo el contacto visual y alzando la vista al techo.

—¿Me lo prometes?

Él levanta ambas manos.

—Te lo prometo.

Señalo con un movimiento de cabeza el baúl que está contra la pared, al lado de la estantería. Él lo abre y se toma un momento

para examinar su contenido antes de sacar su querida PlayStation y los auriculares.

—Un poco estúpido por tu parte no haber mirado aquí, Kieran —murmura para sí mientras se arrodilla para conectarla otra vez al televisor.

Suelto una pequeña risa entre dientes ante su comentario y, al oírla, él se vuelve hacia mí. Advierto que su expresión se suaviza un poco antes de seguir conectando cables.

A la mañana siguiente, me sorprende descubrir que no me despierta la batidora, sino el alto parloteo de los *paparazzi* que se han reunido ante la verja. Frotándome los somnolientos ojos, me incorporo y echo un vistazo por las persianas. Están congregados en la calle. A pesar de que ellos no pueden verme, los miro con desaprobación.

Me levanto para dirigirme al cuarto de baño y veo que la puerta de la cocina está cerrada. Al otro lado, oigo un zumbido amortiguado y sonrío para mí. Parece que mostrarme dura anoche con la PlayStation ha surtido efecto. Decido recompensar su amabilidad saliendo con rapidez del cuarto de baño para que pueda ducharse antes que yo y regreso al salón, donde me lo encuentro de pie junto al sofá con su batido en la mano.

—¡Ey, hola! Hay periodistas ahí fuera, así que...

—Te han llamado —me interrumpe en un tono cortante. Con una expresión colérica, señala el aparato que descansa sobre la mesita de centro—. He entrado aquí y ha comenzado a sonar. Y he visto el nombre que aparecía en la pantalla. Era Iris Gray.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—Está bien, Kieran, ¿por qué...?

—Estás hablando con una periodista —afirma airadamente.

—¿Qué? ¡No! Yo...

—Conozco su nombre, Flora. Iris Gray es una periodista deportiva. ¿Por qué estás hablando con ella? ¿Por qué tienes su nombre guardado en el móvil? ¿Estás dándole información sobre mí? ¿Es eso lo que está pasando? ¿Esa es la razón por la que no quieres marcharte?

Me lo quedo mirando desconcertada.

—¡No!

—Debería habérmelo imaginado —murmura apenado, negando con la cabeza—. Debería haberme imaginado que venderías la exclusiva.

—Yo nunca...

—¿Fuiste tú quien le dijo a la prensa dónde me alojaba? ¿Cuánto dinero te ha ofrecido Iris? ¿Te ha...?

—¡Maldita sea, Kieran, nadie está pagándome nada! —exclamo exasperada, alzando las manos—. Yo nunca vendería ninguna exclusiva, ¿vale? No todo el mundo anda detrás de ti.

Él se me queda mirando con la mandíbula apretada. Sus ojos examinan frenéticamente mi expresión, tratando de decidir si estoy diciendo la verdad, pero noto que sigue sin estar convencido del todo.

—Iris es mi mejor amiga —le digo con firmeza—. Antes trabajábamos juntas. Somos amigas. Y, de todos modos, ella no se dedica al cotilleo. Mira sus columnas, verás que no ha escrito nada sobre ti estos últimos días. ¡Solo le interesa el tenis! Puedes hablar tú mismo con ella si no me crees.

Él permanece en silencio con expresión hosca y los labios fuertemente apretados.

—Kieran —continúo, dando un paso adelante—. No te culpo por haber visto su nombre y haber sacado una conclusión apresurada,

pero te juro que no es lo que parece. Iris es una amiga mía que resulta ser periodista. A veces me llama de camino al trabajo para ver qué tal estoy. Seguramente es lo que estaba haciendo antes. Puedes confiar en ella. Y... en mí.

Kieran baja la mirada al suelo. Permanezco inmóvil, observándolo con atención.

—Debería ir a darme una ducha —dice al final, y sale del salón hecho una furia.

Tras coger el móvil, me meto debajo del edredón y espero en silencio a que Kieran termine de prepararse. Me irrita sobremanera que alguien pueda pensar que haría algo tan rastrero como vender una exclusiva, y también me entristece que eso haya sido lo primero que se le ha pasado por la cabeza. Supongo que lo de Henrietta Keane no ha hecho sino aumentar su paranoia.

Cuando el timbre anuncia la llegada de Neil, Kieran se va sin despedirse. Al abrir la puerta, se produce una explosión de ruido a causa del griterío de los *paparazzi*. Cuando finalmente oigo que su coche se aleja y, poco a poco, la calle vuelve a la normalidad a medida que los periodistas se marchan, me levanto y voy a la cocina para hacerme un café.

Es entonces cuando advierto que hay dos vasos en el fregadero: uno vacío del que claramente han bebido y otro a su lado, tumbado, cuyo contenido está derramándose con lentitud. Tardo un momento en darme cuenta de que esta es la razón por la que Kieran estaba antes en el salón. Había ido a llevarme un batido.

7



Cuando diviso a Iris, está saliendo de una floristería del Village con un precioso ramo de coloridas flores veraniegas. Al ver que camino hacia ella, se ríe echando la cabeza hacia atrás y me las tiende.

—¡Me has pillado! —exclama, alzando la mano libre al aire—. Iba a presentarme en la cena con este ramo para ti.

—¿Me has comprado flores? —Cojo el ramo con un grito ahogado y lo admiro—. ¿Por qué?

—Porque tu viaje se frustró y quería animarte —explica encogiéndose de hombros—. No te me pongas ñoña, tampoco es para tanto.

—¡Pero sí que lo es! —repongo, y le doy un abrazo—. Es un gesto muy bonito y considerado por tu parte. No recuerdo la última vez que alguien me regaló flores. Gracias.

—De nada. Ahora vamos a comer —dice, enlazando un brazo con el mío y tirando de mí hacia el restaurante italiano en el que hemos hecho una reserva—. Quiero que me cuentes eso de que les enseñaste las bragas a tu nuevo compañero de piso sexy y a su entrenador.

—No lo hice a propósito —le recuerdo, bajando el tono de voz cuando un hombre que pasa a nuestro lado me mira con extrañeza —. Ya te lo he dicho, las dejé caer y casualmente fueron a parar sobre la mesita de centro. Qué bochorno.

—Me apuesto lo que sea a que le encantó.

—Lo que le encantó fue que me pusiera en ridículo, de eso estoy segura —murmuro.

Llegamos al restaurante y nos llevan a nuestra mesa. Como está al lado de la ventana, podemos ver a toda la gente que hay paseando por la calle. Apenas falta una semana y media para el inicio del torneo y un ambiente animado invade el Village. Por todas partes hay decoraciones con los colores oficiales de la competición —púrpura y verde—, y todos los escaparates están adornados con temática tenística. Todo el mundo parece embargado por el espíritu del certamen y, aunque no te interese el tenis, resulta difícil no sentir emoción. No importa que hoy el sol no haya aparecido y que haya sido un día gris y nublado a pesar de que ya estamos a finales de junio; en Wimbledon es verano y se nota.

Cuando ya hemos pedido y nos han servido el vino, Iris coge su copa, se reclina en el respaldo de su silla y le da un sorbo.

—Bueno, ¿y qué tal la novela gráfica? ¿Ya la has empezado?

—La verdad es que no... Estoy poniéndome a tono.

Me dedica una mirada cargada de significado.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Exhalo un suspiro—. Es solo que no me imaginaba que comenzaría con el libro estando todavía en Wimbledon. Pensaba que estaría dibujando en un remanso de paz y, en vez de eso —hago un gesto para señalar al grupo de turistas que se saca fotos junto a una raqueta y una pelota de tenis gigantes que hay justo delante del restaurante—, estoy rodeada de caos.

—Pues usa tu arte para evadirte —sugiere Iris, ladeando la cabeza —. Tienes mucho talento, Flora. Puedes hacerlo. Solo necesitas creértelo. Creo de veras que ponerte con la novela te sentará bien.

—Me gustaría saber cómo hacerlo. ¿Tú cómo te inspiras?

Ella se encoge de hombros.

—No creo que yo pueda servirte de mucha ayuda. Me limito a ver deporte.

—¡Y eso hace que te pongas a escribir como una loca! —Suelto una risa entre dientes.

—En efecto. —Me observa con curiosidad—. ¿Quién sabe? Quizá ver un poco de tenis también tenga ese efecto en ti, sobre todo ahora que eres amiguita del jugador que ocupa el puesto número cuarenta y tres del *ranking* mundial.

—Uy, sí, nos hemos hecho amiguísimos. No tener nada en común y discutir constantemente por el zapatero está creando un vínculo muy especial entre nosotros.

—¿El zapatero? —repite Iris confundida—. ¿De qué estás hablando?

—Ah, nada —suspiro mientras repiqueteo con las uñas sobre la mesa—. Que Kieran suele dejar los zapatos tirados de cualquier manera en el pasillo para que cualquiera que entre o salga pueda tropezarse con ellos. Te juro que lo hace a propósito porque sabe que me molesta.

—¿Sigues creyendo que está intentando que te marches?

—Tal vez. O quizá sea así de irritante en la vida real.

—Bueno, igual hoy podrías mostrarte un poco indulgente con él —señala Iris con un mohín—. ¿No has visto la portada de la revista *Sports Now*?

La miro confundida.

—No, ¿por qué? ¿Sale Kieran?

—No exactamente, aunque bien podría hacerlo. El que sale es Chris Courtney, le hacen una entrevista. Sabes quién es, ¿no? Se trata de un tenista bastante importante, actualmente es el cabeza de serie número dieciocho de Wimbledon. Ganó un par de torneos de Grand Slam cuando tenía veintipico años, el Abierto de Australia y el de Estados Unidos, pero luego se descarrió un poco. Estos últimos tiempos, sin embargo, está jugando muy bien, y hace poco llegó a la semifinal del Queen's Club. Aunque la competición que le interesa de verdad es Wimbledon. Según sus declaraciones, este es su año.

—Me alegro por él. ¿Y eso qué tiene que ver con Kieran?

Iris deja su copa y apoya los codos sobre la mesa para inclinarse hacia mí.

—El entrevistador le pregunta quiénes considera que son sus mayores amenazas en el torneo y Courtney, claro está, enumera a algunos de los grandes nombres: Sovák, Jensen, Bissette..., pero luego no puede evitar tirarle una pulla a Kieran O'Sullivan.

—¿No es un halago que lo considere una amenaza? —pregunto impresionada.

—No es exactamente así como se refiere a él. No pretendo ofender a Kieran, pero no es un cabeza de serie. Puede que tiempo atrás ganara algunos títulos de la serie ATP y, en su mejor época, llegara a muchas semifinales y finales de torneos del Grand Slam, pero en la actualidad no es precisamente una figura importante del tenis. —Titubea—. Ahora es más conocido por su temperamento y por las juergas que se corre los días previos a los torneos que por su actuación en ellos, lo cual es una pena. Siempre me gustó su estilo. Era un talento nato.

—Vale, pero, entonces, ¿por qué Courtney ha dicho que es una amenaza?

—Ese es el problema, que no ha dicho eso. Enumera a quienes considera una amenaza y luego añade que ciertos jugadores, como Kieran, deberían aceptar que ha llegado la hora de retirarse, mientras que otros como él pueden seguir enfrentándose a la nueva generación con garantías de éxito.

Se me descuelga la mandíbula.

—¡Uf! ¡Qué capullo!

—¿Verdad? —Iris pone los ojos en blanco—. El entrevistador ni siquiera le había preguntado nada que justificara esa respuesta. Pero esos dos aprovechan cualquier oportunidad para meterse con el otro, sobre todo si los vuelve a situar en el ojo público. Y, sin duda, Courtney hoy ha conseguido eso. Todos los periódicos nacionales se han hecho eco de sus palabras. —Vacila un momento y añade a continuación—: Aunque puede que esto último ya no se aplique en el caso de Kieran. Lleva mucho tiempo sin hacer ningún comentario público sobre Courtney.

—¿Por qué se odian tanto?

Iris abre los ojos como platos.

—¡Anda ya, Flora! ¡No puede ser que no conozcas la historia de esos dos! ¡Courtney es el archienemigo de O'Sullivan!

—No sabía que la gente los tuviera en la vida real.

—En el deporte a veces sí —contesta Iris, encogiéndose de hombros—. No se soportan. Mira, no creo que el comentario de Chris Courtney haya sido nada elegante, pero la verdad es que podría ser algo beneficioso de cara a Wimbledon. A Kieran no le fue mal en Halle. Llegó a los cuartos de final, y todavía le queda mecha. Creo que, si quisiera, podría llevarse por delante a algunos jóvenes. Solo necesita que le den una buena patada en el culo. Puede que este comentario de Courtney le haga reaccionar antes de que

comience a plantearse la posibilidad de retirarse. A lo mejor le entran ganas de demostrarle que está equivocado.

—¿Tanto crees que puede afectarle lo que haya dicho Chris Courtney?

—¡Ya te digo! —Se endereza y me mira extrañada—. ¿Es que no me has oído? Courtney es su rival tanto dentro como fuera de la pista. La exprometida de Kieran terminó casándose con él.

Me quedo un momento inmóvil con la copa en el aire a medio camino de mis labios.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, seguro que te acuerdas. Kieran salía con una actriz con la que estaba prometido y todo. Entonces rompieron y ella empezó a salir con Courtney. Al poco se casó con él. Fue un gran escándalo en la época —me informa Iris.

—Joder. No me extraña que Kieran lo odie. —Le doy un trago a mi bebida—. Ahora me da un poco de lástima y todo. —Dejo la copa en la mesa y exhalo, negando con la cabeza—. Espero que tengas razón y decida demostrarle en la pista que se equivoca. Ha estado entrenando un montón.

—Ah, ¿sí? —Una traviesa sonrisa asoma a los labios de mi amiga —. Está en forma, ¿verdad?

Le lanzo una mirada asesina.

—Para. No me mires así.

—¿Cómo? —pregunta inocentemente antes de sonreír con malicia.

—Pues así. —Me río.

—¿Qué? No me digas que no se te ha pasado por la cabeza. —Enarca las cejas—. Vivís en el mismo piso, él es increíblemente sexy, tú eres increíblemente preciosa, ambos estáis solteros... Solo digo que podría pasar. Como poco, sería una buena anécdota.

—Joder, Iris. Una buena anécdota —repito con incredulidad mientras me paso una mano por el pelo y las mejillas comienzan a arderme—. No va a suceder. En primer lugar, no nos soportamos. Y, por otro lado, no soy exactamente su tipo. Él sale con modelos y actrices, gente famosa por alguna razón. Yo soy... inapreciable.

—¡Ay, cállate!

—¡Cállate tú!

Me sonríe.

—Ya ha visto tu ropa interior, ¿quién sabe qué podría ocurrir?

—Eres insoportable —digo con un resoplido mientras observo mi bebida y jugueteo con el tallo de la copa, girándolo con los dedos.

Puede que se me haya pasado por la cabeza una vez. O quizá dos. La posibilidad de que pueda ocurrir, quiero decir. Pero solo en un mundo de fantasía en el que él fuera una persona agradable. Mentiría si no reconociera que es atractivo, porque es algo que salta a la vista. Obviamente, es guapísimo, y lo he visto con una toalla atada a la cintura y el torso desnudo. Debería estar muerta para no imaginarme cómo sería recorrer con las manos las suaves curvas de sus brazos y sus anchos y musculosos hombros. Cualquiera querría saber qué se siente.

No es culpa mía. Es solo... pura ciencia.

Sí. Eso tiene sentido.

—Estás sonrojándote, Flora —observa Iris.

—Por lo que tú estás diciendo, no por nada relacionado con él. Créeme, las cosas entre nosotros no son como te piensas.

—De momento —dice, dándole un triunfal sorbo a su vino mientras pongo los ojos en blanco aliviada al ver que ya llega nuestra comida, que me proporciona la oportunidad perfecta para cambiar de tema y dejar de hablar de Kieran O’Sullivan.

Esa noche me despierta de un sobresalto el alboroto que arma alguien al intentar abrir la puerta de entrada. Me incorporo bruscamente al oír un fuerte golpe seguido del ruido que hace esa persona al forcejear con el tirador. Con el corazón en un puño, saco las piernas de la cama y me quedo petrificada cuando, a continuación, quienquiera que esté intentando entrar embiste con violencia la puerta. Me pongo en pie de un salto. Estoy a punto de ir corriendo al dormitorio en el que duerme Kieran y exigirle que coja su raqueta de tenis para amenazar al intruso cuando me detienen unos repetidos timbrazos, seguidos de un vigoroso repiqueteo. Luego oigo la voz del propio Kieran hablando alto y arrastrando las palabras.

—¿Flora? —dice a través de la ranura del correo—. ¡Hooolaaa! ¿Hay alguien en casa?

Después de comprobar a través de la mirilla que, efectivamente, se trata de él, enciendo a toda prisa la luz y abro la puerta de entrada. Kieran estaba apoyado en ella, así que por poco se cae al suelo. Pasa a mi lado tambaleándose, recobra el equilibrio y estalla en carcajadas al tiempo que se apoya con torpeza en la pared, golpeando el espejo que cuelga de ella con tanta fuerza que comienza a balancearse peligrosamente.

—¡Kieran! —exclamo con un grito ahogado. Me apresuro a detener el movimiento del espejo y cierro la puerta—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué hora es?

—Tarde —confirma él antes de encogerse de hombros despreocupadamente—. O temprano. Una de las dos cosas.

Apesta a alcohol y tiene un aspecto desaliñado y sudoroso, con la frente húmeda, el pelo revuelto y los ojos rojos y vidriosos.

—Lo siento, creo que he perdido las llaves —dice atropelladamente y arrastrando las palabras—. ¡Ah, no! ¡Espera! —Se mete una mano en un bolsillo y saca un juego de llaves que se queda mirando sorprendido mientras las agita con los dedos, haciendo que tintineen—. ¡Vaya! ¿Qué te parece? ¡Aquí están! Juraría que antes no estaban ahí. Suerte que las he encontrado.

—Por el amor de Dios, Kieran —murmuro al ver en su reloj la hora que es—. Son casi las tres de la madrugada. ¿No tienes que entrenar con Neil a primera hora de la mañana?

—Puede ser. ¿Qué más da? No pasa nada —insiste, separándose de la pared y alejándose en zigzag por el pasillo en dirección al salón.

—No estoy segura de que él opine lo mismo —murmuro, siguiéndolo nerviosa—. Creo que deberías irte a dormir.

—Neil siempre está enfadado conmigo por algo, así que tampoco es para tanto. No estoy a la altura de sus expectativas. No estoy a la altura de las expectativas de nadie. —Suelta una risa ahogada, aunque no tengo claro que haya dicho nada gracioso. Se desploma en mi cama temporal, se quita los zapatos y apoya la cabeza en un cojín—. ¿No has leído la prensa hoy? Soy un patético perdedor abocado de nuevo al fracaso. No pasa nada. ¿Sabes lo que dicen?

Enarco las cejas con cierto hastío.

—No, ¿qué?

—Así son las cosas —contesta, asintiendo con solemnidad—. Eso es lo que dicen.

—Bueno, definitivamente tienes que irte a la cama —decido, mordisqueándome la uña del pulgar—. Iré a buscarte algo de agua, ¿vale?

—Pero no la mierda esa del grifo. Tráeme de la buena.

Mientras él se queda riéndose para sí, yo voy a buscarle una botella de Evian. Cuando regreso, está mirando con los ojos entrecerrados el número desconocido que lo llama al móvil.

—¿Tienes que cogerlo? —pregunto altivamente, dándole el agua. Recojo sus zapatos para llevarlos al vestíbulo y colocarlos en el zapatero.

—Nah, solo es una tía que he conocido esta noche en el *pub*. Muy atractiva y todo eso, pero... —Se encoge de hombros—. No es para mí.

—¿No es modelo o lo suficientemente famosa? —murmuro, poniendo los brazos en jarras.

Él alza de golpe la cabeza y me fulmina con la mirada.

—¿Qué significa eso?

—Nada, lo siento.

Deseando no haberlo dicho, hago un gesto con la mano para indicarle que lo olvide. Sinceramente, no sé de dónde ha salido. No solo no es asunto mío, sino que está demasiado borracho y es demasiado tarde para hablar de algo así.

—No, vamos —me desafía, irguiéndose en el sofá—. Crees que solo salgo con un cierto tipo de mujer, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, Kieran. Lo siento, lo he dicho sin pensar. Yo no...

—No tienes una opinión demasiado buena de mí. Has visto fotos mías en la prensa y crees que ya me conoces, ¿no?

—No, Kieran. No te conozco para nada. Has estado entrenando muy duro y ahora vas y te pillas una cogorza. Neil te va a matar.

—Sobre todo cuando empiece a circular el vídeo en el que salgo gritando —suspira.

Hago una mueca.

—¿Le has gritado a alguien?

—Un tío me ha seguido al cuarto de baño, me ha puesto el móvil en la cara y ha comenzado a hacerme preguntas sobre Courtney, así que le he dicho que se fuera a la mierda —explica con rabia.

—Eso... la verdad es que suena justo.

—Necesitaba desahogarme y liberar algo de estrés —murmura, abriendo el tapón de la botella de agua y dándole un par de tragos —. Mañana estaré bien. —Su móvil vuelve a sonar. Él rechaza la llamada, inhala profundamente por la nariz y se gira hacia mí—. Por cierto, el problema no es que la chica esa no sea famosa. De hecho, es una especie de *influencer* con algo así como un millón de seguidores.

—Kieran, de veras que no tienes por qué...

—Simplemente me toma por alguien que no soy —afirma mientras aparta la mirada de mí y la posa sobre el mural de las flores de cerezo—. Y, por mucho que a veces resulte divertido interpretar ese papel y disfrutar de ese tipo de admiración —agita una mano mientras busca la palabra adecuada— inmerecida, esta noche no me apetecía fingir. Aunque la chica era divertida. Tanto ella como sus amigas. Me he reído mucho. Lo necesitaba.

Al observarlo beber taciturnamente de su botella con los hombros echados hacia delante, la irritación que todavía pudiera sentir por el hecho de que este idiota borracho me haya despertado se desvanece y da paso a la compasión. Se le ve un poco... triste.

—Lamento lo que Chris Courtney ha dicho sobre ti —digo con empatía.

Él se encoge de hombros.

—Todo el mundo piensa lo mismo. ¿Por qué no habría de decirlo alguien?

—Eso no es lo que piensa todo el mundo.

Él aprieta los labios y exhala por la nariz.

—¿Tú qué sabrás?

—Sé lo que mi amiga Iris Gray piensa —contraargumento, cruzándome de brazos—. Ella cree que tienes lo que hace falta, y suele llevar razón en casi todo.

Volviéndose hacia mí para mirarme de nuevo, frunce el ceño como si estuviera intentando procesar lo que he dicho, pero estuviera costándole más de lo normal.

—Opina que un comentario como el que ha hecho Courtney puede servirte de estímulo para afrontar Wimbledon con más ganas —sigo diciendo.

—Vaya. —Enarca las cejas—. ¿Y tú qué piensas?

—¿Yo?

Él asiente.

—Sí, tú. Flora Hendrix. La testaruda artista maniática del orden y de la limpieza que siempre huele bien y lleva camisetas de Snoopy para dormir. ¿Qué piensas tú?

No puedo reprimir la burbuja de risa que asciende por mi garganta ante el comentario que ha hecho sobre mi olor. Bajo la vista al suelo y niego con la cabeza mientras me río con nerviosismo. Luego, cuando vuelvo a levantarla, veo que está sonriendo. Es una sonrisa suave y sincera, como si estuviera satisfecho consigo mismo por haberme hecho reír.

—No sé mucho al respecto, Kieran, pero creo que estás trabajando duro, y si Iris opina que tienes lo que hay que tener, yo también. Y, además —añado, enarcando una ceja—, creo que Chris Courtney es un poco gilipollas por haberle dicho algo así a un periodista.

Él asiente despacio.

—Sí que es un gilipollas, sí.

—También creo que deberías irte a la cama. Te levantas dentro de apenas tres horas.

—Sí. Tienes razón, tienes razón.

Al ponerse de pie, se tambalea ligeramente y corro hacia él para cogerlo de un brazo y ayudarlo a mantener el equilibrio. Cuando alzo la vista, veo que mi rostro se encuentra a apenas unos centímetros del suyo y, con un parpadeo, sus penetrantes ojos azules descienden hasta mis labios.

—¿Sabes, Flora? —dice con lentitud, mirándome fijamente—. Eres una persona muy interesante.

—Ah, ¿sí? Gracias —contesto, llevándolo hacia el dormitorio con su brazo alrededor de mis hombros.

—Lamento haberte gritado por lo de la periodista. Ahora entiendo que es amiga tuya.

—No pasa nada, olvídate de ello.

—Lo digo en serio, lo siento. Me resulta difícil confiar en la gente.

—De verdad, Kieran, está bien —le aseguro cuando llegamos a la puerta del dormitorio.

Él retira el brazo de mis hombros y se vuelve hacia mí.

—No quiero que me odies, Flora Hendrix.

Parpadeo.

—Yo... no te odio, Kieran.

—Bien. Yo a ti tampoco.

—Genial. Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado —digo, esbozando una sonrisa mientras él da media vuelta y se dirige a trompicones hacia la cama—. ¿Estarás bien?

—Claro —dice, sentándose en el borde del colchón y dejándose caer hacia atrás sobre el edredón. Tendido, cierra los ojos y entrelaza los dedos de las manos sobre el pecho—. Gracias.

Me quedo un momento en la puerta del dormitorio con la mirada clavada en su nuez mientras él traga saliva, pues me siento incapaz de resistir la tentación de admirar descaradamente su cuello.

—Flora —dice de repente sin abrir los ojos. Del sobresalto, no puedo evitar sonrojarme—. ¿Sigues ahí?

—Eh... sí. Estoy a punto de irme. ¿Necesitas algo?

—Solo quería decirte que me gustan las flores de cerezo que pintaste en la pared.

Me apoyo en el marco de la puerta y sonrío para mí.

—Genial. Me alegro.

—Me transmiten serenidad —continúa diciendo con los ojos cerrados y en voz más baja. Su respiración es cada vez más pesada —. Al mirarlas, tengo la sensación de que todo va a salir bien.

No sé cómo responder, de modo que no lo hago. En vez de eso, me espero un momento hasta que su respiración da paso a unos suaves ronquidos y luego cierro la puerta con cuidado, dejándole que duerma la mona. Vuelvo al sofá y me meto debajo del edredón, pero, a pesar de la hora, ya no me siento cansada. Un artista siempre quiere que su arte le haga sentir algo a alguien. Lo que sea. Yo ignoraba si tenía la capacidad de conseguirlo. Sin embargo, a juzgar por lo que me acaba de decir Kieran, puede que, después de todo, sí posea ese poder.

No más excusas. Mañana me pongo a dibujar.

8



Me cuesta imaginar que la perspectiva de entrenar con resaca sea muy divertida, pero que, encima, tu entrenador no deje de regañarte durante toda la mañana debe de hacerlo aún peor. Por decirlo de otro modo: hoy no envidio a Kieran. Cuando antes he echado un vistazo a la cocina, estaba sentado a la mesa con la cabeza apoyada en las manos, bebiendo de vez en cuando de una nueva botella de agua mientras escuchaba a Neil, que deambula sin parar de un lado a otro pisando con tal fuerza las baldosas que puedo oírlo sin problemas desde el salón.

—Eres consciente de que le has dado justo lo que quería, ¿verdad? —lo abronca—. Él sabía perfectamente que eso era lo que harías si hablaba de ti: perder la cabeza. Bueno, felicidades, has caído de pleno en su trampa.

—No fue solo por lo que dijo Chris, Neil —responde Kieran en voz baja y ronca—. Me apetecía salir un poco. ¿Es eso un crimen?

—Como si lo fuera. Estás entrenando para Wimbledon, que, por si no te has enterado, comienza dentro de apenas una semana y media. No son solo tu tiempo y tu esfuerzo los que estás

malgastando cuando montas un numerito como este, Kieran, sino también los de tu equipo. ¿O es que no te importamos?

—Claro que sí.

—Pues tienes una forma muy curiosa de demostrarlo.

—He cometido un error. Lo siento.

—Por el amor de Dios, Kieran, eso es lo que dices siempre. «Lo siento, he decepcionado a todo el mundo». Pareces un puto disco rayado. Uno de estos días tendrás que abrir los ojos y darte cuenta de que no te quedan muchas oportunidades. ¿De veras lo deseas? Ganar Wimbledon, quiero decir.

Kieran suelta un gruñido.

—¡Claro que sí! ¡Es lo que siempre he querido!

—¡Entonces lucha por ello! Deja de decirte a ti mismo que no te lo mereces y no tires la toalla antes de concederte la oportunidad. Actúas exactamente como ellos quieren que lo hagas. ¿Por qué? Tú no eres así, eres mucho mejor. Ojalá te dieras cuenta de una vez.

—En ocasiones me cuesta seguir creyendo —refunfuña Kieran.

Oigo que Neil exhala un profundo suspiro y deja de dar vueltas a la cocina. A continuación, las patas de una de las sillas se arrastran por el suelo. Debe de haberse sentado a la mesa. Me aferro con fuerza a mi taza de café y aguzo los oídos.

—Kieran, si no crees realmente que puedes ganar Wimbledon, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué sigues viniendo? —pregunta Neil en un tono más suave.

—No lo sé. Puede que me guste la rutina.

Neil suelta una risa ronca.

—Si te gustara, no serías un puto jugador de tenis. Habrías dejado de viajar de aquí para allá todo el tiempo y te habrías asentado en algún lugar.

—Eso no suena tan mal.

—Ah, ¿no? Pues, en ese caso, ríndete. Tienes dinero. Tienes ese piso en Dublín que está vacío la mayor parte del año. Y el apartamento de Florida. Siempre has dicho que querías retirarte aquí, en Wimbledon. Hazlo, vende esos apartamentos y cómprate la casa de tus sueños en el Village para pasarte el día sentado leyendo el periódico si eso es lo que deseas.

Se hace un silencio y luego Kieran responde en voz baja:

—Primero quiero el trofeo de Wimbledon.

—Eso es —dice Neil satisfecho—. Y, cuando lo ganes..., cuando lo hagas, Kieran, podrás ir a por todos los demás. Ojalá dejaras de sentir lástima por ti mismo y comenzaras a creer que tienes tanto derecho a estar en la pista central como cualquier otro. Posees el talento. ¿No te lo he dicho siempre? Es tu mente la que necesita trabajo.

Kieran exhala un suspiro.

—Siento lo de anoche, Neil.

—Ya lo sentirás cuando te machaque en la pista dentro de media hora. Venga, coge la bolsa y vamos a entrenar. La resaca se cura con sudor. Te compraremos uno de esos putos zumos verdes y volverás a sentirte en la cima del mundo.

—A Nicole no debe de hacerle mucha gracia que el vídeo esté circulando por internet. El tío ese me siguió hasta el cuarto de baño, Neil. No dejaba de repetir que era un perdedor, tal y como había dicho Chris. Me sacó de quicio.

—Olvídalo. Pasemos página, ¿de acuerdo? Sin distracciones. A partir de ahora, solo tenis.

—Entendido.

Oigo como empujan las sillas hacia atrás al ponerse de pie y me apresuro a fingir que estoy ocupada con mi móvil. Neil es el primero en pasar por delante del salón. Lo hace sin levantar la mirada y, al

llegar a la puerta de entrada, advierte a Kieran de que hay un par de periodistas fuera a la espera de algún comentario sobre la juerga de anoche.

—Supongo que me lo he buscado —masculla Kieran—. Un momento, Neil. —Entra en el salón y yo levanto la vista del móvil como si me sorprendiera que aún esté en el apartamento y no hubiera estado escuchando todas y cada una de las palabras que han intercambiado—. Hola, Flora, ¿estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—He estado mejor. —Vacila un momento, jugueteando con la gorra que sostiene en una mano—. Siento haberte despertado anoche. Y también mis divagaciones de borracho.

—No te preocupes. No pasa nada —le aseguro, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora—. Lo cierto es que estabas muy gracioso.

—Ah, ¿sí? ¿En plan bien? ¿O bochornoso?

Finjo que me lo pienso.

—Mmmm... En plan bien.

La comisura de sus labios se curva ligeramente hacia arriba.

—¡Fiu! ¡Qué alivio!

—¡Kieran! —exclama Neil con severidad—. Llegamos tarde.

Con una sonrisa de disculpa, Kieran se pone la gorra y baja la visera antes de seguir a Neil fuera del apartamento. En cuanto el coche se aleja, la batería de preguntas de los *paparazzi* se apaga y yo me tomo un momento para contemplar el mural de la pared. Lo cierto es que no está nada mal.

Dejo mi taza sobre la mesa y me voy a la ducha. Hoy me espera un gran día. Ha llegado la hora de comenzar a desarrollar el argumento de mi novela gráfica.

Mi argumento es una auténtica mierda.

Me he pasado todo el día pensando en qué debía hacer y todo lo que se me ha ocurrido es una bazofia. ¿Por qué sigo creyendo que puedo hacerlo? ¡Ni siquiera soy capaz de comenzar el puto libro! He tratado de elaborar un *storyboard*, pero mis patéticos intentos con pósits solo han hecho que me sienta más deprimida que cuando empecé, así que los he hecho trizas y los he tirado a la basura.

Después de buscar en Google «cómo superar el bloqueo del escritor», me he preparado varias tazas de té y, por la tarde, he ido a dar un largo paseo, pero ambos consejos han resultado ser pésimos. El té solo ha conseguido que tuviera que ir constantemente a mear y, cuando estaba paseando por Wimbledon, no he parado de ver montones de personas felices y animadas que parecían tener sitios a los que ir y caminaban con un propósito. Yo, en cambio, vagaba sin destino alguno, algo inquietantemente similar a lo que sucede con mi vida en general. Al final, el paseo solo me ha servido para recordar que Londres está lleno de gente exitosa que sabe lo que está haciendo, mientras que yo sigo fracasando en todo.

Cuando llego a casa, me permito a mí misma regodearme un poco en la miseria y luego me doy cuenta de que, probablemente, el mejor modo de comenzar es intentar dibujar. He probado a trazar un argumento antes, pero tal vez soy una de esas autoras a quienes la historia se les ocurre a medida que la desarrollan. Después de buscar por todo el salón, recuerdo que mi material de dibujo está en el dormitorio: lo guardé en lo alto del armario para no tenerlo a la vista.

Tras respirar hondo, abro con cautela la puerta de mi habitación, nerviosa por el estado en el que Kieran haya podido dejarla esta mañana. En realidad, sin embargo, no es tan horrible como esperaba, aunque hay ropa tirada por el suelo y su intento de hacer

la cama es patético. Puede que haya vuelto a colocar bien el edredón, pero no ha alisado las arrugas, ni ha ahuecado las almohadas, ni tampoco ha puesto los cojines decorativos otra vez sobre el colchón. Y veo que ha prescindido de la colcha, que ahora descansa hecha un gurruño en el suelo. Por lo demás, esperaba que aquí dentro oliera mal, como a alcohol rancio, pero me sorprende gratamente: Kieran ha dejado la ventana abierta, con lo que la habitación está aireada y ventilada. Puede percibirse asimismo el sutil rastro de su colonia.

Es una fragancia agradable: sándalo y cítricos, creo.

Resistiendo el impulso de fisgonear entre sus cosas en su ausencia, me abro camino entre la ropa tirada por el suelo. Me siento culpable por estar aquí sin su permiso. Tengo que respetar que, mientras esté pagando para alojarse en mi piso, esta es su habitación y no tengo derecho a entrar en ella cuando me dé la gana. El problema es que realmente necesito mis cosas para ponerme con el libro, estoy segura de que comprenderá por qué he tenido que colarme.

Voy al armario y me pongo de puntillas para intentar alcanzar el estante superior sin éxito. Como la cama está demasiado lejos como para subirme a ella, tengo que ir a buscar una silla. De vuelta en la habitación, la coloco con cuidado en la moqueta.

Me subo de pie, cogiéndome a ambos lados del armario para no perder el equilibrio. La silla cruje y se balancea ligeramente bajo mi peso; sus patas no parecen estar posadas con demasiada firmeza sobre la suave e irregular moqueta. De repente, me arrepiento de haberle insistido a Jonah en que compráramos este desvencijado juego de sillas en una tienda de muebles de segunda mano. No parecen lo bastante robustas para algo así, pero ya veo el cuaderno y el estuche de lápices. Cuando me suelto y alargo una mano para

cogerlo, la silla se tambalea bajo mi peso. Suelto un grito y me agarro con fuerza a la puerta del armario para no caerme. Exhalo ruidosamente una bocanada de aire.

—Con calma —me digo a mí misma en voz alta, moviéndome mucho más despacio esta vez y soltando solo una mano para alargar el brazo sobre mi cabeza.

Rozo el estuche con los dedos y me lo acerco un poco antes de cogerlo bien y lanzarlo con cuidado detrás de mí para que caiga sobre la cama.

—Una vez más —me animo.

Estiro otra vez el brazo, pero me cuesta más alcanzar el cuaderno de dibujo y tengo que ponerme de puntillas para llegar más lejos. Los bajos de la camiseta corta se elevan, dejando a la vista mi barriga. Por fin rozo la esquina del cuaderno con la punta de los dedos. Usando el índice y el pulgar para hacer pinza, tiro de él para atraerlo hacia mí, aunque lo hago con excesivo entusiasmo y dejo caer los talones de vuelta sobre el asiento de la silla con demasiada vehemencia. El cuaderno sale volando por encima de mi cabeza mientras la silla se balancea peligrosamente hacia delante. Intentando no perder el equilibrio, me inclino hacia atrás por instinto.

Y, dejando escapar un grito ahogado, me caigo de espaldas.

En vez de aterrizar en el suelo, sin embargo, lo hago en los fuertes brazos de Kieran, que ha aparecido de la nada y ha corrido a mi lado justo a tiempo para atraparme.

—¿Estás bien? —me pregunta en un tono áspero y apremiante.

Me sujeta firmemente con los brazos alrededor de mi cintura y las manos enlazadas a la altura de mi barriga, por debajo del dobladillo de la camiseta. Mi espalda está pegada a su fornido torso, que sube y baja con cada pesada respiración.

—Estoy bien —contesto con el corazón martilleándome en el pecho a causa del susto de la caída y la emoción de haber sido atrapada al vuelo—. Gracias.

Él tarda un momento en soltarme. Cuando lo hace, me doy la vuelta en sus brazos para poder mirarlo a la cara. Estoy tan cerca que puedo apreciar las largas pestañas oscuras que enmarcan sus ojos y lo definidos que están sus pómulos. Mi respiración es fatigosa y poco profunda, y, cogiéndome a sus musculosos antebrazos, apoyo la espalda en el armario. Su mirada desciende por mi rostro hasta la boca y su nuez oscila arriba y abajo al tragar saliva.

Un ardor asciende con rapidez por mi cuello.

De repente, el móvil que llevo en uno de los bolsillos traseros comienza a vibrar, zumbando con estrépito contra la puerta del armario y sacándome de golpe del aturdimiento.

Kieran deja caer los brazos.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —me pregunta airadamente con el ceño fruncido antes de retroceder un paso y colocar bien la silla—. Podrías haberte hecho daño.

—Se me había olvidado que mi material de dibujo estaba guardado en el armario —le explico, agachándome para recoger las páginas sueltas de mi cuaderno de bocetos que se han desperdigado por el suelo cuando ha caído—. Y no llegaba a cogerlo.

—La próxima vez espera a que vuelva en vez de arriesgarte a romperte el cuello.

—Lo siento, no debería estar en tu habitación.

Mientras sigo recogiendo los papeles tan rápidamente como puedo, él se pone en cuclillas y coge uno. Es un boceto en el que se ve a dos personas abrazadas, un hombre rubio ataviado con un esmoquin que sujeta a una pelirroja que lleva puesto un vestido de noche. Ella lo mira y le rodea la mejilla con una mano.

Sonrojándome, le quito a Kieran la hoja de las manos y la meto en medio de la pila que estoy formando para ocultársela.

—¿Lo has hecho tú? —me pregunta con un destello de curiosidad en los ojos.

Me encojo de hombros.

—Hace algún tiempo.

—Estaba firmado por «Flossie» en una esquina.

—Ah. Es que de pequeña me llamaban así, y mi abuela dijo que ese debería ser mi nombre artístico. Me gusta, pero ya sabes... —Vuelvo a encogerme de hombros—. De nada sirve tener uno y no hacer arte.

—Flossie. Me gusta. Es un buen nombre.

—Ya.

—Ese boceto era bueno —dice. Parece genuinamente impresionado. Echa un vistazo por encima de mi hombro a los dibujos que hay en lo alto de la pila—. ¿Y estos otros?

—Nada. Solo estaba garabateando —contesto enseguida, llevándome las páginas al pecho para que no pueda seguir mirándolas—. ¿Qué tal el entreno de hoy? Veo que has sobrevivido.

—Eran dibujos de personas —prosigue, ignorando mis preguntas y frunciendo el ceño, confundido—. Pensaba que lo que te gustaba dibujar eran paisajes, como Lake District.

—Es el lugar donde quería dibujar, no lo que quería dibujar.

—Entiendo. —Señala los bocetos que sostengo—. Aunque solo estuvieras «garabateando», ¿de qué iba esa historia?

—Ah, de nada. Es decir, esos dibujos no forman parte de ninguna historia. Solo son bocetos sueltos. No son nada.

—Parecían algo.

Exhalo un suspiro.

—Me gusta dibujar personajes, o sea, personas, y siempre he querido escribir una historia de amor. Pero mi exnovio me dijo que la mayoría de la gente lo que busca en un cómic son superhéroes y acción, no una narración romántica. Por eso —digo encogiéndome de hombros y agachando la cabeza—, no son más que garabatos. Nadie debía verlos.

Él se me queda mirando fijamente con curiosidad y yo me sonrojo ante su escrutinio.

—Deberías dibujar lo que quieras —dice sin más.

—No si quiero tener éxito como novelista gráfica. Tengo que crear algo que venda.

—¿Y quién dice que una historia romántica no puede hacerlo? ¿Ese exnovio tuyo? —Enarca las cejas—. ¿Acaso era artista profesional o algo así?

—Era actor y músico. Aunque dudo que hayas oído hablar de él, todavía no ha tenido ningún gran éxito —añado aturullada—. Pero ha hecho algo de teatro. Nos conocimos en Norwich durante la gira de una obra en la que participaba. Yo soy de allí.

—Y este actor barra músico sabe mucho sobre el mercado de las novelas gráficas.

—Bueno, razón no le faltaba. Cuando la gente piensa en cómics, una historia romántica no es lo primero que se imagina.

—¿Y qué hay de *Heartstopper*? Y Jack Kirby dibujó una serie de cómics románticos antes de crear el personaje del Capitán América. Ahora mismo no me viene a la cabeza el título, pero ya lo recordaré.

Me lo quedo mirando boquiabierta.

—¿Te refieres a *Young Romance*?

—Eso es —contesta, chascando los dedos.

—Te gustan los cómics —digo, estremeciéndome con nerviosismo ante la idea.

—Sí —responde, sonriendo ante mi reacción—. Mucho. ¿Por qué te sorprende? Está permitido que me gusten otras cosas aparte del tenis.

—Ya lo sé, pero... no me imaginaba que fueras un friki de los cómics.

Él se acaricia el mentón con expresión divertida.

—No creo que llegue a friki, pero me gustan las novelas gráficas. Por eso creo poder afirmar con seguridad que todo eso que decía tu exnovio..., bueno, francamente, no es más que una soberana estupidez. No me extraña que todavía no hayas podido empezar tu novela gráfica; es imposible desarrollar algo que no te sale de forma natural. Si lo que quieres contar es una historia romántica, eso es lo que deberías estar escribiendo.

—No lo sé —murmuro—. Es una industria competitiva y Jonah dijo...

—¿Qué? —me interrumpe Kieran, y en sus ojos me parece advertir un destello de enojo—. ¿Qué más te dijo ese tío para entorpecerte?

Me muerdo el labio inferior.

—No quería que me hiciera demasiadas ilusiones. Yo no he estudiado arte ni nada de eso, y él consideraba que no había practicado lo suficiente como para dedicarme a ello. En otras palabras, pensaba que no era lo bastante buena.

Kieran aprieta la mandíbula. Echando un momento la cabeza atrás, murmura algo en voz baja que no llego a oír.

—¿Qué has dicho? —pregunto con el ceño fruncido.

—Nada. —Con un gesto señala mis bocetos—. A mí estos dibujos me parecen buenos. No sé mucho de arte, así que esto tal vez no signifique mucho para ti, pero solo he visto de pasada esos personajes y ya quiero saber más. Quiero conocer su historia.

—Gracias —digo vacilante antes de añadir—: Significa mucho para mí.

Levanto la vista hacia sus ojos y hay algo en ellos que parece distinto. Es como si su expresión se hubiera suavizado. Normalmente, su mirada acerada es fría y vigilante. Ahora, en cambio, es reconfortante y afectuosa. Se me olvida lo mucho que este tipo me saca de quicio; en vez de eso, me pierdo en el suave remolino azul de sus ojos.

Él aparta la vista y el hechizo se rompe.

—Siento haber entrado en tu habitación —digo apresuradamente —. Y gracias de nuevo por salvarme. Yo..., esto... Será mejor que me vaya.

Me escabullo y regreso a la seguridad de mi sofá. Más tarde esa noche, sin embargo, me sorprendo sonriendo para mí cuando pienso en nuestra conversación.

A Kieran O'Sullivan le gustan mis dibujos.

9



Debería estar dibujando, pero lo único en lo que puedo pensar es en la fuerza con la que los brazos de Kieran O'Sullivan me asieron por la cintura ayer y lo que sentí cuando su cuerpo envolvió el mío. Es tan alto y ancho y sólido que, acurrucada en su pecho, me sentí pequeña y segura, aunque solo fuera durante unos segundos. Y juraría que, cuando me di la vuelta para estar de cara a él, había algo en su mirada, una intensidad que antes no estaba ahí.

Vale, quizá vi lo que quería ver.

Pero, cada vez que dejo mi mente vagar a ese momento —cosa que, lo admito, sucede cada diez segundos—, un cálido hormigueo se extiende por mi cuerpo, acelerándome el corazón.

Y también dijo que olía bien.

Giro el lápiz entre los dedos mientras me muerdo el labio inferior. La página abierta del cuaderno que tengo delante en la mesa de la cocina sigue en blanco. Exhalo un suspiro, molesta conmigo misma por haber perdido otra tarde. Dejo el lápiz a un lado y, tras acercar el portátil arrastrándolo por el tablero, tecleo el nombre de Kieran en Google. Quiero saber más sobre él.

Ignoro los artículos más recientes y clico en el enlace a su página de Wikipedia. Me salto los largos párrafos sobre su carrera tenística para centrarme en las secciones acerca de sus orígenes y su vida personal. La primera es bastante vaga. Está claro que no le gusta hablar de ello en público. Averiguo que se crio en Dublín, que sus padres se divorciaron pronto y que tanto él como su hermano mayor, Aidan, fueron entrenados por su padre, Brian. Aidan fue una joven estrella del tenis extremadamente exitosa, pero falleció a los veinte años. No hay muchos detalles sobre su muerte, aunque la versión más extendida es que se trató de algo relacionado con drogas.

—Dios mío... susurro mientras me cubro la boca con una mano.

En la sección de su vida personal, descubro que, tal y como me explicó Iris, cuando tenía veintipico años, Kieran estuvo brevemente prometido con la actriz británica Rachel Wallace, pero rompieron a los dos meses y, a continuación, ella salió y se casó con el jugador de tenis australiano Chris Courtney. Al parecer, es bien sabido también que Kieran y él mantienen una larga rivalidad en las pistas; poco después del fallecimiento de Aidan, Kieran se enfrentó a Chris en la final del Abierto de Australia tras haber derrotado al número uno del mundo en las semifinales, un partido que lo catapultó al estrellato mundial de la noche a la mañana. Esa final generó muchísima expectación, pues Kieran apenas contaba con dieciocho años. Chris ganó por tres sets a dos y, durante el partido, Kieran rompió su raqueta y fue multado.

Tres años más tarde, Chris jugó contra él en la semifinal de Wimbledon, pero Kieran tuvo que retirarse a causa de una lesión. Rachel Wallace estaba entre el público, sentada con su equipo. Al año siguiente, cuando los dos tenistas volvieron a enfrentarse, ella estaba con el séquito de Chris. Kieran perdió tres a cero.

—¡Uf! —digo en voz alta, lamentándolo por él. Eso debió de ser brutal.

Desde su ruptura con Rachel, Kieran ha estado relacionado con varias figuras públicas femeninas, aunque no ha tenido ninguna relación seria. En esta sección hay también una nota sobre su trabajo con una organización benéfica dedicada a la salud mental de la gente joven. Y, además, se cuenta que su padre lo entrenó hasta que, según varias fuentes, Kieran prescindió de él a los veintiséis años. Después de eso, estuvieron mucho tiempo sin hablarse, pero algunas noticias indican que hace poco se ha debido de producir una reconciliación.

Profundizando un poco más, encuentro un artículo en un periódico irlandés sobre los hermanos O'Sullivan publicado justo después del fallecimiento de Aidan. Comienza diciendo que su muerte no es solo una tragedia insoportablemente dolorosa para la familia, sino un golpe terrible para el mundo del tenis. «Aidan fue una suerte de prodigio del tenis, y se le consideraba uno de los jóvenes talentos más brillantes y prometedores de este deporte —puede leerse—. No cabe duda de que, con su electrizante talento en bruto, sus excepcionales capacidades y su inquebrantable determinación, Aidan O'Sullivan tenía una carrera extraordinariamente exitosa por delante».

Miro con tristeza la fotografía de Aidan que hay debajo del párrafo. Alto, moreno, rematadamente apuesto. Se parece a Kieran, aunque con una constitución algo más delgada, los ojos castaños y el pelo más largo que el de su hermano. Debajo de esa imagen hay otra en la que se ve a Aidan y a Kieran juntos cuando eran adolescentes. Están en una pista de tenis con un adulto que, según el pie de foto, es su padre. Brian está diciéndoles algo y, mientras que Aidan lo mira fijamente con expresión seria, Kieran ha apartado

la vista y se ríe con ganas de algo que sucede a lo lejos. Sigo leyendo el artículo:

> Su hermano menor, Kieran, es otro gran jugador de tenis, aunque es más emocional y volátil en la pista. Si bien ha demostrado poseer un estilo más elegante, también ha sido objeto de críticas por carecer del control que su hermano dominó bien temprano y que exhiben asimismo los mejores jugadores de hoy en día.
>
> Aunque se mostraban competitivos en la pista, la relación entre los hermanos era muy estrecha y Kieran debe de estar sufriendo intensamente la pérdida de su querido hermano. Esperamos que esta tragedia no cause su retirada del tenis, pues en ese caso este deporte perdería a dos de sus estrellas más brillantes.

Cuando llego al final del artículo, caigo en la cuenta de que me está cayendo una lágrima por la mejilla. Me la enjugo con un dedo y, reclinándome en la silla, exhalo ruidosamente. Al poco prosigo con mi búsqueda, aunque solo encuentro una entrevista larga con Kieran, y es de hace ya unos años. De hecho, cuando miro la fecha, advierto que la concedió apenas unos pocos meses antes del fallecimiento de su hermano. Apareció en el suplemento de fin de semana de un periódico nacional y su titular reza: «"Ganaré Wimbledon antes que mi hermano": Kieran O'Sullivan explica las razones por las que es a él a quien hay que prestar atención».

Se me forma un nudo en la garganta al leer la entrevista en diagonal y ver distintas citas de Kieran en las que cuenta por qué está decidido a demostrarle al mundo que no solo no piensa permanecer a la sombra de su hermano, sino que, de los dos, será él quien pase a la posteridad. Dejando de lado las ruedas de prensa de los torneos de tenis, esta parece ser la última entrevista que llegó a conceder.

Estoy pensando en lo triste que resulta toda esta historia cuando suena el timbre.

Puede que esta vez Kieran haya perdido las llaves de verdad. Con el corazón latiéndome con fuerza, cierro el portátil y me pongo de pie de un salto, avergonzada ante la idea de que haya regresado justo cuando estoy indagando sobre él en internet. De camino a la puerta, me miro en el espejo del pasillo. Tengo las mejillas sonrosadas y los ojos me brillan de la emoción.

—Tranquilízate —le susurro a mi reflejo.

No debería perder la cabeza solo porque me cogiera al vuelo cuando me caí de una silla y dijera cosas positivas sobre mis dibujos. Una cosa buena no anula todas las malas que han sucedido antes. Vale, puede que no se trate de alguien tan abominable como pensaba, pero, aun así, conmigo se ha mostrado maleducado y engreído desde el momento en que lo conocí. Además, no olvidemos la clase de mujer con la que está acostumbrado a salir. Difícilmente le prestaría atención a alguien como yo cuando montones de *influencers* y modelos se echan a sus pies en cuanto aparece en algún local nocturno.

Dicho esto, tampoco hay nada malo en asegurarme de tener buen aspecto cuando él está cerca. Me paso rápidamente los dedos por el pelo, sonriendo con un sentimiento de culpa ante mi reflejo: antes me he tomado mi tiempo perfeccionando mi maquillaje a propósito para cuando regresara.

Tras respirar hondo y adoptar una sonrisa que espero que resulte casual y despreocupada, abro la puerta. Se me cae el alma a los pies.

—¡Jonah! —exclamo con un grito ahogado, retrocediendo ligeramente.

Una sonrisita de satisfacción se extiende por el rostro de mi exnovio. Gracias a sus gafas de sol de cristal reflectante, puedo ver mis ojos abiertos como platos ante su aparición. Al alzar una mano

para apartarse el pelo de la cara, el cuero de su cazadora emite un leve chirrido. Hoy hace calor, pero a él le encanta esa chaqueta. Conjuntada con los pantalones vaqueros desteñidos que lleva puestos, se diría que acaba de salir de una representación del musical de *Grease*, cosa que no deja de ser posible (últimamente no he seguido su carrera y lo he bloqueado en todas las redes sociales).

—Ey, nena —dice con calidez.

Se me hace un nudo en el estómago ante esa forma tan afectuosa de dirigirse a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto sin rodeos.

—¿Puedo entrar? —inquiere, estirando el cuello para echarle un vistazo al pasillo por encima de mi hombro. Ante mi vacilación, ladea la cabeza y dice—: No te vas a poner rara con esto, ¿verdad? Solo he venido a buscar algunas cosas, Flora. No hace falta hacer ningún drama.

Cuando pasa a mi lado quitándose las gafas de sol, siento el abrumador impacto de la colonia que lleva puesta y que me provoca un cosquilleo en la garganta. Siempre he creído que el olor es el modo más poderoso de evocar un recuerdo, pero esta fragancia es distinta a la que usaba cuando estábamos juntos. En vez de hacer que lo eche de menos, lo único que consigue es darme arcadas.

Cuando me uno a él en el salón, me lo encuentro examinando la estancia con curiosidad. Sus ojos inspeccionan el equipo para hacer gimnasia, los lomos de los libros de las estanterías ordenados por color, la vela de tres mechas que hay en medio de la mesita de centro, la manta doblada sobre el reposabrazos del sofá y, finalmente, la PlayStation que descansa debajo de la tele.

—Ha habido unos cuantos cambios —dice, enarcando una ceja—. Veo que está dejando su marca.

—Bueno, ¿qué es lo que has venido a recoger? —pregunto, procurando sonar despreocupada y serena a pesar de que la incomodidad que siento hace que se me erice la piel—. No se me ocurre qué es lo que te has podido dejar.

Él se vuelve lentamente hacia mí inhalando hondo. Su mirada desciende a mi escote y luego asciende de nuevo. Me arrepiento de haberme puesto una camiseta ajustada con cuello de pico y los pantalones cortos vaqueros de color negro y cintura alta. Cohibida, me cruzo de brazos.

—Se te ve bien, Flora —comenta—. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias. ¿Tú cómo estás?

Él asiente despacio.

—Bastante bien. Ocupado. Muchos bolos. —Vacila un momento, y luego añade en voz baja—: Te he echado de menos.

Aprieto la mandíbula y no digo nada.

—No has respondido a mis mensajes —añade.

—No tenía nada que decir.

—Esperaba que pudiéramos seguir siendo amigos —murmura con un destello de súplica en los ojos.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué es lo que crees que te dejaste aquí? Si me dices qué estás buscando, podré decirte si lo he visto.

Él me observa con curiosidad.

—¿Ni siquiera quieres hablar un poco conmigo, Flora? Venga, estuvimos juntos tres años. Sé que las cosas terminaron mal, pero... —No acaba la frase y esboza una sonrisa insegura—. Tienes razón. No me merezco que seas amable conmigo. Solo esperaba..., no sé. —Respira hondo—. Supongo que no me has echado de menos. Me sorprendió ver lo rápido que habías pasado página. ¿Conociste a Kieran O'Sullivan después de que me marchara o antes?

Lo miro con incredulidad.

—¿Cómo dices?

—Parece que se ha mudado contigo muy rápido, y te conozco, Flora —dice, observándome intensamente—. Sé que no caerías en la trampa de los romances vertiginosos. Eres demasiado lista para eso. Así que he supuesto que lo conoces desde hace más de seis meses. Cuando Zoe me dijo que había visto a Kieran O'Sullivan entrando en nuestro piso, no me lo podía creer, pero luego vi todo lo que se decía en internet y me di cuenta...

—¿Sigues en contacto con Zoe? —le pregunto en voz baja al tiempo que la sangre se me hiela en las venas.

—Sí —dice, y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba—. Siempre hemos sido amigos. Ya lo sabes.

Parpadeo para intentar contener desesperadamente las lágrimas. Me ha pillado desprevenida esta punzada de dolor en el pecho. Jonah ya no me atrae nada, eso lo tengo claro. Pero su traición y la subsiguiente humillación todavía tienen el poder de hacerme sentir como una absoluta idiota. Había conseguido convencerme a mí misma de que Zoe y él no volverían a hablarse después de lo que me habían hecho. Qué ingenua. Y ahora aquí estoy, delante de Jonah, sintiéndome engañada de nuevo.

—Lo que hay entre Zoe y yo no es serio —me asegura con los ojos relucientes, aprovechando que ha notado que me importaba—. No es comparable con lo que tuvimos tú y yo. Y no sé cuál es tu situación con Kieran O'Sullivan, pero si alguna vez...

—No es asunto tuyo, Jonah —digo con un graznido, sintiéndome como si alguien me hubiera agarrado las entrañas y estuviera retorciéndomelas—. ¿Has venido aquí para recoger tus cosas o para interrogarme sobre mi vida? Porque renunciaste a todo tu derecho a saber nada sobre mí cuando te tiraste a nuestra vecina.

Él hace una mueca y baja la mirada.

—Sé que no tengo derecho a preguntarte nada —admite con suavidad, con una expresión que parece genuinamente afligida. Sí que se le da bien actuar al cabronazo—. Pero no puedo evitarlo. Todavía me importas.

—Jonah...

Da un paso adelante y yo retrocedo por instinto.

—Sé que el capullo aquí soy yo —afirma, arrugando el entrecejo con determinación—. No me merezco que me perdones. Lo que hice está mal. Pero los sentimientos no cambian de la noche a la mañana. Cuando quieres a alguien, esa persona termina formando parte de ti. No te he olvidado, Flora. Y dudo que llegue a hacerlo nunca. Por eso, si alguien se está aprovechando de ti, quiero saberlo.

Su comentario me desconcierta.

—¿De qué estás hablando?

Él enarca las cejas como si ambos supiéramos a qué se refiere.

—Pues de Kieran O'Sullivan. Vamos, Flora, todo el mundo sabe que es un capullo que se dedica a camelar mujeres a troche y moche. No pensarás que está genuinamente interesado en ti.

¿De veras acaba de decir «a troche y moche»?

Maldita sea. El hecho de que haya dejado entrar siquiera a este tipo en mi piso me revuelve las tripas. Aunque, de hecho, me alegro de que haya dicho eso. Aleja cualquier duda que haya podido albergar por culpa de su inteligente manipulación y me recuerda lo que me ha quedado claro estos últimos meses: Jonah no es la persona con la que quiero estar. Ya no me encuentro indefensa bajo su control.

Yergo la espalda y alzo la barbilla, desafiante.

—No sabes nada sobre Kieran O'Sullivan —afirmo.

—Quizá no —se encoge de hombros—, pero te conozco a ti. Sé que eres amable y generosa y que ves lo mejor de la gente. Eso te impide advertir sus intenciones ocultas.

—¿Igual que antes no podía ver las tuyas? —replico, enarcando una ceja.

Él suspira con impaciencia.

—Ya te he pedido perdón, Flora. Soy humano. Cometí un error y lo admití.

Suelto un resoplido y retrocedo.

—Te pillé con ella en nuestra cama. ¿Qué otra cosa podías hacer? —Me paso una mano por el pelo—. Mira, ya hemos tenido esta conversación y no quiero repetirla. Lo nuestro terminó y ambos hemos pasado página. Por favor, coge lo que hayas venido a buscar y lárgate. Si me dices qué es, trataré de encontrarlo, pero estoy bastante segura de que no te dejaste nada.

Percibo un destello de irritación en sus ojos.

—Está bien —suelta—. Si así es como quieres que sean las cosas, tú misma. Ya veo que, después de todo, no vamos a poder llevarnos bien.

Pongo los ojos en blanco. Unos meses atrás, su pobre opinión de mí me habría dejado tocada y habría hecho cualquier cosa para obtener de nuevo su aprobación y que me considerara maravillosa. Pero que le den. He perdido años de mi vida intentando complacerle.

—He venido a buscar mi prensador de ajos —afirma.

Parpadeo mientras una sonrisita asoma en mis labios.

—¿Cómo has dicho?

—Mi prensador de ajos —repite, fulminándome con la mirada—. Sé que no cocinas demasiado, así que tal vez necesites que te explique cómo es.

—Creo que me las arreglaré. ¿Algo más?

—Nada que se me ocurra.

Lo dejo pasar y me encamino a la cocina. Mientras comienzo a rebuscar en los cajones, oigo sus pasos detrás de mí y, con el rabillo del ojo, veo que entra por la puerta y se detiene de golpe junto a la mesa, bajando la mirada a mi cuaderno y mis lápices.

—Estás dibujando —afirma.

—Así es.

—Pensaba que lo habías dejado.

Cierro un cajón y abro otro.

—No.

Se ríe ligeramente.

—Interesante.

«No muerdas el anzuelo. No muerdas el anzuelo. No muerdas el...».

—¿Por qué te parece interesante? —suelto, enderezándome.

Él alza las manos al tiempo que una sonrisita de satisfacción se dibuja en sus labios.

—Bueno, mujer, tampoco hace falta que te pongas a la defensiva. Me parece genial que vuelvas a dibujar, se te da muy bien. Es lo que hacías cuando tú y yo comenzamos a salir. Lo encuentro... adorable.

—Adorable —repito, mirándolo con incredulidad.

—Me refiero al hecho de que vuelvas a intentarlo. Sí, se trata de una industria muy dura y eres mucho más mayor que la mayoría de los artistas que quieren abrirse camino en ella. Además, careces tanto de experiencia como de cualificación, por eso me parece adorable que estés... intentándolo. Me alegra que nuestra ruptura te haya proporcionado el tiempo necesario para volver a dedicarte a tus aficiones.

No se me ocurre qué decir. Mi garganta parece haberse cerrado completamente y no consigo responder. Él me observa con una

sonrisa sincera. Sus hirientes palabras me han llegado a lo más hondo, reduciéndome a una pequeña idiota indefensa.

—¿Quién es este?

La voz de Kieran me hace volver en mí. Se encuentra en la puerta de la cocina ataviado con unos pantalones cortos y una sudadera con capucha. Viene de la piscina y tiene el pelo mojado y revuelto. Su mirada pasa de Jonah a mí y su ceño se arruga con preocupación al reparar en mi semblante. Caigo en la cuenta de que, sin ser consciente de ello, el discurso de Jonah ha provocado que fuera inclinándome hacia delante hasta quedar encorvada sobre mí misma, una postura que no resulta precisamente atractiva, y permanezco aferrada con una mano al borde de la encimera como si lo necesitara para mantenerme de pie. Los nudillos se me han puesto blancos.

Jonah da un paso hacia él ofreciéndole una mano.

—Hola, colega —dice con un tono informal—. Soy Jonah.

Kieran baja la mirada y enarca una ceja con desdén, como si le desconcertara que mi ex se atreva siquiera a suponer que podría rebajarse a estrecharle la mano. Jonah se ríe con un resoplido y deja caer el brazo a un lado.

—Está bien, de acuerdo. Si así son las cosas, por mí bien. Supongo que te ha hablado de mí.

—Nunca había oído hablar de ti —afirma rotundamente Kieran—. Pero sí que he oído sin querer lo que estabas diciéndole cuando he llegado, y no pienso estrecharle la mano a un tipo al que le gusta menospreciar a los demás para sentirse importante.

Jonah parece confundido.

—No sé quién te crees que eres, pero está claro que has malinterpretado lo que sea que hayas oído —dice con una risita, volviéndose hacia mí. Kieran no aparta su mirada gélida de él—.

Flora me conoce, ¿verdad, Flora? Ella sabe que no diría nada que pudiera molestarla.

—Deberías marcharte, Jonah —le digo con una voz trémula que delata mis nervios.

—¿A qué cojones viene todo esto? —suelta él con una risotada—. Solo he venido a buscar mi prensador de ajos, tampoco es para tanto. —Mira a Kieran de arriba abajo con desdén—. No hace falta que te me pongas farruco, colega.

—Flora ha dicho que deberías marcharte, y yo no soy tu colega —le espeta Kieran con voz áspera.

Jonah suspira despreocupadamente, pero noto que está nervioso. Kieran es mucho más corpulento que él y, además, tiene los puños apretados, lo está mirando con rabia y su ancha figura ocupa la mayor parte de la puerta, bloqueándole la salida.

—Está bien, ya lo pillo, como queráis —murmura, echando los hombros hacia atrás y alzando la barbilla—. No me había dado cuenta de que mi presencia te molestaba, Flora. Pensaba que éramos adultos y que habíamos pasado página, pero supongo que no he sabido interpretar bien la situación. Deberías haber dicho antes que querías que me fuera, no hacía falta que tu guardaespaldas viniera a hacer los honores.

Kieran exhala ruidosamente con la mandíbula apretada, lo que evidencia su frustración. Al ver que flexiona los dedos, me doy cuenta de que está intentando mantener bajo control su creciente ira.

—Es hora de que te marches, Jonah —le recuerda con una intimidante mirada.

—Vale, vale, no te sulfures. Es toda tuya, colega —le dice Jonah, y, al pasar a su lado, añade en voz baja—: Que disfrutes de mis sobras.

Un grave error por su parte. Con un rápido movimiento, Kieran lo agarra de la solapa de la cazadora, lo levanta y lo empotra contra la nevera con tanta fuerza que el electrodoméstico se tambalea peligrosamente. Inmovilizado, Jonah no puede evitar soltar un grito ahogado cuando Kieran se cierne sobre él.

—¿QUÉ ACABAS DE DECIR? —pregunta con furia, inclinándose hacia mi ex.

—¡Para, Kieran! —exclamo, corriendo hacia él y agarrándolo de un brazo—. No merece la pena. En serio.

Exhalando por la nariz, Kieran mantiene la vista fija en los ojos de Jonah, abiertos como platos a causa del pánico. Le tiro del brazo y, finalmente, retrocede un paso y suelta a mi ex, que traga saliva con dificultad mientras Kieran sigue mirándolo con desdén.

—Ni se te ocurra volver a faltarle al respeto de esa manera —dice entonces en un tono tan gélido que Jonah no puede evitar estremecerse—. Y ahora lárgate.

Con las mejillas encendidas, Jonah les echa un vistazo a las solapas de su cazadora de cuero y, lanzándome una furibunda mirada de despedida, sale de la cocina. Oímos sus pasos alejándose por el pasillo y luego la puerta cerrándose con tanta fuerza que me sobresalto. Kieran y yo permanecemos en silencio hasta que se vuelve hacia mí y, con los brazos en jarras, dice con un gruñido:

—Me vendría bien una copa. ¿Y a ti?

Me apoyo en la encimera con el corazón todavía latiéndome con fuerza.

—Sí —digo, y, tras exhalar un suspiro de alivio, esbozo una sonrisa de agradecimiento—. Una copa estaría bien.

10



—Bueno, cuéntame —comienza a decir Kieran, reclinándose en el respaldo de la silla y mirándome con curiosidad—, ¿qué es lo que viste exactamente en ese pobre intento de Danny Zuko?

Sentada en el otro extremo del sofá, le doy un sorbo a mi copa de vino antes de contestar.

—Cuando nos conocimos, era muy dulce y encantador.

—Sí, desde luego, parece un partidazo. Si no te importa que te lo pregunte, ¿cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Tres años.

—¿Tanto tiempo? —Kieran abre los ojos como platos, escandalizado—. ¿Cómo es posible?

Exhalo un suspiro mientras hago girar el líquido en la copa.

—No lo sé. Si te soy sincera, lo puse en un pedestal. Era muy carismático y divertido, siempre el centro de atención y el alma de la fiesta. Me sentía afortunada de estar con él. Me había escogido a mí cuando podía estar con cualquier otra.

—Fue él quien te hizo sentir así —comenta Kieran asqueado—. Sabía que no estaba a tu altura, de modo que te hizo sentir insignificante para que pensaras que no podías estar con nadie

mejor. —Niega con la cabeza y luego murmura—: Me alegro de que al final vieras la luz.

Hago una mueca.

—En realidad, no fue eso lo que ocurrió. —Le doy otro trago al vino mientras él me observa fijamente—. Me dejó él después de que lo pillara engañándome.

Kieran vuelve la oreja hacia mí como si no me hubiera oído bien.

—Ya lo sé, ya lo sé —digo con un suspiro, negando con la cabeza —. Patético, ¿verdad?

—No —asegura con el ceño fruncido—. Es frustrante.

—Ya. Cuando pienso en nuestra ruptura, me cuesta reconocer a la persona que era yo por aquel entonces. Resulta extraño. Habría hecho lo que fuera para que se quedara conmigo y ahora ni siquiera sé realmente por qué. —Doy un trago más comedido a mi copa de vino—. En cualquier caso, siento lo de hoy. No pensaba que él... No tengo ni idea de por qué le he dejado entrar siquiera.

—Quizá porque confiabas en que actuara como una persona decente —dice Kieran en voz baja y con expresión atribulada.

—Algo estúpido por mi parte.

—Algo amable por tu parte —me corrige Kieran. Sus acerados ojos azules se posan sobre los míos, haciendo que se me acelere el corazón—. Eso nunca es malo. Ha sido equivocación suya pensar que podía tratar a alguien de ese modo en su propia casa. —Se lleva su copa a los labios—. Esperemos que no vuelva a cometer ese error, por su bien.

—Estoy segura de que no gracias a ti. —Esbozo una sonrisa irónica, y luego añado con más seriedad—: En cualquier caso, gracias. Me siento avergonzada por que hayas tenido que intervenir.

Kieran frunce el ceño.

—Qué va. Para mí ha sido un placer poner a ese capullo en su lugar. Aunque a Neil no creo que le haga mucha gracia si llega a enterarse, así que quizá sea mejor que el incidente se quede entre nosotros. Después de lo de la otra noche, se supone que tengo que mantener un perfil bajo. —Vacila un momento y luego añade—: Esperemos que a Danny Zuko no se le ocurra ir llorando a la prensa a contar lo sucedido.

—¿Y reconocer que le has pateado el culo? Improbable. —Le aseguro—. Puede que esté desesperado por que lo conozcan, pero no hasta este punto.

—Te sorprendería.

Me muerdo el labio inferior y comienzo a repiquetear con las uñas contra el exterior de la copa.

—Estoy tan cabreada conmigo misma... Ojalá no hubiera permitido que me sacara de mis casillas.

—Ese tipo sabe darte donde más te duele —murmura Kieran, bajando la vista a sus manos con los ojos vidriosos—. Cuesta un poco aprender a protegerte de esos ataques, sobre todo cuando se trata de alguien que te conoce tan bien.

Con la cabeza gacha, todo él parece emanar tristeza y, bajo su coraza, creo percibir el atisbo de algo vulnerable y herido. Me recuerda un poco a la sensación que me transmitió cuando llegó a casa borracho y se sentó en ese mismo lugar, mirando ensimismado el mural de las flores de cerezo.

—Parece que sabes de lo que hablas —digo con cautela y confiando en no estar pasándome de la raya.

Él se pone rígido y levanta los ojos hacia mí. Esbozo una sonrisa, animándolo a hablar.

—A mi padre le gusta ponerme en mi lugar —dice finalmente, sosteniéndome la mirada—. Es de los que no paran de soltar

comentarios hirientes que van socavándote tan poco a poco que ni siquiera eres consciente del agujero que están horadando. Es una forma inteligente de maltrato. La otra persona elimina todo tu poder para reforzar el suyo. Puede llegar a pasar desapercibido durante bastante tiempo.

Trago saliva para tratar de deshacer el nudo que se me forma en la garganta.

—Lo siento, Kieran. Eso es terrible.

—No pasa nada —contesta—. Con la ayuda de un psicólogo carísimo, he aprendido a identificarlo y a lidiar con ello. Él descarga su ira sobre mí, yo lo hago en la pista. Ambos cargamos con nuestra pena.

—¿Es... a causa de Aidan? —pregunto con cautela—. Si no quieres hablar sobre ello, no...

—No, tranquila —dice con sinceridad, frotándose la nuca con la mano libre—. Sí, simplificando, podría decirse que en gran medida nuestra ira se debe a su pérdida.

—Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. —Arruga el entrecejo y se vuelve hacia mí—. ¿Sabes mucho sobre él?

—¿Sobre Aidan? Eh... No, la verdad es que no. Sé que también jugaba al tenis.

—Mucho mejor que yo —dice con una sonrisa amarga—. Siempre fue así, desde que éramos niños. Él era quien estaba destinado a triunfar. Mi padre me lo dijo antes de que muriera, y siguió repitiéndomelo después. Por un lado, me parecía inapropiado continuar jugando después de la pérdida de mi hermano, pero, por el otro, me proporcionó una razón para levantarme cada día. —Frunce el ceño, pensativo—. Al final, el tenis me salvó.

Le sonrío afectuosamente y creo que lo pilla desprevenido. Parece incómodo, como si de repente se hubiera dado cuenta del tema sobre el que está hablando. Se termina el poco vino que le quedaba.

—¿Quieres más? —pregunta, poniéndose de pie.

—Vale.

Kieran va a la cocina a buscar la botella mientras yo me levanto un momento del sofá para colocar su copa en uno de los posavasos. Cuando vuelve, se da cuenta de ello y, tras servirme, busca otro sobre el que dejar la botella.

Señala con un movimiento de cabeza la vela de tres mechas que hay en el centro de la mesa.

—¿Alguna vez enciendes eso o es solo de decoración?

—Iris me la compró cuando Jonah se marchó y todavía no la he estrenado.

Me mira extrañado.

—¿Y a qué estás esperando?

—Es muy bonita, así que pensé que debía reservarla para alguna ocasión especial.

—Yo solía hacer eso con el vino. Me negaba a beber los más caros que tenía hasta que un día me di cuenta de que, al privarme de ellos, mis mejores botellas estaban cogiendo polvo. Me pareció... una estupidez.

—Tienes razón. Es una estupidez. No sé a qué estoy esperando.

Kieran enarca una ceja.

—¿Quieres encenderla?

—Sí —contesto con firmeza—. Quiero encender la maldita vela.

Sus labios esbozan una inesperada sonrisa que hace aparecer sus hoyuelos y provoca que me dé un vuelco el estómago.

—Genial. ¿A quién no le gusta una buena vela? ¿Dónde hay un mechero?

—Debería haber uno en los cajones de la cocina. En el de los cubiertos, creo.

Vuelve a desaparecer y sonrío para mí, recostándome en los cojines del sofá. Pienso en lo extraño que resulta estar hablando con Kieran O'Sullivan de noche mientras tomamos una copa de vino a la luz de una vela de tres mechas, aunque lo más extraño de todo es que no lo siento para nada raro.

—Lo tengo —anuncia Kieran, agitándolo en una mano y sosteniendo una cosa en la otra—. Y mira qué más he encontrado.

Lo miro detenidamente.

—¿Un prensador de ajos?

—¿No es esto lo que tu ex ha dicho que había venido a buscar? —pregunta al tiempo que se inclina con cuidado para encender la vela. Cuando lo hace, me fijo en la bronceada piel de sus brazos y en el modo en que sus bíceps tensan la tela de su camiseta. Recuerdo entonces lo que sentí al estar envuelta en esos mismos brazos, pegada a su cálido y robusto cuerpo, y un cosquilleo me recorre de la cabeza a los pies, haciendo que se me ponga la piel de gallina.

—Pues sí —digo, tragando saliva—. Efectivamente. —Cierro los ojos y apoyo la frente en la palma de la mano—. ¿No podía habérsele ocurrido algo mejor?

—Es un aparato muy sofisticado —observa Kieran, fingiendo que lo examina con atención mientras vuelve a sentarse. Me doy cuenta entonces de que estamos mucho más cerca el uno del otro, ya que me he movido hasta su extremo del sofá para colocar su copa en el posavasos y luego no he regresado a mi sitio. Si me volviera hacia él, nuestras rodillas se tocarían—. Comprendo perfectamente por qué un imbécil pretencioso como él vendría hasta aquí para recuperarlo.

—Sí que es un imbécil pretencioso, sí —reconozco. Al repetir su frase, noto lo entrecortado que suena mi acento en comparación con su deje dublinés—. Una vez fui a una fiesta que había organizado uno de sus colegas del teatro, y no paré de alabar lo buen músico que era. Cuando llegamos a casa, me dijo que le daba vergüenza que no hubiera dejado de llamarlo «músico» porque sonaba demasiado básico. Me pidió que, en el futuro, me refiriera a él como «compositor» o «poeta musical».

La repentina carcajada de Kieran hace que se atragante con el vino y tenga que inclinarse hacia delante golpeándose el pecho. Con una risita, me muerdo el labio inferior mientras él termina de toser y se vuelve hacia mí.

—Estás de broma —dice, respirando todavía con dificultad.

—Ojalá.

Estalla en carcajadas de nuevo. Esto no lo había visto antes. Dios mío, qué guapo está cuando se ríe así. Se le arrugan las comisuras de los ojos y aparecen los hoyuelos de las mejillas en todo su esplendor. Su rostro entero exuda auténtica felicidad. De repente, eso es todo lo que quiero hacer el resto de la velada: conseguir que este hombre se ría.

—Poeta musical. Guau. Vaya tío. —Kieran niega con la cabeza, incrédulo—. No comprendo cómo alguna vez pudiste hacerle caso a un... capullo pomposo como él.

—Es fácil creer la opinión de alguien sobre ti cuando ya piensas lo mismo —razono mientras mis dedos juguetean con el tallo de la copa—. Si nadie te apoya, es fácil convencerte de que no vales.

Él se reclina sin dejar de observarme.

—¿Y tu familia?

Vacilo.

—Eh..., bueno, mi abuela me apoyaba. Mi padre no tanto.

Kieran enarca las cejas.

—¿No os lleváis bien?

—Se separó de mi madre cuando era pequeña y está más involucrado con su nueva familia. Vive en Estados Unidos y nos ponemos al día de vez en cuando, aunque nuestra relación es algo forzada. No sabemos cómo tratarnos. Nos llevamos bien, pero todo es siempre muy formal.

Kieran frunce el ceño y se remueve en el asiento.

—¿Y tu madre?

Bajo la mirada a mi regazo.

—Murió cuando tenía diecinueve años.

—Joder. Lo siento, Flora.

—No pasa nada. Bueno, a ver, sí que pasa. En cualquier caso, gracias. —Respiro hondo—. Tenía problemas con el alcohol. Fue duro. No era una mala persona, pero algunas cosas no las hizo demasiado bien. Hacia el final, nuestra relación no era demasiado estrecha.

Él asiente y nos quedamos un momento en silencio. Una expresión de preocupación ensombrece su rostro y me siento culpable por el hecho de que mi renuencia a hablar sobre mi madre haya llevado nuestra conversación a un punto muerto. Ha sido agradable ver a Kieran relajarse un poco.

—¿Por qué juegas tanto a la PlayStation? —pregunto de repente al reparar en la consola.

—Evita que me ponga a pensar en el tenis —contesta.

—¿Tanto piensas en el tenis?

—Bastante.

—¿Ahora mismo también?

Las comisuras de sus labios se curvan ligeramente hacia arriba.

—Has sacado el tema, así que sí. ¿Tú has jugado alguna vez?

—¿Al tenis? La verdad es que no. Pero me gusta el ping-pong.

—Ah, ¿sí? —Parece impresionado—. A mí se me da bastante bien.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué sorpresa.

—En realidad, es muy distinto del tenis —dice a la defensiva.

—Sí, claro.

—¡En serio! —insiste.

—Kieran, haz el favor de dejar de fingir que se te dan bien dos deportes. Solo se te da bien uno, lo que ocurre es que puedes jugarlo en una pista grande y en una pequeña.

—Eso más bien suena a que tienes miedo a enfrentarte a mí.

—¿Perdona?

Él se encoge de hombros sin apenas disimular la expresión divertida de su rostro.

—No pasa nada. Puedes reconocerlo. Sería como decir que te da miedo jugar al cróquet con un jugador de polo profesional. Comprendo que te sientas intimidada por mí.

—No me siento intimidada por ti —digo, fulminándolo con la mirada—. ¿Estás retándome a un partido de ping-pong?

—Si tienes las agallas necesarias para jugarlo, ¿por qué no?

—Uy, te aseguro que las tengo. Está bien, si alguna vez tenemos a nuestra disposición una mesa, jugaré contra ti con mucho gusto.

—Muy bien, lo espero con ganas.

—Yo también.

Nos quedamos un momento en silencio y, mientras trago saliva, reparo en que su mirada desciende hasta mi boca. Entreabro los labios antes de que sus ojos vuelvan a los míos y, de repente, la atmósfera parece haber cambiado, volviéndose eléctrica y emocionante. Cuando aparta la vista, frunce el ceño nervioso y le da un trago a su vino.

—Es muy bueno —comento algo aturullada, tratando de impedir que se alargue el silencio—. Mucho mejor que el que suelo tener en la nevera.

—Me alegro de que te guste. Es un Sancerre.

—Qué caro. ¿Eres aficionado al vino?

—Un poco.

Vacilo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es posible que, de buenas a primeras, te parezca ofensiva, pero siento auténtica curiosidad.

Él me mira con una ceja alzada, relajándose un poco.

—Intrigante. De acuerdo, ¿de qué se trata?

—¿Los atletas pueden beber cuando están a punto de disputar un torneo importante? Pensaba que estarías siguiendo una dieta supersaludable en la que no estuviese permitido el alcohol —digo apresuradamente—. Y, sin embargo, ahora estamos bebiendo vino. Y la otra noche...

—Sí, probablemente no sea la táctica más inteligente. Pero ya he hecho antes lo de la dieta supersaludable. Cuando era joven y me tomaban en serio, era muy estricto. No me funcionaba, así que llegó un punto en el que dejé de verle el sentido a privarme de una copa de vez en cuando.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Si son los días previos al torneo y me apetece tomar una copa de vino o una pinta en el *pub*, no voy a decir que no a...

—No, me refiero a lo de que, cuando eras joven, te tomaban en serio —le aclaro—. Pareces estar insinuando que ahora no lo hacen.

—Ah, bueno. Últimamente no me ha ido mal, pero ya no soy una gran figura del mundo del tenis. Probablemente me retire este año.

—Ladea la cabeza como si no terminara de entender por qué lo miro de una forma tan extraña—. Nadie espera que gane.

—Pero... ¿tú no quieres ganar?

Él parpadea.

—Sí, claro. Todo el mundo quiere hacerlo. Pero he tenido muchas oportunidades, y siempre que he estado cerca... —se queda callado y arruga aún más el entrecejo mientras intenta encontrar las palabras adecuadas— he terminado perdiendo. —Baja la mirada y, en un volumen casi inaudible, añade—: Aidan habría terminado ganando.

Y, de repente, por un fugaz momento, vislumbro de nuevo un atisbo de un Kieran distinto al que todo el mundo puede ver en la pista. Con los hombros desplomados y el semblante apesadumbrado, se le ve indefenso y frágil. Permanece ensimismado en sus pensamientos, como un muchacho que durante muchos años ha tenido que soportar sobre los hombros el abrumador peso de las expectativas y el duelo.

Cuando se aclara la garganta y alza la cabeza, ese muchacho vuelve a desaparecer.

—De modo que, contestando a tu pregunta, me permito el pequeño placer de una buena copa de vino o una pinta en el *pub* porque ¿qué más da? —Esboza una sonrisa y, tras darle un sorbo a su bebida, añade forzando un tono de voz despreocupado y animado —: Cuando pierda en Wimbledon, podré echarle la culpa al Sancerre.

—¿Quién dice que vayas a perder?

La franqueza de mi comentario lo pilla por sorpresa. Alza las cejas con perplejidad. Yo me lo quedo mirando detenidamente.

—Seamos honestos, Flossie. Ni siquiera he llegado nunca a la final.

Me encojo de hombros.

—¿Y?

—Pues que tengo que ser realista. Nadie piensa que tenga lo necesario para ganar.

—Tú sí, al menos antes —lo corrijo.

—¿Cómo?

—Hace unos años concediste una entrevista en la que decías que ganarías Wimbledon.

Su expresión se ensombrece y la mirada se le entristece de nuevo.

—Solo era un joven fanfarrón —dice en voz baja y cansada—. No tenía ni idea de nada. No debería haber hecho esa entrevista. Lo que dije sobre Aidan... se sacó de contexto. No quería decir...

—No estoy hablando sobre eso —lo corto, inclinándome hacia él. Al hacerlo, mi rodilla roza la suya y una potente descarga sacude mi cuerpo—. Me interesa más lo que dijiste sobre ti mismo, Kieran.

Él se me queda mirando con la mandíbula apretada.

—Que no lo hayas hecho antes no quiere decir que no puedas ganar ahora —prosigo sin tener claro en qué momento me he convertido en una experta en competiciones deportivas profesionales. Seguramente entre mi último trago de vino y ahora—. Por cómo hablabas en esa entrevista, yo acabé creyéndome tus palabras.

—¿Tú piensas... que todavía tengo lo necesario para ganar? —pregunta en voz baja.

—¿Y tú?

Respira hondo y le da un sorbo al vino.

—Esto es Wimbledon, ¿no? Puede pasar cualquier cosa —le recuerdo.

Kieran baja la copa y, sin dejar de mirarme con sus despampanantes y relucientes ojos, sus labios esbozan una sonrisa. Es pequeña, pero tan genuina y esperanzada y seductora que el

corazón me da un vuelco y me quedo sin respiración por un instante. «Esos hoyuelos...».

Mucho más tarde, cuando ya nos hemos ido a dormir, me doy cuenta de algo a lo que en su momento no le he prestado atención. Me ha llamado Flossie.

Y me ha gustado.

11



No sé cómo comportarme con Kieran. Algo parece haber cambiado entre nosotros. Cuando estamos juntos, no puedo evitar sentirme tensa y soy consciente de cada uno de nuestros movimientos. Como solo falta una semana para el inicio del torneo, no está mucho en casa a causa de los entrenos, los tratamientos y las discusiones con el equipo, supongo. Mientras tanto, yo no dejo de buscar excusas para mantenerme ocupada y salir de casa, intentando con ello impedir que mi mente vuelva a Kieran y al momento del día en el que sale del baño solo con una toalla alrededor de la cintura. No voy a mentir, se trata de un pensamiento muy agradable, pero no me deja concentrarme en nada más.

He probado a sumergirme en el arte, aunque lo único que he logrado hacer esta semana son garabatos sin sentido, nada con sustancia. Me pasé toda una tarde bosquejando un dibujo de dos personajes tumbados uno al lado del otro junto a un lago, él mirándola y ella con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el hueco del cuello del chico. Es una escena agradable y serena, pero ¿cuál es su propósito? No cuenta ninguna historia. No tengo ni idea

de quiénes son estas dos personas ni de qué quieren. Es un dibujo de nada.

Esta semana también he salido a cenar dos veces con Iris, y una noche incluso fui al cine yo sola a pesar de que era uno de los días más calurosos que hemos tenido este mes. Pensé en ver una película romántica con la esperanza de que me proporcionara algo de inspiración para mi libro, pero la realidad es que estuve dos horas sentada en una sala medio vacía viendo una peli sobre dos personas absolutamente incompatibles que se enamoraban sin dejar de sudar como un pollo porque el aire acondicionado del cine estaba estropeado y pensando todo el rato en Kieran y sus fuertes y sexis brazos.

En realidad, desearía que el tiempo se decidiera de una vez. Los organizadores de Wimbledon deben de estar en vilo, preguntándose cómo será este año.

El viernes previo al inicio del torneo, Kieran llega a casa y me sorprende arrojando una de sus bandas elásticas contra la pared presa de la exasperación. Al pasar por delante de la puerta del salón mientras bebe de su botella de agua, se detiene de golpe y se fija en que he retirado la mesita de centro para extender una de sus esterillas sobre la moqueta. Sus ojos descienden entonces a mi sujetador deportivo de color verde oscuro y a mis *leggings*, y luego vuelven a ascender. La piel me arde bajo su mirada y el pulso se me acelera cuando su boca se entreabre ligeramente.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta en voz baja, examinándome.

—Ejercicio, o eso intento —admito, apartándome la coleta suelta del hombro—. Pero la cosa no va bien.

Con un movimiento de cabeza señala la banda elástica que yace en el suelo al otro lado de la estancia.

—Sabes que eso no se usa como tirachinas, ¿verdad? —pregunta mientras sus labios esbozan una pequeña sonrisa.

—Sí, claro que lo sé. —Bajo la mirada al suelo y me cruzo de brazos—. Estaba frustrada.

—Entiendo. —Kieran se apoya en el marco de la puerta—. La sesión de dibujo no ha ido muy bien hoy, ¿no?

—Todavía no he comenzado el libro —murmuro, y noto como la decepción me envuelve el corazón, constriñéndolo—. Han pasado casi dos semanas y aún no tengo una historia. No consigo... concentrarme. —Decido no revelarle cuáles son las razones y entierro la cara en las manos—. ¡Argh! Pero ¿qué estoy haciendo? Básicamente, he perdido dos semanas en las que podría haber estado trabajando y ganando dinero.

Unos instantes después, noto que sus firmes dedos envuelven mis muñecas, animándome a bajar las manos. Cuando lo hago y alzo la mirada hacia sus ojos, no puedo evitar tener la sensación de que me falta el aliento.

—No has perdido el tiempo, Flossie. Todo forma parte del proceso —insiste comprensivo mientras sigue sujetándome las manos, ajeno al efecto que eso tiene sobre mí. De repente, el corazón se me acelera y se me seca la boca—. Sé que eres organizada, pero no puedes programar en tu agenda cuándo se te va a ocurrir una buena idea.

Trago saliva y me obligo a mí misma a mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunto, sintiéndome impotente.

Él me suelta las manos y, retrocediendo un paso, ladea la cabeza y me observa pensativo.

—Tienes que encontrar una válvula de escape para esa frustración. Algo que te tranquilice.

—Vale. ¿Alguna idea? ¿Qué haces tú cuando necesitas calmarte y despejar la cabeza antes de un partido?

Él se encoge de hombros.

—Nada.

—¿Qué? Seguro que haces algo. ¿Cuál es tu ritual antes de un partido?

—No tengo ninguno —insiste, soltando una risita ante mi obvio desconcierto—. Me limito a salir a la pista y jugar.

—¿Y ya está? ¿No haces nada para que te dé suerte? ¿No tienes ninguna superstición? Pensaba que eso era algo habitual entre los deportistas.

—No en mi caso. —Enarca una ceja—. Tengo la sensación de que te he decepcionado.

—Un poco —admito, haciéndolo reír—. Me parece un poco aburrido que no hagas nada especial antes de jugar un partido en Wimbledon. Creo que eso tiene que cambiar, Kieran. Pensaré en algo.

Él me señala con un dedo.

—No pienso hacer ningún tipo de bailecillo.

—Sí, gracias, Kieran. Soy plenamente consciente de que no eres un *leprechaun*. —Pongo los ojos en blanco, encantada de ver como se ríe sacudiendo los hombros—. Será algo más relajado y discreto que eso. Algo que te tranquilice, pero que al mismo tiempo haga que te pongas las pilas.

—Sin duda parece imprescindible. Mientras tanto, concentrémonos en tu situación actual. ¿Qué podemos hacer para que la creatividad comience a fluir?

—¿Podemos?

Él asiente.

—Resulta que tengo algo de tiempo libre esta tarde, y se me ha ocurrido algo que podría ayudarnos a ambos.

—Ah, ¿sí? ¿El qué? —pregunto al tiempo que mi mente empieza a imaginarse algo con lo que DEFINITIVAMENTE no debería estar fantaseando.

Pasa a mi lado en dirección al baúl que hay en el rincón del salón, proporcionándome con ello un respiro del hechizo que ahora parece ejercer sobre mí para que pueda recobrar la compostura. Cuando me doy la vuelta para averiguar qué está haciendo, veo que ha abierto la tapa del baúl y está buscando algo en su interior. De repente, echa un vistazo por encima del hombro y sonríe.

—Me mentiste —dice de forma acusadora.

Frunzo el ceño.

—¿Sobre qué?

—Me dijiste que te gustaba el ping-pong, no el tenis.

—Sí.

Me lanza una mirada reprobatoria. A continuación, mete una mano en el baúl y, tras rebuscar un poco, saca una raqueta de tenis y comienza a darle vueltas por el mango.

—Entonces, ¿qué es esto?

—¡Es muy vieja! ¡Incluso se me había olvidado que estaba ahí! De pequeña jugué un poco en la escuela, pero ya no.

Él no se muestra muy convencido.

—Me dijiste que te mudaste a este piso el año pasado.

—¿Y?

—Pues que, si ya no juegas ni tienes intención de hacerlo, ¿por qué te molestaste siquiera en traer tu raqueta de Norwich a Londres? —me pregunta mientras cruza el salón y se planta delante de mí con una sonrisa petulante propia del detective de una novela policiaca justo antes de la gran revelación.

Abro la boca, pero no se me ocurre ninguna réplica. «Maldita sea».

Él baja la mirada hacia mí.

—¿Qué te parece si echamos un partido?

Me disuelvo en un ataque de risa.

—¿En serio? ¿Quieres jugar un partido conmigo?

—¿Por qué no?

—¡Eres Kieran O'Sullivan! —señalo horrorizada—. No puedo jugar al tenis contigo. Sería absolutamente humillante. Como mucho soy mediocre, y tú eres un jugador profesional que figura en el *ranking* mundial.

—Vamos, Flossie —dice, riéndose por lo bajo—. No me cebaré contigo, te lo prometo.

Alarga una mano y me coloca un mechón detrás de la oreja. Al sentir el leve roce de sus dedos en mi piel, me quedo sin aliento. Me muerdo el labio inferior y sus ojos descienden a mi boca.

«Dios...».

Kieran deja la mano más tiempo del necesario en mi pómulo antes de tragar saliva y parpadear como si hubiera estado en piloto automático y, de repente, hubiera caído en la cuenta de lo que está haciendo. Entonces la baja rápidamente y, retrocediendo, se aclara la garganta.

—¿Qué me dices, pues? —pregunta, y vuelve a examinar la raqueta—. ¿Echamos un partido? Quién sabe, puede que sea justo lo que necesitas.

—De acuerdo, está bien. En el peor de los casos, al menos nos reiremos.

Una sonrisa de alivio se forma en sus labios.

—Será divertido.

—Para alcanzar la pelota, tienes que correr, Flossie —me explica Kieran—. No puedes quedarte mirando cómo bota.

—Has hecho esa dejada a propósito —lo acuso mientras corro hacia el fondo de la pista para recoger la pelota.

Hemos ido a las pistas al aire libre que hay en el parque. De camino, me he preguntado durante un aterrador y absurdo momento si Kieran no estaría llevándome al All England Lawn Tennis and Croquet Club y he entrado en pánico al darme cuenta de que no es solo que mi nivel no se acerque ni por asomo al que se espera de sus miembros, sino que además me he puesto una vieja camiseta holgada por encima de la ropa de entreno y unas zapatillas deportivas gastadas. No tengo un aspecto digno de Wimbledon que se diga.

Las pistas del parque estaban ocupadas, pero hemos llegado justo cuando una pareja se marchaba y hemos conseguido hacernos con una. De momento, nadie ha reparado en que está jugando cerca de Kieran.

—Sí, claro. Todos mis golpes son a propósito —exclama, y casi puedo percibir cómo pone los ojos en blanco—. No sería un buen tenista si me salieran por casualidad. Te mueves bien por la pista. Si lo hubieras intentado, podrías haber llegado a esa dejada.

Tras recoger la pelota, me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada.

—No me la esperaba.

—De nuevo, en eso consiste precisamente el tenis: no sabes qué golpe va a dar tu contrincante. Tienes que estar alerta, lista para todo. Mira cómo lo hago yo.

Kieran inclina hacia delante la cadera con los pies separados, las rodillas flexionadas y los talones un poco levantados, apoyando el

peso del cuerpo sobre la punta de los pies y meciéndose de lado a lado.

—¿Lo ves? —dice, dando vueltas a la raqueta una y otra vez en las manos—. Estoy concentrado y con el cuerpo en tensión. Sea cual sea el golpe que me lances, estoy listo para devolverlo.

—Lo que veo es que eres un idiota —murmuro.

—¡Lo he oído! —exclama—. Ven, acércate a la red. Quiero probar algo.

Esbozo una sonrisa mientras cruzo la pista en su dirección. Esto está siendo mucho más divertido de lo que esperaba y hay algo extremadamente satisfactorio en el hecho de que un tenista profesional elogie tu golpe de derecha.

Hemos comenzado con calma y, a medida que me he ido metiendo en el juego, él ha ido subiendo el nivel, colando algún que otro golpe fastidiosamente bueno. También me ha parecido adorable que me preguntara con mucha cautela si quería algunos consejos o prefería que cerrara el pico y me dejara jugar a mi aire. Creo que estaba intentando asegurarse de que no lo considerara un engreído, aunque le he contestado que con mucho gusto me aprovecharía de una clase de tenis gratis impartida por un profesional.

Y nunca lo habría esperado, pero Kieran O'Sullivan resulta ser un profesor bastante bueno. En este entorno está mucho más relajado que cuando juega a nivel profesional, lo cual es una obviedad porque aquí no está compitiendo. En cualquier caso, tengo la sensación de que no soy la única que está sacando provecho de esta sesión. Es como si algo en su interior se hubiera encendido; se muestra tranquilo y revitalizado, le brillan los ojos y no deja de bromear y reír. El mundo nunca ha tenido la oportunidad de ver este lado suyo más despreocupado. Se lo está pasando muy bien y, por desgracia, dudo mucho que tenga nada que ver conmigo.

Creo que le divierte enseñar.

—Muy bien. ¿Sabes lo que me gustaría, Flossie? Que jugaras con más agresividad —me dice cuando se encuentra conmigo en la red, cruzándose de brazos.

—Pero yo no soy agresiva.

—Claro que sí —responde—. Todo el mundo puede serlo. Estás siendo demasiado comedida. Quiero que te conectes con tu furia interna y revientes la pelota.

—Me temo que no tengo demasiada fuerza en el tronco superior. Soy más bien inexperta. Ya sabes, mi juego es... delicado y elegante. —Él esboza una sonrisilla y yo lo miro indignada—. ¡Lo es!

—Sí, claro. Pero también eres feroz y poderosa.

—¿De dónde sacas eso? —mascullo, enarcando las cejas.

—Pelotearemos un poco para calentar y, cuando te avise, haré un globo y quiero que remates con todas tus fuerzas, ¿de acuerdo? Echa el brazo hacia atrás pronto para poder juzgar la trayectoria de la pelota adecuadamente y entonces golpéala con el brazo bien extendido en el punto más alto posible.

—Está bien. Lo intentaré.

—Muéstrame esa agresividad. Luego te sentirás genial. Alivia la tensión y sube la moral. Te sentirás empoderada.

—Si tú lo dices... —Y añado, entrecerrando los ojos—: Pero, como falle y me sienta más inútil aún, me deberás una copa.

—Vale. Y, si acabas sintiéndote empoderada, serás tú quien me deba una a mí.

—Hecho.

Me parece bien. En cualquier caso, voy a tomar algo con Kieran. De repente, eso hace que note una opresión en el pecho y un hormigueo en las manos. De camino al fondo de la pista, las agito mientras procuro sonreír despreocupadamente.

—¿Lista? —pregunta cuando estamos en posición.

—Lista.

Comenzamos con unas pocas voleas suaves y fáciles, y entonces me avisa con un movimiento de cabeza antes de hacer un globo bien alto, lanzando la pelota en mi dirección. Yo permanezco atenta a su caída y la golpeo. Va a parar junto a su pie derecho. Él observa cómo bota débilmente y se aleja por la pista.

Kieran se vuelve hacia mí con una ceja alzada.

—Ha sido... terrible.

—¡Querrás decir «elegante»!

—Volvamos a probar.

Después de otro intento mejor posicionado pero sin fuerza, Kieran pone los brazos en jarras y me indica de nuevo que nos encontremos en la red. Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido, preparándome para otro rapapolvo o un discursito motivacional.

—¿Por qué no eres capaz de aceptar que no soy el tipo de persona que puede hacer un buen remate? —pregunto, jugueteando nerviosa con el mango de la raqueta—. No soy competitiva; no tengo esa fogosidad en mi interior como tú.

—Sí que la tienes —insiste, atravesándome con la mirada—. Y lo sé porque, cuando nos conocimos, me tiraste una bebida encima.

Vacilo.

—Estaba teniendo un mal día y me tocaste las narices.

—Hice que te enfadaras.

—Así es.

—¿Qué más te enfada? Aparte de mí, claro está —me pregunta con una sonrisa pícara y hermética, como si supiera algo que yo desconozco.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—Tómate tu tiempo. Piénsalo bien.

Tras un momento tirando nerviosa de las cuerdas de la raqueta, exhalo un pesado suspiro.

—Me enfada cómo me hace sentir Jonah respecto a mí misma. Que tenga ese don para decir cosas que refuerzan mis propias dudas y defectos.

—Te hace sentir insignificante e incapaz —dice Kieran en un tono de voz bajo y comprensivo.

—Sí, pero no puedo echarle toda la culpa a él. Supongo que resulta difícil tener autoestima y confianza en una misma cuando tu padre te abandonó y tu madre estaba demasiado ocupada lidiando con sus propios demonios para tener en cuenta lo que tú necesitabas. —Vacilo y me lo quedo mirando con el ceño fruncido—. ¿Está convirtiéndose esto en una especie de extraña sesión de terapia?

Sus labios esbozan una sonrisa y su expresión se suaviza.

—Para mí el tenis puede serlo —admite al tiempo que echa un vistazo a los demás jugadores de las otras pistas—. Sentir que tengo el control cuando juego me ayuda.

Está volviendo a hacerlo: me ofrece un atisbo del hombre atormentado y vulnerable que se esconde tras esa reputación de persona engreída que se ha esforzado en construir. Hace que me entren ganas de saltar por encima de la red para abrazarlo y decirle que todo irá bien.

—Y, cuando rematas la pelota, recuerdas que, después de todo, sí que eres una persona fuerte —añado.

Kieran ladea la cabeza hacia mí.

—¿Quieres volver a intentarlo?

—Sí —asiento enérgicamente, animándome a mí misma—. Haz el globo. Creo que ya lo he pillado.

—De acuerdo —dice, señalándome con la raqueta—. Sé que lo harás bien.

Nos colocamos de nuevo en nuestras posiciones iniciales y esta vez me siento decidida y concentrada. Mantengo las rodillas flexionadas y sujeto con fuerza la raqueta. Kieran lanza la bola al aire. Guiando su trayectoria con un brazo mientras asciende por los aires, espero a que vuelva a descender delante de mí, un poco a la derecha del centro, y, cuando llega a la altura adecuada, la golpeo por arriba con todo mi empeño.

La pelota rebota con fuerza en su lado de la pista, justo dentro de la línea de individuales, y sale disparada. Es un golpe precioso y potente. Y me siento genial.

Con la boca abierta, Kieran levanta los puños y lanza un grito de alegría, haciendo que otros jugadores se vuelvan hacia nosotros. Yo estallo en carcajadas y me paso una mano por el pelo.

—¡Ha sido INCREÍBLE! —exclama, sosteniendo la raqueta bajo el brazo para poder aplaudirme con entusiasmo—. Flossie, ese remate ha sido perfecto. Es muy difícil devolver algo así, ya te lo digo yo.

—No me puedo creer que haya conseguido golpearla así —comento con orgullo.

—Yo sí —dice él con los ojos centelleantes al tiempo que su sonrisa cálida y sincera se ensancha—. Estaba seguro de que serías capaz.

12



Estoy esperando a que llegue a casa. Literalmente esperando. No paro de consultar la hora en el móvil y me enderezo cada vez que un coche pasa por delante. Por fin uno aminora la marcha y se detiene. A continuación, oigo la puerta del vehículo cerrándose y luego los resueltos pasos de Kieran. Cuando la llave gira en la cerradura, me pongo firme, lista para cuando aparezca en el salón.

—Hola —saluda amigablemente antes de fijarse en la cara botella de vino y las dos copas colocadas sobre la mesa junto a la vela parpadeante. Después levanta la mirada hacia mí con curiosidad—. Has encendido la vela de tres mechas. ¿Qué se celebra?

—Quería darte las gracias por la lección de tenis de ayer —digo, esperando no sonar tan nerviosa como me siento—. ¿Puedes beber o no es apropiado dos días antes del inicio del torneo?

Él no dice nada. Sus ojos descienden hasta el escote de mi vestido.

En realidad, me he tirado todo el día en pijama, pero me he puesto esto hace media hora sabiendo que estaba al caer. Se trata de un vestido corto azul y blanco, de tiras finas y con un escote en forma de corazón. Deja a la vista mucha piel y siempre me he

sentido sexy y segura de mí misma con él. Y si quiero sentirme así es a causa de lo que pasó anoche antes de ir a dormir. Fue un gesto pequeño y posiblemente insignificante, pero, por si acaso..., supongo que quiero que él sepa que para mí sí tuvo importancia.

Anoche, después de que ambos ya nos hubiéramos preparado para ir a la cama, yo estaba en la cocina bebiendo un vaso de agua cuando apareció él. Normalmente, se habría limitado a darme las buenas noches, pero ayer fue distinto. Se acercó a mí y se inclinó para darme un delicado beso en la mejilla, a apenas un centímetro de la comisura de los labios. Luego se apartó un poco, pero dejó la cabeza inclinada para mirarme a los ojos.

—Buenas noches —dijo con voz ronca.

—B-buenas noches —me las arreglé para susurrar con el corazón acelerado.

Él se quedó un momento ahí inmóvil. Después frunció el ceño, se volvió y salió de la cocina. Hasta que no se hubo marchado, no conseguí exhalar, y tuve que apoyarme en el borde de la encimera porque me temblaban las piernas. Me pasé la mayor parte de la noche dando vueltas en el sofá, incapaz de dejar de pensar en él y sintiendo un cálido hormigueo por todo el cuerpo.

Hasta hace una semana, tenía la impresión de que Kieran no era más que un irritable, intransigente, maleducado y testarudo capullo incapaz de usar un posavasos. Pero esa coraza está viniéndose abajo y detrás se oculta una dulzura que procura no revelar. Ha demostrado ser amable y considerado. Aquí, en casa, Kieran no solo no es tan distante, sino alguien realmente atento y alentador. Cuanto más lo conozco, más pienso que el mundo lo ha juzgado mal.

También creo que anoche quería besarme. Y yo quería besarlo a él.

Por eso hoy me he puesto este vestido.

—Estás... —Traga saliva, luego se quita la gorra y se pasa una mano por el pelo—. Es un vestido muy bonito.

Justo la reacción que esperaba.

—Gracias. —Sonrío con timidez, derritiéndome ante su intensa mirada.

—Voy a ducharme —dice despacio—. Después abrimos la botella, ¿vale?

—Vale.

Se queda un momento inmóvil en la entrada con el ceño fruncido y ojos pensativos. Finalmente, se marcha y, cuando oigo que abre el grifo, respiro hondo unas cuantas veces para intentar calmar mis pulsaciones. No debe de tardar más que unos pocos minutos en ducharse y cambiarse, pero a mí se me hacen eternos. Para cuando regresa vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa, he recolocado los posavasos en la mesita de centro demasiadas veces para que pueda llevar la cuenta.

Kieran se sienta conmigo en el sofá y, tras servirle una copa de vino tinto, se la tiendo. Luego me sirvo otra a mí. Ninguno de los dos dice nada. La atmósfera del salón parece estar cargada de electricidad. Noto que me observa cuando me inclino para dejar la botella en la mesita antes de volverme e inclinar la copa hacia él.

—Por el empoderamiento que se siente en la pista de tenis. *Sláinte* —añado increíblemente orgullosa de mí misma por haber hecho una rápida búsqueda en Google para saber cómo se brinda en irlandés antes de que él llegara a casa. Hasta he practicado la pronunciación y todo.

—*Sláinte* —repite Kieran con una sonrisa cómplice, y tras chocar su copa con la mía, le da un sorbo. Emite un sonido de aprobación y yo dejo escapar un suspiro de alivio. He tenido que pedirle al

dependiente de la tienda que me ayudara a escoger una botella adecuada para un paladar sofisticado.

—¿Qué tal tu día? —pregunto esperando sonar despreocupada, aunque mi tono de voz es algo más agudo de lo normal.

—Duro. Pero hoy he jugado bien. —Le da un largo trago a su copa de vino y luego levanta la mirada hacia mí—. Le he contado a Neil que ayer hice una sesión extra de entreno contigo y que eso debe de haberme ayudado.

—De nada. Si necesitas algún consejo, ya sabes dónde encontrarme.

Él casi sonríe y tiene que esforzarse para mantener el semblante serio.

—También lo he informado de que voy a introducir un ritual en mi rutina previa al partido, solo que todavía no sé cuál es.

Le doy un sorbo al vino.

—Me alegro de que esté de acuerdo.

—Yo no me adelantaría. Me ha dicho que dejara de decir tonterías y me concentrara en el juego.

—Parece un sabio consejo. ¿No te ha preguntado qué tal iba nuestro acuerdo de convivencia?

—Lo hace cada día.

—¿Y qué le has dicho?

Me mira fijamente a los ojos.

—Que, de momento, va bien.

Asiento y le doy otro sorbo a mi copa. Él hace lo propio. Luego aprieto los labios mientras él comienza a tamborilear con los dedos en la rodilla. Le doy otro largo trago al vino. Dios, no recuerdo la última vez que me sentí así de nerviosa. Estoy increíblemente alerta y reboso energía y aprensión. Soy tan consciente de cada uno de los movimientos que hacemos cualquiera de los dos que no puedo

relajarme. La mente me va a mil. Desearía saber en qué está pensando.

—Tengo que decirte algo —suelto al fin.

Él ladea la cabeza.

—Vale...

Me muerdo el labio inferior, incapaz de contener una sonrisa de emoción.

—Hoy he comenzado mi libro.

Se le iluminan los ojos y, sin soltar el vaso, se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—¡Estás de broma! —Cuando niego con la cabeza, sus labios esbozan una amplia sonrisa. Los hoyuelos de sus mejillas hacen que el corazón me empiece a dar volteretas—. ¡Felicidades! ¿Has tenido una idea?

—Se me ha ocurrido de repente.

—Ha sido gracias al tenis. Sabía que te ayudaría.

—He comenzado a elaborar el *storyboard* y a perfilar a los personajes. También se me han ocurrido un par de escenas que he tenido que bosquejar a pesar de que todavía no he terminado de desarrollar la trama.

—¿Puedo ver los bocetos? —pide con entusiasmo.

—No. No todos.

Su sonrisa desaparece.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—¡Son solo bocetos iniciales, primeros borradores! Todavía es demasiado pronto. Tendrás que esperar a que el libro esté acabado.

—Se tarda mucho en terminar una novela gráfica. Puede que no la tengas lista hasta dentro de un año o así —dice lentamente, arrugando el entrecejo.

—La paciencia es una virtud —digo en tono de burla antes de esbozar una sonrisa pícara—. Ahora bien, como has formado parte integral del proceso artístico, creo que mereces un pequeño anticipo y he seleccionado una viñeta para que la veas. ¿Te parece bien?

Él apura el vino y se levanta.

—¡Sí! ¿Dónde está?

—En la cocina.

Tras dejar mi vaso junto al suyo y ponerme de pie, lo cojo de la mano y, entrelazando nuestros dedos, lo conduzco fuera del salón. Me resulta tan natural el gesto que no pienso en lo atrevido que puede parecer hasta que noto como su mano se aferra a la mía. Tal vez debería sentirme incómoda por haberlo hecho con tanto descaro, avergonzada incluso, pero no es así. Él me sigue mientras recorremos los pocos pasos que hay hasta la cocina. Una vez allí, lo suelto y, tras darme la vuelta, señalo la viñeta que he dejado en la mesa. Él se queda un momento mirándola antes de apoyar las palmas en el tablero e inclinarse para examinarla bien.

Es la primera que he dibujado esta mañana, antes siquiera de que se me ocurriera una historia en la que incluirla. No es más que un bosquejo sin color de lo que será, pero, aun así, me siento orgullosa. Se trata de una única viñeta en la que se ve la espalda de un adolescente ataviado con una sudadera de capucha y unos pantalones cortos. Tiene unos auriculares alrededor del cuello y las manos en los bolsillos. Está solo, mirando de pie la descuidada pista de tenis que hay en un parque público vacío. La red está deshilachada y las líneas ya apenas se ven. A lo lejos, el sol se está poniendo.

El texto que hay sobre la cabeza del personaje revela su monólogo interior:

«Me salvó».

Espero nerviosa la reacción de Kieran, estudiando su expresión con tanta atención como la que él pone al inspeccionar mi dibujo. No dice nada. Su respiración es lenta y pesada. Percibo un tic en su mandíbula. En mi estómago ha comenzado a formarse un nudo a causa de los nervios. No puedo aguantar más.

—¿Qué te parece? —pregunto en voz baja—. ¿Te gusta? Tú me has servido de inspiración. Estaba pensando en nuestra conversación de ayer en la pista y en lo de que el tenis puede ser terapéutico, y luego me acordé de lo que dijiste el otro día sobre que te había salvado después de... la pérdida de Aidan. No podía quitármelo de la cabeza. —Las dudas empiezan a acechar y vacilo un momento, mordiéndome el labio inferior—. A lo mejor te parece... demasiado personal. No quiero que tengas la sensación de que estoy entrometiéndome en tus sentimientos. Si no te gusta, no tiene por qué aparecer en el libro, solo era...

—Me gusta —dice con la voz quebrada.

—¿De verdad? ¿Te gusta? ¿No lo dices solo para quedar bien?

Kieran se aparta de la mesa e, irguiendo la espalda, se gira hacia mí. Sus ojos reflejan la luz de la cocina y me fijo en que relucen. Me mira fijamente y da un paso hacia mí, reduciendo el espacio que había entre ambos. Va a besarme. Quiero que lo haga.

«Bésame, por favor».

Inclino la cabeza hacia él con la respiración trémula e irregular.

—Es... perfecto —dice en un tono de voz bajo y firme antes de alargar una mano, rozarme el pómulo con los dedos y colocarme el pelo detrás de la oreja, como hizo el otro día.

Solo que esta vez no se echa para atrás.

Me coge la cara con ambas manos, inclina la cabeza y posa su boca sobre la mía. Al principio sus labios son suaves y tentativos, y me oigo a mí misma suspirar al tiempo que cierro los ojos y me

derrito en él, sintiendo como el alivio y el júbilo inundan mi cuerpo. Le rodeo el cuello con los brazos mientras sus manos se deslizan hasta mi cadera para atraerme hacia él.

El beso se vuelve más intenso y, al notar como su lengua acaricia la mía, no puedo evitar sentirme aturdida. Al principio parecía estar conteniéndose, pero, ahora que le correspondo, me deja bien claras las ganas que tenía y yo le devuelvo el favor. Él quiere esto y yo también. En un momento dado, del fondo de su garganta parece surgir una suerte de gruñido y su impetuosidad me deja casi sin aliento. Trato desesperadamente de recrearme en este instante y disfrutar de su sabor y de la sensación de su cuerpo pegado al mío, pero también me siento ansiosa por lo que está por llegar. A través de sus pantalones vaqueros, puedo sentir la presión de su erección contra mi vientre.

Presa de la excitación y la impaciencia, me sorprendo a mí misma sonriendo con los labios pegados a los suyos. Manteniendo la frente pegada a la mía, él interrumpe el beso para mirarme brevemente. Los ojos le relucen y sus labios esbozan una amplia sonrisa. Como siempre, los hoyuelos de sus mejillas hacen que el corazón se me acelere.

Se terminó la espera. Vuelvo a atraer su boca a la mía y siento como me embarga la satisfacción cuando se inclina hacia mí y me besa con más ganas aún. Casi pierdo el equilibrio y me caigo de espaldas, pero me sostienen sus cálidas y fuertes manos, que no han dejado de acariciarme la espalda antes de deslizarse a mis muslos. Con un rápido movimiento, me sube a la mesa sin parar de besarme.

«Joder, qué fuerte está. Me muero».

Envuelvo su cintura instintivamente con las piernas y él me levanta el vestido, arrugándolo a la altura de mis caderas. Siento frío

en los muslos cuando sus manos los abandonan para desplazarse a la parte baja de mi espalda y sujetarme con sus musculosos brazos. Pasa los labios por mi mandíbula y luego por mi cuello, dejando un rastro ardiente en mi piel. Yo echo entonces la cabeza hacia atrás e inhalo con intensidad, arqueando las caderas hacia él y provocándole un involuntario gemido de placer. Noto su cálido aliento en la clavícula y se me pone la piel de gallina. Cuando vuelve a reclamar mi boca con ardor, me muerde delicadamente el labio inferior.

Juro por Dios que ese pequeño mordisco hace que todo mi cuerpo se estremezca. Los pezones se me han puesto duros debajo del vestido y siento una palpitación entre las piernas. Lo quiero más cerca.

De manera inconsciente, atraigo su cuerpo hacia mí con las piernas, haciendo que vuelva a gemir en mi boca mientras su mano izquierda se desliza por mi espalda hasta llegar a mi cabeza y me agarra el pelo dándole un leve pero excitante tirón.

Nunca me habían besado así. Nunca me había sentido tan deseada, tan necesitada.

Sus labios abandonan los míos para recorrer mi cuello y una de mis clavículas. Con los dedos, despeja el camino apartando la tira del vestido y dejándola caer por mi hombro. Es una señal, y yo respondo metiendo las manos por debajo de su camiseta, clavándole las uñas en la piel de sus caderas y recorriendo la base de su columna. Siento su erección palpitar contra mi cuerpo y separo más las rodillas, abriéndome para él.

Kieran deja escapar un trémulo gemido contra mi piel.

—Dios mío, Flossie.

Su boca sigue descendiendo. Suelto un grito ahogado cuando pasa los labios por el escote de mi vestido y siento el roce de su barba de tres días contra la piel. Mientras tanto, un pulgar asciende

por una de mis piernas y recorre sugestiva y provocadoramente el borde superior de mi tanga. Reprimo un gemido cuando se pone a describir círculos sobre mi clítoris a través de la tela.

—¿Quieres...? —empieza a decir con voz ronca, alzando la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sí —contesto antes de que termine la pregunta, porque, joder, no puedo más.

Él se inclina y vuelve a besarme. Sus labios son exigentes y apremiantes. Noto los míos irritados e hinchados, pero no puedo parar. Quiero más.

—No tienes ni idea —dice entre jadeos al tiempo que su pulgar se desliza por debajo de la tela de mi empapada ropa interior—. Eres lo único en lo que pienso. Lo único, joder.

Echo la cabeza hacia atrás e, instintivamente, lo cojo por la nuca mientras me muerdo el labio y...

Suena el timbre de la puerta de entrada.

Ambos nos quedamos inmóviles de golpe, abrazados, con la respiración pesada y entrecortada.

—Ignóralo —susurra él, pero no parece muy convencido y, cuando vuelve a sonar y apoya la frente en mi hombro en señal de derrota, me doy cuenta de que debía de estar esperando a alguien.

Kieran se aparta y yo me bajo de la mesa, dejando que el vestido vuelva a caer por mis muslos. Me coloco bien la tira del hombro. Al regresar a la realidad, no puedo evitar sentirme repentinamente cohibida. ¿Qué acaba de pasar?

—Debe de ser alguien de mi equipo —me explica Kieran en un tono bajo y pesaroso—. Yo... me había olvidado. Antes me han dicho que se pasarían para... hablar de estrategia y cosas así.

Asiento con las mejillas sonrojadas.

—Sí, claro. Por supuesto. Tiene sentido.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir —le aseguro, cruzándome de brazos.

El timbre vuelve a sonar. Ignorándolo, Kieran se acerca a mí y me pasa una mano por la cadera. Me escruta antes de inclinarse y besarme lenta e intensamente, haciendo que otra deliciosa oleada de calor se extienda por mi cuerpo. Este tipo de besos podrían hacerme renunciar a cualquier otro de cualquier otra persona para siempre.

Al apartarse, deja la mano en mi cadera unos segundos. Su nuez sube y baja, y su hambrienta mirada se clava en mí, provocándome un cosquilleo en la piel. Al fin se da la vuelta y sale de la cocina. No ha hecho falta que hablara, he comprendido perfectamente lo que me ha querido decir.

«Esto no ha terminado».

13



Cuando cruzo la calle, veo que Iris ya está esperándome en la cafetería, sentada bajo el sol en una de las mesas exteriores. Va vestida con un mono rojo y unas sandalias marrones con tacón de cuña, el pelo moreno le cae sobre un hombro y lleva unas enormes gafas de sol y los labios pintados de un reluciente color rojo. Parece salida del set de una película de Hollywood de los cincuenta. Está con la espalda reclinada, sorbiendo su café y mirando a la gente sin tener ni idea de que toda la calle está observándola: al pasar a su lado, los hombres no pueden evitar volver la cabeza y, en su distracción, terminan chocándose con la pizarra que hay en la acera y en la que se anuncian cafés de especialidad con nombres relacionados con el torneo de Wimbledon.

Al verme, se endereza y me saluda emocionada con una mano.

—¿Cómo estás? —me pregunta, levantándose cuando llego a su lado para darme un abrazo. Advierto entonces la delicada fragancia floral de su perfume—. Te he pedido un *flat white*.

—Perfecto, gracias —contesto con entusiasmo mientras me siento frente a ella.

Iris se baja ligeramente las gafas por el puente de la nariz para mirarme por encima del borde.

—Qué guapa estás. Esos *shorts* te hacen un culo... Mataría por tener tu cuerpo.

—Dice la mujer con esas piernazas —comento, bajando la vista a sus largas y esbeltas piernas, cuidadosamente cruzadas a la altura de los tobillos por debajo de la silla—. Estás haciendo que todo el Village se derrita.

—¡Anda ya, no digas tonterías! —replica con un dramático suspiro antes de sonreír con ganas—. ¿No es impresionante este tiempo? Si mañana sigue haciendo este sol, será un inicio de torneo perfecto. Dios, cómo me gusta Wimbledon en esta época del año. El ambiente es inigualable, ¿no te parece?

—Desde luego —concuerdo, y le doy un sorbo al café—. No hay nada igual.

—Es todo tan emocionante y divertido... Se nota en el aire.

Tiene razón. A nuestro alrededor hay un gran bullicio. Todo el Village se prepara para la afluencia de gente que está a punto de llegar a este pequeño rincón del sudoeste de Londres en el que, a partir de mañana, se centrarán todas las miradas para averiguar quién se corona este año como campeón de Wimbledon. Incluso alguien activamente contrario al deporte tendría problemas para no verse arrastrado por este ambiente jubiloso y embriagador.

Y, si brilla el sol, todo parece un poco mejor. Las flores han florecido por completo, las fachadas de los bares y restaurantes están bañadas por un reluciente resplandor dorado y todo el mundo parece estar de buen humor. Me embarga una oleada de gratitud por encontrarme ahora mismo en Wimbledon, sentada junto a mi mejor amiga. Ambas nos quedamos un momento en silencio, disfrutando del espectáculo de la gente que pasa ante nosotras.

Observamos a un grupo de amigos que se turnan para hacerse fotos junto a una tienda que ha cubierto toda su fachada de flores verdes y púrpuras, nos reímos del paseador de perros cuyos chuchos llevan pañuelos en el cuello con algún estampado relacionado con el torneo y no podemos evitar sonreír al ver a un grupo de niños que vuelven a casa de alguna fiesta haciendo pompas de jabón e intentando reventarlas mientras se elevan por el aire hasta que una suave brisa las empuja fuera de su alcance.

—¿No te parecen jodidamente hipnóticas? —comenta Iris.

—¡Ya te digo! —concuerdo con entusiasmo—. Me he quedado embelesada.

—Después de esto tenemos que ir a hacer pompas de jabón. Nunca me había sentido más relajada.

—Yo tampoco. Pompas de jabón. ¿Quién me lo iba a decir?

Ella suelta una risita.

—¡Ay, cómo me alegro de no tener que pisar la oficina las próximas dos semanas para cubrir el torneo!

—¿Tan mal está la cosa?

—¡Uf! —Iris arruga la nariz—. Peor que nunca. Si te soy sincera, creo que dentro de poco estaré sin trabajo. Intento no pensar mucho en ello para no rayarme.

—Estoy segura de que no te despedirán —digo seriamente, bajando mi taza de café—. Eres la mejor periodista de la sección de deportes. He visto que has comenzado a publicar tu blog de Wimbledon en la app del periódico. El año pasado fue un éxito, y este también lo será.

Ella se encoge de hombros.

—Cualquiera puede escribirlo, Flora. No soy indispensable.

—Claro que lo eres.

Me dedica una sonrisa de gratitud.

—Por desgracia, los mandamases no siempre comparten nuestra opinión. En cualquier caso, no pasa nada. Lo único que puedo hacer es dejarme la piel trabajando con la esperanza de que sigan manteniéndome en plantilla.

—Como te despidan, será la prueba definitiva de que son unos completos idiotas.

—Eso ya lo demostraron contigo, cariño. —Exhala un suspiro, se ajusta las gafas y mira al sol con los ojos entrecerrados—. Todas estas horas extras están haciéndole un flaco favor a mi vida amorosa, eso sí. Y tampoco he tenido tiempo de buscar piso, así que sigo atrapada en casa de mis padres.

Hago una mueca.

—¿Y cómo va eso?

—Jodidamente mal —dice sin rodeos, haciéndome reír—. Los oigo pelearse todo el tiempo y luego, cuando yo entro, se quedan callados. —Vacila un momento—. Creo que tienen algún problema, pero no quieren contármelo. Siguen tratándome como a una niña.

Me encojo de hombros.

—Es normal que quieran protegerte.

—En cualquier caso, necesito largarme de ahí cuanto antes. Pero dejemos ya mi aburrida vida. Hablemos de ti. —Coge su taza y le da un sorbo—. ¿Cómo está Kieran? ¿Nervioso por el inicio del torneo?

—Creo que sí, pero no lo sé bien. —Hago una pausa—. Anoche estuvimos a punto de acostarnos.

Iris se atraganta y escupe de golpe el café que tiene en la boca por toda la mesa. Luego, sin dejar de toser, se golpea el pecho con el puño. Suelto una risita y le tiendo una servilleta.

—¡Flora! —exclama mientras se la pasa por los labios, y luego se quita las gafas de sol para mirarme de forma acusadora—. Pero ¡¿qué cojones?!

—¿Qué ocurre? —Me encojo de hombros con gesto inocente.

Ella alza ambas manos.

—¿Me has dejado hablar aquí sentada del TRABAJO y de mis PADRES cuando Kieran O'Sullivan y tú casi os acostasteis anoche?

—Baja el volumen, por favor —le pido, lanzando una mirada nerviosa a la gente que pasa a nuestro lado.

—¿Cómo sucedió? —me pregunta con entusiasmo, volviéndose a poner las gafas de sol e inclinándose hacia mí sobre la mesa—. Cuéntamelo todo.

—No lo sé. Nos tomamos una copa de vino y luego... No lo sé, la cosa fue a más.

—¡Dios mío! ¡Esto es increíble! —exclama—. ¡Mírate, te estás sonrojando! Joder, Flora, pero ¿te gusta?

Me muerdo el labio. Una cosa es admitirme a mí misma que no puedo dejar de soñar con él. Una cálida sensación se extiende por mi estómago cuando pienso en él y me encanta cómo me hace sentir, tímida y segura de mí misma, emocionada y aterrada, todo al mismo tiempo. Es como si apenas hubiera empezado a rascar la superficie de su personalidad y me muriera de ganas de conocer más. Me gusta que haya comenzado a abrirse a mí. Y me encanta cómo me besó. Pero decir todo esto en voz alta lo convierte en algo real. Y, si se vuelve real, las posibilidades de salir mal parada también lo son.

—No lo sé —digo finalmente.

Iris se reclina en el respaldo de su silla y se cruza de brazos con una sonrisa de complicidad en los labios.

—Ya... Bueno, ¿y ahora qué? Vivís en el mismo piso. ¿Vais a... salir juntos?

—Solo fue una noche —le recuerdo, volviendo a dejar mi taza en su platillo—. Y su entrenador nos interrumpió. Todavía no hemos

tenido la oportunidad de hablar sobre lo ocurrido. Y, además, ahora no quiero que se preocupe por... cosas así. Tiene que concentrarse en el torneo.

—Eso es cierto. He oído decir que esta podría ser su última participación —comenta, y luego me mira esperanzada.

—No pienso decirte nada. Conmigo déjate de exclusivas.

Ella me sonríe de forma traviesa.

—Lo cierto es que estás resplandeciente. Tienes que reconocer, Flora, que lo predije. Te dije que pasaría. Y en ese piso solo hay una cama.

—He estado durmiendo en el sofá todo este tiempo.

—Ah, ¿sí? —Iris suelta una risita antes de darle otro sorbo a su café—. Ya veremos cuánto dura eso.

Cuando esa tarde Kieran regresa del entreno, no lo hace solo. Todo su equipo lo acompaña de vuelta al piso y Neil no para de hablar con él desde que entran por la puerta hasta que Kieran deja su bolsa en el suelo del salón junto al sofá. Cuando levanto la vista del cuaderno de dibujo que descansa sobre mis piernas cruzadas, esboza una sonrisa de disculpa. Solo verlo hace que todo comience a darme vueltas.

—Tienes que mantenerte concentrado, Kieran. No sé dónde tienes la cabeza hoy —le dice Neil antes de seguir la mirada del tenista hasta mí—. ¡Ah!

—Hola, Neil —lo saludo animadamente.

Él frunce el ceño y pone los brazos en jarras.

—No me había dado cuenta de que estabas ahí.

—No pasa nada, puedo marcharme —le ofrezco, descruzando las piernas para ponerme de pie mientras el resto de los miembros del

equipo entra en el salón.

—No, Flossie, no hace falta que te muevas —comienza a decir Kieran alzando una mano—. Lo siento, debería haberte avisado de que hoy vendrían unas cuantas personas; solo necesitan comprobar unas pocas cosas, si te parece bien.

—Claro que sí. Iré a trabajar a la habitación. No me supone ningún problema —le aseguro con una sonrisa, esquivando al fisio que ha aparecido con una camilla de masaje.

Cruzo el salón bajo su mirada, voy a la cocina para coger algo de beber antes de quitarme del medio y me encuentro a su nutricionista llenando la nevera.

—¿Quieres una botella de Evian? —me ofrece al ver el vaso de agua del grifo que tengo en la mano y señalando con un movimiento de cabeza la caja que hay a sus pies.

—No, gracias —contesto, sonriendo para mí al recordar la aversión de Kieran al agua del grifo.

«Menuda diva», pienso afectuosamente.

Refugiada en el dormitorio, estoy tan absorta en mis bocetos que no me doy cuenta de que, una hora más tarde o así, el piso ha quedado en completo silencio. De repente, oigo que llaman con suavidad a la puerta y, acto seguido, Kieran entra con expresión avergonzada.

—Ey —digo, reparando en que lleva una sudadera con capucha y los pantalones del pijama—. Te has cambiado.

—Me he puesto algo más cómodo después de la acupuntura —me informa, frotándose la nuca mientras se apoya en el marco—. Disculpa lo de antes. Me sabe mal que hayas tenido que encerrarte aquí.

—Qué va; he estado dibujando —le aseguro alegremente, y luego me levanto y cruzo la habitación en dirección a la puerta—. ¿Qué tal

ha ido? ¿Estás listo para mañana? ¿Te sientes seguro de ti mismo?

Él se encoge de hombros.

—Tanto como puedo estarlo. Neil quiere que me pase la noche viendo algunos vídeos para analizar mi juego.

—Suena divertido.

—¿Verdad? —dice con indiferencia.

—Yo..., esto..., tengo algo para ti.

Él alza una ceja.

—¿Un regalo?

—Algo así —contesto, y, tras meter la mano en el bolsillo trasero del pantalón, saco un bote de pompas de jabón que he comprado en una tienda de camino a casa después de haber estado con Iris.

Él arruga la frente, confundido.

—¿Pompas de jabón?

—¿No recuerdas hacerlas de pequeño y quedarte completamente hipnotizado con ellas hasta el punto de que no te importaba ninguna otra cosa más que esas burbujitas flotando en el aire?

Él no parece demasiado convencido.

—Pues... supongo que sí. Aunque no recuerdo sentirme tan poético al respecto.

Pongo los ojos en blanco ante su comentario burlón.

—Hoy me he dado cuenta. ¡Hacer pompas de jabón es el ritual previo al partido perfecto! Es tranquilizador y agradable, y te ayudará a concentrarte. Ten. —Le levanto una mano y coloco la botella en su palma. Él cierra los dedos alrededor—. Si antes de salir a la pista estás nervioso, haz unas cuantas. Ya verás como te sientes mejor.

—Quieres que me siente en el vestuario de hombres de Wimbledon y me ponga a hacer pompas de jabón —repite él—. Con eso lo único que conseguiré será que se rían de mí.

—¡Y eso también es relajante! La risa es terapéutica, reduce el estrés y estimula la producción de endorfinas —enumero alegre—. Lo digo en serio, Kieran, hemos encontrado tu ritual prepartido.

—Pompas de jabón —repite él con un suspiro.

—Sí —confirmo—. Pompas de jabón. Personalmente, creo que deberías llevar el bote encima en todo momento. Así, si tienes problemas durante un partido, puedes incluso hacerlas durante la pausa para cambiar de lado.

Él me mira con los ojos amusgados, escrutando mi expresión para determinar si estoy hablando en serio.

—Flossie —comienza a decir, guardándose el bote en el bolsillo—, si alguna vez me ves haciendo pompas de jabón en la pista, sabrás que definitivamente he perdido la cabeza.

—Lo que sabré es que estás haciendo todo lo posible para ganar —le contesto desafiante—. Y eso me hará sentir muy orgullosa de ti. Además de emocionarme, claro.

Él enarca una ceja.

—Te emocionará mi humillación internacional.

—No —suspiro—. Me emocionará verte utilizar este regalo que te he hecho yo. Sabré que tú... que tú...

Mi voz se apaga, pues su intensa mirada ha borrado todas las palabras de mi cerebro.

—Sabrás que estoy pensando en ti —termina la frase por mí, pero lo hace de un modo inseguro y tentativo, como si no tuviera claro que sea la respuesta correcta.

Algo en mis ojos debe de indicarle que eso es exactamente lo que quiero oír, pues de repente su boca se posa sobre la mía. Me besa con tanta desesperación como yo a él. Tengo la espalda pegada al marco de la puerta. Él apoya un brazo sobre mi cabeza y, colocando el otro detrás de mí, me sujeta por la nuca, provocando que mi

cuerpo se arquee. Deslizo entonces los dedos entre su pelo y él deja escapar un leve gemido cuando su hambrienta lengua se encuentra con la mía. Con cada caricia, se me va acumulando calor entre las piernas.

Dios mío, está tan bueno... Todo en él hace que me vea arrastrada a una espiral de deseo: su sólido y cálido cuerpo contra el mío; su olor limpio, almizcleño y masculino; su forma de besarme, como si lo necesitara tanto como yo o quizá más. Noto sus manos recorriendo todo mi cuerpo. Se posan sobre mis hombros, me acarician la espalda, me agarran el culo y luego vuelven a mis caderas con tal ímpetu que sus dedos se clavan en mi piel.

—Me vuelves loco —murmura entre jadeos, inclinándose hacia mí y recorriendo mi mandíbula con los labios.

No hace falta que me lo diga. Siento su erección dura y palpitante contra mi cadera. Lo deseo tanto que cada una de mis terminaciones nerviosas comienza a vibrar y cada centímetro de mi ser se estremece de anhelo. Aun así, una pequeña e insistente voz en mi cabeza se opone a lo que está ocurriendo.

Resistiéndome a todos y cada uno de los instintos de mi cuerpo, me aparto de él. Y supone una tortura.

—No deberíamos hacerlo —susurro, odiándome a mí misma mientras su nariz acaricia la mía en busca de más—. Mañana es un día muy importante, Kieran. Juegas en Wimbledon.

—Que le jodan a Wimbledon —gruñe, y me vuelve a besar.

Está poniéndomelo muy difícil. Me resulta físicamente doloroso hacer que se detenga.

Me obligo a apartar la cara.

—No, no digas eso. Has trabajado muy duro para esto. Nunca me perdonaría que hiciéramos algo que pudiera afectar a tu

rendimiento. Es mejor que paremos, por favor. Debes estar concentrado. Y, además, todavía tienes que ver esos vídeos.

Él exhala un suspiro de frustración. Sigue con las manos en mis caderas y los dedos debajo de mi camiseta, abrasándome la piel. Apoya la frente contra la mía y maldice en voz baja.

—Quiero hacerlo —le dejo claro con voz ronca—, pero es importante que descanses. No podemos arriesgarnos.

No sé cómo, pero encuentro el modo de liberarme de su abrazo. Él deja caer las manos a ambos costados y se apoya en el marco de la puerta. Exhalando otro suspiro, alza la mirada al techo.

—Lo siento —digo, colocándome el pelo detrás de las orejas.

Él niega con la cabeza.

—No, tienes razón. Mañana debo estar en plena forma. Es mejor que esta noche no gaste energías. Además, si he esperado tanto, puedo seguir haciéndolo un poco más.

Trago saliva y me sonrojo.

—Lo sé. Me he pasado todo el día pensando en esto.

—Eso no es nada —dice él, clavando sus ojos en los míos—. Yo he estado pensando en esto desde el día en que nos conocimos.

14



Siento tantas mariposas en el estómago que no puedo comer. Sinceramente, no sé cómo consigue Kieran gestionar estos nervios; si yo estoy así sin jugar, ¿cómo se sentirá él, que está a punto de salir a la pista? El torneo de Wimbledon intimida. Siete rondas a lo largo de dos semanas: cuatro iniciales y luego ya cuartos de final, semifinales y, por último, la final. ¿Cómo es posible que los jugadores que llegan a la final no estén completamente agotados? Lo he mirado y, como Kieran juega hoy, el primer día del torneo, si las cosas salen bien y va ganando a sus oponentes, esta semana jugará el lunes, el miércoles, el viernes y el domingo, y, la que viene, el martes, el viernes y la final del domingo.

Eso es muchísimo. Estoy cansada solo de pensar en ello.

Y atención a esto: ganas cincuenta y cinco mil libras esterlinas solo por participar en la primera ronda. Aunque pierdas el primer partido, recibes esa cantidad en tu cuenta bancaria. A partir de ahí la cosa va a más; a medida que vas superando rondas, la cantidad también aumenta. Y este es solo uno de los torneos del año.

¡¿Por qué no me hice jugadora profesional de tenis?!

Aunque en realidad no podría soportar la tensión. Cuando Neil ha venido a buscar a Kieran esta mañana, me ha dicho que jugará en la pista siete. Los partidos que se celebran ahí no se emiten en la televisión pública, pero se pueden ver en directo a través de una plataforma online. Esa ha sido básicamente nuestra conversación mientras él esperaba en el salón a que Kieran estuviera listo para salir. Está claro que no se fía de mí. Después de haberle ofrecido todas y cada una de las variedades de bebidas disponibles en casa —que, gracias a la nutricionista de Kieran, no son pocas que se diga — y de que él las haya rechazado con educación, se ha quedado junto a la chimenea con el móvil mientras yo me sentaba y fingía que miraba el mío. Con el rabillo del ojo, he podido ver que, de vez en cuando, me echaba un vistazo con el ceño fruncido, como si estuviera intentando comprender mis intenciones.

A causa de su presencia, Kieran y yo nos hemos despedido de un modo extraño. Si Neil no hubiera estado aquí, lo habría abrazado o algo, pero, como estaba observándonos cual halcón, lo único que he podido hacer ha sido sonreírle y decir «¡tú puedes!» antes de que desapareciera por la puerta. Espero que se haya acordado de meter el bote de pompas de jabón en la bolsa.

Sentada ahora en el borde del sofá, respiro hondo cuando lo veo salir a la pista junto a su oponente. Siento una oleada de orgullo al pensar que lo conozco. No me puedo creer que haya besado a este hombre. Aunque el corazón se me encoge cuando la voz de Jonah resuena en mi cabeza recordándome que debe de haber unas cuantas mujeres que se sienten así.

«No pensarás que está genuinamente interesado en ti», me dijo.

Esta mañana, mientras me preparaba un té, me he puesto un pódcast sobre Wimbledon que contaba con un comentarista irlandés. Cuando han mencionado a Kieran, he dejado de inmediato lo que

estaba haciendo y, ahí de pie en medio de la cocina, me he quedado inmóvil escuchando con atención. «Kieran O'Sullivan tiene talento, pero nunca ha estado a la altura de su potencial —ha dicho el locutor exasperado—. Para ganar Wimbledon, hay que ser mentalmente fuerte. Él, en cambio, es demasiado volátil. No sabe mantener la cabeza fría cuando está en la pista. Ha tenido un montón de oportunidades y siempre las ha desaprovechado. Pero, vaya, es un gusto verlo jugar... ¡cuando controla su temperamento! Puede que este año nos sorprenda, aunque, si te soy sincero, no cuento con ello. ¿Tú qué piensas, John?».

Y ahí es cuando lo he quitado.

Luego me he sentado a la mesa de la cocina. He abierto el cuaderno de bocetos por una página en blanco, he escogido un lápiz de la lata y he comenzado a bosquejar. Antes de encender el televisor para ver el partido de Kieran, he terminado un boceto de la viñeta que esperaba completar hoy, de modo que tengo la sensación de haber conseguido algo.

Desde que se me ocurrió la idea para la historia, es como si los personajes se desarrollaran por su cuenta, sin que yo tenga que hacer demasiado. Son ellos los que construyen el argumento y, de vez en cuando, me sorprendo dibujando algo que me coge desprevenida —y que a veces incluso altera un poco la trama que había concebido en un inicio—, pero me parece bien. Me entrego feliz a su historia cada día y voy conociéndolos sobre la marcha. Me cuesta describir lo que siento cuando estoy dibujando. No estoy segura siquiera de que pueda considerarse una sensación. Se trata más bien de un estado, un ofuscamiento dichoso al que tengo la fortuna de acceder y en el que me siento completamente desconectada del resto del mundo. Me ha costado mucho tiempo

encontrarlo y, al principio, temía no ser capaz de regresar a él; sin embargo, últimamente puedo ir y volver siempre que quiero.

Aunque al final esta historia no llegue a ningún lado, aunque no consiga que sea la novela gráfica que tenía en mente, me siento agradecida por que me haya llevado hasta aquí. Puede que suene extraño, pero, cuando estoy dibujando, sé que estoy haciendo aquello para lo que estoy predestinada.

Me pregunto si es así como se siente Kieran cuando juega al tenis.

Al menos, en la disciplina artística que yo he escogido, puedo disfrutar sola sin tener que competir con nadie. Imagino que en el deporte no cuentas con ese lujo. El oponente de Kieran en la primera ronda es un tipo suizo llamado Alex Berger que, según mi búsqueda en Google, tiene un servicio mortal. «Potencia, potencia, potencia» es como el artículo que he encontrado describe su estilo, lo cual suena un poco aterrador, y su aspecto confirma mis sospechas. Es más bajo que Kieran, pero parece puro músculo. Sus bíceps llenan las mangas cortas de su camiseta y sus gruesos muslos tensan la tela de sus pantalones cortos.

Cuando Kieran se coloca en la línea de fondo para comenzar el calentamiento, se me hace un nudo en el estómago. No dejo de mordisquearme la uña del pulgar, y no tengo ni idea de cómo voy a arreglármelas para ver el partido entero yo sola.

Flora
Estás viéndolo?

Iris
No, tengo que ver el partido de la pista central
Pero iré consultando la puntuación cuando pueda ❤️

Estoy nerviosísima!
Quiero que gane

Por él o por ti? 🔥
Si gana, se queda más tiempo en el piso, no?

Lo ha alquilado para todo el torneo

Los tenistas no suelen quedarse en Wimbledon cuando los eliminan 😢

O sea que, si pierde, puede que se marche hoy??

Tal vez

No había pensado en eso
Piensas que puede ganar?

Si lo quiere de verdad, Wimbledon siempre depara unas cuantas sorpresas

Mierda, ya empieza

Dios mío, qué guapo está cuando juega. Kieran es un imponente adonis que parece volar sobre la pista de hierba. Se mueve sin esfuerzo, con agilidad y rapidez, fluidez y poderío. Puede apreciarse el fuego que irradian sus ojos cuando va a por la pelota con una expresión tenaz y determinada y la envía al otro lado de la red con un rápido golpe de la raqueta, que se ha convertido en una extensión natural de su brazo.

Al final del primer set, concluyo que su oponente no tiene la menor posibilidad. Kieran ha ganado esa primera manga 6-4 prácticamente sin despeinarse. Cuando la cámara hace un primer

plano de su rostro mientras termina de beberse una botella de una turbia agua vitaminada, compruebo que tiene el entrecejo fruncido y sus labios forman una fina línea. Su expresión no revela nada, pero sin duda ya debe de haberle quedado claro que tiene el partido en el bolsillo. Ahora que he comprobado lo que puede hacer, los nervios que sentía al principio se han transformado en una petulante satisfacción, y he aprovechado la oportunidad para cambiar el vaso de agua que estaba bebiendo por una lata de Pimm's.

Allá donde fueres...

Cuando comienza el segundo set, estoy felizmente despatarrada en el sofá, animándolo con energía cada vez que gana un punto y gruñendo irritada cuando lo pierde, aunque supongo que tiene que dejarle algo al otro tipo. Cuando le rompe el servicio a Berger, me pongo de pie de un salto y aplaudo con entusiasmo aunque es imposible que pueda oír mis solitarias palmadas a través de la pantalla, y, cuando se lleva el juego (y, con él, el segundo set), me pongo de pie y lo animo y vitoreo junto con el público irlandés que está en las gradas mientras bailo alrededor del salón.

Flora
Está MACHACANDO a su contrincante!!

Iris
No lo gafes

Va dos sets por delante!!

Parece que está jugando muy bien
Pero ahora llega el reto

Qué reto??

El tercer set
Tiene que mantener la cabeza fría

Suele ponerse nervioso en el tercer set?

Cuando un jugador está a punto de ganar comienza a pensar más en la victoria que en cada uno de los puntos, no sé si me explico

La verdad es que no
Pero estoy segura de que sabes lo que dices
En cualquier caso, no me preocupa
Está petándolo

🤞🤞

Y además la Pimm's está BUENÍSIMA
Por qué no la bebemos durante todo el año?

Buena pregunta

Deberías hablar de eso en tu blog
Deja de escribir sobre campeonatos y torneos, quiero leer más sobre la Pimm's
Dale a la gente lo que quiere

Me alegro de que te hayas dejado contagiar por el espíritu del torneo

Me encanta este juego!!

Odio este juego.

Odio a muerte este juego. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede estar sucediendo esto? ¡Acaba de perder el tercer set 6-2! ¡No tiene ningún sentido!

Con la cabeza apoyada en las manos, observo un primer plano de Kieran secándose el sudor del cuello con una toalla antes de arrojarla en la silla de al lado. Le tiembla la pierna derecha. O, más bien, la está agitando nervioso. Me pregunto si es consciente siquiera del movimiento. Tiene la mandíbula apretada y su mirada se ha oscurecido; parece más cabreado que decidido.

—¡Mantén la cabeza fría! —le digo a través de la pantalla—. ¡Tú puedes!

Pero no puede oírme. Odio que no pueda hacerlo.

Se termina el descanso y se levanta lentamente de la silla, mientras que su oponente lo hace de un salto y corre hacia el fondo de su lado de la pista.

—No, no, no —mascullo, mirando con preocupación cómo Kieran tira de las cuerdas de su raqueta con los dedos—. No pierdas la esperanza. Todavía vas un set por delante.

No durante mucho tiempo. Cuando pierde el cuarto, su expresión cambia por completo y el ambiente en la pista parece venirse abajo. Comienza a gritarse a sí mismo cada vez que comete un error y, frustrado, se da golpes en las piernas con la raqueta. Los micrófonos captan lo que dice, cosas como «no es suficiente» o «ponte las pilas». Durante un cambio de lado, Kieran se queda demasiado tiempo en su silla rebuscando otra raqueta entre sus cosas y el árbitro vuelve a llamarle la atención.

—¡Sí, ya voy! —le contesta de malos modos.

El juez de silla alza las cejas; no le ha gustado el tono con el que se ha dirigido a él.

Berger gana el punto de set con un derechazo magistral. Al ver la pelota aterrizar en el otro lado de la pista, Kieran cierra los ojos con impotencia y asiente. Es como si hubiera aceptado la derrota.

Estoy preocupada, pero no pienso perder la esperanza e intento enviarle a Kieran todo el ánimo posible a través de la pantalla, instándolo a que crea en sí mismo. Estamos en el quinto set y el público está tan inmerso en este partido como yo. Esto está siendo una auténtica montaña rusa y podría ganar cualquiera de los dos. Kieran gana su servicio, aunque rápidamente pierde el siguiente juego. Cuando se prepara para sacar de nuevo, me encuentro sentada en el borde del asiento, inclinada hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y la mandíbula dolorida por la fuerza con la que estoy apretando los dientes.

«No pierdas este juego», pienso una y otra vez, pues noto que la confianza de Kieran pende de un hilo y, si el otro le rompe el servicio, no tengo claro que consiga recuperarse anímicamente. Yo sé que podría hacerlo, pero dudo que él comparta mi opinión.

Kieran da inicio al punto con un potente servicio. Sin embargo, Berger logra devolverlo. Se embarcan entonces en un extraordinario intercambio de golpes. Ambos juegan como si todo dependiera de este punto. Kieran hace lo que a mí me parece una dejada letal, pero Berger llega milagrosamente y se las arregla para golpearla por encima de la red a pesar de que está a punto de caerse. Estirándose hacia delante, Kieran consigue entonces hacer un globo. Berger apenas se ha recuperado de la dejada, aunque no se rinde, corre con la raqueta extendida y devuelve desde la línea de fondo. Kieran no estaba preparado, pero va a por la pelota de todos modos y logra devolverla con un torpe golpe. Ahora que tiene el control de la jugada, su contrincante mide tranquilamente la trayectoria de la pelota y la lanza en diagonal al otro extremo de la pista. Debería ser un golpe ganador.

Pero Kieran ha anticipado la jugada de Berger y ya se encuentra ahí.

Como si fuera a cámara lenta, observo el modo en el que su cuerpo rota, echando la raqueta hacia atrás y luego llevándola hacia delante por el aire en un suave y fluido movimiento hasta golpear fuertemente la pelota. Cual reluciente relámpago amarillo, pasa por encima de la red y aterriza al otro lado pegada a la línea de individuales, a la altura del área de servicio. Kieran ha ganado el punto. Justo antes de que alce animado el puño a modo de celebración, percibo un fugaz destello de sorpresa en su rostro. Berger, por su parte, está atónito. Este pequeño punto era el estímulo que Kieran necesitaba y ahora nada puede detenerlo.

Ha vuelto al partido.

Flora

Qué tipo de tarta te parece más apropiada para celebrar el pase a la segunda ronda de Wimbledon, de chocolate o una red velvet? O quizá mejor una tarta Victoria??

En vez de champán, había pensado acompañarlo con vino espumoso inglés
Me ha parecido más adecuado, ya que se trata de un torneo inglés
Aunque ahora que lo pienso en Wimbledon sirven champán...

Argh crees que Kieran preferirá champán??
Bah es igual ya lo tengo en la cesta
Qué te parece esto? He encontrado unas servilletas monísimas con dibujitos de pelotas de tenis!!
He comprado dos paquetes de veinte

Creo que me he pasado
Solo tenían pancartas de FELIZ
CUMPLEAÑOS así que he comprado
una de esas y ya garabatearé algo
encima

Hola?
Estás ahí?
Genial estoy hablando sola

Iris
Guau
Estaba actualizando el blog, así
que acabo de ver tus mensajes
Cuántas Pimm's te has tomado?

Kieran entra en el apartamento discutiendo con Neil.

—¡Lo sabías! —exclama mientras cruza la puerta. Su iracunda voz resuena por las paredes, llevándose por delante todo el entusiasmo que sentía y haciendo que se me hiele la sangre de golpe—. ¡Lo has sabido todo este tiempo y no me has dicho nada! Me has mentido.

—¡No te he mentido! —protesta Neil.

—No me dijiste la verdad. Eso es mentir.

Kieran irrumpe en el salón con expresión tempestuosa y Neil lo hace detrás de él. Yo estoy de pie como una tonta debajo de una pancarta en la que se lee «FELIZ CUMPLEAÑOS PASE A SEGUNDA RONDA», a punto de disparar un lanzador de confeti, pero me doy cuenta enseguida de que no es el momento adecuado. Kieran apenas ha reparado en mí. Está frotándose la frente con una mano y se le ve apesadumbrado.

—Kieran —dice Neil en tono suplicante—. Solo estaba intentando protegerte.

—¿Protegerme? —repite él con un gruñido, dándose la vuelta con brusquedad, las fosas nasales dilatadas—. Me han pillado desprevenido. Estaba eufórico, Neil, y un puto periodista que parecía saber más de mi vida que yo mismo ha tenido que venir a joderme.

—No quería que afectara a tu rendimiento —le explica serenamente Neil, mirándolo a los ojos—. Sabía que sería un duro golpe para ti y no me pareció adecuado que tuvieras que lidiar con ello justo antes del torneo.

—Porque hacerlo justo después de la primera ronda es mucho mejor —contesta Kieran con sarcasmo.

—No tenía ni idea de que la prensa estuviera al tanto. Ni siquiera estaba seguro al cien por ciento de que se hubiera confirmado. Si hubiera pensado siquiera por un momento que alguien podía preguntarte al respecto...

—Deberías habérmelo contado, Neil —afirma Kieran con frialdad —. Tenía derecho a saberlo.

Neil traga saliva. Sus relucientes ojos delatan su pesar.

—Puede que no sea tan malo —dice en voz baja, juntando las manos—. Podría no ser nada y...

—Nada, claro —gruñe Kieran entre dientes ante la sugerencia.

Neil cae en la cuenta de su pobre elección de palabras y baja la vista.

Kieran niega con la cabeza, incrédulo.

Antes de marcharse del salón, su mirada se posa en mí y susurra:

—Lo siento, Flossie.

Un instante después me sobresalto al oír el portazo que da al cerrar la puerta del dormitorio. Neil exhala un tembloroso suspiro.

—Mierda —masculla.

—¿Qué ha pasado? —pregunto horrorizada.

Él me echa un vistazo con los labios fruncidos.

—Hemos tenido una rueda de prensa después del partido. Iba muy bien hasta que uno de los periodistas le ha preguntado qué pensaba sobre la noticia de que su padre haya escrito un libro.

La boca se me seca de golpe.

—¿Un libro sobre Kieran?

Neil asiente con lentitud.

—Kieran, Aidan... Lo cuenta todo. Se trata de unas memorias.

—Madre mía —murmuro. Siento una punzada de compasión en el pecho por Kieran.

—Ignoro cuánto sabes sobre la familia O'Sullivan, pero no parece probable que Kieran aparezca como el hijo del año. Y, obviamente, cualquier cosa sobre Aidan...

Agacha la cabeza.

La consternación que siento me impide contestar; se me ha encogido el corazón y no se me ocurre nada útil que decir.

Tras unos segundos, Neil se aclara la garganta.

—Debería marcharme. Volveré por la mañana para recogerlo e ir a entrenar. Tenemos mucho trabajo por delante. —Vacila un momento antes de mirarme—. Creo que lo mejor será que esta noche lo dejes tranquilo, a ver si se relaja un poco.

Asiento.

—De acuerdo, pues. —Respira hondo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se da la vuelta para marcharse y, cuando sale del salón, oigo como se aleja por el pasillo con pasos pesados a causa de la decepción y el remordimiento. Cuando la puerta de entrada se cierra, se hace un inquietante silencio en el apartamento. Procurando no hacer ruido, voy a la cocina y guardo la tarta.

15



—¿Quieres hablar? —pregunto cautelosamente, sentándome frente a Kieran a la mesa de la cocina.

Él repiquetea con los dedos en un lado de su taza de café. Yo ya estaba despierta cuando se ha marchado esta mañana para ir a correr y, a su regreso, ya me había duchado, me había vestido y le había preparado uno de sus batidos de frutas para recibirlo en la puerta. Lo he visto hacerlos las suficientes veces como para saber todos los ingredientes que llevan. Con el rostro sonrojado por la carrera y todavía sin aliento, Kieran lo ha aceptado agradecido y se ha retirado al dormitorio. Ahora, recién duchado, ha venido a buscarme a la cocina y se ha sentado a la mesa en silencio mientras yo preparaba café.

—Siento lo de anoche —dice finalmente con la mirada clavada en el tablero—. Necesitaba algo de tiempo solo.

—Lo comprendo. Si ahora también quieres estar a solas, no pasa nada. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

—Sí, lo estoy. Todavía un poco en shock, pero bien.

Alza los ojos hasta posarlos en los míos. Percibo en ellos dolor e incertidumbre, y me dan ganas de empujar a un lado la mesa que se

interpone entre nosotros, abalanzarme sobre él y abrazarlo con fuerza. En vez de eso, cojo mi taza de café y le doy un sorbo.

—Ya te has enterado —dice, porque no hace falta que lo pregunte.

Hoy toda la prensa se ha hecho eco del lanzamiento del libro de Brian O'Sullivan, pero la gran noticia es la reacción de Kieran al enterarse. Como se lo contaron durante la rueda de prensa, había varias cámaras grabándolo. Todas ellas captaron cómo empalidecía antes de anunciar airadamente que la conferencia había terminado y salir cabreado de la sala, tirando la silla al ponerse de pie de golpe. Está claro que no lo hizo adrede, pero muchos de los tabloides han optado por publicar interpretaciones sensacionalistas del tipo «Kieran O'Sullivan lanza su silla presa de la furia».

—Lo siento, Kieran —le digo, muriéndome de ganas de alargar el brazo por encima de la mesa y cogerle la mano—. No me imagino cómo debe de ser para ti.

—No me puedo creer que haya sido capaz de hacer algo así —suelta, juntando las cejas a causa de su sincera perplejidad—. ¿Quiere destruirme? O, todavía peor, ¿quiere destruir el recuerdo de Aidan?

—Nada puede hacer eso —afirmo—. Tú conocías a tu hermano y lo querías, eso es lo único que importa.

Kieran suspira y cierra los ojos unos segundos.

—Mi reacción de ayer no debe de haber ayudado —dice con amargura—. Con ella la editorial ya se habrá asegurado unas buenas ventas. Todo el mundo querrá conocer los detalles de una relación padre-hijo tan jodida que me hizo tirar una silla en plena sala de prensa.

—Sabes perfectamente que esos titulares son ridículos. He visto que muchas personas en las redes sociales están criticando a los periódicos sensacionalistas y diciendo que los titulares no son más

que *clickbait*. La gente está de tu lado —le aseguro, inclinándome hacia delante—. Y también dicen que les gustaría leer tus memorias, no las de tu padre. Es tu historia la que les interesa.

Él suelta un resoplido.

—No tengo la menor intención de escribirlas. Y todo lo que dices está muy bien, pero eso no significa que el libro de mi padre no vaya a venderse. Lo hará.

Respiro hondo.

—Kieran, ¿no crees que tal vez... deberías hablar con él?

—¿Con quién? ¿Con mi padre?

—Sí.

—Ni de broma —contesta tajante, negando con la cabeza—. Ni siquiera tuvo la cortesía de decirme que estaba escribiendo el puto libro, no digamos ya que iba a publicarse. No tengo nada que decirle a ese hombre.

—Quizá si supiera lo mucho que te molesta...

—Lo sabe —me interrumpe, haciendo un gesto con una mano para rechazar mi sugerencia—. Simplemente no le importa. ¿Sabes que me escribió un mensaje ayer antes del partido? Me decía que iba a ganar y que él estaría viéndolo. Recibirlo... —inhala profundamente, y la voz se le quiebra de la emoción— me hizo querer ganar por él. Incluso después de todo este puto tiempo, después de todo lo que hemos pasado, sigo intentando que se sienta orgulloso de mí. Es patético.

—No —repongo yo, notando el picor de las lágrimas que acuden a mis ojos y amenazan con brotar a borbotones—. Todos queremos que nuestros padres se sientan orgullosos de nosotros. Es algo natural.

—No quiero tener nada que ver con él —afirma enérgicamente, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo—. No

necesitaba esto, y menos ahora.

—Tienes razón —digo, incapaz de mantener por más tiempo la distancia entre ambos.

Él levanta la vista al oír el chirrido que hacen las patas de mi silla en el suelo cuando la empujo hacia atrás al ponerme de pie. Doy la vuelta a la mesa y me siento al lado de Kieran, tomo sus manos entre las mías y lo miro a los ojos.

—Efectivamente, no necesitas esto ahora. Porque estás aquí para ganar Wimbledon. Tienes que encontrar un modo de abstraerte del ruido que te rodea. De todo. Lo único que tiene que importarte ahora mismo es el siguiente punto, ¿vale?

Sus labios esbozan una tímida sonrisa y unas pequeñas arrugas se forman en las comisuras de sus ojos, provocándome una cálida sensación en el vientre. No puedo evitar preguntarme cómo alguien podría querer hacerle daño a una persona con una mirada tan intensa y vulnerable.

«Maldita sea, Brian O'Sullivan. Eres un auténtico capullo».

—¿Estás intentando hacer de entrenadora, Flossie? —me pregunta Kieran suavemente.

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros—. Si te ayuda a dejar de pensar en todas esas tonterías... Ayer vi tu partido. Estuviste fantástico.

—Casi pierdo.

—Ganaste. —Le doy un apretón en las manos—. Y volverás a hacerlo. Y luego otra vez, y otra, y otra, hasta que al final alces el trofeo y me des las gracias en tu discurso.

Él suelta una pequeña risotada.

—Yo que tú no me adelantaría a los acontecimientos.

—Si ayer hubieras podido oírme a través de la pantalla de la tele, eso es justo lo que me habríais oído decir.

—¿Que no me adelantara a los acontecimientos? —Frunce el ceño —. ¿En qué sentido?

—¿Te acuerdas de mi amiga Iris?

Él sonríe débilmente.

—La periodista deportiva que cree que todavía me queda algo de mecha.

—Esa misma. Ayer me dijo algo que en un primer momento me pareció confuso, pero, cuanto más pienso en ello, más sentido le encuentro. Comentó que, cuando estás a punto de ganar, y me refiero a cualquier persona, no a ti en concreto, empiezas a pensar precisamente en eso, en ganar, en qué supondrá esa victoria para ti mismo, para tu familia, para tus seguidores... ¡Joder, Kieran, el corazón debe de irte a mil cuando te planteas cosas así!

—Un poco, la verdad.

—¡Es una presión tremenda!

Me observa atentamente.

—Es más fácil cuando no tienes expectativas, ¿no? —prosigo—. Si nadie espera que ganes, incluido tú mismo, la presión desaparece.

Él vacila, ladeando la cabeza.

—¿Adónde quieres llegar?

—Ayer hubo momentos en los que tuve la sensación de que te adelantabas a los acontecimientos y permitiste que eso te afectara mentalmente. Te pusiste a pensar en la victoria y entonces comenzaste a tener dudas. Quizá incluso escuchaste esa vocecita diciéndote que no podrías hacerlo. Hasta que llegó ese primer punto del tercer juego del quinto set. Fue mágico. Lo peleaste hasta el final.

—Ya, pero solo fue un punto.

—Y lo cambió todo —lo informo como si supiera de lo que estoy hablando. Entonces le suelto las manos y me reclino en el respaldo

de la silla con los brazos cruzados—. No estabas intentando ganar, solo estabas jugando al tenis. Eso es lo que tienes que hacer.

Reparo en que las comisuras de sus labios se contraen un poco al reprimir una risa.

—¿Ese es tu consejo, entrenadora? ¿Que debería... jugar al tenis?

—Mi consejo como experta jugadora de tenis que sabe perfectamente de lo que habla —le doy un empujón en el pecho cuando veo que se ríe por lo bajo— es que deberías jugar para ganar el punto. Olvídate de lo que piensa todo el mundo, ahoga las voces que resuenan en tu cabeza, sobre todo la tuya propia, y concéntrate solo en el siguiente golpe. —Me encojo de hombros—. Y luego vuelves al piso y comes un poco de tarta.

Kieran enarca una ceja.

—¿Hay tarta?

—Opté por una Victoria. ¿Elegí bien?

—Muy bien. Aunque no me gustan demasiado todos esos nuevos sabores que hacen hoy en día; me van más los clásicos.

—Vale, abuelo. Lo tendré en cuenta.

—Y gracias por la pancarta, por cierto.

—Puede que no te dieras cuenta, pero originalmente ponía «Feliz cumpleaños».

—¡No! ¿En serio? —dice, fingiendo sorpresa—. ¡No se notaba nada el rotulador negro!

—Estoy planteándome seriamente la posibilidad de dedicarme a crear pancartas para sacarme un dinerillo, compaginándolo con mi inexistente carrera artística.

Él sonríe e, imitando mi postura, reclina la espalda en el respaldo y se cruza de brazos.

—Increíble.

—¿Que me vea con futuro como creadora de pancartas?

—Que hayas..., no sé. —Exhala un suspiro y sus ojos buscan los míos—. Me siento más ligero.

De repente, suena el timbre y él se tensa.

—Debe de ser Neil —murmura entre dientes sin levantarse de su silla.

—Ya le abro yo —me ofrezco, poniéndome de pie. De camino a la puerta, me detengo y me doy la vuelta—. No quiero extralimitarme, Kieran, y, desde luego, no es asunto mío ni sé mucho sobre vuestra relación, pero... Neil es tu entrenador. Quiere que ganes. Creo que realmente estaba intentando protegerte de todo esto.

—Debería haberme contado la verdad. Él está al tanto de todo lo sucedido entre mi padre y yo. Eran amigos.

—A eso me refiero —digo con cautela—. Te conoce, Kieran. Quizá no quería que tuvieras que lidiar con esto cuando ya tenías encima la presión de Wimbledon. A juzgar por lo disgustado que estaba ayer, diría que le importas mucho.

Kieran aprieta los labios, negándose a decir nada más. Yo salgo de la cocina y, tras recorrer el pasillo, abro la puerta y me hago a un lado para dejar pasar a Neil y al segundo entrenador.

—Está en la cocina —los informo, siguiéndolos por el pasillo y separándome de ellos cuando llego al salón. Entro a por mi material de dibujo y, mientras preparo una página en blanco de mi cuaderno, oigo la conversación que mantienen Neil y Kieran.

—¿Estás listo? —le pregunta Neil tentativamente.

Oigo movimiento, imagino que Kieran se ha puesto de pie y está recogiendo sus cosas.

—Kieran —sigue diciendo Neil—, en cuanto a lo de ayer...

—No pasa nada, está todo bien —lo interrumpe él—. Concentrémonos en cómo ganar Wimbledon.

—Claro. ¡Me parece perfecto! —Percibo un dejo de sorpresa en el tono de voz de Neil—. Ganar Wimbledon. Eso es.

Al día siguiente, pillo a Kieran antes de que salga por la puerta para ir a disputar su partido y le doy un trozo de papel doblado.

—¿Ahora nos pasamos notas en clase, Flossie? —me susurra conspirativamente mientras Neil lo espera de pie junto al coche, consultando la hora en su reloj.

Anoche todo su equipo volvió otra vez a casa con él y no pudimos disfrutar de nada de tiempo a solas. Para cuando se marcharon, ya era tarde y dejé claras mis intenciones metiéndome debajo del edredón del sofá antes de que pudiera pasar nada. No me fío de mí misma cuando estoy con él. Tengo sus besos grabados a fuego en la mente y no paro de pensar en ellos; es una tortura. No son meros partidos de tenis los que Kieran está jugando, se trata del torneo de Wimbledon. Tiene que concentrarse en el juego; no puede permitir que yo me convierta en una distracción.

Por eso anoche, como no podía dormir, mi mente no dejaba de pensar en él tumbado al otro lado de la puerta del dormitorio y el cuerpo me ardía al recordar cómo me besa, traté de convencerme de que estaba haciendo lo correcto y me puse a hacerle un dibujo para dárselo esta mañana. Ahora que he comenzado a dibujar de nuevo, tengo la sensación de que no puedo parar. Anoche me ayudó a comprender lo que sentía y lo que quería decirle. Al dárselo, espero que a él también lo ayude de algún modo.

—Algo así —admito—. No lo abras ahora, pero échale un vistazo antes del partido.

—De acuerdo, intentaré encontrar algo de tiempo mientras hago pompas de jabón.

—No te burles. Puede que ganaras el primer partido gracias a ellas.

—Ah, no te preocupes, lo decía en serio —me asegura, alzando las manos—. Las pompas ya están totalmente integradas en mi rutina previa al partido. No puedo cambiar lo que funcionó en la anterior ocasión.

—Así me gusta. —Sonrío con suficiencia al tiempo que él baja la mirada al trozo de papel con expresión intrigada—. No es nada especial; solo una cosita para ayudarte a concentrarte. Lo dibujé anoche después de que te fueras a la cama. No es para el libro ni nada de eso. Es solo... para ti.

—Un original de Flossie Hendrix. —Alza los ojos hasta los míos—. Menudo honor.

—¡Vamos, Kieran! —exclama Neil.

Kieran lo ignora y me mira esperanzado.

—¿Nos vemos luego?

—Nos vemos luego.

—Solo tengo que ir allí y jugar al tenis. Me concentraré en cada punto y después vendré a comer tarta —dice robóticamente, como si hubiera memorizado la frase de un libro de texto—. Ese es mi plan para el día de hoy.

Le doy el visto bueno levantando un pulgar.

—Juegas para ti, para nadie más.

—¿Estás segura de que no quieres ser mi entrenadora?

—¡Kieran! —exclama Neil con impaciencia.

—Es posible que pronto haya una vacante...

Me río entre dientes.

—Me lo pensaré. Ahora vete.

—De acuerdo. —Sostiene en alto el trozo de papel—. Gracias por esto.

—Espero que te ayude.

Asintiendo, sus ojos descienden fugazmente a mis labios y traga saliva. Me quedo un instante sin respiración al advertir que su cuerpo se inclina un poco hacia mí.

—¡Kieran!

Este hace una mueca ante el brusco tono de su entrenador y, tras dar media vuelta, desciende los escalones en dirección al coche. Cierro la puerta y me apoyo contra la pared del pasillo para recomponerme. Fuera lo que fuera, este momento breve pero intenso me ha dejado aturullada, y no tengo ni idea de cómo voy a arreglármelas hoy para concentrarme en algo que no sea él. Tengo las manos sudadas y me las froto para secármelas. Espero de veras que le guste el dibujo.

Es otro boceto de la espalda de alguien, solo que esta vez se trata de un hombre ataviado con ropa de tenis que sale del túnel a la pista central de Wimbledon, rodeado por las diminutas caras inexpresivas de los espectadores que hay en las gradas. Va con la cabeza gacha, una bolsa al hombro y la otra mano en el bolsillo.

En el texto que hay debajo pone: «Cree en ti mismo aunque nadie más lo haga».

16



El modo en que me mira Kieran hace que se me acelere el corazón y se me forme un nudo en la garganta. Se encuentra de pie junto a la chimenea con un codo apoyado en la repisa, supuestamente escuchando a una de las varias personas que conforman su equipo, aunque todas parecen estar hablando a la vez. Comentan qué ha hecho bien y qué ha hecho mal hoy, en qué necesita trabajar y cómo logrará ganar el partido de la tercera ronda. Él, sin embargo, no los escucha. Está mirándome a mí, que permanezco al fondo del salón, clavándome sus ojos ferozmente intensos con la mandíbula apretada y el pecho subiendo y bajando a un ritmo lento. Casi parece enfadado, pero se trata de algo más que eso. Es hambre.

Cuando ha llegado a casa esta noche, yo estaba lista para recibirlo en el vestíbulo sin el menor rubor. Después de un inicio titubeante, Kieran ha disputado un partido brillante y se ha merecido la victoria. En el primer set ha llegado a ir tres juegos por debajo y se le veía frustrado, pero durante el cambio de lado se ha sentado con los ojos cerrados, ha respirado hondo y ha murmurado algo para sí. Cuando el juez de silla ha anunciado que se reanudaba el partido, ha abierto los ojos de golpe y, por la manera en la que se ha dirigido a la línea

de fondo, se notaba que había algo diferente en él. Era como si se hubiera accionado un interruptor y él hubiese decidido que no iba a perder. Al final, ha ganado en tres sets.

Cuando he oído que el coche se detenía delante de casa, he salido al pasillo ataviada con un bonito vestido corto de color rojo, impaciente por verlo. Al abrirse la puerta, sin embargo, ha irrumpido en el piso una multitud de personas en medio de las cuales se encontraba Kieran. Ahora que ha llegado a la tercera ronda, supongo que las cosas están poniéndose serias y su equipo no piensa perder ni un solo momento de preparación. Presa de una especie de frenesí por la victoria, su séquito lo ha acompañado a casa para comenzar a planificar el encuentro con su siguiente contrincante. Yo me las he arreglado para felicitarlo tímidamente. Él me ha oído y ha intentado responder, pero la voz de Neil se elevaba por encima de todas para decirle a cada miembro del equipo qué debería estar haciendo y dónde. Durante todo este tiempo, he permanecido a la espera, confiando en que esta noche no se quedaran hasta tarde. Me gustaría disponer de un ratito a solas con Kieran.

Me he designado a mí misma encargada de las bebidas y, a medida que iban ocupando el salón, les he ofrecido a todos algo para beber. Después de traerles unos cuantos refrescos fríos, me he retirado a un rincón del fondo, a la espera de que los preparadores físicos de Kieran montaran los aparatos de gimnasia para poder salir otra vez del salón.

Entonces he levantado la vista y me he dado cuenta de que sus ojos estaban posados en mí. Llevaba un rato mirándome, esperando a que me diera cuenta. Al principio le he sonreído. Una sonrisa afectuosa y radiante, como diciéndole «bien hecho». Él, sin embargo, no me ha devuelto el gesto.

Se ha limitado a observarme tal y como sigue haciéndolo ahora, de un modo ardiente que me pone el cerebro del revés y me acelera el corazón, además de provocar que por mi vientre se extienda una sensación cálida y, al mismo tiempo, cientos de mariposas comiencen a aletear. Sin apartar los ojos de mí, Kieran arruga el entrecejo y se lleva una mano a la boca para pasársela por los labios mientras su segundo entrenador le dice algo y señala la pantalla de su iPad. Ni siquiera se molesta en fingir que le hace caso. El corazón me late ahora con tanta fuerza que noto las palpitaciones en las orejas y el alboroto del salón ha quedado reducido a un mero ruido blanco.

Tragando saliva, entreabro los labios. Sus ojos emiten un destello.

—Todo el mundo fuera.

La estancia se queda en silencio de golpe y todos los miembros de su equipo vuelven la cabeza hacia él, desconcertados por esta orden repentina.

—Kieran —dice Neil, cuya sonrisa desaparece al observar su expresión—, tenemos muchas cosas que repasar y...

—Ya lo haremos mañana —lo interrumpe él en un tono bajo y severo, con los ojos puestos todavía en mí, haciendo que me derrita ahí mismo.

—Está bien, pero seguro que al menos esta noche querrás algo de fisio o...

—Neil —gruñe Kieran, apartando la vista de mí para fulminar con la mirada a su entrenador—. Hoy he ganado un partido importante y me gustaría descansar para poder ganar el siguiente. Os estoy muy agradecido a todos y, francamente, el equipo también necesita una noche de descanso. Así que todo el mundo fuera.

Después de intercambiar algunas miradas, los miembros del equipo recogen sus cosas y, tras felicitarlo una vez más, comienzan

a salir uno por uno del salón. Neil, sin embargo, no se mueve. Permanece con los brazos en jarras, estudiando atentamente a Kieran con una expresión adusta.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta en voz baja.

—Sí —responde Kieran sin vacilar.

Neil saca la barbilla. Finalmente alza ambas manos y dice:

—Está bien, está bien. Si eso es lo que quieres... Hoy has jugado muy bien. Puedes tener la noche libre. Pero mañana te quiero en plena forma, listo para salir en cuanto lleguemos a primera hora. Nos espera un hueso duro de roer en la siguiente ronda. Tienes que estar preparado, ¿de acuerdo?

Kieran arquea las cejas a modo de respuesta, como si le hiciera gracia que Neil piense que es él quien está al mando en estos momentos. Reconociendo que no va a ceder, el entrenador se vuelve y, mientras se marcha, me lanza una mirada acusadora. Ya en el pasillo, oigo como resopla y, al salir por la puerta, la cierra tras de sí con un portazo. El apartamento se queda en silencio.

Kieran y yo permanecemos inmóviles cada uno a un lado del salón.

La atmósfera está tan cargada que prácticamente puedo sentir las chispas.

—Hoy... has estado genial —me las arreglo para decir.

—¿Sabes cómo he conseguido darle la vuelta al primer set? —Su expresión es seria y su voz, tensa e impaciente.

La boca se me ha quedado seca a causa de su intensa mirada y tengo que pasarme la lengua por los labios.

—He pensado en esto —dice.

Mete la mano derecha en el bolsillo del pantalón y saca un trozo de papel doblado que sostiene en alto con los dedos corazón e

índice. Es el boceto que le he dado esta mañana antes de que se marchara.

—La ira que sentía parece haber disminuido —dice, dando un par de pasos hacia mí—. La opresión del pecho se ha relajado. La ansiedad ha dejado de atenazarme. —Otro paso—. La niebla que me ofuscaba el cerebro se ha disipado. —Y otro—. El miedo se ha disuelto. —Otro más—. Las pulsaciones de mi corazón se han ralentizado. —Ahora está justo delante de mí. El embriagador aroma almizcleño de su colonia me llena los pulmones y me provoca un hormigueo en todo el cuerpo—. Por primera vez en mucho tiempo, Flossie, he sentido que podía ganar.

Apenas puedo respirar, el corazón me martillea con fuerza en las costillas.

—Y hoy has demostrado que puedes hacerlo —susurro, alzando los ojos hasta que se encuentran con los suyos.

Kieran aprieta la mandíbula.

—Antes de cada punto he intentado acallar todas las voces, pero había una de la que no podía desembarazarme. La tuya.

Alarga una mano y me pasa los dedos a lo largo de la mandíbula.

—Estás dentro de mi cabeza, Flossie Hendrix —afirma con voz ronca, haciendo que me estremezca.

De repente, pone la mano en mi nuca y, atrayéndome hacia sí, pega sus labios a los míos violentamente, devorándome sin perder ni un solo segundo más. Con la otra, mientras tanto, me agarra por la curva de la cadera, y una oleada de calor se extiende por mi cuerpo, consumiendo todas y cada una de mis partes. Me aferro a sus anchos hombros y arqueo las caderas para pegarlas a las suyas, haciendo que se le escape un gemido en mi boca. Es un sonido tan sexy que un escalofrío me sacude la columna.

Este beso lo es todo. Él lo es todo. Nada más importa. El mundo podría estar ardiendo en llamas y me daría igual. Necesito más. Lo necesito a él.

Mis manos descienden hasta los bajos de su camiseta y, agarrando la tela, tiro con fuerza hacia arriba. Él interrumpe el beso para terminar lo que yo he empezado, quitándose la camiseta por la cabeza y tirándola al suelo. Trago saliva, deshaciendo con ello el nudo que se me había formado en la garganta, y admiro las suaves curvas de sus musculosos bíceps y su torso impecablemente tonificado. «Joder». Esto no es justo. Es tan perfecto que debería aparecer en todas las vallas publicitarias de la ciudad. Yo, desde luego, compraría lo que fuera que estuviera vendiendo. De repente, me coge de las caderas y, atrayéndome de nuevo hacia sí, vuelve a posar sus labios sobre los míos. Yo, mientras tanto, deslizo las manos por su cálido y sólido pecho, y, al poco, mis dedos comienzan a descender con impaciencia por su piel en dirección a su entrepierna, deleitándose con cada una de las hendiduras y protuberancias de sus músculos en tensión.

Él responde mordisqueándome el cuello y los hombros, provocándome un escalofrío. Sus manos recorren mi espalda, buscando desesperadamente la cremallera de mi vestido. Cuando la encuentra, tira de ella con fuerza y deja que la prenda caiga al suelo formando un círculo alrededor de mis tobillos. Doy un paso adelante para salir del cerco de la tela y le propino una patada para hacerla a un lado. Manteniendo las manos en mis caderas, Kieran se aparta un momento para mirarme. Sus ojos, abiertos como platos, descienden un instante hasta mi sujetador de encaje negro con el tanga a juego y luego vuelven a encontrarse con los míos. Su mirada incandescente enciende algo salvaje y febril en mi interior.

Antes de que nuestras bocas se unan de nuevo, apenas tiene tiempo de murmurar entre jadeos:

—Eres jodidamente increíble.

Un gemido espontáneo asciende por mi garganta y no puedo contenerlo. Al oírlo, Kieran se pone a cien y, bajando las manos hasta la parte posterior de mis muslos, me alza con un único y suave movimiento. Yo aprovecho entonces para rodearle la cintura con las piernas.

Sin interrumpir el beso, me lleva al pasillo como si no pesara nada y, con una mano debajo de mi muslo y la otra en mi espalda, me conduce al dormitorio. Entre sus brazos me siento muy segura y pequeña. «Iría con él a cualquier parte». Coloco las manos a cada lado de su cara y comienzo a besársela por todas partes, mordisqueándole los labios y recorriendo suavemente la incipiente barba que cubre su mandíbula. Me siento embriagada por él y quiero que lo sepa. Le paso la lengua por la piel de debajo de la oreja y le tiro un poco del lóbulo con los dientes.

—Flossie... —masculla con un gruñido, golpeándose un codo con el marco de la puerta. Un estremecimiento de excitación se extiende por mi abdomen al constatar mi capacidad de distraerlo.

Mientras mis piernas siguen anudadas alrededor de su cintura, él se arrodilla sobre el edredón y me deposita con cuidado en la cama. Cuando me indica que lo libere un momento, desato mis tobillos y, sin apartar la mirada de mí, con una expresión seria e intensa, comienza a quitarse el resto de la ropa hasta quedarse únicamente con los calzoncillos negros puestos. Apoyando entonces las manos a cada lado de la almohada, baja la cabeza para besarme. Cuando hundo las uñas en sus omóplatos, noto sus músculos en tensión hasta que apoya un codo en la cama y posa su cuerpo sobre el mío.

Mientras su lengua se adentra de nuevo entre mis labios, me acaricia con los dedos el encaje del sujetador. Respondo inhalando profundamente y acercando mi pecho a su mano, un movimiento que termina de hacer añicos el escaso autodominio que Kieran parecía poseer. Apartando la tela de un tirón, su mano me agarra finalmente el pecho con urgencia. Luego sigue el sujetador hasta el cierre de la espalda y, al arquear la columna para facilitarle el acceso, presiono las caderas contra la dura protuberancia de sus calzoncillos. Él deja escapar un profundo gemido.

—Eres preciosa... —me dice, exhalando un suspiro a la vez que me quita el sujetador y lo tira al suelo—. Y tan sexy... Tan increíblemente sexy... Joder...

Una oleada de timidez me sacude el cuerpo cuando se detiene un momento para mirarme con atención. Debe de advertir algo raro en mi expresión, porque enseguida vuelve a besarme y susurra:

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Podemos parar.

Antes de que pueda evitarlo, una carcajada emerge de mi garganta.

—¿Estás de broma?

Sus labios esbozan una sonrisa traviesa y sus ojos destellan peligrosamente antes de ladear la cabeza y besar el borde de mi mandíbula. Luego noto su aliento en la oreja cuando murmura:

—Dilo.

—¿El qué?

—Dime qué es lo que quieres.

Noto un palpitante ardor entre las piernas al sentir sus labios en el cuello.

—Ya lo sabes.

—Dilo. —Sus besos descienden a la clavícula.

—Quiero esto —susurro jadeante y con urgencia—. Quiero tenerte.

—Bien —murmura contra mi piel, y su lengua comienza a describir círculos alrededor de un pezón mientras me pone una mano en la cadera—. Muy bien. —A continuación, la desliza hasta llegar al tanga y un dedo recorre el borde superior. Está torturándome y resulta agónico—. ¿Y puedo tocarte aquí?

—Sí. —Estoy perdiendo la cabeza y el muy cabrón no para de jugar conmigo—. Kieran, por favor...

Me remuevo con impaciencia y él se ríe por lo bajo antes de meterse el pezón en la boca y deslizar los dedos por debajo del borde del tanga hasta que llegan a la tela de la entrepierna.

Siento en la piel la vibración del ansioso gemido que se escapa de su boca.

—Joder... —dice con voz ronca—. Qué mojada estás.

Nunca en la vida había estado tan excitada. Lo deseo más a cada segundo que pasa. Después de lo que parece una eternidad, me mete un dedo y yo dejo escapar un grito ahogado. Echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, comienzo a gemir al ritmo de su vaivén. Él añade entonces un segundo dedo mientras su pulgar no para de describir círculos en mi clítoris, haciendo que vea chispas detrás de los párpados.

—¿Así? ¿Te gusta? —pregunta jadeante, pero apenas puedo concentrarme en el significado de sus palabras, y no digamos ya articular unas que tengan un mínimo de sentido.

Lo único que puedo hacer es mascullar «sí» repetidamente entre suaves gemidos y jadeos mientras pierdo el control a causa del persistente movimiento de sus dedos, cada vez más rápido y fuerte.

—No tienes ni idea de lo preciosa que estás así —gruñe en mi cuello.

Cuando saca los dedos, el chasco me deja sin aliento. Antes de que pueda suplicarle que no se detenga, cambia de posición y empieza a dejar un reguero de besos por mi vientre en dirección el borde superior del tanga. Anticipándose, el abdomen se me tensa. Él entonces me quita el tanga deslizándolo por mis piernas y luego lo tira a un lado de la cama. Comienza a besarme la parte superior de los muslos antes de pasar la lengua alrededor del clítoris y meterme de nuevo dos dedos.

Dejo escapar un grito ahogado de placer y arqueo la columna. Él gime de satisfacción ante mi respuesta y, al sentirlo vibrar dentro de mí, noto que estoy a punto de correrme. Unas descargas eléctricas sacuden todo mi cuerpo y mis manos se aferran con fuerza al edredón. Nunca había estado cerca del orgasmo tan rápidamente. Sin duda esto se debe a la embriagadora mezcla que supone el hecho de estar con el hombre más sexy que he visto nunca y de que, además, este sepa bien lo que se hace. Me retuerzo en sus manos, moviéndome al ritmo de sus dedos y su lengua, e, impotente, me entrego por completo a él.

La intensidad va a más y las piernas comienzan a temblarme sin control.

—Kieran, me... Dios... Me voy a...

Él no solo no afloja, sino que aumenta el ritmo de sus dedos en coordinación con los movimientos de su lengua, haciendo que me sacuda en espasmos mientras me contraigo alrededor de sus dedos y exclamo su nombre. Una oleada de turbulento placer se extiende por todo mi cuerpo.

Permanezco tendida con la cabeza dándome vueltas y la respiración todavía errática y temblorosa mientras mi cuerpo empieza a recuperarse poco a poco. Él cambia de posición para colocarse encima de mí y, mientras me besa el cuello, yo alargo los

brazos y me aferro a sus hombros. Lo quiero cerca, lo necesito más cerca.

—Dios mío —susurro, emergiendo lentamente de mi aturdimiento.

—¿Cómo te sientes? —murmura él, rozándome la piel con los labios.

Exhalo un suspiro con el corazón palpitante.

—Quiero más.

Deslizando los dedos por su pecho, llego hasta la cintura de su bóxer y oigo como se le corta la respiración cuando se la cojo.

«Guau». No puedo evitar que los ojos se me abran como platos al comprobar lo grande que es y me tomo un momento para imaginar cómo será tenerlo dentro de mí antes de comenzar a mover la mano arriba y abajo, haciendo que su respiración se vuelva cada vez más pesada. Sus gemidos están provocando que sienta de nuevo un intenso ardor entre las piernas. Se la agarro entonces con más firmeza y acelero el movimiento hasta que Kieran suelta un grito ahogado y, cogiéndome de la muñeca, me indica que pare.

—Si sigues así, no aguantaré mucho más —dice con los dientes apretados.

Sonrío y, mordiéndome el labio inferior, me doy la vuelta. Me estiro para abrir el cajón de la mesita de noche y sacar la cajita que hay dentro. Tumbándome otra vez de espaldas, le tiendo el envoltorio de aluminio del condón y, tras cogerlo, lo abre con los dientes y se lo pone. Cuando se coloca entre mis piernas y se inclina sobre mí, sus ojos resplandecen de excitación y se me acelera el pulso al ver que tengo este efecto en un tío tan increíblemente sexy y perfecto. Nunca habría creído que alguien como él podría estar interesado en mí, pero, si quiero alguna prueba de que está tan excitado como yo, solo tengo que bajar la mirada. A pesar de su respiración jadeante, de repente vacila y me pregunta:

—¿Estás segura?

Eliminando cualquier duda que todavía pueda tener, cojo su cara con ambas manos y acerco sus labios a los míos.

—Sí —susurro en su boca, y él me besa.

Contengo la respiración cuando entra. Al principio, mientras mi cuerpo se abre para acogerlo, lo hace con calma y cierta cautela. La sensación es increíble, y sé de inmediato que podré correrme otra vez. La saca casi por completo con una lentitud exasperante y luego vuelve a meterla más profundamente, empujando las caderas con más fuerza y provocándome palpitantes oleadas de éxtasis con cada envite. Al oírlo gemir en mi oreja, lo agarro de la nuca con una mano mientras con la otra me aferro al edredón y comienzo a gemir ruidosamente a medida que acelera el ritmo.

—Eres una jodida maravilla, cariño —dice jadeante, posando sus labios sobre los míos.

No sé si se debe a que me ha dicho eso con esa voz ronca y gutural —como si, al menos durante este maravilloso e irreal momento, yo fuera suya y solo suya—, pero algo explota en mi interior. El calor se extiende por todo mi cuerpo y todos mis músculos se tensan y se estremecen. Él lo nota y veo como pierde el control. Con los ojos destellantes, baja una mano para acariciarme entre las piernas, haciendo que mi cuerpo también se desboque a medida que percibo como se acerca el orgasmo.

—Joder —dice con un gruñido—. Joder, Flossie, vas a hacer que me c...

Se hunde profundamente en mí con un fuerte gemido y, al sentir cómo palpita en mi interior, vuelvo a perder la razón, consumida por un éxtasis que atraviesa mi cuerpo.

—¿Estás pensando en la siguiente ronda? —le pregunto en voz baja después de que haya regresado del cuarto de baño y haya vuelto a meterse en la cama. Estoy acurrucada en el recodo de su brazo, con la cabeza apoyada en su pecho desnudo y una mano haciendo garabatos sobre su abdomen.

Él se ríe por lo bajo y me abraza con más fuerza.

—¿Quieres otra? Dame un minuto y nos ponemos a ello.

—Me refería a Wimbledon. —Pongo los ojos en blanco, pero, halagada por su entusiasmo, mis labios se extienden hasta formar una amplia sonrisa—. ¿Recuerdas que hoy has ganado un partido?

—¡Ah, eso! Sí, me suena. —Exhala un suspiro y alza la otra mano para colocársela detrás de la cabeza—. No lo sé. Estoy un poco nervioso, supongo. La competición no ha hecho más que empezar, pero estoy un paso más cerca y todo eso...

—¿Qué tiene Wimbledon? ¿Por qué es este el torneo que todos queréis ganar?

Se toma un momento para considerar la respuesta y, en el silencio que se hace en la habitación, puedo oír el relajante ritmo de los latidos de su corazón. No he querido dar por hecho que dormiría en la cama con él esta noche después de lo que ha pasado, pero ha sido un alivio cuando me ha pedido que me quedara. No estoy segura de que haya otro sitio en donde prefiera estar que no sea aquí, tendida a su lado bajo las sábanas, con una pierna enredada en la suya, su brazo estrechándome contra su cuerpo y sus dedos descansando en mi cadera.

—Sus pistas tienen algo especial —responde finalmente en un tono suave—. En ellas puede sentirse la historia, todas las cosas y las personas que han pasado por ahí. Wimbledon posee una larga tradición, y todas sus reglas animan a respetar ese pasado, ¿sabes?

Es una cuestión de prestigio. Lo que más me impresiona a mí, en cualquier caso, es el silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te preparas para sacar en Wimbledon, se hace el silencio. Un silencio absoluto.

—Debe de resultar muy intimidante.

—Sí...

Nos quedamos callados. Me relajo a su lado y cierro los ojos. Estoy empezando a quedarme dormida cuando vuelve a hablar.

—¿Flossie?

—¿Sí?

—¿Vendrás a ver el partido del viernes? —me pregunta con cautela—. Puedes sentarte con mi equipo en nuestro palco. Me gustaría que estuvieras ahí.

—Claro que sí, Kieran —digo tranquilamente, aunque el corazón se me acelera en el pecho de un modo alarmante—. Allí estaré.

17



Kieran está mirándome. Hay cientos de personas en las gradas de la pista dieciocho viéndolo jugar y, de entre todas esas caras que lo observan atentamente, ha elegido mirarme a mí después de ganar un punto increíble. Llevo desde el principio del partido con el alma en vilo, agarrándome con fuerza al borde del asiento y clavando las uñas en el plástico. Hoy no hace tanto calor, pero estoy sudando a causa de los nervios y, cada vez que me siento, los pantalones cortos del mono azul se me suben y la parte trasera de los muslos se me pega al asiento. Kieran ha luchado por el punto y lo ha ganado con un revés demoledor demasiado rápido para su contrincante alemán, Jürgen Keller, que ha enviado la pelota junto a la línea de fondo. El público prorrumpe en aplausos y muchos se ponen en pie para mostrar su apreciación por una jugada magnífica. Kieran se ha vuelto entonces hacia el palco de su equipo. Examina los rostros que lo ocupan hasta que sus ojos se posan en mí. El corazón me da un vuelco.

Sin dejar de mirarnos, asiento y esbozo una leve sonrisa de determinación.

«Así se hace. Sigue así, por favor. Tú puedes».

Él aparta la vista. Coge la toalla que le ofrece una recogepelotas y, tras secarse la frente, se la arroja de vuelta. Luego le pide tres pelotas a otro, selecciona dos y devuelve la tercera. Se coloca detrás de la línea para servir. En las gradas se hace un silencio escalofriante, tal y como él me explicó que sucedía. Prácticamente contengo la respiración. Estoy demasiado asustada para exhalar y, con ello, emitir el menor ruido que pueda distraerlo.

Relajado y compuesto, Kieran lanza la pelota al aire y, cuando llega a lo alto, la golpea con un movimiento ágil y fluido de la raqueta. Es un servicio engañosamente potente y certero. Keller no tiene la menor posibilidad. La pelota deja atrás la raqueta extendida del alemán.

Ace.

Exhalo por fin el aliento mientras Kieran se dirige al otro lado de la pista seguido de otra ardiente ronda de aplausos. Los espectadores irlandeses que hay en las gradas lo vitorean y ondean sus banderas.

—Cuarenta, quince. Punto de set —masculla el juez de silla al micrófono.

Kieran señala al recogepelotas que le ha proporcionado las del último servicio y, diligentemente, este le lanza dos haciéndolas botar. Kieran las examina y, tras aprobarlas, se coloca detrás de la línea para volver a sacar. Keller se pasa el dorso de la mano por la frente y, con las rodillas flexionadas a la espera del golpe, lo observa con atención. Mientras decide dónde colocará el saque, Kieran respira hondo y su pecho asciende, luego hace botar la pelota dos veces en la hierba y, tras lanzarla al aire, la envía con un potente golpe al otro lado de la pista. Keller apenas consigue restar con dificultad y casi pierde el equilibrio.

Cuando la pelota aterriza suavemente en el cuadro de saque, Kieran ya está ahí, listo para ejecutar su derechazo mortal. La bola

sale disparada como un rayo al otro lado de la pista, girando sobre sí misma a tal velocidad que apenas rebota.

—Set para O'Sullivan.

El clamor del público es ensordecedor. Todo el mundo se pone de pie y aplaude y vitorea mientras Kieran le devuelve la pelota que le sobra al recogepelotas y se encamina tranquilamente a su silla. Dos sets a uno. Puede ganar el partido, sé que puede. Pero no voy a celebrarlo todavía. Estoy aprendiendo que, en Wimbledon, todo puede cambiar con unos pocos puntos.

Mientras habla con el segundo entrenador, Neil me echa un vistazo desde el otro extremo de la hilera. Finjo que no me doy cuenta y, ajustándome las gafas de sol, mantengo la vista fija en Kieran. A pesar de que estoy aquí con su equipo, en realidad no formo parte de él. Es obvio que soy una persona ajena al grupo, y Neil se ha asegurado de dejarme claro que, por el momento, no tiene la menor intención de incluirme en él. Lo cual me parece bien. Sé que no soy importante. Estoy aquí por Kieran.

Creo que estoy empezando a darme cuenta de que ha pasado mucho tiempo dentro y fuera de la pista con la sensación de que nadie está realmente de su lado, ni siquiera aquellos a quienes paga para que lo ayuden. A mí, sin embargo, él me importa gane o pierda. Me da igual lo que suceda, lo que quiero es que sienta que hay alguien de su parte. Alguien que ha elegido estarlo.

—Tiempo.

Al oír el anuncio del juez de silla, Kieran coge su raqueta y se pone de pie. Sus destellantes ojos se clavan en mí.

«Vamos allá».

Lo cierto es que no había acudido nunca al torneo de Wimbledon. El año pasado no vinimos y nunca se me había ocurrido inscribirme en el sorteo para adquirir entradas. Ahora que estoy aquí, sin embargo, me doy cuenta de lo que me estaba perdiendo. Hace un tiempo fantástico, el ambiente es increíble y, seguramente, se trata de una de las instalaciones deportivas más bonitas que he visto nunca. Todo en el All England Lawn Tennis and Croquet Club está limpio, reluciente y acicalado. Alrededor de las pistas hay centenares de cestos de flores, jardineras y parterres repletos de petunias blancas y púrpura oscuro que complementan a la perfección el follaje y la hierba de las pistas. Si le pidieras a cualquiera que se imaginara cómo sería llevar el estilo de un jardín típico de la campiña inglesa a unas instalaciones deportivas, sin lugar a dudas, el resultado sería este.

Y el comportamiento del público es ejemplar. Puede que el champán y la Pimm's corran a raudales, pero no hay griterío ni alboroto. Es como si todos los espectadores supieran que deben tratar con respeto este lugar tan bien conservado.

Estoy disfrutando de la experiencia de Wimbledon. Me ha parecido que, ya que estoy aquí, esta era una buena oportunidad para sumergirme en ella como es debido, de modo que he decidido deambular un poco y verlo todo.

Después de que Kieran gane el partido, Neil me dice explícitamente que no hay ningún problema en que disfrute de las instalaciones, pero que solo el equipo puede unirse a él en la zona de jugadores. No es que esperara otra cosa. No tenía intención de merodear por los vestuarios masculinos mientras Kieran se duchaba y cambiaba, aunque eso habría sido extremadamente agradable. Me he limitado, pues, a enviarle un mensaje de felicitación (esta mañana hemos intercambiado por fin nuestros números de teléfono;

a ambos nos ha parecido divertido que todavía no lo hubiéramos hecho) y luego otro mensaje diciéndole que me quedaría un rato por aquí, que me hiciera saber si quería acompañarme y que, en caso contrario, ya nos veríamos en el piso.

Me uno a la cola de un puesto de fresas con nata. No puedo venir a Wimbledon y no comerlas. Sería un insulto para el torneo y, francamente, para el país mismo. Después de adquirir una tarrina, me saco un selfi sosteniéndola en alto con una orgullosa sonrisa y se la envío a Kieran.

«¡Celebrando tu victoria en el montículo de Murray con una tarrina de fresas con nata!», escribo debajo de la foto.

Tras encontrar un hueco en la colina que hay delante de la pantalla gigante situada a un lado de la pista central, me siento con las piernas cruzadas y comienzo a comerme con una cuchara la nata que cubre las fresas. Estoy intentando coger la primera con la cuchara cuando alguien se acerca y me tapa el sol.

—Me alegra verte por aquí —dice Kieran, sentándose a mi lado con sus Wayfarer y su gorra puestas. Ya no va con la ropa de tenis, sino con unos pantalones cortos de color azul marino y una camisa blanca.

—¡Hombre! —exclamo, volviéndome hacia él al tiempo que apoya los brazos en las rodillas. Vacilo un momento y luego una sonrisa se extiende por mi rostro. Inclinándome hacia él, bajo el tono de voz y le pregunto—: ¿No eres tú ese famoso jugador de tenis que acaba de pasar a la cuarta ronda?

—Debes de estar confundiéndome con otra persona —me susurra.

—Enhorabuena, Kieran.

—Gracias.

—Has jugado de maravilla —digo con entusiasmo. Me muero de ganas de rodearlo con los brazos, pero tengo la impresión de que él

prefiere evitar cualquier cosa que pueda atraer algo de atención a este concurrido montículo—. Ha sido un espectáculo increíble. ¡Lo has hecho! Ya estás en la siguiente ronda.

—Cuesta de creer —dice incapaz de contener una amplia sonrisa.

—A mí no. ¿Cómo te sientes?

Él se muerde el labio inferior y asiente con la cabeza.

—Bien. Me siento bien.

Espero que añada algo más y, como no lo hace, le digo con una risita:

—Guau, Kieran. Qué bellas palabras. El mismísimo poeta musical estaría orgulloso de expresarse con semejante elocuencia. Has pasado ni más ni menos que a la próxima ronda de Wimbledon y solo eres capaz de decir que te sientes «bien».

Él se ríe por lo bajo y se sonroja.

—Está bien, de acuerdo. Me siento... —Se queda callado un momento, exhala y se vuelve hacia mí—. Me siento como si esto fuera un sueño y tengo miedo de despertarme.

Sonrío y le doy un pequeño codazo en el brazo.

—No es ningún sueño. Es todo real.

—Sí. Estoy empezando a asimilar la magnitud de todo.

—Kieran —digo, mirándolo con severidad—, solo estás aquí para jugar al tenis. No hace falta que te comportes como una diva.

Él estalla en carcajadas y enarca una ceja.

—¿Acabas de llamarme «diva»?

—Si vas a ponerte todo melodramático y a hablar de la magnitud de tu paso a la siguiente ronda de Wimbledon, estás con la persona equivocada.

—Ah, ¿sí?

—Yo he venido aquí a disfrutar del ambiente y comer fresas.

Él señala con un movimiento de cabeza la tarrina que tengo en las manos.

—¿Están tan buenas como dice todo el mundo?

—Estoy a punto de descubrirlo. Deberías ser tú quien me dijera a mí lo ricas que están —observo, usando el borde de la cuchara para cortar una por la mitad, puesto que son enormes—. Debes de estar ya harto de ellas.

Él se encoge de hombros.

—Nunca las he tomado aquí.

Me detengo de golpe.

—¿Qué?

—Nunca he tomado fresas con nata en Wimbledon. —Al ver mi expresión, vuelve a reírse. Sus hoyuelos me provocan una cálida sensación en el vientre—. ¿Por qué me miras así? ¡No he tenido la oportunidad!

—¡Pero si has jugado en este torneo un millón de veces!

—Estás exagerando un poco. Además, ¿a cuántos tenistas has visto sentados en la pista comiendo despreocupadamente fresas con nata?

—Ahora no estás sentado en la pista, ¿verdad?

—No.

Le tiendo la tarrina.

—Vamos, tienes que probar una. Como alguien haya oído lo que acabas de decir, podrían echarte directamente del torneo. Ha llegado el momento de que pierdas la virginidad. Ten... —Uso la cuchara para empujar el trozo que he cortado hacia el borde—. Toma esta mitad.

Tras exhalar un suspiro, la coge con los dedos.

—Supongo que sería un crimen no hacerlo.

—*Sláinte* —digo, sosteniendo en alto mi mitad de la fresa con la cuchara.

—¡Salud!

Nos las comemos al mismo tiempo. Nos volvemos hacia el otro después del primer mordisco y asentimos al unísono de forma aprobatoria.

—No está mal —comenta él.

—Cocina de primer nivel —digo, partiendo ya la siguiente fresa.

Le tiendo de nuevo la tarrina. Con una sonrisa de agradecimiento, él coge su mitad y se la mete en la boca mientras se vuelve hacia la pantalla para echarle un vistazo al partido que están emitiendo. Durante los siguientes minutos, ambos permanecemos sentados viéndolo y terminándonos las fresas. Cuando ya no quedan más, dejo la tarrina a un lado en la hierba. Él extiende las piernas y se apoya en las manos.

—Es esto, ¿no? —suspira melancólicamente—. Esto es a lo que la gente se refiere.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando hablan de Wimbledon, se refieren a esto, ¿verdad? —aclara con la mirada puesta en la pantalla—. Estar sentado bajo el sol, comiendo fresas y viendo un partido de tenis. —Se vuelve hacia mí—. Es perfecto.

Yo también me apoyo en las manos y estiro las piernas junto a las suyas. El mono tiene una abertura justo debajo del lazo que hay a la altura del escote y reparo en el vistazo que le echa entonces Kieran a la piel que se ha quedado expuesta al cambiar de postura, lo cual hace que me sonroje.

—Sí —contesto—. Lo es.

Él me sonríe y luego sigue mirando la pantalla. Unos segundos después, noto que sus dedos me rozan la mano justo antes de

entrelazarse con los míos. Se me corta momentáneamente la respiración y el corazón me da un vuelco mientras un cosquilleo se extiende por todo mi cuerpo. Mantengo la vista hacia delante, igual que él. Ninguno de los dos dice nada. No hace falta.

—¡Ahí estás! —exclama Neil, cruzándose en nuestro camino cuando estamos bajando la escalera que hay en un lateral del montículo de Murray—. Te he estado buscando por todas partes, Kieran. ¿Es que ahora no contestas al teléfono?

—¿Has tomado alguna vez fresas con nata aquí, Neil? —le pregunta Kieran despreocupadamente, haciendo caso omiso al cortante tono de voz de su entrenador—. Son deliciosas.

Neil se lo queda mirando con incredulidad.

—¿De qué narices estás hablando? He estado intentando ponerme en contacto contigo. Tenías que dar una rueda de prensa, ¿recuerdas?

—Se me ha olvidado —contesta Kieran, encogiéndose de hombros, y sigue descendiendo la escalera sin hacer caso a las miradas que recibe de la gente que pasa a su lado y lo reconoce.

Ralentizo el paso para seguirlos a cierta distancia. No me había hablado de ninguna rueda de prensa mientras estábamos sentados en la hierba sin hacer nada. Se me forma un nudo en el estómago al advertir la mirada asesina que me lanza Neil.

Algo me dice que, para él, yo soy la culpable de este contratiempo.

—No puedes hacer eso, Kieran. Da mala imagen —dice entre dientes, colocándose a su lado.

—No me importa. He venido aquí a jugar al tenis, no a ganarme a la prensa.

Neil exhala un suspiro y coge el móvil.

—Sí, creo que ya han pillado el mensaje, aunque a Nicole le preocupa que tu imagen vaya de mal en peor si continúas con esta actitud. Hemos dicho que te has visto obligado a saltarte la rueda de prensa porque te has hecho una pequeña lesión y has tenido que acudir corriendo al fisio, pero en la velada de esta noche tendremos que hacer algo de control de daños. Tal vez podrías darles algunas citas a los periodistas o algo así.

Kieran se detiene en medio del sendero y se vuelve hacia él.

—No voy a ir a la velada.

Neil frena en seco y se lo queda mirando sin dejar de parpadear.

—¿Qué quieres decir? Esta noche estás invitado a tomar algo en el club. Tienes que ir.

—No puedo. Estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

Kieran se vuelve hacia mí. Estoy un poco detrás, fingiendo que miro a la gente que deambula de aquí para allá y no estoy escuchando cada palabra de la conversación.

—Flossie, ¿te apetece salir a tomar algo esta noche? —me pregunta—. Podemos ir a algún *pub* del Village. Al Dog and Fox tal vez.

La boca se me descuelga de la sorpresa.

—Yo... Bueno, vale, pero solo si no tienes ningún otro compromiso.

—No, estoy libre —contesta él, y, volviéndose hacia Neil, añade—: Esta noche estaré ocupado tomándome algo con Flossie en el Dog and Fox.

—Kieran —comienza a decir Neil en un tono bajo y apremiante—. No creo que eso sea una buena idea.

—Yo, en cambio, creo que es magnífica —replica Kieran—. Lo de esta noche no es importante, Neil, y después de un largo día no quiero tener que ponerme una corbata y mantener conversaciones sin importancia con un puñado de gente a la que no conozco. Te prometo que mañana iré a la gran recepción de la presidenta del All England Club, ¿de acuerdo? Ya tengo el esmoquin preparado y todo.

Neil tarda un momento en responder. Pone los brazos en jarras y, bajando la vista al suelo, niega con la cabeza. Le echo una ojeada a Kieran con nerviosismo, pero su boca permanece recta y seria. Finalmente, Neil vuelve a levantar la mirada.

—Está bien —dice furioso con la mandíbula tensa—. Siempre y cuando estés allí mañana.

—Te lo prometo, entrenador —contesta Kieran, dándole unas palmaditas en el brazo.

Agitado, Neil me clava los ojos con las fosas nasales dilatadas.

—No es más que una velada, no es tan importante —le recuerda Kieran, esbozando una pequeña sonrisa—. La de hoy ha sido una buena victoria. Deberías hacerme caso y tomarte unas fresas. Nos las merecemos.

Me coge de la mano y, entrelazando sus dedos con los míos, tira de mí y nos alejamos de Neil, que nos observa con una expresión ceñuda. Con las mejillas acaloradas por el rubor, mantengo la cabeza gacha mientras recorremos el sendero que conduce a la salida, cada vez más consciente de la cantidad de gente que repara en nosotros y se nos queda mirando abiertamente.

Al tomarme de la mano delante de Neil, es como si Kieran estuviera explicitándole algo a su entrenador (y confirmando con ello sus peores temores); al seguir cogido a mí mientras nos abrimos paso entre el gentío de Wimbledon, parece estar haciéndolo público a todo el mundo.

Y, cuando alza mi mano y se la lleva a los labios para darme un leve beso en los dedos después de que hayamos salido de las instalaciones y ya nadie pueda vernos, confío en que esté diciéndome algo a mí.

18



—Esta partida no es justa —protesto mientras cojo los dardos clavados en la madera que rodea la diana—. Yo soy artista, tú eres deportista profesional.

Kieran enarca las cejas.

—Estamos jugando a los dardos, Flossie. Aquí la condición física no tiene importancia y, además, no se trata precisamente de mi especialidad.

Señalo el marcador.

—Discrepo.

Él esboza una media sonrisa.

—No es culpa mía que se me den bien los dardos.

—¿Igual que el ping-pong? En serio, ¿acaso hay algo que se te dé mal?

—Muchísimas cosas. Las conversaciones triviales, el arte, hablar en público, la repostería...

—Me refiero a algún deporte. —Exhalo un suspiro y, tras regresar lentamente a mi sitio, me encaramo al taburete que hay a un lado mientras él se pone de pie para lanzar.

—¿Crees que porque se me dan bien el tenis, el ping-pong y los dardos ya soy bueno en todos los deportes? No tienes ni idea de qué tal se me dan el rugby, el críquet o la natación.

—Vale, ¿qué tal se te dan el rugby, el críquet y la natación?

Él sonríe.

—Bastante bien. Y también me gusta el golf.

—No me jodas.

—Y tampoco se me da mal la equitación.

—Cómo no.

De repente, chasquea los dedos.

—¿Sabes qué? Soy terrible patinando sobre hielo.

Suelto una risa ahogada.

—Ya... ¿Cuándo lo intentaste?

—Cuando tenía unos trece años. Estábamos esquiando y se me ocurrió probarlo.

—Deja que lo adivine, eres un esquiador increíble —refunfuño.

—No se me da mal —admite él con una sonrisa lenta y taimada—. En cualquier caso, patino de pena. No tengo elegancia.

—En la pista de tenis eres bastante elegante —comento.

—Querrás decir masculino y recio, ¿no?

—No, grácil y elegante —confirmo altivamente mientras él alza un dardo para apuntar—. También potente y agresivo, claro está. Buena suerte a tu próximo contrincante. Seguro que está temblando de miedo.

Kieran acierta un triple 12.

—Lo dudo. Es un jugador bastante intimidante. Tiene un revés terrorífico.

—Quizá podrías imaginártelo patinando sobre hielo —le sugiero—. Cuando yo te imagino a ti, resulta bastante divertido. En mi cabeza, eres como Bambi cuando está sobre el hielo. Ya sabes, con las

extremidades resbalando en todas direcciones. Podrías hacer lo mismo con el tío ese y así ya no te parecerá tan aterrador.

—Estoy considerando seriamente la posibilidad de echar a Neil y ponerte a ti al mando —dice Kieran, preparándose para el siguiente tiro—. Tus discursos motivacionales son mucho más breves y efectivos.

—¿Quién dice que aceptaría el puesto? —replico, cruzándome de brazos cuando clava el dardo en el 15—. Me temo que estoy demasiado ocupada y soy demasiado importante para hacerte un hueco.

—Una pena —suspira Kieran, apuntando con su tercer y último dardo—. Habríamos hecho un gran equipo.

Lo lanza y consigue un 16. Con una sonrisa de suficiencia, se dirige a la diana para recogerlos todos. Pongo los ojos en blanco y alargo el brazo para coger la copa de vino a la que me ha invitado. Es un Albariño. Kieran me ha recomendado que lo pruebe. Obviamente, está delicioso. Resulta algo exasperante que siempre tenga razón. En algún momento, me gustaría ser yo quien supiera algo sobre cualquier cosa para poder impresionarlo.

Mientras le doy un sorbo a mi bebida, diviso a un grupo de chicas que no dejan de reír y susurrar con los móviles alzados y apuntando en nuestra dirección.

—Nos han descubierto —informo a Kieran en voz baja cuando regresa a la pequeña mesa que ocupamos en el rincón que hay junto a la diana para darle un trago a su pinta.

Él sigue mi mirada y luego se gira hacia mí encogiéndose de hombros.

—No son las únicas. Los dos tíos que hay en la mesa de tu izquierda han estado grabando vídeos y sacando fotos desde que hemos llegado —dice con indiferencia.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo dos móviles más que me apuntan. Frunciendo el ceño, me vuelvo hacia Kieran, preocupada.

—¿Quieres que nos marchemos? —pregunto a regañadientes, incapaz de disimular mi decepción.

Esta noche me lo estaba pasando genial. De camino al *pub*, el cielo ha empezado a nublarse y, si bien la terraza estaba repleta de gente, el interior, en cambio, no estaba tan lleno. Puesto que Kieran sabía que iba a llover, ha sugerido que nos sentáramos dentro. Hemos pasado toda la tarde al aire libre de todas formas, así que me ha parecido bien relajarme en el ambiente tranquilo y agradable del interior del *pub*. Kieran está comenzando a bajar la guardia cuando está conmigo y, cuanto más conozco cómo es realmente, más ganas tengo de pasar tiempo con él.

Cuando está relajado, Kieran es hablador, divertido, adorable. Cuando lo conocí, di por hecho que lo que lo hacía tan popular entre todas esas mujeres famosas con las que lo relacionaban eran su apariencia y su fama, pero ahora me doy cuenta de por qué una mera noche con este tío que tengo delante —el que me hace preguntas sobre mi vida, bromea sobre tonterías, me hace reír con sus ingeniosas réplicas y, al sonreír, deja a la vista unos hoyuelos que me derriten— sería suficiente para que perdiera completamente el juicio y me arrojara en sus brazos. Y, con base en mi escasa experiencia en lo que respecta a disfrutar de una cita mientras me observan y me filman con disimulo, ahora también puedo comprender que suela mostrarse cauteloso, reservado y desconfiado con los desconocidos.

No debería sorprenderme que la gente se haya dado cuenta de que Kieran está aquí. En primer lugar, si andas por Wimbledon durante la celebración del torneo, es fácil que te encuentres por ahí

con unos cuantos jugadores de tenis famosos tratando de pasar desapercibidos. En segundo lugar, Kieran destaca un poquitín a causa de su altura, sus anchas espaldas y su deslumbrante atractivo. Y, por último, resulta que nuestro encuentro espontáneo en el montículo de Murray no ha sido tan privado como yo pensaba; a él, por supuesto, lo han reconocido un par de personas que estaban sentadas un poco más arriba y que nos han hecho fotos juntos para colgarlas en redes sociales.

Este tercer punto ha dejado en bastante mal lugar a Neil, ya que se había excusado con los periodistas diciendo que Kieran había tenido que saltarse la rueda de prensa para acudir al fisio, pero ahora hay pruebas de que en realidad se encontraba holgazaneando por las instalaciones y comiendo fresas. Cuando me disponía a mirar los comentarios de una de las fotos que estaba empezando a hacerse viral, Kieran ha insistido en que dejara a un lado el móvil. Aun así, he echado un breve vistazo. De momento, estoy saliendo bien parada. La mayoría de la gente solo parece estar preguntándose quién narices soy yo.

En cualquier caso, me he alegrado por los nubarrones, pues eso ha permitido que nos pudiéramos esconder aquí dentro y evitar la concurrida terraza. Ahora, sin embargo, el *pub* también está llenándose.

—No quiero marcharme —dice Kieran, juntando las cejas con las comisuras de la boca hacia abajo e ignorando a nuestro público—. ¿Tú?

—No. Solo es... molesto. ¿No te importa que la gente te haga fotos y grabe vídeos de ti sin tu consentimiento?

—Sí que me importa, pero no puedo hacer mucho al respecto. Es mejor pasar.

—Espero que no cuelguen las fotos en internet —murmuro, llevándome la copa a los labios—. Podrían pillar mi lado malo.

Él inclina la cabeza hacia mí.

—Eso no es posible. No tienes ningún lado malo.

Me sonrojo intensamente mientras le doy un sorbo a mi vino. Lo ha dicho como si fuera un hecho constatado, no una opinión, y ahora sigue hablando como si no acabara de decir algo tan encantador que ha provocado que la cabeza me dé vueltas y me arda todo el cuerpo.

—Quizá, si fuera más accesible, la gente no sentiría la necesidad de grabarme con disimulo —reflexiona en voz alta, dejando los dardos sobre la mesa, al lado de su vaso—. O, al menos, eso es lo que mi equipo de relaciones públicas me dice.

Hago una mueca y él me mira extrañado.

—¿Qué pasa? —pregunta con un destello de curiosidad en los ojos —. ¿A qué ha venido esa cara?

—A nada.

—Flossie, sé cuándo estás mintiendo —me informa, enarcando una ceja.

—No, no lo sabes.

—Claro que sí —insiste, acercándose a mí y señalándome el rostro con el dedo índice—. Las mejillas se te tiñen de un rosa adorable.

Dejando mi copa sobre la mesa, me muerdo el labio inferior y me llevo las palmas de las manos a las mejillas, que me arden.

—¿Me he sonrojado? ¡Qué vergüenza!

Él alarga los brazos y, tras cogerme de las muñecas, me aparta las manos de la cara para que no tenga más remedio que permitirle escrutar mis mejillas. Al hacerlo, una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—No, es bonito —murmura—. Te resalta las pecas.

—Cuando era más joven, intentaba que no se me vieran.

—¿Por qué querrías hacer eso? Son... —Se queda callado y, con el entrecejo arrugado a causa de la concentración, busca la palabra adecuada—. Son tú. A mí me gustan.

Sonrío tímidamente, echándole un vistazo al grupito de chicas.

—Estás haciendo que me sonroje aún más para las cámaras.

—No creas que así vas a evitar mi pregunta, Flossie —dice él, retrocediendo un paso y adoptando de nuevo un tono más ligero y juguetón—. ¿Por qué has puesto esa cara cuando he dicho que mi equipo de relaciones públicas quiere que me muestre más accesible?

—No me gustaría tener que encargarme de tus relaciones públicas, eso es todo.

Él alza una ceja.

—¿Por qué no? Soy un buen cliente.

—Te saltas las ruedas de prensa, te niegas a conceder entrevistas con independencia de lo que los periodistas digan de ti, permitiendo con ello que todo el mundo se crea sus historias, y en la pista te dejas llevar por momentos de... furia ostentosa.

Kieran suelta una carcajada, un sonido que me prende todo el cuerpo desde su mismo centro.

—¡Furia ostentosa! ¿No serás poeta musical?

—¡Solo estaba tratando de que sonara bien!

—Puede que tengas algo de razón. No debe de resultarles fácil a mis publicistas conseguir que esa furia ostentosa no sea algo negativo a ojos del público —dice, y reparo en que echa un vistazo por encima de mi hombro. Sus cejas se alzan de golpe y, con aire cómplice, se inclina hacia mí—. Aunque puede que estén equivocados en lo que respecta a mi accesibilidad. Ahora mismo, por ejemplo, alguien se acerca a mí.

Al mismo tiempo que fuerza una sonrisa cordial, me doy la vuelta en el taburete para ver quién viene y, de repente, me encuentro cara a cara con...

—¡Zoe! —exclamo horrorizada, y de inmediato se me forma un nudo en el estómago.

—Hola, Flora —dice ella tímidamente. Su mirada oscila de mí a Kieran y luego de vuelta a mí—. Espero que no te importe que os interrumpa. —Echa otro vistazo a Kieran con una amplia sonrisa—. Soy una gran seguidora tuya y no dejo de verte por el vecindario. Como tarde o temprano íbamos a encontrarnos, he pensado que sería buena idea venir a presentarme.

—¿Os conocéis? —pregunta Kieran al tiempo que la tensión de sus hombros se relaja.

—Zoe es la vecina de al lado —digo en un tono de voz tirante y con el rubor abrasándome el rostro.

—Ah, vale. Hola, Zoe. Lamento lo de los periodistas en la calle —comienza a decir Kieran, alargando una mano para estrechársela afectuosamente—. Espero que no te hayan molestado demasiado.

—No suponen ningún problema —dice ella, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Felicidades por tu victoria de hoy. Ha sido un partido fantástico y has jugado de maravilla. —Una sonrisa se extiende por su rostro y los ojos le relucen bajo las largas y parpadeantes pestañas—. Tengo entradas para las semifinales en la pista central. No me cabe ninguna duda de que te veré allí.

Él sonríe con modestia, bajando momentáneamente la mirada a los pies y luego volviendo a levantarla.

—Es muy amable por tu parte, Zoe, gracias.

—Yo... tengo que ir al baño —digo con un graznido, bajándome del taburete. Me abro paso entre la gente que hay en el *pub* en

dirección a los servicios. La lluvia ha arreciado y esto está cada vez más lleno.

Al llegar al cuarto de baño, me vuelvo para echarles un vistazo a Kieran y a Zoe. Ya están enfrascados en una animada conversación. Con el corazón encogido, abro la puerta y, tras encerrarme en un cubículo, me siento en un retrete y entierro el rostro en las manos.

Por supuesto que Kieran no tiene ningún problema en charlar con Zoe. Es una chica encantadora, amable y atractiva, con una sonrisa perfecta y unos ojos despampanantes. Seguro que se ha fijado en lo bien que le sienta la ropa que lleva: ese top de seda de color naranja oscuro y esos pantalones cortos de lino de color blanco y cintura alta resaltan su inmaculada piel y su silueta de modelo. Kieran siempre ha salido con modelos, actrices y mujeres increíblemente glamurosas que han nacido para destacar. Mujeres como Zoe.

No como yo.

No me puedo creer que Zoe se haya presentado así, como si nada. ¿Tan insignificante e inofensiva le parezco? ¿Acaso piensa que lo que hizo no importa? ¿Cree que, como han pasado ya unos pocos meses, podemos olvidarnos de ello y fingir que no ocurrió nada? Pues a mí no me parece bien. Soy consciente de que había dos personas en esa cama y de que Jonah es el principal culpable. Era él quien tenía novia, quien rompió sus promesas. Ella no me debía lealtad alguna; que hubiéramos mantenido algunas conversaciones cordiales no quería decir que fuéramos amigas. Aun así, no deja de fastidiarme que no le insistiera a Jonah para que cortara antes conmigo y evitarme esa traición. Accedió a acostarse con él a sabiendas de que, con ello, yo estaba resultando humillada. Si quedé como una idiota fue también por culpa suya.

Que ahora se acerque a Kieran y a mí con este descaro me resulta jodidamente doloroso.

Respiro hondo y me recuerdo lo lejos que he llegado desde el pasado enero. Ella no debería importarme lo más mínimo. Pero Kieran sí, y seguir sentada en este cubículo sintiendo lástima por mí misma no va a servir de nada. No puedo dejarme intimidar por la belleza y el estilo de Zoe hasta el punto de excluirme de mi propia cita. Bueno, al menos creo que lo es. Kieran no lo ha dicho explícitamente, pero hemos venido hasta aquí cogidos de la mano. Eso lo convierte en una cita, ¿no?

Al cruzar el *pub* de vuelta a la mesa, veo que Zoe sigue con Kieran y el corazón se me encoge de golpe. Están jugando a los dardos. Me detengo a unos metros, incapaz de acercarme más. Mis pies no parecen poder moverse. Veo como Zoe se coloca para tirar, animada por Kieran. A continuación, apunta y lanza el dardo. Acierta en pleno centro de la diana. Kieran se queda boquiabierto. Después de soltar un chillido de alegría, ella se pone a dar saltitos de la emoción y se abraza a él para celebrarlo. La punzada que siento en el pecho es tan intensa que las lágrimas me anegan los ojos. Tengo que marcharme de aquí. Me abro paso entre un desconcertado grupo de gente que hay junto a la puerta y salgo como una exhalación.

Ahora está diluviando y no tengo ni siquiera un chubasquero, pero no me importa. Siento una opresión en el pecho y necesito respirar aire fresco. Cierro los ojos y me quedo unos segundos inhalando y exhalando lentamente, dejando que la lluvia me empape la ropa y el pelo. Luego, abrazándome a mí misma, comienzo a caminar, alejándome del *pub*.

—¡Flossie!

Al oír la voz de Kieran, doy un respingo. Me giro y descubro que está justo detrás de mí, encorvado bajo la lluvia y con una expresión

confundida en el rostro.

—¿Se puede saber adónde vas? —pregunta desconcertado—. ¡Estás empapada! ¿Qué sucede?

—Yo... tengo que ir a casa. Tú vuelve al *pub* y pásatelo bien —contesto secamente.

—Flossie —dice él, cogiéndome de la muñeca e impidiéndome que me marche—. No me lo pasaré bien si tú no estás conmigo. Cuéntame qué ha ocurrido, por favor. ¿Alguien te ha dicho algo? ¿Has leído algo en internet? Te he dicho que no miraras nada.

Niego con la cabeza y sorbo por la nariz.

—No, no es nada de eso. Es... demasiado vergonzoso. No puedo contártelo.

—Sí que puedes —afirma con seriedad mientras las gotas de lluvia resbalan por sus mejillas y, recorriendo su barba incipiente, terminan cayendo por su cincelada mandíbula.

Joder, bajo la lluvia es todavía más guapo. La piel le reluce y la camisa que lleva está tan empapada que se le ha pegado al cuerpo, acentuando cada curva de sus definidos músculos. Me apuesto algo a que él no está pensando nada semejante sobre mí. Imagino que, a estas alturas, el maquillaje debe de habérseme corrido por la cara y seguramente parezco una especie de panda mojado y triste.

Con el corazón en un puño, decido contárselo. Estamos de pie bajo la lluvia por mi culpa y está claro que he estado llorando, así que tampoco puedo fingir que no es nada. Y, además, no quiero mentirle.

—Jonah me engañó con Zoe —digo en voz baja, incapaz de mirarlo a los ojos.

Oigo como coge aire con fuerza.

—¿Esa Zoe? ¿La chica con la que estaba hablando? ¿Tu vecina de al lado?

Asiento con aire sombrío.

—Sí. Un día volví a casa y me los encontré juntos en nuestra cama. Zoe me pidió perdón y sé que fue culpa de él, no de ella, pero... no somos amigas.

—Ya, comprensible.

—Siento haberme marchado así —murmuro con un tartamudeo y mordisqueándome el labio—. Desearía ser más fuerte, pero me resulta muy difícil cuando me comparo con ella.

—¿Qué estás diciendo, Flossie? —pregunta Kieran, y percibo cierto dejo de diversión en su tono de voz, lo cual hace que el cuchillo se me clave aún más profundamente.

Puede que todo esto le parezca tan patético que le resulte hasta gracioso.

—Zoe es brillante, guapa, divertida y lista. Lo tiene todo a su favor, y sé que es difícil no sentirse atraído por ella porque, bueno, es perfecta, así que no quería quedarme ahí y verte... ligar con ella. Ya sabes, tú eres un famoso jugador de tenis con pintas de modelo —él suelta una risa ahogada, como si estuviera bromeando, pero hablo en serio, así que no me río—, de modo que tiene sentido que estés con alguien como ella, de igual forma que tenía sentido que a Jonah le gustara. Y eso me hace sentir tan insignificante como entonces.

—Flossie. —Kieran se acerca más a mí y alarga la mano para alzarme suavemente la barbilla con los dedos y que lo mire a los ojos. Ambos parpadeamos mucho a causa de la lluvia—. Siento haberte puesto en esa posición.

—No es culpa tuya. No lo sabías.

—Estaba hablando con ella, no ligando. Yo solo quiero ligar contigo.

Al cerrar los ojos, otra lágrima me cae por la mejilla y me muerdo el labio inferior.

—Pero Zoe...

—Zoe es guapa, sí —afirma él antes de usar el pulgar para enjugarme la lágrima que se ha mezclado con las gotas de lluvia que me empapan la cara—. Pero eso no significa que tú no lo seas. Porque lo eres. Eres preciosa. —Se detiene un momento para tragar saliva. Veo como su nuez sube y baja al levantar la vista hacia sus ojos—. Cuando estoy contigo, Flossie, no existe nadie más.

Vuelvo a llorar, aunque esta vez es de felicidad.

Son las lágrimas más jodidamente felices de mi vida.

Lágrimas saladas que puedo saborear cuando posa sus labios sobre los míos para darme un beso tan lento y profundo que me hace comprender el significado de la expresión «dejar a alguien sin aliento».

El tiempo se detiene mientras permanecemos abrazados bajo la lluvia. Kieran tiene su boca pegada a la mía y desliza los dedos por mi pelo mojado. Con la otra mano me envuelve la cintura y me atrae más hacia sí, permitiendo que me entregue por completo a este beso digno de Hollywood y arquee el cuerpo, echando la cabeza atrás mientras mis brazos le rodean el cuello y su lengua acaricia la mía. Un estremecimiento me recorre la columna a la vez que una oleada de calor se extiende por todo mi ser.

Cuando al fin dejamos de besarnos, nos sonreímos el uno al otro como dos tontos con los rostros empapados por la lluvia. Él está aún más arrebatador con todas esas gotas en las pestañas, unos cuantos mechones de pelo pegados en la frente y la piel de las mejillas sonrosada y reluciente. No puedo evitar besarlo otra vez. Él me devuelve el beso y, rodeándome la cintura, me abraza con fuerza

mientras yo le agarro ambos lados de la cara y aplasto mis labios contra los suyos.

—Deberíamos refugiarnos —digo finalmente, quitándole las gotas de la frente y pasándole los dedos por el pelo.

—Sí, eso sería lo más inteligente —conviene riéndose mientras cada vez llueve con más fuerza. Enarca una ceja y añade—: Bueno, pues ¿en tu casa o en la mía?

19



Tardamos en llegar al apartamento más de lo que deberíamos. Kieran, que va con los dedos entrelazados con los míos, se detiene cada pocos minutos para darme otro beso, cada uno más apasionado que el anterior. Cuando al fin enfilamos corriendo nuestra calle sin parar de reír, me empuja contra un árbol y, apoyando una mano sobre mi cabeza, pega sus labios a los míos y se inclina hacia mí mientras con la otra atrae mis caderas a las suyas. Su lengua es insistente y apremiante, y noto en los labios la vibración del leve gemido de frustración que emite su garganta. Kieran se comporta como si no fuera capaz de esperar a que lleguemos a casa, y lo cierto es que resulta muy excitante sentirse tan deseada, tan anhelada. La calle está vacía, pero, aunque hubiera alguien más, a ninguno de los dos nos importaría.

Ahora mismo solo estamos nosotros dos, besándonos contra un árbol bajo la lluvia.

Sus dedos se deslizan por la piel desnuda que queda expuesta en mi abdomen antes de abrirse camino por mi cadera y descender hasta el dobladillo inferior de los pantalones cortos. Siento la calidez

de las palmas de sus manos cuando las cuela por debajo de la tela y las coloca en la parte exterior de mis muslos.

—Mmm... Este modelito está dificultándome las cosas —observa, dándoles un tirón a los pantalones cortos—. La próxima vez ponte un vestido que me facilite el acceso, por favor.

Me río ligeramente.

—¿Crees que debería elegir mis atuendos con base en la remota posibilidad de que alguien quiera meterme mano contra un árbol?

—Alguien no —protesta con un dejo de celos en el tono de voz que hace que el corazón me dé un pequeño vuelco—. Yo.

—¿Y qué hay de los *paparazzi*? —le recuerdo, arqueando las cejas.

Él echa un vistazo calle abajo.

—No hay nadie mirando.

—Se les da bien ocultarse.

—Cierto —dice, y, tras exhalar un suspiro, vuelve a enderezar la espalda y me coge de la mano para apartarme del árbol—. Será mejor que nos demos prisa en llegar al apartamento.

Tras tirar de mí por la acera hasta la verja de casa, descorre el pestillo y la mantiene abierta para que pase y pueda abrir la puerta de entrada. Yo ya he sacado las llaves del bolso y las tengo en la mano. Mientras intento concentrarme en abrir, él me besa el cuello y desliza las manos hacia mis caderas, provocando que se me resbale la llave y, con el borde, haga un arañazo junto a la cerradura.

Finalmente completo la tarea y entramos. Él cierra la puerta detrás de nosotros de una patada y me empuja contra la pared. Su boca busca con insistencia la mía y sus manos recorren cada centímetro de mi espalda, mi cintura y mis caderas con demasiada rapidez como para que pueda seguir sus movimientos. Después de quitarnos los zapatos con los pies, comienzo a desabrocharle la empapada camisa. Mis dedos tratan de operar con la máxima eficiencia posible

mientras me besa apasionadamente, pero tiene que ayudarme con el último par de botones antes de que pueda quitársela y tirarla al suelo, donde aterriza con un pesado «chof» sobre los tablones de madera. Un momento después comienza a formarse un charquito de agua a su alrededor. Dios. No me canso de mirar su musculoso pecho desnudo, sus anchos y fuertes hombros ni su suave piel, reluciente gracias a la humedad de la lluvia. Le acaricio el centro del torso con las palmas de las manos, las paso por encima de los hombros y finalmente le clavo las uñas en la curva de los bíceps. Joder... No termino de creerme que esté besando a este hombre, que sea tan afortunada de tenerlo entero para mí, que vaya a dejarme tocarlo y sentirlo.

Mientras lo admiro embobada, sus manos se desplazan al lazo del cuello de mi mono y no puedo evitar reírme al comprobar su creciente confusión. No para de tirar de los extremos del nudo con el ceño fruncido.

—Pero ¿qué cojones...? —dice perplejo.

—No se desata por ahí —lo informo, y él junta las cejas, acentuando aún más los pequeños surcos entre ambas. No puedo evitar admirar lo encantadoramente sexy que resulta su expresión de desconcierto.

—Entonces, ¿cómo se quita?

—Así.

Él observa maravillado cómo me deslizo las mojadas mangas por los brazos y luego dejo que la parte superior del mono quede colgando de la cintura. Sus ojos siguen la pendiente de mis clavículas hasta la curva de mis pechos, acentuados con la ayuda de un sujetador de encaje azul. Veo como traga saliva mientras continúo desvistiéndome. Meto las manos por debajo de la cintura elástica del mono para ensancharla y, moviendo las caderas, hago

que baje por mi trasero hasta que lo dejo caer entero al suelo. Los ojos de Kieran comienzan a adquirir una tonalidad más oscura a medida que sus pupilas van dilatándose.

—¿Ves? —digo con la voz ligeramente quebrada a causa de la intensidad de su mirada.

—Joder, eso ha sido... —empieza a decir en un tono de voz grave y ronco, y, tras rodearme la cintura con las manos, acerca sus labios a los míos y termina la frase—: increíblemente sexy.

Presiona su boca contra la mía y, después de este breve interludio en el que le he ofrecido un tutorial sobre cómo quitar un mono, sus besos vuelven a ser impacientes, apasionados y hambrientos. Entierro los dedos en su pelo, a ambos lados de su cabeza, y dejo que sea él quien lleve la iniciativa. Cogiéndome por la cintura, tira de mí y, tras terminar de recorrer el pasillo, avanzamos a trompicones por la oscuridad del salón. Perdida en el entusiasmo de sus labios, no presto atención a dónde estamos y me sorprendo cuando la parte posterior de mis piernas choca con el sofá. Antes de que pueda pensar en el siguiente movimiento, Kieran me alza para que le rodee la cintura con las piernas —Dios, me encanta lo fácil que le resulta levantarme— y, tendiéndome en el sofá, se coloca entre ellas. Mi respiración es cada vez más entrecortada y sibilante. Él encuentra el interruptor de la luz y la enciende. Luego se inclina sobre mí y pasa una mano por mi pelo mojado y despeinado, ahora desparramado sobre el cojín en el que descansa mi cabeza.

Inhala con fuerza por la nariz y tensa la mandíbula.

—Estás tan sexy con el pelo mojado... —me dice antes de bajar los labios a la piel entre mis pechos y ponerse a mordisquear el lacito que hay en el centro del sujetador. Después sigue descendiendo lentamente por mi abdomen hasta llegar a la goma de

mi tanga de color azul. La ligereza de sus labios hace que se me ponga la piel de gallina.

—No tienes ni idea de lo preciosa que eres —susurra con los labios pegados a mi piel, haciendo que se me tense el estómago al sentir su aliento—. Me he pasado todo el día pensando en hacer esto contigo.

—Sí, claro, cuando estabas jugando en Wimbledon, estabas pensando en esto —murmuro, y luego me pregunto por qué narices he elegido este momento para mostrarme sarcástica cuando tengo al hombre más atractivo del mundo entre las piernas besándome las caderas.

«No le lleves la contraria ahora, Flora». Puede decir lo que le salga de los huevos mientras esté ahí abajo.

—¿Por qué crees que he ganado? Tenía que poner fin al partido. Cuanto antes terminara, antes podría estar contigo y hacer esto. —Sonríe, y noto como sus dedos van avanzando lentamente por debajo de la fina tela de mi tanga—. Así de sencillo.

—¡Ah, así que es por esto por lo que has ganado!

—No, tú eres la razón por la que he ganado —me corrige, y el corazón me da un vuelco. Al deslizar la mano más abajo y notar lo mojada que estoy, suelta un gemido—. Joder.

Me quita rápidamente el tanga y lo deja caer en el suelo junto a la mesita de centro. De repente, me viene a la cabeza el recuerdo de la última vez que alguien dejó caer ropa interior aquí: cuando yo estaba de pie con la toalla delante de todo su equipo y solté las bragas que sostenía en la mano. Me entran ganas de reír de lo lejano que parece eso ahora; ¡cuántas cosas han pasado desde entonces! Él repara en que reprimo una sonrisa.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta intrigado.

—En nada.

—Vamos —insiste en un tono de voz bajo y profundo, moviéndose hasta quedar encima de mí—. Sé que se te acaba de pasar por la cabeza algo divertido. Tienes ese brillo en los ojos.

—¿Tengo un brillo en los ojos?

—Cuando algo te hace gracia, tu mirada se vuelve traviesa —dice como si fuera algo sabido por todos—. Es como si estuvieras compartiendo una broma contigo misma.

Una amplia sonrisa se forma en mis labios y mi corazón comienza a galopar. Me encanta que se haya fijado en este tipo de cosas. Cosas pequeñas que otros ni siquiera verían o comprenderían, o que no encontrarían importantes. Es como si me viera como nadie más lo hace. Quiero que sea esa persona para mí.

Y yo quiero ser esa persona para él.

—¿Y bien? —insiste, besándome con ternura en la comisura del labio—. ¿De qué se trataba?

—Estaba pensando en aquel día en el que iba envuelta únicamente con una toalla y con las bragas en la mano. De repente apareció Neil y yo las dejé caer. Creo que fue tu segunda o tercera mañana aquí.

—La primera —me corrige él sin vacilar, y sonríe al ver mi expresión de sorpresa—. Lo recuerdo bien. Estabas ahí de pie, envuelta en la toalla, y el agua te resbalaba por el cuello después de la ducha. —Su garganta emite un sonido de aprobación y, cambiando otra vez de postura, vuelve a besarme el abdomen justo por debajo del ombligo. Su barba incipiente me hace cosquillas en la piel y sus manos me agarran por las caderas—. No pude evitar imaginarme lo que habría debajo. —Sus labios descienden un poco más y una cálida sensación me inunda el cuerpo—. Y ahora ya lo tengo delante. Soy el hombre más afortunado del mundo.

El corazón me martillea fuera de control y mantengo la mirada clavada en el techo mientras los labios de Kieran exploran mi entrepierna. Se toma su tiempo dándome pequeños besos antes de pasar la lengua por mi centro y provocar una sacudida eléctrica por todo mi cuerpo.

Alzo el brazo para aferrarme al cojín que tengo debajo. Cerrando los ojos, echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un gemido. Aparta una mano de mi cadera para hundir los dedos en mi interior a la vez que incrementa la presión de su lengua sobre mi clítoris. La sensación resulta casi insoportable y, perdiendo cualquier inhibición que todavía pudiera tener, me pongo a jadear y a gritar su nombre. Él gime de placer ante mi respuesta y aumenta el ritmo. Todo mi cuerpo comienza a temblar, la cabeza me da vueltas y el calor que se arremolina en mi interior cada vez va a más.

—Para, Kieran —consigo decir con un grito ahogado, mordiéndome el labio y tratando de pensar con claridad. Él hace lo que le pido—. Quiero tenerte dentro. Quiero que nos corramos juntos. Por favor.

Sopesa mi petición y se inclina hacia delante para besarme a lo largo de la clavícula y el hombro mientras yo procuro recomponerme después de que sus labios me hayan hecho entrar en barrena. Acto seguido, se incorpora y se marcha del salón. Aún turbada por la excitación, soy incapaz de registrar cuánto tiempo pasa fuera, pero, cuando vuelve y advierto que un pequeño envoltorio de papel de aluminio resplandece en su mano, no puedo evitar sentirme abrumada de agradecimiento por su vuelta e impaciente por seguir. Él se ha divertido llevando la batuta, ahora me toca a mí.

Mientras se quita la ropa y se pone el condón, bajo las piernas del sofá y me levanto. Tras colocarle las manos en el pecho, lo empujo para que se siente. Él abre los ojos como platos. Cogiéndome a sus

hombros para no perder el equilibrio, me siento a horcajadas sobre él, apoyando las rodillas a cada lado de sus caderas. Mientras sus manos me recorren la cintura de arriba abajo, echa la cabeza para atrás y exhala por la nariz.

—¿He mencionado ya lo preciosa que eres? —murmura mirándome directamente a los ojos.

Sonrío y le acaricio el pecho, saboreando el suave tacto de su piel bajo mis dedos.

—Tú también. No me puedo creer...

«Que seas mío».

Me callo justo a tiempo, sonrojándome al darme cuenta de lo cerca que he estado de decir algo que podría asustarlo. Él no es mío, no de verdad. Puede que lo sea en este momento, esta noche, pero es demasiado pronto para que pueda considerar que lo nuestro va en serio, con independencia de lo que sienta por él. Y siento cosas. Muchas, de hecho. Aunque sé que es ridículo, mis sentimientos por Kieran están creciendo a una velocidad alarmante. Cuanto más tiempo paso en su compañía, más quiero. Deseo saberlo todo de él: sus sentimientos, sus pensamientos, sus recuerdos, sus opiniones, sus sueños... ¿Es posible prendarse así de alguien en tan poco tiempo? ¿Estoy engañándome a mí misma? ¿Es esto a lo que se refieren los demás cuando saben perfectamente que deberían ocultar sus sentimientos ante el riesgo de un inevitable desengaño y, aun así, no tienen la menor intención de hacerlo?

Si él no me hubiera mirado durante el partido de tenis, si no hubiera recurrido a mí en busca de lo que fuera que necesitara en ese momento (apoyo, confianza, valor, esperanza), quizá no me habría permitido creer que esto podría ser algo serio. Pero así es.

«Cuando estoy contigo, no existe nadie más», me ha dicho antes.

Espero que fuera en serio, porque estoy comenzando a pensar que, para mí, tal vez ya no exista nadie más que él. Es algo ridículo, peligroso y sumamente estúpido. Todas las mujeres que han estado con él deben de haber pensado lo mismo. Sin embargo, no puedo hacer nada al respecto. Me permito albergar esperanza porque no hay mejor sensación.

No me puedo creer...

«... que seas mío».

«... que estemos aquí».

«... que me esté enamorando».

Hay tantas formas de terminar esa frase que debo guardarme... Desearía poder leerle la mente, pero me siento agradecida por que él no pueda leer la mía. Saldría por patas.

Kieran no me pide que acabe la frase, aunque su mirada penetra en la mía como si pudiera imaginarse lo que estoy pensando. No puedo permitir que conozca la verdad, de modo que acerco mi cabeza a la suya y, tras entreabrirle los labios con la lengua, lo beso con suficiente intensidad como para que gima de frustración en mi boca y sus uñas se claven en mis caderas. Lo necesito dentro de mí. Yergo entonces la espalda y luego desciendo lentamente, hundiéndolo en mi interior. Usando su pecho para mantener el equilibrio, me deslizo hacia arriba y otra vez hacia abajo, conteniendo la respiración al sentir cómo me llena.

—Flossie —dice él con un grito ahogado, y sus ojos refulgen cuando lo acojo en mi interior—. Eres increíble... Joder.

Me coge por las caderas y me ayuda a encontrar el ritmo. Me siento cada vez más segura; es gracias a él porque no para de gemir y murmurar lo sexy que soy. En un momento dado, lleva una mano a mi sujetador, me lo baja y me agarra un pecho. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por..., joder, por todo. Ya no pienso más en

cómo irán las cosas entre nosotros ni en lo que él significa para mí o lo que yo significo para él. No quiero seguir analizando y dándole vueltas a todo; quiero estar absoluta y completamente presente.

Me dejo llevar por la sensación de tenerlo dentro de mí entero, duro, palpitante y perfecto; por su sabor cuando me besa; por cómo me mira con esos ojos hechizantes, como si yo lo fuera todo para él, aunque solo sea durante este momento; por su olor, la embriagadora fragancia de la colonia que lleva esta noche, un aroma que sin duda hará que me flaqueen las rodillas si alguna vez vuelvo a olérselo a alguien; y por cómo me toca, como si deseara desesperadamente todas y cada una de mis partes, sin ocultar nada, sin reprimir nada.

—Dios, eres maravillosa. —Su voz es apremiante y pesada; me observa con los labios entreabiertos y los ojos ardientes de deseo—. No tardaré en correrme.

Su respiración se vuelve más pesada al tiempo que desliza una mano entre mis piernas y una ardiente llamarada de calor se extiende por mi cuerpo desde el punto en el que su pulgar comienza a tocarme. Muevo las caderas cada vez más rápido, animada por sus caricias y sus palabras, y desearía poder decirle que nunca antes había disfrutado de un sexo como este. Con él no me preocupo por mi aspecto ni intento disimular mis miedos con la oscuridad o el edredón. Su forma de mirarme y de tocarme me hace sentir tremendamente sexy. No es solo lo que dice, sino cómo me lo demuestra.

—Flossie —dice con voz jadeante—. Joder...

Sus ojos brillan con impotencia, y saber que está a punto de llegar al orgasmo me hace perder el control. Cuando alcanzo el clímax, noto como él también se corre vaciándose dentro de mí con rápidas acometidas. Ambos gemimos al unísono, y las oleadas de placer que

inundan mi cuerpo son tan abrumadoras que perdería el equilibrio si no estuviera sujetándome. Me tiemblan las extremidades, la cabeza me da vueltas, el corazón me martillea en el pecho.

Cuando recuperamos el aliento, me dejo caer encima de él y, al tiempo que sus labios esbozan una sonrisa, su boca busca la mía y me besa.

—¿Qué? —pregunto, apartándome para poder verlo bien.

—Solo pensaba... Nada, es una tontería.

—Dímelo —le suplico suavemente.

Él suspira.

—Solo pensaba en la suerte que tuve al escoger este piso y en lo afortunado que soy por que decidieras quedarte.

20



A la mañana siguiente, Kieran intenta levantarse de la cama, pero yo vuelvo a arrastrarlo bajo las sábanas. Él gruñe y, regañándome por ponerle las cosas más difíciles, me recuerda que no puede llegar tarde, puesto que, bueno, necesita entrenar antes de ese partido tan importante y decisivo para su carrera que tiene mañana.

—Deberíamos habernos despertado más temprano —protesta contra mi cuello. Lo envuelvo con los brazos para retenerlo y, deslizando los dedos por su pelo, le doy un tironcito sugerente.

Finalmente, exhalo un suspiro y, a regañadientes, lo libero y vuelvo a acurrucarme en las almohadas.

—Wimbledon es un rollo. No deja de interponerse en nuestra diversión.

—Ya —conviene él, e, inclinándose sobre mí y apoyando los codos a cada lado de mi cabeza, añade—: Pero también es la razón por la que nos hemos conocido.

—Es cierto. Es una auténtica relación de amor-odio la que tengo con este torneo.

Él sonríe. Tras besarme en la punta de la nariz y en la boca, sus labios descienden a mi clavícula y luego entre mis pechos antes de

que un pequeño gemido de frustración ascienda por su garganta y se obligue a sí mismo a apartarse de mí y salir de la cama.

Yo permanezco tendida durante unos pocos minutos de dichosa modorra mientras oigo el ruido de la ducha y, dejando vagar la mente, me pregunto si serían así las mañanas de los fines de semana si estuviéramos juntos de verdad. Nos imagino a ambos tumbados perezosamente en la cama, cogidos de la mano para ir a tomar un *brunch* al Village; yo me quejaría por que tuviera que ir a entrenar o quizá discutiríamos por las horas que pasa en la pista de tenis, y después echaríamos un polvo de reconciliación increíble.

Mierda. Ahora incluso fantaseo con discutir con él.

Y todo esto podría terminar dentro de una semana. La idea hace que me estremezca, de modo que salgo de la cama y voy a la cocina a preparar café con la esperanza de que mantenerme ocupada me distraiga de todos estos pensamientos, buenos y malos, que se arremolinan en mi mente.

Al consultar el móvil mientras remuevo el café con la cucharita, suelto un grito ahogado al ver un mensaje de Iris en el que pone:

> Te besó bajo la lluvia. BAJO. LA.
> LLUVIA. ESTÁS DE COÑA O QUÉ?!
> Estás viviendo una jodida FANTASÍA.
> Esa foto es lo mejor que he visto
> nunca, parece un fotograma de una
> película.
> Llámame y cuéntamelo TODO!!

No tardo nada en encontrar la imagen a la que se refiere. Alguien debía de estar merodeando fuera del *pub* y nos pilló. Debería sentirme molesta por la invasión de privacidad que supone el hecho de que a un desconocido le pareciera apropiado sacarnos fotos en secreto cual pervertido mientras nos besábamos, pero... es

buenísima. Iris tiene razón, podría ser el fotograma de una película: Kieran rodeándome con sus fuertes brazos, ambos con los ojos cerrados en éxtasis, nuestros labios unidos en un beso, su cincelada mandíbula reluciendo bajo la lluvia, mi pelo completamente empapado...

Sonrío para mí. Es un momento digno de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*.

La foto se ha vuelto viral en las redes sociales y descubro gracias a varios clips que hasta ha aparecido en algunos programas matutinos, cuyos presentadores se han declarado emocionados por las imágenes. Me muerdo el labio al ver que los posts con la etiqueta #RomanceEnWimbledon son tendencia.

—Ya la has visto, ¿no? —dice Kieran con una mueca cuando entra en la cocina duchado y vestido. Se acerca a mí con una expresión de preocupación en el rostro—. Lo siento.

Dejando mi móvil en la encimera, me pongo de puntillas para darle un beso.

—Yo no. Salimos muy bien.

Él suspira con las manos en mis caderas.

—Tú desde luego. En cualquier caso, no debe de haberte hecho mucha gracia.

—Da igual —insisto con una relajada sonrisa—. No voy a permitir que eso arruine la increíble noche de ayer. ¿Y tú?

Kieran niega con la cabeza.

—Bien. No es importante. Ahora vuelvo.

Él se queda inmóvil, inmerso en sus pensamientos con la cabeza ligeramente inclinada, y yo voy un momento al cuarto de baño para lavarme los dientes. Cuando regreso, me lo encuentro cortando algo de fruta. Vestida todavía con la camiseta y los pantalones cortos del pijama, me apoyo en la encimera y me tomo el café observándolo.

No puedo evitar sentir mariposas revoloteando en el estómago al verlo prepararse el batido, encantada por el hecho de que ya sepa dónde está todo en mi cocina.

—Todavía faltan cinco minutos para que llegue el coche —dice apresuradamente—. ¿Te apetece salir un momento al jardín?

Salimos fuera y, tras dejar nuestras bebidas en la pequeña mesa exterior, ambos limpiamos los asientos de las sillas y nos sentamos uno al lado del otro con el canto matutino de los pájaros a modo de hilo musical. Él reclina la espalda y cierra los ojos, y, al verlo relajado con el sol reflejándose en su cara, me doy cuenta de que este escenario idílico no me ayuda nada a la hora de poner fin a mis descontroladas ensoñaciones sobre nuestro futuro.

—Podría acostumbrarme a esto —dice con un suspiro, colocando las manos detrás de la cabeza. No puedo evitar reparar en cómo los bíceps estiran las mangas de su camiseta.

Alzo la mirada al cielo. «¿En serio, Dios? ¡¿Estás dejando que diga cosas así cuando yo trato de actuar con SENSATEZ?!».

—Yo también —murmuro mientras contemplo el diminuto jardín.

Últimamente he estado dedicándole algo de tiempo y arreglándolo para que saliera bonito en las fotografías que envié a la agencia a través de la que alquilo el piso. Es pequeño, pero lo cierto es que me costó varias horas de búsqueda en Google y otras tantas de duro trabajo manual conseguir que tuviera un aspecto presentable. En cualquier caso, ha merecido la pena. Los girasoles y los guisantes de olor que planté a lo largo de los bordillos ya están floreciendo. Me siento muy orgullosa de ellos, aunque, ahora que he visto los arreglos florales de las instalaciones de Wimbledon, no me parecen tan impresionantes en comparación.

—Se está muy tranquilo aquí —comenta—. Se te olvida que estás en una ciudad.

—Sí. —Le doy un sorbo a mi bebida—. ¿No sueles tener mucho tiempo libre?

—Tenemos algunas semanas de descanso —dice, abriendo los ojos y mirando al frente—, pero siempre estoy realizando algún tipo de entrenamiento. Y siempre lo tengo todo en la cabeza: los torneos, la estrategia, los partidos perdidos...

—Los ganados —añado intencionadamente.

Él suspira.

—Es una profesión increíble y me siento afortunado de tenerla, aunque no deja mucho tiempo para nada más.

—Pero te encanta, ¿no?

Un músculo se tensa en su mandíbula.

—Me encanta el tenis. El circuito de torneos... es agotador.

Permanecemos un momento sentados en silencio. Luego se aclara la garganta y yergue la espalda. Se remueve en el asiento y apoya los codos en las rodillas inclinándose hacia mí.

—Tengo que hacerte una pregunta.

—De acuerdo.

—¿Estás ocupada esta noche?

—¿Quieres otra partida de dardos? Me parece bien, pero dímelo ya, que así me paso el día practicando para poder ganarte.

Él suelta una risita.

—La verdad es que lo preferiría, pero no, no quiero ir a jugar a los dardos. En realidad, esperaba que vinieras conmigo a la recepción para los tenistas del torneo. Se celebra en un hotel pijo en Kingston, y la anfitriona es la presidenta del All England Lawn Tennis and Croquet Club. Había pensado... Bueno, me preguntaba si querrías venir. Conmigo.

—¿En serio? —contesto con el corazón acelerado.

—Sí. A ver, no puedo garantizar que vaya a ser muy divertido. Básicamente consiste en socializar y mantener charlas triviales con los invitados. Desde luego, no es tan entretenido como jugar a los dardos en el *pub*, pero había pensado que..., bueno, que, si fueras conmigo, la cosa sería mucho mejor. Y habrá champán gratis. —Vacila un momento y baja la mirada al suelo, nervioso—. Aunque, si no quieres ir, no...

—Me encantaría.

Se le ilumina el rostro.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Genial! ¡Qué bien! —La sonrisa de alivio que se forma en sus labios hace que sienta un escalofrío de felicidad recorriéndome la columna. Acto seguido, sin embargo, parece darse cuenta de algo y frunce el ceño—. Es una velada de gala. ¿Tienes algún vestido de noche? Lamento la poca antelación...

—No pasa nada. Me compraré algo nuevo —digo como si nada, tratando desesperadamente de contener la delirante emoción que su propuesta ha desencadenado en mi interior y que me hace sentir una opresión en el pecho y un hormigueo en la piel. Quiero gritar y saltar y ponerme a bailar. En vez de eso, echo un vistazo a mis girasoles—. Es una buena excusa para ir de compras. Le enviaré un mensaje a Iris a ver si puede ayudarme.

Suena su móvil y baja la mirada a la pantalla.

—El coche está fuera. Será mejor que vaya tirando.

Tras levantarse, me rodea y se coloca detrás de mí. A continuación, se inclina y, envolviéndome con los brazos, apoya la barbilla en mi hombro.

—Si vas a comprarte algo nuevo para la ocasión, me gustaría pagarlo yo —se ofrece—. Es lo menos que puedo hacer por la poca

antelación con la que te he avisado.

—No, Kieran. No es necesario.

—Me gustaría hacerlo —me dice en voz baja al oído.

—Gracias, pero no puedo permitir que lo hagas. ¡Estaré más que contenta de comprármelo yo misma!

—Deja que te mime un poco. Por favor —murmura, besándome la oreja. Sus labios alejan de mi cerebro toda sensatez y, con ella, mis obstinadas protestas.

Exhalando un largo suspiro, paso una mano por el antebrazo que descansa sobre mi clavícula.

—Si insistes...

—Genial. Insisto —afirma, enderezándose—. Alguien de mi equipo se pondrá en contacto contigo.

Enarco las cejas.

—Una frase digna de un auténtico vip. «Mi gente llamará a tu gente».

—Y no te cortes. Compra el vestido que quieras —dice, masajeándome los hombros—. Vas a ir guapísima seguro. Me muero de ganas de vértelo puesto.

—Todavía no sabes qué llevaré. —Me río.

—Da igual —dice, inclinándose para darme un beso en la mejilla —. Todo te queda genial. Nos vemos esta noche.

Me da un último apretón en los hombros y vuelve a meterse en el piso. Yo espero a que diga adiós y cierre la puerta antes de cerrar los ojos y soltar un gritito de pura dicha. Luego me pongo de pie de un salto y corro al interior del piso para llamar a Iris.

—El coche ya está aquí —anuncia Kieran desde el salón.

—Salgo en un minuto —le contesto alzando la voz mientras me pongo los pendientes y retrocedo un paso para mirarme al espejo y ver bien mi reflejo.

Me giro un poco nerviosa para comprobar qué tal me queda la parte trasera. Es la prenda más cara que me he puesto nunca: un vestido de noche negro y entallado que me llega hasta los pies, con un pronunciado escote y una abertura en un muslo. No estoy segura de que me hubiera atrevido a elegirlo si Iris no hubiera venido conmigo esta tarde. Hemos ido al tipo de tienda en el que normalmente me sentiría intimidada, pero los dependientes han sido muy amables y ni siquiera han parpadeado cuando les he dicho lo que buscaba. Se han puesto manos a la obra enseguida y han seleccionado una variedad de vestidos.

—Seguro que han visto la foto de la lluvia —me ha susurrado Iris con una sonrisa pícara.

La imagen en la que se nos ve a Kieran y a mí besándonos ha aparecido en la portada de prácticamente todos los periódicos de los kioscos. A la gente le ha vuelto loca, y muchos la consideran la escena protagonizada por un famoso más romántica del año. No estoy segura de eso, pero puedo confirmar que fue mágico.

Cuando he salido del probador con este vestido, Iris se ha quedado boquiabierta y ha dejado el vaso de champán a un lado con lentitud para contemplarme embobada sin el menor reparo.

—Es este —ha dicho, y los dependientes han asentido, mostrándose de acuerdo.

—¿No es demasiado... provocativo?

Ella ha ladeado la cabeza y me ha mirado como diciéndome «no me fastidies».

—Es jodidamente sexy, si es eso lo que quieres decir. ¿No te sientes bien con él puesto? ¡Mírate, por Dios!

—Sí que me siento bien —he reconocido, sonrojándome—. Pero no sé cuándo podría volver a ponerme algo así.

—La vida es corta, tía, cómpratelo —ha afirmado Iris, volviendo a coger su copa de champán.

—Amén —ha murmurado la dependienta que tenía al lado.

Por tanto, no me ha quedado otra que permitir que Kieran me regalara este vestido, y luego yo me he comprado calzado nuevo a juego y unos pendientes. Hemos escogido unos zapatos de tacón de aguja de Christian Louboutin y unos llamativos pendientes de oro. Nunca antes había gastado tanto dinero en esto, pero se trata de una ocasión única. Tengo que ir con todo.

Por la tarde, he ido a la peluquería y, mientras una de las peluqueras me rizaba el pelo, las demás se han agolpado alrededor de la silla y me han acribillado a preguntas sobre Kieran y la velada a la que acudiríamos. He intentado contestar lo mejor que he podido y, en un momento dado, una de las peluqueras ha suspirado melancólicamente y ha dicho:

—¡Estás viviendo un cuento de hadas!

De pie ahora delante del espejo, entiendo lo que quiere decir. Con este vestido, no me siento como una chica cualquiera, sino como una princesa que está preparándose para ir al baile.

Tras ponerme un poco de perfume en las muñecas y en el cuello, cojo mi bolso de mano y abro con cuidado la puerta del dormitorio. Luego recorro lentamente el pasillo y llego al salón. Kieran está esperándome junto a la chimenea, apoyado en la repisa y vestido con su esmoquin. Está guapísimo con ese traje negro hecho a medida, una impecable camisa blanca y la pajarita de seda. Con su característica barba incipiente que resalta su cincelada mandíbula y su pelo moreno perfectamente peinado sin que parezca que le ha dedicado demasiado tiempo, consigue tener una apariencia elegante

a la par que informal. Cuando entro en la estancia, levanta la vista y se queda atónito. Tras mirarme de arriba abajo con la boca entreabierta, traga saliva y se acerca a mí. Cuando llega a mi lado, exhala un largo suspiro.

—¿Qué tal? —pregunto, mirándolo por debajo de mis pestañas cubiertas de rímel.

—Estás... estás... —No consigue terminar la frase y frunce el ceño ante su incapacidad de encontrar las palabras adecuadas con suficiente rapidez. Yo trato sin éxito de reprimir una sonrisa—. Dios mío. Menudo vestido.

—Tú estás muy guapo —murmuro, sonrojándome cuando alargo las manos para colocarle bien la pajarita. Luego las pongo en su firme torso, notando cómo sube y baja con cada respiración— . Pareces un James Bond irlandés.

Las comisuras de sus labios se curvan ligeramente hacia arriba e, inclinándose, me da un beso en la mejilla. El aroma almizcleño y masculino de su colonia hace que la cabeza comience a darme vueltas sin control. Mantiene su rostro pegado al mío y su barba incipiente me hace cosquillas en la mejilla. A través de la fina tela del vestido, siento asimismo la calidez de su mano deslizándose por mi cadera hasta la parte baja de mi espalda.

—Quizá podríamos saltarnos la fiesta de esta noche —sugiere en un tono bajo y profundo. Un escalofrío me recorre la columna cuando noto su aliento en mi oreja.

—No podemos —susurro, mordiéndome el labio cuando él me atrae más hacia sí—. Neil te mataría.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir —murmura. Comienza a darme besitos por la pendiente del cuello y el hombro hasta llegar a una tira del vestido y cogerla con los dientes.

—Kieran —le advierto, apartándolo con una sonrisita—. Vamos a llegar tarde.

Él exhala un suspiro y, a regañadientes, retrocede. La intensidad de su mirada hace que un cosquilleo se extienda por mi piel.

—Está bien, pero no nos quedaremos mucho rato —dice al tiempo que me doy la vuelta para dirigirme a la puerta de entrada—. Cinco minutos serán más que suficientes.

Me río negando con la cabeza mientras espero a que salga del piso para cerrar con llave.

—¿Cinco minutos? Después de todo el esfuerzo que he hecho, pienso estar bastante más en la fiesta, Kieran. ¿Sabes cuánto cuesta este vestido?

—De hecho, sí.

—Ay, claro. Muchas gracias, por cierto.

—El placer es todo mío.

Acercándose a mi espalda mientras cierro la puerta con llave, coloca las manos en mi cintura y acerca el rostro a mi pelo.

—No hace falta que vayamos a ningún sitio para que te haga sentir que este vestido vale todos y cada uno de los peniques que cuesta —dice con una voz grave e insinuante al tiempo que me aparta el pelo a un lado para poder darme besitos en el hombro—. ¿No nos podemos quedar, por favor?

Sonriendo para mí, me doy la vuelta y le lanzo una mirada reprobatoria.

—Está bien, iremos —accede, ofreciéndome un codo para ayudarme a llegar al coche con los tacones que llevo.

El chófer de Kieran, Matthew, está esperándonos junto a la puerta trasera del coche y la abre con una afectuosa sonrisa. Me subo con mucho cuidado y Kieran me sigue. Cuando Matthew cierra la puerta, Kieran me echa un vistazo y suelta un pequeño quejido.

—¿Qué pasa? —le pregunto con el ceño fruncido.

—Este vestido... —masculla acercándose a mí, y posa la mirada sobre mis piernas. En ese momento me doy cuenta de que, al sentarme, la abertura de la falda deja al descubierto casi todo el muslo.

—¿Listos? —pregunta Matthew sentándose frente al volante.

Kieran exhala con fuerza por la nariz sin apartar la vista de mí.

—Si no hay más remedio... —contesta.

Arrancamos y, al cabo de un par de minutos, Kieran desliza una mano por mi muslo desnudo. Un ardiente hormigueo se extiende por mi piel. Apenas puedo respirar cuando comienza a subir lentamente la mano y la cuela por debajo de la tela del vestido. La cálida presión de su palma hace que todo mi cuerpo se estremezca. Cuando por fin llega a mi entrepierna, veo como sus ojos se abren como platos a causa de la sorpresa.

Traga saliva y, en voz baja, me pregunta:

—¿No... no llevas ropa interior?

Le sonrío con picardía y niego con la cabeza.

—Joder —masculla en voz baja—. Esta noche va a ser una tortura. Estaremos cinco minutos como mucho y luego regresaremos.

—Me gustaría disfrutar de esta velada de gala, así que es muy posible que nos quedemos toda la noche —lo provoco—. Tendrás que ser paciente.

Él enarca una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú no tendrás ningún problema en esperar?

—Pues no.

—Ya veremos.

Kieran se me queda mirando peligrosamente. Acabo de plantearle un interesante desafío a un hombre muy competitivo. Su mano no se ha apartado de mi entrepierna y, mordiéndose el labio inferior,

desliza los dedos por la parte alta de mis muslos antes de que su pulgar comience a describir suaves círculos alrededor de mi clítoris. Inhalo hondo y él se inclina para susurrarme algo al oído. Su cálido aliento me hace cosquillas en la piel y me provoca un escalofrío.

—Pronto suplicarás que el coche dé media vuelta —murmura.

Lo creo.

La respiración se me acelera a medida que él incrementa la presión del pulgar. Cuando me mete dos dedos, no puedo evitar arquear la espalda y empujar instintivamente las caderas contra su mano. Una ola de calor se extiende por todo mi cuerpo y aprieto los dientes, tratando de permanecer en silencio mientras él me observa con una mirada concentrada e intensa. Sus dedos se retiran y, acto seguido, vuelven a hundirse en mí, esta vez más profundamente, provocando que se me escape un grito ahogado y que clave las uñas en el asiento de cuero cuando aumenta la presión del pulgar. Dios mío, se le da demasiado bien esto.

—¡Kieran! —exclamo jadeante mientras mis músculos se tensan.

Me arde todo el cuerpo y tengo que apretar los dedos de los pies dentro de los zapatos de tacón. Abro más las piernas, casi sin recordar que no estamos solos. Él está haciendo que me olvide.

Una de las luces intermitentes se enciende al tiempo que el coche aminora la marcha, devolviéndome a la realidad.

Nerviosa, levanto la mirada hacia el chófer. Kieran retira despacio la mano y me agarra el muslo. Todavía alterada y resollante, junto las rodillas a regañadientes. No hay nada que quiera más que pedirle a Matthew que dé media vuelta. «Maldita sea».

—Ya hemos llegado —anuncia este animadamente. Espero que no se haya dado cuenta de nada de lo que ha pasado aquí atrás, aunque tengo que admitir que ha sido demasiado excitante como para que me importe de veras.

Sin apartar los ojos de mí, Kieran apoya la sien en el reposacabezas. Su nuez sube y baja.

—Matthew, ¿te importaría dar una pequeña vuelta antes de dejarnos en el hotel? Necesito un minuto para... calmar los nervios.

—Ningún problema —responde él, siguiendo adelante y torciendo a la izquierda.

Ver cómo Kieran intenta ocultar su erección con las manos no me ayuda a distraerme del palpitante ardor que siento entre las piernas. Giro la cabeza hacia la ventanilla y reprimo una sonrisa. Matthew da una larga vuelta y, unos cuantos minutos más tarde, cuando ya estamos acercándonos por segunda vez a la entrada del hotel, le lanza una mirada interrogativa a Kieran por el retrovisor. Al verlo, él se aclara la garganta.

—Ya estoy listo, gracias. —Se vuelve hacia mí y, enarcando una ceja, me pregunta—: ¿Cinco minutos y volvemos al piso?

—Que sean tres.

Me mira a los ojos y una peligrosa sonrisa se forma en sus labios.

21



Para el evento de esta noche han alquilado el hotel Warren House entero, una majestuosa mansión victoriana situada en una finca extensa y apartada. Hay una alfombra roja, pero no *paparazzi*, solo los fotógrafos oficiales contratados por la organización, y el salón de baile tiene un aspecto increíble, con docenas de parpadeantes velas y extravagantes arreglos florales de color verde y púrpura. Un cuarteto de cuerda toca en un rincón al fondo de la sala y, en la entrada, los camareros reciben a los invitados con una copa de champán. Cojo una sin dudarlo —voy a necesitar todo el valor posible en un evento de semejante nivel—, mientras que Kieran opta por un refresco, pues al día siguiente juega el partido de la cuarta ronda.

Desde el momento en el que entramos en la fiesta, Kieran apenas se separa de mí. Me guía por la sala con una mano protectora en la parte baja de mi espalda y permanece a mi lado mientras me presenta a la presidenta y a su marido. Luego vuelve a colocar la mano en la base de mi columna y, zigzagueando entre la multitud de glamurosos invitados, me conduce hasta una ventana con vistas al jardín. Puede que yo no sea una gran aficionada al tenis, pero, aun

así, puedo reconocer a algunas de las grandes estrellas del deporte que hay en la sala —Serena Williams está conversando con alguien a apenas un metro de mí—. No obstante, pronto me veo distraída por la llegada de varios socios del club, deseosos de presentarse. Los dedos de Kieran rozan los míos cuando le hacen algunas preguntas y, mientras él les responde vaga y tímidamente, advierto que no deja de echarme miradas.

Al principio, pienso que tal vez le preocupe que no conozca a nadie y me sienta fuera de mi zona de confort, de modo que hago un gran esfuerzo para mostrarme tan cordial y amigable como puedo. Entablo conversaciones con otros invitados cercanos con la esperanza de tranquilizarlo, pues no quiero que tenga la sensación de que debe estar cuidándome toda la noche. Poco a poco, sin embargo, resulta evidente que en realidad quiere estar cerca de mí. Aquí está tenso y se muestra más reservado de lo habitual. Me doy cuenta entonces de que estos días he podido disfrutar del raro privilegio de ver a Kieran O'Sullivan en casa, relajado y tranquilo. Fuera de esas paredes, en cambio, da la impresión de ser la persona que los demás esperan que sea: malhumorada y fría. Pero yo sé que en realidad no es ninguna de esas dos cosas.

—¡Ah, Kieran, aquí estás! —dice Neil, apareciendo de repente a nuestro lado y dándole unas palmadas en el brazo con expresión aliviada—. Me alegro de verte. —A continuación, se vuelve hacia mí y se le tensa la mandíbula—. Y también a ti, Flora.

—Gracias por pedirle a la presidenta que le permitiera a Kieran traer una invitada —le digo agradecida.

—Sí, bueno, no estoy seguro de que me haya dado otra opción —dice entre dientes antes de aclararse la garganta—. En cualquier caso, hay mucha gente con la que me gustaría que intercambiaras

algunas palabras, Kieran, así que quédate donde estás y volveré dentro de un momento.

—Me muero de ganas —dice Kieran en voz baja, poniendo los ojos en blanco cuando Neil se va.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunto mientras veo como se aleja en busca de alguien—. Con lo de que no le has dado otra opción.

—Le dije que, si no conseguía una invitación para ti, no contara con que yo hiciera acto de presencia —contesta tranquilamente, y le da un sorbo a su bebida.

—¡Kieran! ¡Estoy intentando caerle bien! Con estas exigencias de diva en mi nombre, no me ayudas nada.

—Es la segunda vez que me llamas diva, Flossie. Estoy comenzando a pensar que la primera vez no lo hiciste en broma.

—Pero ¿tú te has visto? Te niegas a beber agua del grifo.

—No me niego. Es solo que... prefiero la embotellada.

—Una típica excusa de diva.

Él sonríe para sí.

—En cualquier caso, a Neil le caes bien. ¿A quién podrías caerle mal?

—Pues a ti cuando nos conocimos —le recuerdo secamente.

—No me caíste mal. —Y, tras vacilar un momento, añade—: Bueno, quizá un poco. Pero en gran medida fue porque me tiraste una copa de vino encima. Y lo superé rápido. Luego ya solo me parecías irritante.

—¡Qué cosas tan bonitas me dices! Eso me tranquiliza.

Enarcando una ceja, Kieran baja entonces el tono de voz y dice:

—Eso no impidió que pensara en ti envuelta en esa toalla. —Me arden las mejillas bajo su penetrante mirada—. Y, de todos modos, ¿qué más te da lo que piense Neil de ti?

—Es tu entrenador. Es alguien... importante.

Me doy cuenta de que estoy adentrándome en un territorio desconocido. No quiero mentirle y comportarme como si no me importara lo que la gente cercana a él piense de mí, pero tampoco quiero asustarlo actuando como una novia que busca desesperadamente la aprobación de sus amigos y familiares.

—Solo pienso que todo sería más fácil en general si le cayera bien a Neil —añado—. Si no quiere que acuda a ciertos eventos, quizá podrías transigir.

—Aprecio la sugerencia, pero no estoy de acuerdo —responde Kieran, encogiéndose de hombros.

—Probablemente piensa que soy una distracción. Y mala.

—Si es así, es idiota. —Kieran frunce el ceño y luego se vuelve hacia mí—. En todo caso, tú haces que quiera ser mejor.

Su forma de mirarme hace que el corazón comience a martillearme con fuerza en el pecho y que una hormigueante calidez se extienda por mis venas. Luego su mirada se suaviza y casi me sonríe, con lo que me entran ganas de rodearlo con los brazos, besarlo con ternura y decirle que estoy orgullosa de todo lo que ha conseguido. Que estoy aquí para él. Que seguiré animándolo. Y que lo apoyaré si pierde. Lo que necesite. Estoy de su lado.

En vez de eso, sin embargo, le doy un sorbo a mi bebida y digo:

—Últimamente estás jugando bastante bien.

—Sí, no lo estoy haciendo mal.

—Es gracias a las pompas de jabón previas al partido, ¿verdad?

Él se ríe levemente y asiente.

—En efecto, deben de ser las pompas de jabón.

Alguien choca por accidente con el hombro de Kieran al pasar a su lado.

—Perdona, tío... ¡Kieran! —La sonrisa de disculpa del tipo se desvanece.

Kieran se pone rígido y, de repente, todo él parece exudar hostilidad. El otro hombre me resulta familiar, pero tardo un momento en darme cuenta de que se trata de Chris Courtney, el jugador de tenis australiano y principal rival de Kieran en la pista. El que se casó con su exnovia poco después de que hubieran roto. Y, si bien no hay duda de que, ocasionalmente, los periódicos sensacionalistas exageran o malinterpretan los asuntos privados de los famosos, la tensión entre estos dos hombres es suficiente para confirmar que todos esos artículos sobre lo mucho que se detestan son acertados. Son ambos tan altos que sus ojos quedan al mismo nivel, y se miran con la misma frialdad. Chris es un par de años mayor que Kieran y luce una espesa y larga mata de pelo claro, tiene los ojos castaños y sus rasgos son suaves. Es atractivo, aunque con una belleza más bien juvenil.

Relajando los hombros y adoptando una sonrisa distendida, Chris se mete una mano en el bolsillo y extiende la otra hacia Kieran. A regañadientes, este se la estrecha. La atmósfera entre ambos es tan fría que siento un escalofrío en la columna.

—¿Cómo estás, tío? —pregunta Chris, dejando caer la mano a un lado.

—Bien, gracias —responde Kieran con frialdad.

—Ya he visto que no te ha ido mal esta semana. Parece que todavía escondes algunas sorpresas debajo de la manga, ¿eh? A ver cuánto te dura —dice Chris, ladeando la cabeza. Como Kieran no responde, su mirada se desvía hacia mí y ensancha los ojos, intrigado—. Lo siento, qué grosero por mi parte. Soy Chris Courtney.

Me ofrece una mano y yo se la estrecho con educación.

—Flora.

—Encantado de conocerte, Flora —dice, sosteniendo mi mano más tiempo del necesario. Aprovecha la oportunidad para mirarme de arriba abajo—. Un auténtico placer.

—Igualmente.

Kieran vuelve a colocar una mano en la parte baja de mi espalda e instintivamente me inclino hacia él. Chris advierte el gesto y parece confundido.

—Cuéntame, Flora, ¿a qué te dedicas? —pregunta con una sonrisa insinuante.

—Oh, a nada especial. Antes trabajaba de asistente personal y luego...

—Es artista —me interrumpe Kieran, dándome un golpecito con la cadera.

—Aspirante a artista, más bien —aclaro, sonrojándome.

Chris alza una ceja.

—Estoy seguro de que tienes mucho talento.

—Así es —asegura Kieran.

—No lo dudo. —Chris sonríe, y deja vagar la mirada por mi vestido de un modo que me eriza la piel—. Me encantaría ver tu trabajo alguna vez. Tengo muy buen ojo para el arte, Flora.

Kieran cambia de postura y noto como la presión de su mano en mi espalda aumenta.

—¿En serio? —digo, fingiendo interés, pero desesperada por que nos deje en paz de una vez.

—Más o menos por la época en la que gané mi primer Grand Slam... Lo recuerdas, ¿verdad, Kieran? Creo que estabas ahí... —Hace una pausa para guiñarme un ojo y Kieran aprieta la mandíbula —. Por aquel entonces, decía, compré una pieza fascinante de un joven artista llamado Trent Bloom del que nadie había oído hablar.

Ahora es un pez gordo de la escena artística de Nueva York. Sus obras se venden por cientos de miles de dólares.

—Vaya, eso es... increíble.

—Si quieres, puedo presentarte a algunas personas —sugiere Chris. A continuación, le da un trago a su bebida y la sorbe ruidosamente entre los dientes—. Conozco a muchos tipos importantes. Solo tienes que decírmelo y te organizo un encuentro.

—Oh, gracias, pero no hace falta —contesto.

Oigo como Kieran exhala con lentitud a mi lado y deja caer los hombros.

Observándome con curiosidad, Chris asiente.

—Quieres hacerlo a tu manera. Lo respeto. —Repara entonces en que alguien lo saluda con la mano desde el otro lado de la sala para llamar su atención y me ofrece una sonrisa de disculpa—. Lo siento, me requieren en otro lugar. Espero que volvamos a vernos, Flora.

Se marcha abriéndose paso entre la multitud con su acompañante. Kieran observa como se aleja fulminándolo con la mirada.

—¿Estás bien? —pregunto cautelosamente, volviéndome hacia él para verlo bien y protegiéndolo de cualquier otro que quiera acercarse.

—Sí —dice con voz ronca—. Es... irritante.

Suelto una risa ahogada.

—Ya puedes decirlo. Lo cierto es que ha resultado ser tal y como imaginaba. Un capullo zalamero.

Kieran enarca las cejas, sorprendido, y a continuación esboza una amplia sonrisa.

—Sé que no debería alegrarme por esto y que estoy siendo egoísta, pero... —se queda callado un momento y me mira con los

ojos centelleantes— estoy jodidamente contento de que te caiga mal.

Me río.

—Entiendo por qué lo odias tú a él, pero ¿cuál es su problema? ¿No debería estar avergonzado por todo lo de Rachel? Ya sabes, por cómo se desarrollaron los acontecimientos. Podría disculparse o, al menos, asegurarse de no cruzarse en tu camino.

—Chris no es así —dice Kieran con amargura—. Se trata de alguien rematadamente ambicioso al que le encanta la atención y que, sobre todo, detesta perder. Eso es lo que lo convierte en un jugador de tenis tan bueno.

—Tú también eres todas esas cosas, salvo lo de la atención.

—Cuando jugué con él aquella final del Abierto de Australia, todo el interés estaba puesto en mí —recuerda Kieran arrugando el entrecejo—. Por lo joven que era y todo lo sucedido con Aidan, la prensa solo hablaba de mí. Chris tenía más o menos mi edad y, obviamente, lo había hecho muy bien para llegar a la final, pero no le importaba a nadie. Eso le sentó fatal. Y me culpó a mí de ello. Desde su punto de vista, la joven estrella era él, no yo.

—Pero él ganó, ¿cómo es que todavía te tiene manía?

—Después de esa final, la prensa decidió enfrentarnos y se aseguraba de hacernos saber cualquier comentario hiriente que hubiera dicho el otro. Ambos éramos unos niños, así que picábamos y no dudábamos en responder. Él comenzó a decir cosas feas sobre mí, y yo otras peores sobre él. Un círculo vicioso animado por los medios, vamos. No dejábamos de lanzarnos pullas, y la prensa las publicaba y vendía periódicos. Se convirtió en un gran entretenimiento, supongo. Ya puedes imaginarte lo mucho que exprimieron el drama que supuso el hecho de que Rachel me dejara por él.

—Debió de ser horrible.

—Uno de los peores momentos de mi vida —admite antes de dedicarme una leve sonrisa—. No tienes ni idea de lo terrible que fue cuando la prensa fue a por mí... —Su voz se apaga y, momentáneamente absorto en sus recuerdos, se le vidrian los ojos. Un segundo después, se recompone y se aclara la garganta—. Ahora ya forma parte del pasado. Pasé página y aprendí a mantener mi vida privada solo para mí. A partir de entonces comenzó a resultarme difícil confiar en nadie, sobre todo por el hecho de que Rachel y Chris no dejaban de conceder entrevistas.

—Uf. Diría que te libraste de una buena. ¿Y se puede saber qué ve ella en Chris? Parece disfrutar haciéndote sentir incómodo.

—Sí. Dejando de lado nuestra rivalidad, tengo entendido que no es una persona muy decente que digamos. Esperemos que lo eliminen y no tenga que enfrentarme a él —dice Kieran melancólicamente, echándole un vistazo a Chris cuando la gente que hay a su alrededor estalla en carcajadas ante un comentario que ha hecho.

Él se ríe más alto que nadie de su propia broma.

—Pensaba que a los enemigos les gustaba el desafío de enfrentarse entre sí —observo—. ¿No es eso lo que pensáis los atletas? ¿Que tenéis que vencer a los mejores para convertiros en el número uno?

Kieran me mira con expresión de sorpresa.

—¿Es que todo tu conocimiento sobre deportes sale de las pelis?

—Básicamente, sí.

—Se nota. —Esboza una sonrisa cómplice y las arrugas que se forman alrededor de su boca provocan un revoloteo de mariposas en mi estómago—. Obviamente, nada me gustaría más que ganar a Chris Courtney en un torneo de tenis, pero al mismo tiempo también

detesto enfrentarme a él. Disfruta atacando psicológicamente a sus contrincantes.

—¿Provocando?

Kieran aprieta los labios.

—Peor. Sabe exactamente qué decir para desequilibrarte. No tiene problemas en rebajarse y golpear donde duele.

Sus ojos se oscurecen mientras sigue mirando a Chris desde la distancia. Apenas puedo imaginar el tipo de comentarios que Kieran habrá tenido que soportar de alguien así. Busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos para que aparte la vista de Chris y se vuelva hacia mí.

—Una voz más que acallar, pues —digo—. Tienes que encontrar un modo de ignorarlo y no dejar que esos comentarios te afecten. Oye, ¿recuerdas eso que le dijiste a Jonah de que detestas a la gente que menosprecia a los demás para sentirse más importante? Ya sabes, justo antes de que lo estamparas contra la nevera.

—Vagamente.

—Chris hace lo mismo. Que vaya por ahí insultando no lo convierte en mejor jugador en la pista. Es más bien una señal de debilidad. Al esforzarse en hacer esos comentarios hirientes, está dejando entrever sus propias inseguridades. Sabe que puedes ganarle, por eso trata de minarte la moral.

Él considera lo que acabo de decir con el ceño fruncido.

—¡Kieran! —nos interrumpe de repente Neil, acercándose a nosotros acompañado de un rostro que me resulta muy familiar—. Me gustaría presentarte a John McEnroe.

Los ojos de Kieran se iluminan cuando le estrecha la mano.

—Es un honor, señor.

Puede que no sea una experta en tenis, pero sé quién es John McEnroe, sin duda uno de los jugadores más importantes de la

historia. Sonrío educadamente mientras ellos entablan una conversación, aunque, poco después de que Kieran me haya presentado, aprovecho la oportunidad para dejar mi copa y me disculpo para ir al baño. Es obvio que Kieran está charlando con uno de sus héroes —ambos se han puesto a bromear sobre los peligros de perder los estribos en la pista— y no querría estorbarle durante un encuentro tan especial para él. Y, además, Neil estaba haciendo todo lo posible para mantenerme fuera de la conversación.

Mientras estoy en el cuarto de baño, me pregunto si no debería aprovechar la velada para intentar congraciarme con Neil. Si me muestro lo suficientemente encantadora y le dejo claro que no es mi intención distraer a Kieran de la competición, puede que comience a ser más amable conmigo.

Merece la pena intentarlo.

Tras comprobar mi aspecto en el espejo y retocarme el pintalabios, salgo del cuarto de baño y me abro paso a través de los invitados hacia Neil y Kieran. Cuando estoy a medio camino, sin embargo, alguien se interpone, bloqueándome el paso.

—Flora, ¿verdad? —dice Chris Courtney, mirándome fijamente con sus destellantes ojos castaños. A continuación, baja la vista y repara en mi mano vacía—. ¡No tienes copa! ¡Tenemos que solucionar eso!

—No pasa nada, tengo una en...

Él chasquea los dedos para llamar la atención de un camarero que en ese momento pasa a nuestro lado y, tras coger una copa de vino de su bandeja, me la ofrece.

—Aquí tienes.

—En realidad, no estaba bebiendo vino tinto. Preferiría...

—Bueno, ¿qué es lo que hay entre tú y O'Sullivan? —me interrumpe, pasándose una mano por el pelo—. ¿Qué ha hecho para agenciarse a una chica como tú?

Mis mejillas se sonrojan.

—Pues... nada. Nos conocimos hace poco y me parece alguien estupendo.

Él suelta una risa ahogada.

—¿Estupendo? Esa no es exactamente la palabra que yo usaría para definirlo.

—Cada uno tiene su opinión.

Me dispongo a rodearlo, pero él se mueve para bloquearme de nuevo el paso.

—La cosa, Flora, es que odiaría que te llevaras una impresión equivocada —dice, inclinándose hacia mí con aire conspirativo y obligándome a retroceder un paso—. No deberías andar con alguien como Kieran. No es de los favoritos, si sabes a lo que me refiero.

Lo fulmino con la mirada.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir.

—Es imprevisible en la pista. Impulsivo y reactivo. Esas no son buenas cualidades. —Exhala un suspiro, observándome compasivamente—. Deberías estar con un ganador, no con un perdedor.

Ignorándolo, vuelvo a intentar rodearlo, pero él me lo impide.

—Hablaba en serio sobre lo de la gente del mundo del arte que puedo presentarte —dice en voz baja y enarcando las cejas—. Si alguna vez quieres venir a casa a tomar una copa, mi puerta está abierta.

Extiende una mano y me acaricia levemente el brazo con los dedos.

Yo me aparto de golpe y me lo quedo mirando con incredulidad.

—Estás casado.

—Mi mujer está fuera, de rodaje —dice, encogiéndose de hombros con una sonrisa pícara.

—Lo que realmente quiero es volver con Kieran —murmuro sin molestarme en disimular el rechazo que me provoca—. Haz el favor de apartarte.

—Tranquila, mujer, solo estamos hablando —dice despreocupado, mirándome como si estuviera reaccionando de un modo exagerado —. Estaba intentando hacerte un favor.

—¿Va todo bien por aquí? —pregunta Kieran, apareciendo de la nada de repente y cerniéndose sobre mí. Sus ojos rezuman preocupación.

—Todo bien —digo con rapidez, consciente de que algunos invitados están comenzando a mirarnos—. No es nada.

—No lo parece —dice él con un gruñido, encarándose con Chris con los puños apretados a ambos lados—. ¿Qué le has dicho?

Chris suelta una carcajada, atrayendo aún más atención.

—Estás un poco paranoico, ¿no, Kieran? Solo estábamos hablando. ¿Está eso permitido o te sientes amenazado por mí? Estoy casado, ¿lo recuerdas, colega? —dice en tono burlón, y después añade en voz baja para que nadie más lo oiga—: Creo que ya conoces a mi esposa. O, al menos, eso pensabas... Ups, ¿no estaré metiendo el dedo en la llaga?

—Déjalo estar, Kieran —digo con severidad al reparar en la tensión de su mandíbula—. Ignóralo, por favor.

—¿Quieres saber de qué estábamos hablando Flora y yo? —dice Chris, deleitándose en la reacción de Kieran y provocándolo aún más por pura diversión—. Estaba diciéndole lo que todo el mundo sabe. Que no puedes ganar. Nunca lo has hecho y nunca lo harás. Puede que este año hayas tenido algo de suerte, pero todos sabemos que no durará. Eres incapaz de llegar hasta el final. Siempre caes en el último obstáculo.

—Te estoy advirtiendo, Chris —dice Kieran en un tono tan venenoso que se me retuerce el estómago. Sus ojos arden de ira.

—¿Qué? —Chris alza las cejas, divertido—. ¿Qué vas a hacer, Kieran? ¿Perder los estribos? Eso no sería ninguna sorpresa para nadie, ¿verdad? Lo hemos visto en muchas ocasiones. Cada vez que te gano, estallas de rabia. Una vez, y otra, y otra. —Y, tras chasquear la lengua, se vuelve hacia mí—. ¿De veras quieres estar con alguien que tiene un berrinche cuando no consigue lo que quiere?

—No te dirijas a ella —le advierte Kieran, dando un paso adelante hasta quedar a unos centímetros de su rostro.

La sala se ha quedado en silencio y todo el mundo está pendiente de la confrontación, salvo el cuarteto de cuerda, que sigue tocando heroicamente, proporcionándole a la dramática escena una estremecedora melodía clásica. Noto como el pánico asciende por mi garganta cuando reparo en que Neil nos mira horrorizado. Estamos montando una escena y la culpa es toda mía. Extiendo la mano para coger a Kieran por el brazo, pero él se zafa de mí.

Una sonrisa de suficiencia se extiende por el rostro de Chris, cuyos ojos brillan con la satisfacción de haber conseguido provocar a su viejo contrincante.

—Te cuesta mantener el control, ¿verdad, Kieran? No puedes soportar el hecho de que te derrote siempre. Has perdido todos los partidos de Grand Slam que has jugado contra mí y también a Rachel. Eso todavía debe de dolerte. ¿Es eso en lo que piensas cuando jugamos? ¿En que nunca llegaste a ser suficiente para ella y por eso me eligió a mí? ¿En que no podías darle lo que quería y yo sí?

El pecho de Kieran asciende dramáticamente con una profunda inhalación y luego, al exhalar, baja la mirada y niega con la cabeza.

Cuando da media vuelta y comienza a alejarse de Chris, siento una oleada de alivio.

Ha encontrado la fortaleza necesaria para no caer en la provocación.

—Lo que me pregunto es por qué te molestas en seguir jugando cuando sabes que no puedes ganar —dice Chris, alzando la voz para que lo oiga—. Sabes perfectamente que no eres capaz de soportar la presión. Es algo que está en la sangre de los O'Sullivan.

Kieran se queda inmóvil. Sus ojos se abren como platos y su cuerpo se encorva un poco, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago y se hubiera quedado sin respiración. Sé lo que va a pasar, puedo adivinarlo en su mirada rebosante de rabia. Antes de que pueda hacer nada para detenerlo, da media vuelta y, sin decir una palabra, ahí mismo, en medio de la fiesta, le da un puñetazo a Chris Courtney en toda la cara.

22



Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, veo que Kieran está dejando una taza de café en mi mesita de noche. Va vestido con su ropa de deporte y huele fresco y limpio, de modo que ya debe de haberse duchado.

—¿Qué hora es? —pregunto, bostezando mientras me incorporo.

—Temprano —contesta él, sentándose en el borde de la cama y colocando una mano sobre mi rodilla por encima del edredón.

Extiendo una mano y la pongo sobre la suya.

—¿Cómo estás?

Anoche, después de salir hecho una furia de Warren House, se negó a hablar sobre lo sucedido. No dijo nada en el breve trayecto de vuelta a casa y, cuando le pregunté si se encontraba bien, dijo que prefería no hablar sobre ello y que solo quería meterse en la cama. Yo respeté sus deseos y me dispuse a dormir en el sofá para darle el espacio que necesitaba. En cuanto comencé a colocar los cojines, sin embargo, apareció en el salón vestido únicamente con sus bóxers y, mirándome extrañado, me preguntó qué demonios estaba haciendo. Para entonces, su tono era ya mucho más suave y

tranquilo. La ira que había estado bullendo en su interior en el coche parecía haber remitido un poco.

—Mañana juegas el partido de cuarta ronda, necesitas descansar bien —le dije con una sonrisa reconfortante—. No tengo ningún problema en dormir aquí. Este sofá es realmente cómodo.

Él se acercó a mí y, rodeándome la cintura con los brazos, apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Por qué no vienes conmigo esta noche? —me pidió con la voz ahogada por mi pelo.

—¿Estás seguro?

—Sí, quiero que estés conmigo.

De modo que abandoné el sofá y me metí con él en la cama. Después de apagar las luces, Kieran me atrajo hacia sí y me susurró tímidamente:

—Llevas la camiseta de Snoopy.

Lo cual era cierto. Sonreí para mí mientras su brazo envolvía mi cuerpo y su mano se posaba sobre la mía. Es divertido lo mucho que le gusta esa estúpida camiseta.

Pensaba que, después del drama de la velada, me costaría conciliar el sueño, pero, acurrucada entre los acogedores brazos de Kieran, no tardé en quedarme dormida. «Mañana todo irá mejor», pensé. Ahora que ya ha amanecido, sin embargo, no estoy tan segura. Y, a juzgar por la expresión en el rostro de Kieran, él tampoco.

—El piso está rodeado de *paparazzi* —contesta finalmente con el ánimo por los suelos—. Han invadido la calle. Hoy va a ser un infierno. Lo siento mucho.

—¿Saben lo que pasó? —pregunto, cogiendo mi taza.

Él asiente.

—El consenso general es que yo soy el malo y Chris es un héroe.

Me quedo inmóvil de golpe con la taza de café a medio camino de mis labios.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Su equipo se puso a trabajar de inmediato —me explica bajando la voz al tiempo que unas profundas arrugas se forman entre sus cejas—. La historia que la mayoría de los medios ha publicado es que, según algunas «fuentes» —hace las comillas con los dedos de ambas manos y pone los ojos en blanco—, vi que Chris hablaba contigo, saqué una conclusión equivocada y le di un puñetazo antes de que él tuviera la oportunidad de explicar que estaba ofreciéndole generosamente a mi amiga aspirante a artista la posibilidad de presentarle a algunos de sus contactos en el mundo del arte. Al parecer, él ya me ha perdonado por el malentendido. Qué generoso por su parte —añade con frialdad.

—Pero nadie va a creer que le pegaste solo porque lo viste hablando conmigo. Eso es ridículo.

—No es tan difícil cuando me han visto perder los estribos en la pista muchas veces por una mala decisión del juez de silla.

—Eso es distinto. ¡Y él te dijo cosas horribles! ¡Te provocó!

—Sí, pero los periodistas no lo saben.

—Entonces quizá deberíamos explicárselo. Deberían saber la verdad.

Él niega con la cabeza.

—No hablo con la prensa. No sobre cosas como esta.

—Pero si supieran...

—Si les contara la verdad, tendría que explicarles qué me dijo exactamente —me interrumpe Kieran con firmeza—. No le di un puñetazo porque estuviera hablando contigo, aunque tengo que admitir que eso hizo que me dieran ganas de pegarle. —Vacila un momento y luego añade—: ¿Te tiró los tejos?

—Si te digo que sí, ¿le darás otro puñetazo?

—Iré a por él y lo mataré.

—En ese caso, no. En realidad, me dijo que le pareces un tío de lo más legal.

—Lo hizo, ¿verdad? Voy a matarlo.

—Preferiría que no lo hicieras.

Kieran exhala un suspiro.

—Si te prometo que no lo haré, ¿me contarás qué te dijo?

—Es posible que me diera a entender que su esposa estaba fuera y que debería ir a su casa a tomar una copa —digo con cautela, haciendo una mueca al recordarlo—. Supe que era un capullo desde el primer momento.

La expresión de Kieran se ensombrece. Está demasiado cabreado para decir nada. Su boca forma una línea delgada y recta. Cuando finalmente la abre, comenta en un tono bajo y amenazador:

—Debería haberle pegado más fuerte.

—Creo que el puñetazo que le diste ya fue suficiente —digo en broma, intentando aligerar un poco la tensión—. No tiene ninguna importancia, Kieran. Chris es un impresentable, olvídate de él. Tienes que concentrarte en el torneo. Estás haciéndolo genial. Lamento haber causado todo esto. Prometo que te lo compensaré. No sé cómo, pero ya se me ocurrirá algo.

Él se muestra extrañado.

—¿Por qué te disculpas? Es culpa mía que haya un montón de periodistas cercando tu piso y husmeando en tu vida. Soy yo quien lo lamenta.

—Si yo no hubiera hablado con Chris anoche, no le habrías dado un puñetazo.

—Ya te he dicho que no lo hice porque estuviera hablando contigo, sino por lo que dijo de Aidan.

Me quedo callada con el ceño fruncido.

—Aidan.

Él asiente en silencio.

—No recuerdo que dijera nada de él —admito, repasando mentalmente el incidente una y otra vez.

—Chris dijo que no ganaba porque no podía soportar la presión y que eso era algo que estaba en la sangre de los O'Sullivan —dice Kieran con expresión dolida.

—Un momento, ¿crees que eso iba por Aidan? —Me lo quedo mirando con incredulidad—. Yo supuse que se refería a ti y a tu padre o algo así, no pensé... La verdad, me cuesta creer que alguien sea capaz de rebajarse a ese nivel.

—Él sí —dice Kieran en tono áspero y con una mirada de tristeza —. Es capaz y lo hizo. —Traga saliva y se observa las manos, que tiene en el regazo—. Aidan sufría de depresión. No mucha gente lo sabe. A mi padre no le gustaba hablar sobre ello, opinaba que era un asunto de familia. Dijo que quería protegerlo, de modo que lo mantuvimos en secreto. Aidan se medicaba desde la adolescencia y... tenía problemas. —Kieran se calla y permanece un momento inmóvil y pensativo. Cuando vuelve a hablar, su tono de voz es mucho más suave—. Muchos saben que murió de sobredosis. Lo que no sabe tanta gente es que no estamos seguros de que fuera un accidente.

El corazón se me encoge de pena.

—Kieran —susurro al tiempo que las lágrimas comienzan a acudirme a los ojos—. Lo siento mucho.

—Siempre corrieron rumores en relación con su muerte —dice, alzando la cabeza e inhalando fuertemente por la nariz—. Como sus problemas mentales no se conocían, mucha gente culpó de lo sucedido a la presión que suponía dedicarse a este deporte. Creían

que no había podido soportarla más. —Cuando vuelve la cabeza hacia mí, sus ojos relucen—. No es así. En realidad, el tenis era una gran ayuda. Para él suponía una inyección de vida tener que concentrarse en el siguiente partido. No le importaba la presión. Disfrutaba compitiendo. Deberías haberlo visto jugar, Flossie. Había nacido para ello. El único sitio en el que se sentía a salvo y con las cosas bajo control era la pista.

Me sorbo la nariz y sonrío con los ojos llorosos.

—Anoche le pegué un puñetazo a Chris porque sugirió que Aidan no había podido soportar la presión y que por eso hizo lo que hizo. —El rostro de Kieran se contrae y se lleva una mano a la frente—. No debería haber caído en la provocación.

Incapaz de seguir conteniendo la necesidad de abrazarlo, me acerco a él, lo rodeo con los brazos y apoyo la frente en su hombro. Él no dice nada, pero coloca una mano sobre las mías y apoya la barbilla en mi antebrazo. Permanecemos así un momento y yo me abstraigo de todo, concentrada como estoy en su respiración. Al principio es entrecortada e irregular, aunque poco a poco se vuelve lenta y firme. Cuando alzo la cabeza para mirarlo, no desenlazo las manos. Me niego a soltarlo todavía.

—Gracias por contármelo —le digo en voz baja.

Él se vuelve hacia mí e, inclinándose, roza mi nariz con la suya. Me da un lento y profundo beso mientras sus dedos recorren mi brazo hasta llegar al hombro y luego descienden hasta mi cintura. A medida que nuestro beso se va volviendo aún más intenso, él me atrae hacia sí y yo llevo mis manos a su nuca.

Cuando dejamos de besarnos, Kieran mantiene los ojos cerrados y, apoyando su frente en la mía, exhala un suspiro de satisfacción. Una cálida sensación de gratitud me inunda el estómago y entrelazo

mis dedos en su nuca. No importa lo cerca que esté de este hombre, quiero estarlo todavía más.

—¿Vendrás hoy al partido de cuarta ronda? —me pregunta—. Si estás libre, me gustaría que lo vieras con el equipo.

Me muerdo el labio.

—Me encantaría, Kieran, pero, después de lo de anoche, no creo que a Neil le haga mucha gracia que esté presente. En lo que respecta a congraciarme con él, las cosas no podrían ir peor.

—Soy yo quien juega, así que puedo invitar a quien quiera. Neil no tiene voz ni voto al respecto —afirma con firmeza, levantándose de la cama para preparar la bolsa—. Y, después de los titulares de hoy, voy a necesitar toda la ayuda posible. Me gustaría que estuvieras ahí.

—Si de veras crees que puede servirte, ahí estaré —digo incapaz de dejar de sonreír ante su insistencia—. ¿Has hablado ya con Neil? Cuando nos marchamos, parecía enfadado.

—Estoy seguro de que querrá tener una charla sobre lo sucedido cuando me recoja dentro de un minuto. He recibido un montón de emails de Nicole, mi publicista. No la envidio esta mañana.

—No hay duda de que mantienes en vilo a tu equipo de relaciones públicas.

—Hablando de relaciones públicas, Nicole ha mencionado que tú y ella deberíais tener una charla sobre algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Qué contar a la prensa, qué no contar...

—Eso es fácil —lo interrumpo, dándole un largo trago a mi café—. No hablaré con ellos. Ya está. No hace falta que venga a casa.

—Creo que también quiere comprobar que estás... preparada. —Cierra la cremallera de la bolsa y, tras tirarla a los pies de la cama, pone los brazos en jarras y me mira con dureza—. Lo de anoche ha

cambiado las cosas, Flossie. Esta mañana no he podido salir a correr porque los periodistas prácticamente han acampado en la calle. Están como locos por esta historia, y en gran medida se debe a ti.

—¿A mí? —Cojo la taza con ambas manos y enarco las cejas—. Pero si no hay nada que contar sobre mí.

—Algo encontrarán; siempre lo hacen. Menudo puto desastre. —Suspira y alza la mirada al techo—. Lo siento de veras, Flossie. Haremos lo posible para pasar desapercibidos y, con suerte, todo esto caerá en el olvido dentro de poco. No sé cómo voy a poder concentrarme en el partido de hoy con esta situación de mierda.

—Solo vas a jugar un poco al tenis, ¿recuerdas? Un punto detrás de otro —digo, tratando de tranquilizarlo—. Unas pocas palabras impresas no tienen por qué afectar a tu derecha. En la pista no importa nada, salvo el tenis. Todo lo demás solo es ruido de fondo.

—Ya lo sé. Pero tampoco hacía falta la atención extra, eso es todo.

—Vas a recibirla de todos modos si llegas a la quinta ronda.

—Querrás decir a cuartos de final.

Abro los ojos como platos.

—¿La siguiente ronda ya son los cuartos de final? ¡Joder! —exclamo, y él asiente con solemnidad.

—Ya se me consideraba el jugador con menos probabilidades de ganar y, gracias a los titulares de hoy, dudo además que el público esté de mi parte.

—Yo lo estoy —afirmo encantada de tener la oportunidad de decirlo en voz alta—. Hoy no te sentirás solo. ¿Hay algo que pueda hacer para rebajar esos nervios?

—Oh, se me ocurren unas cuantas cosas, pero, lamentablemente, no tengo tiempo.

Pongo los ojos en blanco.

—Hablo en serio, Kieran. Deja de pensar en guarradas.

—Podrías llevar la camiseta de Snoopy.

—Estás obsesionado con ella. —Suelto una risita y me reclino en los cojines.

—*Snoopy* es uno de mis cómics favoritos —dice con la mayor naturalidad, y, tras consultar la hora en su reloj, se echa la bolsa al hombro.

—Un momento, ¿lo dices en serio?

—Sí —contesta con una sonrisa socarrona—. En cuanto te vi con esta camiseta la primera mañana que estuve aquí, supe que no tendría la menor posibilidad de resistirme.

—Pensaba ponerme luego mi ropa interior más sexy y resulta que no hace falta, que basta con la camiseta de Snoopy.

Sus ojos se encienden.

—Bueno, un poco de variedad tampoco creo que haga daño.

Sonrío con satisfacción mientras le doy un sorbo al café.

—Ah, ¿sí?

Rodea la cama y se inclina hacia mí para darme un beso en los labios.

—Me aseguraré de que venga un coche a recogerte para llevarte a las instalaciones del club, ¿de acuerdo?

—Gracias —susurro, y un estremecimiento de excitación me recorre el cuerpo cuando vuelve a besarme antes de marcharse—. Que tengas buena suerte hoy.

—¿Para qué la necesito si solo voy a jugar un poco al tenis? —dice mientras se aleja.

Flora
Has visto lo que están diciendo
sobre mí?

Iris
Te has visto a ti misma con ese

VESTIDO?
🔥🔥🔥🔥

«Presunta heredera de un imperio inmobiliario»
Eso me ha llamado un periódico!

Pues yo creo que suena bastante guay

Sería guay si FUERA cierto
Pero la esposa de mi padre no está planeando precisamente dejarme el imperio de su familia
Has visto todas esas chorradas sobre Kieran?

Algunos están de su lado
En cualquier caso ignora los artículos
Yo creo tu versión de los acontecimientos
La mayoría de la gente sabe que los periódicos exageran

Qué vergüenza
El secretario de mi padre ha llamado para «ver qué tal»
Básicamente, estaba preguntándome qué cojones está pasando

No me digas que tu padre no está secretamente emocionado por que estés saliendo con Kieran O'Sullivan

Tal vez
Siempre le han gustado mucho los deportes

Algunos dicen en internet que es realmente romántico que Kieran le pegara a alguien por mí
Otros me llaman cazafortunas

Idiotas
Es que no saben que eres la heredera de un imperio inmobiliario?
Deja de leer los comentarios de la gente, Flora
A quién le importa lo que piensen los demás?

Gracias por no escribir sobre nada de esto en tu blog

No es la historia que me interesa
Lo que me interesa es el renacimiento de Kieran en la pista
Está jugando mejor que nunca
Menudo momento para reaparecer
Todo el mundo pensaba que iba a retirarse y míralo!

Es increíble
Esta tarde voy a ir a ver el partido

Claro que vas a ir
Eres su talismán 

No empieces
Eso no tiene nada que ver conmigo

Estás segura?
Hace mucho que sigo la carrera de Kieran
Comenzó bien, pero luego las cosas se torcieron

Seguía jugando torneos, pero su
chispa había desaparecido
Y ahora ha vuelto

Puede que se cansara de que todo
el mundo le dijera que no podía
ganar

Puede que haya encontrado el amor

Cierra el pico

Lo digo en serio
En el Abierto de Australia de este
año, te habría dicho que su corazón
ya no estaba en ello
Préstale atención esta tarde
Y lo verás

El qué exactamente?

Vuelve a jugar con pasión
Y eso lo hace imbatible

Más tarde, cuando Kieran gana el punto de partido, el clamor del público resulta ensordecedor. Todo el mundo se pone de pie y lo vitorea y aplaude mientras los seguidores irlandeses cantan. Después de estrecharles la mano a su contrincante y al juez de silla, levanta la mirada hacia mí.

Estaba esperándolo. Con una sonrisa picarona, me bajo rápidamente la cremallera de la chaqueta y le enseño la camiseta de Snoopy que llevo.

Él echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada antes de asentir en mi dirección con una sonrisa tontorrona en el rostro. Yo se la devuelvo sin dejar de aplaudirle junto con sus cada vez más

numerosos seguidores hasta que desaparece por el túnel de los vestuarios.

23



Neil está esperándome cuando desciendo la escalera para salir de la pista.

Estoy eufórica y totalmente entusiasmada por la victoria de Kieran. Si los titulares de hoy le han afectado ha sido de un modo positivo; se ha mostrado más determinado que nunca y ha luchado cada punto como si fuera de partido. En algún momento incluso ha añadido un poco de espectáculo, devolviendo una dejada con un golpe entre las piernas y de espaldas a la red. Con ese golpe ha ganado el punto y el público ha enloquecido. La reacción le ha hecho sonreír, y no ha podido evitar enarcar las cejas como si le sorprendiera su propia brillantez. No sé suficiente sobre tenis ni sobre su carrera como para decir si ahora está jugando con más pasión, tal y como piensa Iris, pero sin duda en este partido estaba más animado de lo que lo he visto nunca. Y no de un modo rabioso, sino divertido. Se notaba que estaba disfrutando, como en nuestra sesión de entrenamiento espontánea en las pistas del parque.

No imaginaba que Neil estaría esperándome. Sé que no soy bienvenida en los vestuarios después del partido, así que tenía

intención de dirigirme al puesto de fresas más cercano y comprarle a Kieran una tarrina para celebrar su victoria.

—Flora —dice con una sonrisa forzada al tiempo que desliza sus gafas de sol hacia abajo por el puente de la nariz. Luego se mete las manos en los bolsillos—. ¿Tienes un momento para hablar?

—Eh... Sí, claro —digo, deteniéndome delante de él. Mi radiante sonrisa desaparece de inmediato—. ¿Qué pasa?

—Quizá sea mejor que hablemos en algún otro lugar —sugiere, echándoles un vistazo a los móviles que apuntan en nuestra dirección a medida que los espectadores van saliendo de la pista y comienzan a formar un corro alrededor de nosotros.

Neil es famoso por derecho propio, pues como jugador ganó Wimbledon y ahora es entrenador de Kieran, pero creo que la gente está comenzando a descubrir quién soy yo y estamos atrayendo a una multitud más grande de la que estoy acostumbrada.

Asiento y él me indica que lo acompañe mientras se dirige hacia la sede del club, un edificio reservado para los jugadores, sus equipos y el público con entradas vip. Cuando el portero se hace a un lado para dejarnos pasar, advierto de inmediato que no voy debidamente vestida. Cómo no, el día que me invitan a una zona vip, llevo puesta una camiseta de Snoopy. Mientras Neil se quita las gafas de sol y me conduce al primer piso por la escalera, me vuelvo a subir la cremallera de la chaqueta.

Recorremos una serie de pasillos en silencio. Mientras camina, Neil va tecleando en su móvil. Yo voy detrás, admirando los cuadros de las leyendas de Wimbledon que cuelgan de las paredes, así como los elegantes jarrones con flores frescas que aquí y allá adornan los impolutos corredores y que le proporcionan al edificio una fragancia suave y dulce.

Neil me conduce a un exclusivo bar donde nos sentamos en el balcón con vistas a las instalaciones deportivas. Con la espalda erguida y encaramada nerviosamente en el borde del asiento, observo las pistas exteriores y a la muchedumbre que pulula por los senderos de camino a distintos partidos o que simplemente disfruta de la atmósfera.

—¿Champán? —sugiere Neil, levantando la mirada del móvil hacia mí cuando el camarero se acerca para preguntarnos qué queremos —. Deberíamos celebrar la victoria de Kieran.

—Me parece genial —digo, tragando saliva de forma ruidosa.

—Dos copas de champán, por favor —le pide Neil al camarero, que se aleja con rapidez. A continuación, deja el móvil a un lado, se echa hacia atrás con las manos entrelazadas en el regazo y contempla las vistas—. Es un buen lugar este.

—Sí que lo es.

—Aunque, personalmente, me gustan mucho las vistas desde la colina de Henman. Ahora me parece que se la llama montículo de Murray, ¿no?

—Ambas, creo.

—Ajá.

El camarero regresa con dos copas de champán, las deja en la mesa delante de nosotros y nos pregunta si necesitamos algo más. Cuando se marcha, Neil alza una.

—Por Kieran.

Yo cojo la mía y, después de chocarla con la suya, le doy un sorbo. Es un champán ligero, espumoso y riquísimo, pero siento su ardor en la garganta y las burbujas solo sirven para empeorar el revoltijo de nervios que siento en el estómago. Desde fuera, esto podría parecer un gesto de amabilidad de Neil y que estamos disfrutando de un agradable encuentro; sin embargo, entre nosotros la

atmósfera no es para nada así. Es fría y tensa. No me siento como una invitada a la que le dan la bienvenida al equipo, sino más bien como una carga a la que se le permite degustar brevemente la buena vida antes de dejarla tirada por ahí.

—Kieran ha jugado bien hoy —observa Neil, dejando su copa en la mesa.

—Sí que lo ha hecho.

—Es agradable estar aquí y brindar por él.

—Desde luego. —Vacilo un momento, y después añado—: Pero ¿no estará esperándote en los vestuarios?

—Está con el resto del equipo y, como te he comentado, quería tener una pequeña charla contigo.

Distante y sereno, me sonríe con los labios fruncidos y yo le doy un largo trago a mi copa. Tengo la sensación de que voy a necesitar todo el ánimo posible.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto.

Él inhala profundamente por la nariz.

—Kieran ha llegado a los cuartos de final del torneo, algo que no conseguía desde hacía bastante tiempo. Está demostrándose a sí mismo, y a todos los demás, que tiene lo que hay que tener. Aunque yo eso siempre lo he sabido. Hace mucho tiempo que soy su entrenador y, cuando otros opinaban que debería haber prescindido de él, decidí seguir a su lado.

—Imagino que él lo aprecia.

—Eso espero. Vi algo especial en Kieran cuando era un jugador novato. Todo el mundo hablaba de Aidan, pero para mí era él quien podía llegar lejos. Por eso, a pesar de que es algo que puso en riesgo mi amistad con su padre, le ofrecí a Kieran ser su entrenador cuando la relación entre ellos dos se rompió.

—Kieran me comentó que antes eras amigo de Brian.

—Brian es... complicado. En última instancia, lo respeto. Creía en sus hijos. Puede que sus métodos fueran duros, pero se esforzó mucho para que Kieran llegara a donde está. Nuestra amistad nunca se ha recompuesto, pero sabe lo mismo que yo: Kieran posee el talento y la capacidad de ganar Wimbledon. Y luego otros muchos torneos de Grand Slam. El problema es que distintas cuestiones personales lo han distraído de esos objetivos.

Asiento con tristeza y bajo la mirada.

—Perder a Aidan fue una tragedia desgarradora que habría destrozado a cualquiera —dice Neil frunciendo el ceño y en un tono más humano de lo que le he oído nunca. Hasta ahora la conversación ha sonado planeada y ensayada, pero esto parece haberlo dicho con sinceridad. Hace una pausa y niega con la cabeza —. Y, claro está, luego estuvo lo de Rachel.

Aprieto los labios.

—Yo no era su entrenador por aquel entonces, pero, como amigo de la familia, fui testigo de todo —prosigue, frotándose la barbilla con la mano—. Kieran ha pasado por muchas cosas. Después de perder a Aidan, se volcó completamente en el tenis. Era imposible sacarlo de la pista. Le salieron ampollas en las manos de tanto jugar. No sabía qué otra cosa hacer ni cómo lidiar con el dolor que sentía.

—El tenis lo salvó —murmuro.

Neil asiente y esboza una sonrisa.

—Exacto. Llegó a la final del Abierto de Australia y se convirtió en una superestrella de la noche a la mañana. Y a partir de entonces las cosas se torcieron.

—Chris Courtney.

—No solo él. Sí, se trata de un contrincante duro, pero con la fama vino la presión y Kieran ya quería ganar por Aidan. —Exhala ruidosamente—. ¿Puedes imaginar cargar con ese peso en los

hombros? No era más que un crío y sentía que estaba jugando para honrar la memoria de su hermano recién fallecido. Si a eso le añades la presión de tener a todo el público irlandés detrás, las expectativas de su padre, la aparición de su foto en todas las portadas del mundo... Fue demasiado, y no estaba preparado. Y entonces se publicó esa maldita entrevista sobre vencer a Aidan en Wimbledon. Eso lo destrozó.

—Encontré ese artículo en internet —admito, arrugando el entrecejo—. Eso fue antes de la final, ¿no?

—Concedió la entrevista antes de que Aidan muriera —asiente—, y se publicó justo después. Cuando apareció, lo consumió la culpa. Imagina la impresión que causaba desde fuera: en ella le decía a todo el mundo que él era el jugador que debían tener en cuenta, no Aidan. No era más que un pique fraternal, pero transmitía una imagen pésima. Kieran juró entonces no volver a conceder una entrevista; temía que los periodistas tergiversaran sus palabras. Su padre le decía que no había sido nada y que la gente se olvidaría de ello. Pero entonces ganó al número uno del mundo en el Abierto de Australia y los periodistas recuperaron esa pieza porque no tenían nada más sobre él. Sus citas se sacaron de contexto y aparecieron por todas partes. Kieran tenía la sensación de que todo el mundo la había leído.

—Debió de ser horrible para él.

—Aun así, siguió luchando —dice Neil, agitando un índice en mi dirección—. No se rindió. Estaba herido y en la pista era volátil —a veces incluso una jodida pesadilla, si te digo la verdad—, pero no quería darse por vencido. Su padre consiguió que se concentrara en el juego. Y entonces conoció al amor de su vida.

—Rachel —digo, dándole vueltas a mi copa con los dedos.

—Que ella lo abandonara fue la gota que colmó el vaso. Se vino abajo —explica Neil con tristeza—. Se quedó destrozado. No podía concentrarse, perdió la confianza en sí mismo, odiaba a todo el mundo... Y, encima, tuvo que dejar el tenis durante un largo tiempo a causa de una lesión. Recuerdo pensar que quizá ya no volvería a jugar y que tal vez eso no sería algo tan malo. Pero lo hizo. Es lo único que sabe hacer. Para entonces, sin embargo, él y Brian se llevaban fatal. Ninguno de los dos escuchaba al otro. No había manera.

—¿Fue entonces cuando Kieran prescindió de él?

—Ese fue el año que llegó a la semifinal del Abierto de Estados Unidos. Yo estaba ahí de comentarista. Recuerdo verlo jugar y pensar: «Todavía no se ha rendido del todo». Sabía que, si conseguía controlar su temperamento, tenía el talento necesario para ganar. Y con los años me ha demostrado que posee la motivación para llegar ahí, pero, siempre que está a punto de hacerlo, la presión puede con él. Y luego hace como que no le importa y sale por ahí de copas, pierde los estribos, cabrea a los jueces de silla... Procura mantener las expectativas bajas.

—Así no decepciona a nadie si pierde, especialmente a sí mismo.

—Exacto, Flora. Este año vuelve a estar en forma. Es fantástico, no podría sentirme más orgulloso.

Me lo quedo mirando con cautela.

—¿Por qué estás contándome todo esto, Neil? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Él coge su copa, le da un sorbo y vuelve a dejarla en la mesa.

—Solo quería explicarte que Kieran ha pasado por momentos difíciles. El más perjudicial fue que Rachel lo abandonara por Chris. Por debajo de esa fachada amenazante, Kieran es un tipo sensible. Cuando ella le rompió el corazón, él dejó de creer que podía ganar.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Con la mirada fija en mí, alza la barbilla.

—¿Qué pasará cuando termine Wimbledon? ¿Qué ocurrirá con lo que hay entre vosotros dos?

—No hemos hablado de eso, Neil. Nos conocemos desde hace apenas tres semanas.

—A eso me refiero. El torneo terminará y ahora mismo Kieran está demostrándole a todo el mundo que todavía tiene mecha para seguir en el circuito. ¡Por el amor de Dios, Flora, tal y como está jugando ahora, podría incluso llevarse el trofeo! ¿Crees que Chris Courtney no estaba pensando eso mismo cuando lo provocó hasta sacarlo de quicio? —Neil se inclina hacia delante y clava un índice en la mesa para acentuar lo que está diciendo—. La carrera de Kieran está despegando de nuevo. Si le va bien aquí, le irá bien en los demás torneos. Ya no se retirará, esto puedo asegurártelo.

Me remuevo en el asiento.

—Todavía no entiendo qué tiene eso que ver conmigo.

Él vuelve a echarse hacia atrás y se cruza de brazos.

—¿Sabes cómo es la vida de un tenista?

—¿Ajetreada?

Él suelta una risa ahogada.

—No te imaginas cuánto. Los tenistas están constantemente de un lado a otro, viajando por el mundo. Es una vida difícil y mantener una relación es duro. Sobre todo una nueva. Créeme. He estado casado tres veces.

—Neil, yo no...

—A Kieran le gustas, Flora —afirma, y su relajada sonrisa da paso a una prieta y delgada línea—. Lo he visto con otras chicas, pero esto es distinto. —Me sonrojo intensamente y le doy otro sorbo a mi copa—. Así que déjame explicarte lo que sucederá a continuación.

Ambos vivís un romance apasionado ahora que os encontráis dentro de esta burbuja perfecta que es Wimbledon. A medida que vaya pasando el tiempo, sin embargo, la realidad se irá imponiendo. Al final, la relación se irá a pique y Kieran habrá desaprovechado la mejor oportunidad de su carrera para conseguir todos los sueños que ha tenido desde pequeño.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Qué estás intentando decir?

—Que, en lo que respecta a los asuntos del corazón, es humano ser egoísta. Sin embargo, a lo mejor deberías considerar el coste que, en última instancia, todo esto tendrá para él.

—¿Por qué estás tan seguro de que no podría ganar independientemente de lo que suceda entre nosotros?

—Porque, a diferencia de ti, conozco muy bien a Kieran —afirma —. Me paga un montón de dinero para que sea la persona que le diga qué es bueno para él y qué no.

—Pero tú no eres esa persona para mí —le recuerdo fríamente.

Él parece sorprendido por mi réplica. Una gélida sonrisa se forma en sus labios.

—No, pero quizá pueda darte un consejo como... amigo. A veces, Flora, es mejor retirarse antes de que alguien termine haciéndose daño de verdad.

Hace una pausa para coger su móvil y lee el mensaje que acaba de recibir con la frente arrugada por la concentración.

—Me temo que tengo que marcharme —dice, levantándose de la silla—. Puedes quedarte un poco más aquí y disfrutar de las vistas. Los empleados te han visto entrar conmigo, así que no te molestarán. —Vacila un momento y, tras aclararse la garganta, añade—: No me malinterpretes, Flora, nada de esto es personal. Se trata únicamente de... negocios.

—En realidad, Neil, yo creo que es muy personal —murmuro, arqueando una ceja.

Él baja un momento la mirada a sus pies antes de encogerse de hombros, como diciéndome «qué le voy a hacer».

—Te agradecería que mantuvieras esta conversación entre nosotros —dice—. Independientemente de lo que opines sobre todo lo que he dicho, no me equivoco al decir que Kieran es un alma sensible. Y ahora mismo me necesita.

Aprieto los labios, negándome a darle la satisfacción de mostrarme de acuerdo.

—Está bien, pues. —Asiente con firmeza y, tras dar media vuelta, se marcha del bar.

Con el corazón encogido, me vuelvo para mirar las pistas. De tanto en tanto, se oyen vítores cuando uno de los jugadores que están en ellas se acerca un poco más a cumplir sus sueños. Me bebo lo que me queda en la copa y me marcho. Las gafas de sol ocultan las lágrimas de humillación que me anegan los ojos mientras vuelvo a casa sola.

24



Kieran sabe que pasa algo. Yo hago todo lo posible para actuar con normalidad, pero resulta difícil cuando no puedo quitarme de la cabeza la voz de Neil diciéndome que estoy siendo egoísta al albergar sentimientos por él cuando tiene la oportunidad de alcanzar su sueño de infancia. Y yo quiero que lo consiga porque me importa y deseo que sea feliz. Me importa de verdad. Lo reconozco. Estoy dispuesta a alzar las manos y decirlo.

Estoy enamorándome de Kieran O'Sullivan.

Cuando estamos separados, pienso en él todo el rato. Y, cuando estamos juntos, me siento rematadamente feliz, segura e importante. Todas esas cosas que se supone que una siente cuando se enamora de alguien. Mis sentimientos por él van a más cada día y la idea de que el torneo llegue a su fin me resulta desgarradora; me entran ganas incluso de suplicarle al tiempo que, por favor, vaya más despacio. Kieran me hace reír, es amable y considerado, listo y sexy, y está abriéndose conmigo. Confía en mí y yo en él.

De modo que mentirle no me sale de forma natural. En su momento me dolió escuchar el consejo de Neil, aunque, cuanto más pienso en ello y considero lo que estaba intentando decirme, más

profunda es la herida. Quiere que sea yo quien ponga fin a la relación, pero eso es inconcebible. Soy incapaz de hacerlo. Es algo demasiado bueno, demasiado emocionante, demasiado perfecto. Entonces asoma el sentimiento de culpa. ¿Estoy siendo egoísta? ¿He pensado bien lo que sucederá más adelante? ¿Puede llegar a funcionar lo nuestro? ¿Nos hemos entregado a un romance apasionado cuyo trágico final resulta evidente para todos los demás?

Anoche los pensamientos se me arremolinaban en la cabeza y no podía contarle nada a Kieran. Puede que Neil sea un capullo, pero tiene razón en lo de que Kieran es sensible. A estas alturas me ha quedado claro. Y, teniendo en cuenta lo harto que está ya de las apremiantes exigencias de su entrenador, si le contara lo de nuestra charla, no creo que le hiciera mucha gracia. Sembrar la discordia entre un jugador y su entrenador justo antes de los cuartos de final sería un desastre, así que tengo que apañármelas sola.

Cuando Kieran regresó a casa después de haber ganado, me preguntó por qué me había ido sin despedirme, así que me excusé diciéndole que me había dado un dolor de cabeza terrible. Entonces, se preocupó y empezó a mostrarse extremadamente dulce y atento, lo cual me hizo sentir aún peor. ¡Por el amor de Dios, acababa de alcanzar los cuartos de final de Wimbledon y estaba preparándome un baño y desviviéndose por mí! Intenté convencerlo de que saliera a celebrarlo con su equipo, pero él rechazó mi sugerencia e insistió en que estaba agotado y prefería quedarse en casa conmigo. Yo me acosté temprano solo para poder cerrar los ojos y no tener que seguir contemplando la desgarradora belleza de su rostro, y esta mañana he fingido que seguía durmiendo cuando se ha marchado a entrenar.

Antes de salir de casa, se ha agachado y me ha besado en la frente.

Al oír como se cerraba la puerta de entrada, he enterrado la cara en la almohada y he soltado un grito de frustración. En ese momento he sido consciente de que no hay posibilidad alguna de que haga lo que Neil me ha pedido y rompa con Kieran antes incluso de que lo nuestro haya comenzado realmente. En vez de eso, tendré que aceptar que soy una zorra egoísta a la que culparán del fracaso de su carrera.

Pero no puedo tomar una decisión tan dolorosa cuando nadie tiene ni idea de lo que depara el futuro. Neil podría estar equivocado y nuestra relación podría durar. O tal vez se equivoque acerca de los sentimientos de Kieran por mí. A lo mejor está limitándose a interpretar muy bien su papel y yo solo soy un ligue más al que dará calabazas tan pronto como finalice Wimbledon. Kieran podría terminar ganando todos los torneos de Grand Slam del mundo y yo sería quien acabase con el corazón roto y avergonzada por creer que lo nuestro era real.

En cualquier caso, no quiero que nuestra relación termine antes de que haya tenido siquiera la oportunidad de empezar.

De modo que ahora estoy aquí, en la pista dos, viendo jugar a Kieran su partido de los cuartos de final de Wimbledon, sabiendo que todos los miembros de su equipo, sentados justo a mi lado, piensan que estoy poniendo en peligro su futuro a causa de mis deseos egoístas. Y, además, he estado distante con Kieran porque, por culpa de Neil, ahora no puedo dejar de pensar en la situación en la que nos encontramos.

—Silencio, por favor —pide el juez de silla a las dos mil personas que conforman el público cuando Kieran se prepara para sacar al principio del segundo set. Algunos de sus seguidores gritan palabras de ánimo en medio del silencio que se ha hecho en la pista.

Como esta mañana he leído el blog de Iris, sé que Kieran está jugando contra Felipe Díaz, un tenista español situado en el número siete de la clasificación mundial y uno de los grandes favoritos para ganar el torneo gracias a su deslumbrante actuación sobre hierba hasta el momento. Su último partido lo resolvió en tres sets.

Kieran ha perdido el primer set por 3 a 6. Cuando Díaz le ha roto el servicio, he oído que Neil le mascullaba a su asistente «se le ve inseguro». También he podido notar la frustración de Kieran cuando ha perdido el set y se ha dirigido hacia la silla negando con la cabeza y con los brazos en jarras.

Estoy haciendo todo lo posible para no dejar entrever mis emociones. Permanezco con el rostro imperturbable e inexpresivo gracias en gran medida a las gafas de sol que llevo puestas. Estoy aquí solo por Kieran, de modo que, cuando me busca con la vista antes de elegir la pelota con la que va a sacar al inicio del segundo set, puede ver que estoy mirándolo directamente. Alzo un poco la barbilla.

«Tú puedes. Olvida todo lo demás, limítate a ganar el siguiente punto».

Kieran escoge una pelota, se guarda la otra en el bolsillo y se coloca en la línea de fondo. El público contiene el aliento. Tras relajar los hombros, arroja la pelota al aire y la golpea con tanta potencia y precisión que el ruido que hace la raqueta al impactar en ella me hace soltar un grito ahogado.

—*Ace* —anuncia el juez de silla, y el público estalla en un eufórico aplauso.

Tras secarse el sudor de la frente, Kieran se permite a sí mismo un amago de sonrisa antes de dirigirse al otro extremo de la línea. Sonrío para mí. No sé tanto de tenis como para entender qué quería decir Neil cuando en el primer set ha dicho que a Kieran se le veía

inseguro, pero sí que lo conozco lo suficientemente bien para saber que acaba de tomar la decisión de ganar.

3-6, 6-3, 6-3, 6-3.

Sonrío con orgullo al ver la puntuación en una de las pantallas de las instalaciones de Wimbledon después del partido. Tras un comienzo algo incierto, Kieran se ha recompuesto y ha aprovechado algunos errores no forzados de Díaz para hacerse con el segundo set. A partir de ahí, todo le ha salido a pedir de boca y Kieran ha dominado el encuentro, rompiendo el servicio del español al principio de cada uno de los siguientes dos sets.

Mientras salía de la pista en medio de los vítores de sus seguidores irlandeses, Kieran ha levantado la mirada hacia mí y ha asentido. Neil ha fruncido el ceño al ver el gesto, pero a mí me ha invadido una cálida sensación de felicidad. Esta vez quería verlo y felicitarlo por la victoria en vez de largarme, como a su entrenador le gustaría que hiciera. ¡Kieran ha llegado a las semifinales de Wimbledon! ¡Esto es MUY FUERTE!

No pienso irme a ningún lado.

Le envío a Kieran un rápido mensaje para decirle que lo esperaré y, tras guardar el móvil en el bolso, permanezco cerca de la zona de prensa mientras las instalaciones comienzan a vaciarse. El partido que se jugaba en la pista dos a primera hora del día se ha alargado varias horas, lo cual ha supuesto que el de Kieran comenzara mucho más tarde de lo esperado. Como ya estamos en la segunda semana, la mayoría de los tenistas han sido eliminados y ya no hay partidos en las otras pistas exteriores. Siento una punzada de tristeza al darme cuenta de lo rápido que han pasado estas dos semanas y de la velocidad con la que está acercándose el final del torneo.

De repente, Neil aparece delante de mí.

—A Kieran le gustaría verte.

—¿Ahora? —parpadeo—. ¿Ya está listo para marcharse?

—No. Se niega a hacerlo hasta que no haya hablado contigo —dice en un tono tirante—. No sé qué quiere, pero me gustaría que todos pudiéramos irnos a casa a descansar, así que si no te importa...

Me tiende un pase para que me lo cuelgue al cuello y me indica que lo siga.

Se dirige a una puerta vigilada por un guarda de seguridad y me apresuro a ir detrás de él.

—Va conmigo —le dice Neil al vigilante, y yo le muestro el pase antes de seguir con rapidez los pasos del entrenador. Pasamos a un pasillo enmoquetado y extrañamente silencioso. Al fondo veo unas puertas de pino pálido y tengo la sensación de haber accedido a un club deportivo exclusivo. Trato de alisarme las arrugas de la ropa con la palma de la mano, pues llevo un vestido veraniego blanco de tirantes y unas sandalias de gladiador marrones que, de repente, me parecen demasiado informales.

—¿Es esta la zona de jugadores? Qué tranquila —observo, y mi voz resuena por las paredes.

—La jornada está a punto de terminar —responde Neil, doblando una esquina y descendiendo un tramo de escalones—. La mayoría de la gente ya se ha marchado.

Bajo tras él tocando el reluciente pasamanos.

—Es todo muy elegante. Y está increíblemente limpio.

—Por supuesto. Es el All England Lawn Tennis and Croquet Club.

—Felicidades por la victoria de Kieran, por cierto —digo educadamente cuando enfilamos otro pasillo. No sé por qué estoy intentando romper el hielo. La última vez que hablamos, la cosa no

acabó demasiado bien entre nosotros y él ha dejado bien claro lo que opina de mi presencia.

—Gracias —dice de un modo que, al menos, suena sincero—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Sí, claro, pero ahora mismo podéis celebrar la victoria, ¿no?

Se detiene delante de una puerta y, volviéndose hacia mí, me observa fríamente.

—Las semifinales son otra historia. La presión es mucho mayor, la competición es descarnada y el mundo entero está pendiente. A Kieran se le considera el más débil de los cuatro. Tiene que concentrarse en el tenis —dice, y, tras mirarme de arriba abajo, añade—: Y evitar las distracciones.

Harta de sus pullas, le sostengo la mirada y digo:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Neil?

Él me observa recelosamente.

—¿Sí?

—¿Me hablarías así si fuera una actriz famosa o una supermodelo?

—¿Perdón?

—Lo pregunto en serio. ¿Lo harías? Porque creo que no. Dudo mucho que le hablaras así a Henrietta Keane. Aunque no te parezca bien que ahora mismo Kieran mantenga una relación con alguien, estoy segura de que, si yo fuera importante, serías un poco más considerado. Puede que incluso amable. —Hago una pausa mientras él me observa con expresión ceñuda—. Entiendo que estás estresado y también aprecio el hecho de que estés intentando proteger a Kieran, pero soy una persona con sentimientos. Quizá no una muy importante a tus ojos, pero, aun así, merezco un respeto.

Su mandíbula se tensa mientras espero una respuesta. Finalmente, señala la puerta con un movimiento de cabeza.

—Está aquí dentro —dice. Luego se da la vuelta y se aleja por el pasillo.

Mientras lo observo, respiro hondo. La adrenalina de la confrontación recorre mis venas. No me gustan las situaciones incómodas, pero le he dicho lo que pensaba. Me trata como a una niña que no respeta las reglas. Aunque entiendo que lo haga con Kieran, no tiene ningún derecho a hacerlo conmigo. No soy yo quien le paga para que me mangonee.

Tras apartar de mis pensamientos a Neil y su desagradable actitud, abro la puerta. Lo hago con timidez, pues, según la placa atornillada en el exterior, se trata de uno de los vestuarios de hombres. Veo que es una sala espaciosa con grandes taquillas de madera alineadas a lo largo de las paredes y bancos dispuestos alrededor de la estancia. Kieran está sentado en uno de los que hay al fondo y, cuando me oye entrar, levanta la mirada. A excepción de las zapatillas deportivas y los calcetines, que ya se ha quitado, todavía va vestido con la equipación de tenis.

Una sonrisa se forma en sus labios.

—¡Hola!

—Hola —digo en voz baja, echando un vistazo en derredor mientras me acerco a él—. ¿Estás seguro de que puedo estar aquí?

—No, pero no hay nadie, así que no pasa nada. Me he asegurado.

—Felicidades, Kieran —le digo con entusiasmo, deteniéndome delante de él al tiempo que se pone de pie—. Has llegado a las semifinales. Te lo mereces.

Él coloca sus manos en mis caderas y me observa detenidamente.

—¿Qué pasa?

Lo miro extrañada y apoyo las palmas de las manos en su pecho.

—¿Qué? ¡Nada! ¡Me alegro mucho por ti! ¡Has ganado!

—Gracias, y ahora dime qué pasa —insiste al tiempo que me mira con preocupación—. Estos últimos dos días no has sido tú misma. Me preocupa haber hecho algo mal. Cuéntame qué ocurre, por favor.

Exhalo un suspiro y bajo la vista al suelo sin poder reprimir una sonrisa aunque tenga la cabeza hecha un lío. Esto hace que lo quiera aún más. Lo atento que es. Su capacidad para reparar en lo que sucede a su alrededor. La vulnerabilidad que demuestra ahora mismo, como si necesitara saber qué es lo que está afectándome porque le afecta también a él.

—Estoy preocupada —admito.

—¿Por qué? —pregunta, examinando atentamente mi expresión ahora que al fin he comenzado a contarle qué me pasa.

—Por... esto —digo, señalando el espacio que nos separa—. No sé qué es ni adónde va. Ha sucedido todo muy rápido y... me da miedo terminar haciéndome daño. ¿Qué pasará con nosotros cuando acabe Wimbledon? No quiero dejarme llevar por el momento y terminar con el corazón hecho pedazos.

Ya está. He encontrado un modo de explicarle cómo me siento sin implicar a Neil.

—Flossie, entiendo que eres muy organizada, pero ¿tanto como para planificar toda una relación que ha empezado hace apenas una semana?

—No te rías de mí —digo con un resoplido—. Esta es una situación inusual y estoy intentando protegernos a ambos. No puedo leerte la mente. No sé qué es lo que estás pensando.

Extiende una mano hacia mi barbilla y, tras colocar un dedo debajo, la levanta con suavidad de tal forma que mi mirada termina posándose en sus profundos ojos azules.

—No sé exactamente qué es lo que hay entre nosotros, pero sí sé que es algo especial —insiste en voz baja y ronca; toda ligereza ha

desaparecido—. No puedo ver el futuro y tampoco quiero especular sobre lo que quieres, pero, si depende de mí, lo nuestro seguirá más allá del torneo.

Mi estómago da un vuelco y mi corazón comienza a latir con tanta fuerza que parece que vaya a explotarme en el pecho de un momento a otro si Kieran no deja de mirarme así.

—¿Te aclara eso un poco las ideas? —pregunta al tiempo que sus manos se deslizan hasta la parte baja de mi espalda y me atrae hacia sí. El bolso que colgaba de mi hombro cae al suelo con un ruido sordo que resuena por toda la sala.

—Sí —digo con un graznido—. Un poco.

—Mmm, no sé, parece que tengo que esforzarme algo más para convencerte —gruñe con la mirada reluciente, y una tímida sonrisa se extiende por sus labios.

En cuanto inclina la cabeza para reclamar mi boca con un beso, el deseo consume desesperadamente todo mi cuerpo. Que le jodan a Neil. Me he pasado dos días evitando a Kieran y ha sido un suplicio. Pasándole las manos por el pelo, arqueo el cuerpo y le mordisqueo el labio. Un gruñido resuena en lo más profundo de su garganta y, al oírlo, estoy a punto de entrar en combustión ahí mismo.

A medida que la intensidad de nuestro beso aumenta, bajo las manos por su pecho hasta llegar al dobladillo de la camiseta y tiro de ella hacia arriba para quitársela por la cabeza. Luego vuelvo a posar mis labios en los suyos, hambrienta de cada centímetro suyo. Cogiéndome el rostro con ambas manos, él me besa apasionadamente, presionando su cuerpo contra el mío. Nos movemos por la estancia hasta que noto en la espalda algo frío y sólido, y me doy cuenta de que me ha apoyado contra las taquillas.

Mientras recorre a besos mi cuello y me quita una de las tiras del vestido, su otra mano se abre camino por debajo de la falda hasta

llegar a mi tanga. Sus dedos comienzan entonces a acariciarme, dejándome sin respiración, y sus labios regresan a mi boca para ahogar mis gemidos.

—No podemos hacer demasiado ruido —me recuerda con una pícara sonrisa y los ojos relucientes—. No queremos que nos pillen.

Su mano libre encuentra la mía y, agarrándome por la muñeca, la eleva por encima de mi cabeza y la sujeta contra la madera. Estoy completamente a su merced. Él aumenta la presión en mi clítoris, estimulándome hasta que, al sentir su dura erección contra mi cuerpo, le pido más con susurros roncos mientras le clavo las uñas de la otra mano en la nuca. «Te necesito», me oigo a mí misma decirle al oído, demasiado cerca del orgasmo para reprimir ya mis palabras.

—Dime que llevas un condón en el bolso —dice con un gruñido al tiempo que sus dedos reducen ligeramente la presión para que pueda contestarle con un mínimo de coherencia.

—Pues sí —admito con una tímida sonrisa—. Está en el bolsillo lateral.

Él se aparta un poco para mirarme impresionado.

—¿Has metido uno ahí esta mañana con la esperanza de que pasara esto?

—Claro que sí.

Kieran aprieta los labios con fuerza y exhala por la nariz.

—Haré como que te creo.

Me deja apoyada contra la taquilla con la respiración jadeante y se agacha para cogerlo. Mientras tanto, le doy las gracias mentalmente a Iris una y otra vez por haberme hecho guardar un condón ahí una noche que salimos juntas.

—Nunca se sabe qué puede pasar y, créeme, cuando estés en el momento, te alegrarás de tener protección a mano —me dijo,

guiñándome un ojo.

«Gracias, Iris. Tenías razón —pienso al oír el ruido del envoltorio de aluminio rasgándose—. Gracias, gracias, gracias».

Tras colocarse de nuevo delante de mí, Kieran se baja los pantalones cortos, se pone el condón y, un segundo después, me coge por los muslos y me levanta. Con el vestido subido alrededor de las caderas, rodeo su cintura con las piernas. «Joder, cómo me pone». He decidido que mi lugar favorito es este, entre sus brazos, con nuestros cuerpos entrelazados y encajados perfectamente el uno con el otro.

Permanezco con la espalda apoyada en la taquilla y Kieran me sostiene con una mano mientras con la otra aparta a un lado el tanga para entrar dentro de mí. Se desliza en mi interior con un movimiento rápido y profundo. Suelto un gemido y él comienza a mover las caderas cada vez más rápido, haciendo que me disuelva en una espiral de placer. Mientras ahoga sus gemidos en mi cuello, noto que me acerco al orgasmo en un tiempo récord. Comienzo a jadear su nombre y hundo las uñas en sus hombros.

—Córrete conmigo —dice con voz ronca.

El tacto de su cuerpo, el modo en que sostiene mi peso, la emoción que supone encontrarse en este lugar, su voz ronca en mi oreja hablándome como si fuera suya... Al final es todo demasiado. En cuanto me lo pide, ya no puedo resistir más y una oleada de incontrolable placer me atraviesa el cuerpo mientras él se desliza aún más profundamente en mí con un gruñido. Ambos terminamos a la vez.

Nuestras respiraciones se funden en un coro de jadeos cortos y Kieran vuelve a dejarme con cuidado en el suelo. Me agarro a sus antebrazos para no perder el equilibrio, pues no me fío de mis temblorosas piernas. Cerrando los ojos y apoyando de nuevo la

espalda contra las taquillas, me paso la mano por el pelo mientras él vuelve a ponerse los pantalones cortos. Respirando pesadamente, salva la distancia que nos separa para darme un suave beso mientras trato todavía de recobrar el aliento. Como no tengo prisa por emerger de esta sensación embriagadora, es él quien, muy cuidadosamente, me coloca bien el vestido, bajándomelo y comprobando que los tirantes están en su lugar.

Tras haberse vuelto borroso por completo, el mundo vuelve a recuperar poco a poco la nitidez. Me aclaro la garganta.

—Yo..., esto..., debería irme. No quiero meterte en problemas y probablemente querrás ir a celebrar la victoria con tu equipo.

Él me dedica una sonrisa pícara y me coloca un mechón detrás de la oreja.

—Creo que acabamos de celebrarlo bastante bien.

—Mmm. —Me sonrojo y me muerdo el labio.

Él me observa con tal intensidad que se me acelera el pulso justo cuando estaba comenzando a tenerlo otra vez bajo control. No es justo que me mire así cuando va sin camiseta y puedo ver su torso tonificado y musculoso. Estoy comenzando a perder la cabeza otra vez.

—Debería marcharme —digo en voz alta, intentando convencerme a mí misma de dar el primer paso, algo que me resulta prácticamente imposible—. Y tú deberías hacer... lo que sea que suelan hacer los jugadores de tenis cuando llegan a las semifinales de Wimbledon.

—Está bien.

Sonríe divertido por mi repentina incomodidad e inclina la cabeza para darme un último beso antes de que consiga librarme al fin de su hechizo y pueda dirigirme a la puerta.

—¿Flossie? —exclama antes de que salga, y me doy la vuelta—. Nos vemos en casa.

Asiento y me convenzo a mí misma de que debo salir de aquí antes de que la tentación de volver corriendo a su lado se vuelva insoportable y no pueda resistirme más. En cuanto cierro la puerta detrás de mí, echo un vistazo al pasillo vacío y, sintiéndome orgullosa de mí misma por haber conseguido marcharme a pesar del irresistible aspecto de Kieran, me dirijo tan rápidamente como puedo hacia la escalera.

Hasta que no llego más tarde al piso, no proceso lo que ha dicho Kieran cuando me iba.

Lo ha llamado «casa».

25



«Flora me rompió el corazón dejándome por un tenista guaperas y ricachón»: el exnovio del presunto nuevo amor de Kieran O'Sullivan finalmente rompe su silencio.

—De veras que no hacía falta que volvieras pronto, Kieran —digo con un suspiro al tiempo que coloco una mano en su brazo cuando se sienta a mi lado en el sofá—. ¡Mañana juegas el partido de semifinales! Esto no es importante. Ya te he dicho que estoy bien. No pasa nada, por favor, vuelve al entreno.

—No, esto no está bien —responde él antes de volverse hacia Nicole y fulminarla con la mirada—. ¿Qué opciones tiene para arreglar esto? ¿Podemos hacer que retiren el artículo?

Sentada en el sillón que hay junto a la ventana, Nicole deja sobre la mesita su taza de té.

—Me temo que Jonah tiene todo el derecho a hablar con los periodistas y darles su versión de los acontecimientos. Usan la palabra «presunto» en todo el artículo, y todas las acusaciones son citas. No hay nada que podamos hacer, salvo emitir un comunicado con la versión de Flora de la historia si eso es lo que ella quiere hacer, aunque me ha dicho que no es así.

—No, no quiero —le digo a Kieran con firmeza—. Prefiero dejarlo estar.

—Pero de este modo él consigue salirse con la suya —contesta Kieran hecho una furia. Poniéndose de pie de un salto, se dirige hacia la chimenea frotándose la barbilla, irritado. Una vez ahí, se da la vuelta con una intensa mirada de indignación—. ¡Estás permitiendo que diga todas estas cosas sobre ti con cero consecuencias!

—Sabes mejor que nadie cómo son las cosas, Kieran —le explico con el ceño fruncido—. Es mejor no hacer nada. Lo que ha dicho no es tan malo. Sí, claro, no me hace ninguna gracia que sugiera que lo dejé por ti e insinúe además que le mentí y lo engañé, pero también dice que mantuvimos una maravillosa relación durante tres años. Algo es algo.

—Una relación que, según este artículo, destrozaste sin remordimientos por mi riqueza y mi fama —dice Kieran airado, apretando los puños.

Al verlo deambular de un lado a otro del salón tan cabreado, me doy cuenta de que parece mucho más enfadado por este artículo que por todos los que se han publicado sobre él después del incidente en Warren House. Y, si bien no quiero que esté tan molesto, hay algo realmente dulce y caballeroso en el hecho de que quiera salvaguardar mi honor. No debería gustarme verlo así de irritado por mi culpa, pero no puedo evitarlo. Aunque sé cuidar de mí misma, es muy sexy que quiera protegerme.

—Esto caerá en el olvido, Kieran. Cualquiera puede ver que se trata de un intento embarazoso y desesperado de un exnovio para publicitar su nueva obra de teatro —señalo, ofreciéndole una débil sonrisa para tranquilizarlo cuando me mira—. La menciona algo así como diez veces en la entrevista. En ella hace el papel de amante abandonado, así que ha podido usar la experiencia de nuestra relación para meterse en el personaje.

—Es un sinvergüenza —murmura Kieran con amargura.

—Sí, y se nota. Está disfrutando de sus cinco minutos de fama. —Me vuelvo hacia Nicole en busca de apoyo—. ¿No estás de acuerdo?

—Absolutamente —asiente ella, sonriéndome de un modo alentador—. Lamento que haya sucedido esto, pero estoy de acuerdo en que el mejor modo de lidiar con ello es el silencio. No queremos darle más publicidad al artículo convirtiéndolo en una situación en la que es la palabra de Jonah contra la de Flora. Es mejor no hacer nada y dejar que la gente se olvide de él.

—¿Cómo es posible que hayan publicado todas estas mentiras sin fundamento? —dice Kieran airado, pasándose la mano por el pelo—. ¿Es que no verifican nada?

—Le preguntaron a Flora si quería hacer algún comentario —lo informa Nicole—. Ese es su modo de verificar.

—Tampoco es que exista un registro escrito sobre quién engañó a quién —digo, reclinándome de nuevo en los cojines del sofá—. Y dudo mucho que Zoe vaya a asomar la cabeza para contar la verdad. También le he pedido a Iris que no diga nada, aunque ella está casi tan enfadada como tú, Kieran.

—¡Tú y yo ni siquiera nos conocíamos cuando rompisteis! —protesta él—. Como vuelva a ver a este tío, como se atreva a acercarse a ti o a este piso, voy a...

Nicole se aclara exageradamente la garganta y le dirige una mirada reprensiva.

—Voy a... hablar con él —termina Kieran con los dientes apretados.

—No creo que vuelva a acercarse por aquí —digo, y, tras levantarme del sofá y acercarme a Kieran, lo cojo de las manos—. Te prometo que estoy bien.

Él exhala y, dejando caer los hombros, se inclina hacia delante para apoyar su frente en la mía.

—Odio que te haya hecho esto —murmura.

—Yo también, aunque, si te digo la verdad, no me duele tanto como pensaba —admito, apartándome para poder mirarlo directamente a los ojos—. Jonah ya no tiene ningún poder sobre mí.

Kieran suspira.

—Me alegro. Odio a ese tío.

—Olvídalo. Y míralo así: la próxima vez que juguemos al tenis y me lances un globo, contaré con buena munición para mi golpe. Pensaré en esta entrevista con Jonah y, ¡BAM!, un *smash* ganador.

Kieran esboza una sonrisa y unas pequeñas arrugas se forman alrededor de sus ojos.

—Bueno, creo que yo ya me puedo marchar —anuncia Nicole, poniéndose de pie y cogiendo su bolso de marca—. ¿Seguro que estás bien, Flora?

Nos conocemos desde hace apenas una hora, pero la verdad es que me cae realmente bien. Es una mujer lista y pragmática de treinta y pico años que me recuerda un poco a Iris. En cuanto la conoces, sabes que quieres tenerla de tu lado.

—Estoy bien. Ha sido muy amable por tu parte venir a ayudarme con todo esto.

—Los amigos de Kieran son mis amigos. —Sonríe y cruza el salón en dirección a la puerta—. Desde un punto de vista profesional, opino que estás tomando una decisión de lo más sensata al no contestar a esta entrevista. Desde un punto de vista personal y únicamente entre tú y yo, me gustaría decir que tu exnovio no es más que un imbécil que busca atención y que nunca te ha merecido. Estás mejor sin él.

Me río.

—Gracias, te lo agradezco.

—Si necesitas alguna cosa más o si tienes alguna pregunta, llámame. Kieran, hablaremos más tarde de la prensa en relación con el torneo.

—Gracias, Nicole —dice él, acompañándola a la puerta de entrada.

Cuando sale de casa con las gafas de sol puestas y la cabeza gacha, oigo al instante el bombardeo de preguntas de los *paparazzi* que permanecen a la espera en la calle. A continuación, la puerta se cierra y Kieran regresa al salón. Apoyándose en el marco de la puerta, me observa atentamente mientras me muerdo una uña.

—¿Estás bien? —me pregunta con dulzura.

—Ya te he dicho que sí.

—Sí, ya, pero ¿estás diciéndome que estás bien cuando en realidad no lo estás?

Dejo caer la mano y sonrío.

—Lo que ha dicho de mí es una mierda y resulta vergonzoso, pero lo superaré.

—Lo siento mucho —dice en voz baja, mordisqueándose el labio —. Debes de haber pasado un día de mierda.

—En realidad, he dibujado un montón. Estoy avanzando con el libro —le digo animadamente—. No he visto el artículo hasta la hora de comer.

Kieran baja la mirada al suelo al tiempo que su expresión se ensombrece y las arrugas de su frente se acentúan.

—Todo esto es culpa mía. Una de las desventajas de conocerme. Intrusión en la privacidad.

—Oye —digo con suavidad, y, tras acercarme a él, le cojo el rostro con ambas manos—. Esto no es culpa tuya. Es Jonah quien ha decidido vender su historia a la prensa.

—Es culpa mía que estén husmeando en tu vida —dice entre dientes—. Y no se detendrán aquí. Seguirán escarbando y fisgoneando y haciéndote daño. Únicamente por tu relación conmigo.

—¡Basta, Kieran! —insisto con el corazón encogido por lo derrotado que parece—. No me importa.

—A mí sí. A mí sí —repite con expresión ceñuda—. Hasta que yo aparecí, no tenías que preocuparte por estas cosas. Ahora tu ex va por ahí aireando tus secretos y...

—Merece la pena —aseguro con firmeza, sosteniéndole la mirada —. ¿De acuerdo? A mí me merece la pena.

Él no dice nada y veo como su pecho asciende al inhalar profundamente.

—Estoy bien, te lo prometo. No tenemos que rebajarnos a su nivel —continúo diciendo—. Un día Jonah lo lamentará. Ahora déjalo estar, por favor. Tienes que concentrarte en el partido de semifinales de mañana. Me fastidia que hayas acabado el entreno antes de hora. Neil debe de estar cabreadísimo.

—No pasa nada, ya casi habíamos terminado de todos modos. Había planeado... una cita, de hecho.

Doy un paso atrás y alzo las cejas, sorprendida.

—¿En serio? ¿Esta tarde?

—Sí. He caído en la cuenta de que en realidad nunca hemos tenido una cita de verdad y, además, es importante disfrutar de algo de tiempo libre y relajarse, olvidarse del tenis por un rato. Me ha parecido que era la oportunidad perfecta para que saliéramos juntos.

—Pero hoy has tenido un entrenamiento muy duro. ¿No prefieres tirarte en el sofá o jugar a videojuegos con tu maquinita? Deberías estar descansando.

Su boca esboza una sonrisa burlona. Extendiendo las manos y colocándolas en mis caderas, me atrae hacia sí.

—Estoy relajado cuando estoy contigo —dice al tiempo que rodeo su cuello con mis brazos—. Y lo de llamar «maquinita» a mi PlayStation resulta degradante y hiere mis sentimientos.

—Te pido disculpas. Quería decir tu consola seria e importante.

—Gracias. Te perdono —dice con una sonrisa que acentúa los hoyuelos de sus mejillas—. Ya sé lo que podemos hacer. Creo que te gustará.

—Mañana te espera un día importante, Kieran. No podemos salir hasta tarde. Deberías quedarte aquí y relajarte.

—No saldremos hasta tarde. Todavía no sabes qué he planeado.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? No quiero que te metas en un lío ni poner en peligro tu actuación de mañana.

—No vas a poner nada en peligro y es decisión mía —suspira pesadamente—. Si me quedo en casa las próximas horas, no dejaré de preocuparme y estresarme, más aún teniendo en cuenta todo esto de Danny Zuko. Es importante tomarse un descanso. Si estás inquieta, puedo llamar por teléfono a Neil y él te confirmará que es algo que no deja de decirme.

—No estoy segura de si esta vez lo haría —murmuro—. Pero voy a confiar en ti y, además, tengo ganas de salir. Aunque habrá que superar la barrera de periodistas que hay fuera.

—Matthew nos llevará en coche. Le pediré que llame cuando esté fuera.

—¿Y se puede saber cuál es este gran plan tuyo?

—Ya lo verás —dice con los ojos centelleantes—. La pregunta es: ¿estabas diciéndome la verdad?

Ladeo la cabeza con curiosidad.

—¿La verdad sobre qué?

Cuando el coche se detiene junto al edificio de la antigua central eléctrica de Battersea, todavía no estoy segura de qué es lo que Kieran tiene en mente. Aquí hay muchos lugares buenos para comer, pero dudo que ninguno de ellos sea la verdadera razón de la irritante sonrisa que luce en la cara. Hasta que no llegamos a la primera planta y, cogiéndome de la mano, me conduce con desatado entusiasmo hacia un local llamado Bounce, no comprendo por qué está tan satisfecho consigo mismo.

—Un bar con mesas de ping-pong —digo, y una carcajada sacude mis hombros.

—Me dijiste que eras buena. Ahora veremos si solo estabas inventándotelo para tratar de impresionarme.

—¡No me inventé nada para impresionarte!

Se detiene delante del local y arquea una ceja.

—Supongo que ahora lo comprobaremos. ¿Te parece un buen plan? ¿O quizá esperabas algo más glamuroso en nuestra primera cita?

—Si tenemos en cuenta la partida de dardos en el *pub*, técnicamente esta es la segunda.

—Segunda cita, pues —se muestra de acuerdo, y, cogiéndome de la cintura, me atrae hacia sí. Huele tan bien que el corazón se me acelera. Al pasar mis manos por sus anchos hombros, pienso que nunca me cansaré de que me abrace—. Bueno, ¿qué te parece?

—Para una segunda cita, creo que es... realmente perfecto. —Sonrío con picardía—. Ya me llevarás a algún sitio glamuroso en la tercera. Si es que hay una tercera, claro.

—La habrá.

—Qué engreído —digo con una sonrisa. Él inclina la cabeza y sus labios rozan suavemente los míos.

Es uno de esos besos con una gran carga significativa. No es urgente ni desesperado ni llamativo, sino cariñoso y suave y dulce. Parece transmitir que todo está bien, y hace que el corazón me palpite con rapidez y el estómago se me inunde de una cálida sensación de afecto. También consigue sosegar el frenético mundo que hay a nuestro alrededor. Cuando empieza a apartarse, me pongo de puntillas para besarlo de nuevo.

Entramos en el local y, cuando al tipo que nos atiende se le pasa el pasmo por tener delante a Kieran, nos sentamos a una mesa y pedimos un par de cócteles sin alcohol.

—¿Te parece bien que hagamos una ronda de calentamiento y luego juguemos un punto para ver quién saca? —sugiere Kieran, cogiendo una pala y dirigiéndose hacia el otro lado de la mesa.

—Perfecto —digo, lanzando la pala al aire y dejando que dé unas cuantas vueltas sobre sí misma antes de volver a cogerla con destreza. En realidad, ha sido mera casualidad, pero ha quedado de puta madre.

Kieran enarca las cejas, impresionado.

—No te pases conmigo, Hendrix.

—¿Es que tienes miedo, O'Sullivan?

—Nunca.

Empezamos a calentar y rápidamente me queda claro que, a pesar de que le dije la verdad y se me da bastante bien el ping-pong, el tenista profesional juega con ventaja. Sufrimos algunas pequeñas distracciones cuando una pareja que está en el bar se acerca para hacerse una fotografía con Kieran, lo cual, a su vez, alerta a otros de su presencia. Aun así, conseguimos olvidarnos de la

gente que nos toma fotografías y vídeos a escondidas y nos lo pasamos realmente bien.

Al poco estoy gritando de emoción cuando consigo llegar a una de sus dejadas, irritantemente astutas. Él está igual de implicado en el partido, y grita para sí «¡joder!» cuando no llega a la pelota o alza el puño a modo de celebración cuando gana un punto. En el siguiente partido, comenzamos a incorporar desafíos estúpidos como dar una vuelta entera sobre nosotros mismos después de golpear la pelota o jugar a la pata coja o con la mano izquierda. Lo mejor es cuando, inspirada por la música que suena en el bar, anuncio que debemos incorporar nuestros pasos de baile favoritos entre golpe y golpe. Aunque él necesita que lo anime un poco, cuando comienza a mover la cabeza como un pollo tras sacar, no puedo evitar partirme de risa. Cuando hago un impresionante *drive* liftado que Kieran es incapaz de devolver, se siente tan orgulloso de mí que arroja su pala sobre la mesa, corre a mi lado y me levanta dando vueltas.

No recuerdo haberme reído tanto en toda mi vida.

Después de un buen rato jugando, decidimos tomarnos un descanso y nos sentamos junto a la mesa de ping-pong para charlar y terminarnos las copas.

—¿Puedo preguntarte algo que me ronda la cabeza desde hace tiempo? —le digo, dejando mi cóctel a un lado.

—Estamos en una cita, Flossie, puedes preguntarme lo que quieras.

—Tal vez sea demasiado personal, así que no tienes por qué contestar si no quieres.

Él alza las manos.

—No te preocupes. Dispara.

Respiro hondo sosteniéndole la mirada.

—¿Por qué era imprescindible que te alojaras en Lingfield Road? ¿Te lo inventaste solo porque me negaba a marcharme del piso o realmente hay una razón?

Él asiente con lentitud, como si ya hubiera aceptado que algún día le haría esta pregunta.

—Hay una razón. Pero es un secreto. Si te lo revelo, luego tú tienes que contarme otro tuyo.

Sonrío.

—De acuerdo.

—Está bien. —Baja la mirada al suelo—. La primera vez que vine a Wimbledon fue porque Aidan iba a jugar el torneo júnior. Yo todavía era demasiado pequeño para participar. Lo eliminaron en la primera ronda y, cuando volvíamos en coche al hotel, le dije que sentía mucho que hubiera perdido. Él se encogió de hombros y me dijo que un día volvería y ganaría. —Hace una pausa antes de proseguir—. Y, a continuación, mirando por la ventana, añadió que un día viviríamos en una gran casa de esa misma calle y que ambos seríamos campeones de Wimbledon.

Extiendo una mano para coger la suya y entrelazo mis dedos con los suyos.

—En ese momento estábamos recorriendo Lingfield Road —continúa diciendo Kieran, levantando la vista hasta que sus ojos se encuentran con los míos, y esboza una triste sonrisa—. Como yo era un pequeño idiota arrogante, le dije que yo sería el primero en ganar Wimbledon. Él sonrió y me contestó: «Kieran, la única posibilidad que tienes es que ese año yo no participe por culpa de una lesión». Nuestro padre, que conducía el coche, estalló en carcajadas. Aidan era así de rápido. Era realmente listo.

—Por lo que cuentas, debía de ser brillante.

Me aprieta la mano y luego se recompone, irguiendo los hombros y ofreciéndome una sonrisa con los ojos centelleantes.

—Y esa es la razón por la que, si puedo alojarme en Lingfield Road, lo hago. No estaba inventándome nada.

—Lo entiendo. Es una buena razón.

De repente, junta las cejas con expresión pensativa.

—Debería darle las gracias.

—¿A quién?

—A Aidan —dice, encogiéndose de hombros—. Gracias a él te he conocido.

Me quedo sin aliento y el corazón me da tantos vuelcos que ya no puedo ni contarlos.

Señala la mesa de ping-pong con un movimiento de cabeza.

—Basta de charla. ¿Jugamos otra ronda o prefieres rendirte?

—¿Ante ti? Nunca —afirmo, cogiendo mi pala con entusiasmo.

Él sonríe, y juro por Dios que, cada vez que veo esos hoyuelos, más me enamoro. Me alegro de que se haya olvidado de preguntarme un secreto. El mayor que tengo es lo que siento por él y, si lo dijera en voz alta, seguramente lo asustaría.

Porque a mí me aterra.

26



Unos cinco minutos después de haber llegado a casa tras nuestra cita, suena el timbre, así que salgo de la cocina y recorro el pasillo para ir a abrir. Cuando lo hago, me encuentro a Zoe de pie en la entrada. Parece nerviosa. Los periodistas que habían estado esperando a que volviéramos del Bounce ya se han marchado. Deben de haber llegado a la conclusión de que, ahora que ya estamos en casa, difícilmente volveremos a salir. Todavía vestida con la ropa del trabajo —una blusa de seda blanca, pantalones negros de cintura alta y zapatos de tacón—, permanece con la cabeza un poco agachada y me mira con ojos de cordero degollado.

—Hola —dice con voz chirriante, tratando de esbozar una sonrisa.

La observo desconcertada por su presencia.

—Solo quería decir que no tenía ni idea de que Jonah iba a hacer esa entrevista —suelta rápidamente, echándole un vistazo a la mano con la que todavía sostengo la puerta como si temiera que fuera a cerrársela en la cara y tuviera que decírmelo todo antes—. Te juro que no lo sabía, Flora. Creo que sus mentiras son horribles y repugnantes, y le he enviado un mensaje diciéndoselo. Yo... lo siento mucho. Por todo.

—Ah. No te preocupes —farfullo, pues no sé bien qué decir.

Ella exhala con pesadez y hace una mueca.

—Estoy muy decepcionada conmigo misma. Realmente pensaba... Me construí una imagen equivocada de él en la cabeza. Lo que hice es terrible y me siento muy muy mal, Flora. Creía que estaba enamorada de él. Soy una idiota.

Dejando caer la mano con la que sostenía la puerta y apoyándome en el marco, bajo la mirada al suelo y aprieto los labios.

—Me sentía demasiado humillada y avergonzada para venir a hablar contigo —sigue diciendo, sorbiéndose la nariz—. Debería haberlo hecho antes, pero pensaba que no querrías saber nada de mí. Y, cuando te vi en el *pub* el otro día, quise romper el hielo porque..., bueno, vivimos al lado y no dejamos de vernos. No quería arruinarte la velada y decidí actuar como si nada, pero, cuando te marchaste, supe que había sido por mi culpa. —Se muerde el labio y me obligo a mí misma a no bajar la mirada—. No tienes por qué perdonarme ni tengo por qué caerte bien, Flora, solo quería que supieras que lo siento. Siempre has sido amable conmigo y yo soy la mala aquí. Fui una idiota que se dejó llevar por un romance prohibido y se quedó colgada de un tío que en realidad no existía. Él y yo hemos terminado. Si quieres —alza la barbilla de un modo desafiante—, puedo hablar con los periodistas y explicarles lo que sucedió de verdad.

Permanezco callada un instante, tratando de asimilar lo que ha dicho, y exhalo un suspiro.

—No quiero que hagas eso, Zoe. Gracias por la oferta, pero es mejor dejarlo estar.

Ella asiente. Al cabo de un momento de tenso silencio, se da la vuelta para marcharse.

—Gracias por la disculpa —digo, haciendo que se detenga y se gire esperanzada—. Y... no eres la mala. Fue Jonah quien rompió sus promesas.

—Aun así, lo hice mal —dice, encogiéndose de hombros con aire triste.

—Eso no te convierte en una mala persona.

—De veras que lo siento mucho.

—Lo sé.

Esboza una pequeña sonrisa. Yo se la devuelvo.

—Bueno, será mejor que te deje —dice, vacilando un momento antes de darse la vuelta—. Mañana estaré animando a Kieran.

—Se lo diré.

Cuando se marcha, cierro la puerta y apoyo la espalda en la pared para procesar la conversación. Kieran aparece en el pasillo. Lo ha escuchado todo desde el salón. Se me queda mirando con las cejas enarcadas.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento y me sorprendo a mí misma sonriendo.

—Sí. Lo estoy.

El timbre vuelve a sonar, sobresaltándome.

—¿Qué más crees que querrá decirme? —pregunto con el ceño fruncido y enderezándome.

Cuando abro la puerta, sin embargo, no es Zoe quien se encuentra al otro lado, sino un hombre alto vestido con un traje. Tiene el pelo moreno con algunos mechones entrecanos, la mandíbula definida y unos intensos ojos azules. Aunque no supiera ya quién es por haberlo visto en fotografías, lo habría reconocido a kilómetros de distancia.

—Hola, Flora —dice Brian con un marcado acento dublinés al tiempo que oigo como Kieran inhala a mi espalda—. ¿Está mi hijo?

Kieran y su padre parecen mantener un concurso de miradas. Apenas llevamos unos segundos en silencio, pero tengo la sensación de que esta tensión horrible e incómoda dura desde hace horas. Finalmente, Brian emite un ruido con la garganta que rompe el silencio.

—¿No vas a invitarme a pasar?

Está mirando a Kieran, aunque soy yo quien contesta.

—¿Eh? Ah, sí, claro. Lo siento, entra.

No estoy segura de que sea la respuesta correcta, pero estoy dispuesta a explicarle a Kieran que, sea lo que sea lo que pase a continuación (tanto si se trata de una discusión como de una inesperada reconciliación), es mejor que suceda dentro de casa que en la calle, donde cualquiera podría ser testigo.

Me hago a un lado y Brian entra en casa, limpiándose educadamente las suelas de los zapatos en la alfombrilla mientras cierro la puerta detrás de él con el corazón en un puño. Nunca había visto a Kieran tan tenso. Un tic le contrae los músculos de la mandíbula y todo su cuerpo permanece inmóvil como si se hubiera quedado congelado ahí mismo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta al tiempo que las arrugas de su frente se acentúan.

Brian no da otro paso adelante y se mete las manos en los bolsillos.

—Quería ver cómo estabas.

Kieran suelta una risa ahogada.

—No cuela.

—Lo digo en serio —dice Brian cansinamente—. Quería comprobar si estabas bien. Tenía la sensación de que debíamos hablar.

—Ah, ¿sí? —dice Kieran fríamente.

Puedo notar cómo vuelve a levantar sus muros, esa dura coraza exterior que ha ido derribando poco a poco estas últimas semanas está recomponiéndose de nuevo ante mis ojos. Su boca pasa a ser una fina línea recta, y sus ojos se vuelven fríos y desconfiados. Sus defensas están otra vez en alto, preparadas para contener cualquier ataque. Brian se interpone entre nosotros y me siento demasiado alejada de Kieran. Noto la necesidad de protegerlo y tranquilizarlo.

—¿Por qué no pasamos al salón? —sugiero, haciéndole un gesto con la cabeza a Kieran.

Este permanece inmóvil un momento, pero finalmente accede y vuelve al salón, permitiendo que Brian y yo lo sigamos. Dentro Kieran se queda de pie junto a la chimenea.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto a Brian, indicándole con un gesto que se siente.

Él escoge el sillón que hay junto a la ventana.

—No, gracias.

—No creo que se quede mucho rato —murmura Kieran.

Brian suspira. No sé muy bien qué hacer, pero ahí de pie, jugueteando con el dobladillo de mi camisa corta, estoy muy incómoda, así que me siento en el reposabrazos del sofá. De repente, sin embargo, caigo en la cuenta de que en realidad yo no debería estar aquí, de modo que vuelvo a ponerme de pie.

—Os dejaré solos para que habléis. ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada? —digo, y se me escapa un gallo que delata lo incómoda que me siento.

—Puedes quedarte si quieres —dice Kieran, y reparo en el fugaz pero claro destello de vulnerabilidad que asoma en su expresión. Un momento después ha desaparecido y él vuelve a mirar con dureza a

su padre—. Lo que sea que tenga que contarme puede decírmelo delante de ti.

Vuelvo a sentarme lentamente en el sofá.

—Bueno... —comienza a decir Brian forzando una sonrisa—, ¿cómo estás, Kieran? Mañana juegas las semifinales, eso es...

—¿Qué haces aquí? —lo interrumpe Kieran de golpe.

—Ya te lo he dicho, quería ver cómo estabas.

—Podrías haberme enviado un mensaje o haberme llamado.

—Sabía que no contestarías o no cogerías el teléfono.

—Así que... has decidido coger un avión y llamar a mi puerta.

—Algo así —dice Brian removiéndose en el asiento—. Neil me llamó.

Cruzándose de brazos, Kieran sonríe con incredulidad y baja la mirada al suelo.

—A mí también me sorprendió. Hacía mucho que no hablábamos —prosigue Brian con expresión ceñuda mientras estudia atentamente a su hijo—. Le parecía una buena idea que viniera a... hablar contigo. Tiene la sensación, y yo estoy de acuerdo, de que es importante que intentemos arreglar las cosas entre nosotros ahora que has avanzado tanto en el torneo. No quiere que tengas distracciones.

Juro que, cuando dice eso, sus ojos se desvían un momento hacia mí.

—Ah, ¿sí? Pensaba que Neil me conocía bien —dice Kieran—. Ya veo que no es así.

—Kieran, quiero que sepas que ha habido un malentendido respecto a lo del libro —dice Brian, inclinándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas y juntar las manos. Parece sorprendentemente relajado teniendo en cuenta las circunstancias. Apenas puedo moverme a causa de la tensión.

Kieran enarca las cejas.

—¿No estás escribiendo uno?

—He escrito uno, sí —confirma antes de añadir con rapidez—, pero no es lo que piensas. No es una autobiografía.

—Tenía entendido que lo era.

—¿Lo leíste en la prensa? —Brian le lanza una mirada reprobatoria —. ¿Acaso te crees todo lo que publican? Ya deberías saber que es mejor no hacerlo.

Kieran no dice nada y aprieta con fuerza los labios.

—Es una guía de tenis —dice Brian suavemente, dirigiéndole una mirada sincera—. Incluyo algunas experiencias personales contigo y con Aidan, ¡pero es una celebración de ambos! De vuestro talento y vuestra ética de trabajo. La gente que lea el libro se sentirá inspirada por vuestra historia. Se dará cuenta de que el tenis es más que un simple juego, de que puede salvar vidas. Tú siempre has dicho eso, ¿no? Quería ponerlo por escrito para que inspirara a otros. Si quieres, puedes leer el manuscrito antes de que se publique. No hay nada en él por lo que debas preocuparte.

Kieran observa como su padre se pasa una mano por el pelo.

—Lamento no habértelo contado antes —añade Brian en un tono suave—. Fue un error por mi parte. Estaba intentando hacer acopio del valor necesario para ponerme en contacto contigo. He sido un cobarde, lo reconozco. No he venido aquí a causar problemas, Kieran. Si quieres que me vaya, lo haré. Tienes que estar en forma y nunca haría nada que pudiera poner en peligro tus opciones de ganar Wimbledon. —Tras suspirar pesadamente, se pone de pie—. Lo cierto es que me alegro de que Neil me llamara. Ha sido el empujón que necesitaba para venir aquí y decirte a la cara lo orgulloso que me siento de ti.

La mandíbula de Kieran se tensa cuando Brian se acerca con cautela a él.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —enfatiza con voz trémula deteniéndose delante de él. Con los ojos vidriosos, Kieran aparta ligeramente la cara y parpadea furioso—. Deberías haberme visto en el *pub*, viéndote jugar el partido de cuartos de final. Mis gritos y vítores le dejaron claro a todo Dublín que eres mi hijo.

Inclinando la cabeza, Kieran no puede evitar sonreír. Brian repara en ello y, animado, extiende una mano y la coloca en su brazo.

—Todo el país te apoya —le dice, dándole un apretón—. No importa lo que suceda ahora, ya nos sentimos orgullosos de ti. Aun así, sé que puedes rematar la faena. Y tú también, ¿verdad?

Kieran traga saliva y asiente con firmeza.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero me gustaría quedarme y ayudarte en lo que pueda —dice Brian—. Cuando trabajábamos juntos, conseguía sacar lo mejor de ti. Hace mucho que no lo hago; quiero compensártelo. He estado estudiando tu juego en este torneo y hay unas pocas cosas que, a mi parecer, puedes hacer para mejorar aún más. Son solo un par de consejos. Neil es quien está a cargo, lo tengo claro. Deja que os eche una mano. Si no funciona, siempre puedes darme la patada.

A juzgar por su expresión, Kieran no parece muy convencido.

—Ya no soy el mismo, Kieran —le dice Brian con firmeza—. He estado haciéndoles frente a mis problemas y he cambiado. Mis antiguos métodos —niega con la cabeza desaprobatoriamente— eran incorrectos. Si me dejas, quiero compensártelo, hijo.

Lo mira con aire esperanzado. Tras respirar hondo, Kieran decide hablar.

—¿Solo tienes un par de consejos?

Brian sonríe y deja escapar una risa ahogada.

—Quizá algunos más. —Se vuelve hacia mí y vacila—. Flora, me pregunto si podría aceptar ahora tu oferta de algo para beber. Me encantaría una taza de té. Con leche y azúcar, si tienes.

—Sí, claro —digo, poniéndome de pie—. ¿Quieres algo, Kieran?

Este niega con la cabeza y yo salgo del salón con una sensación de incertidumbre arremolinándose en mi estómago. Brian parece sincero. Me alegraría que Kieran pudiera encontrar un modo de perdonarlo y volviera a trabajar con él si eso es lo que realmente quiere. Sin embargo, también soy consciente del poder que alguien como Brian tiene sobre su hijo, que siempre buscará su aprobación. Su interpretación del papel de padre arrepentido ha sido perfecta, temo incluso que demasiado.

Mientras el agua hierve, no puedo oír su conversación, pero, cuando el hervidor se para y sirvo el té, pillo una parte. Con cautela, me acerco a la puerta y escucho las voces procedentes del salón.

—... y no querrás echar a perder tu sueño por algo que quizá no vaya a ninguna parte —está diciendo Brian en un tono de voz bajo, aunque lo suficientemente claro para que pueda oír cada una de las palabras.

—Eso no lo sabes, papá. No has estado aquí.

—Lo que sé es que estás a punto de conseguir aquello por lo que has estado trabajando toda la vida y cualquier tipo de distracción, el menor altibajo emocional, puede hacer que descarriles. Este acuerdo de convivencia... es extraño. Y lo entiendo, de verdad. Sé lo mucho que te importa esta calle, y Neil me ha explicado lo que pasó. Le has sacado el mayor provecho posible a la situación, soy consciente de ello. Pero nada es más importante que el torneo. Nada. ¿Crees que volverás a tener otra oportunidad como esta, Kieran? Sé honesto contigo mismo. Este es el momento de la verdad. Estoy seguro. Y creo que tú también.

Se hace un silencio y luego no llego a oír la respuesta de Kieran.

—Este es tu momento, hijo mío. Ha llegado tu oportunidad, y juntos nos aseguraremos de que la aproveches. Te lo debes a ti mismo y a tu país. Se lo debes a Aidan. Es hora de ponerse serios. No dejes que nada ni nadie se interponga entre tú y tu sueño.

Más silencio, y luego oigo que Brian dice afablemente:

—Muy bien.

Lo cual significa que Kieran debe de haberse mostrado de acuerdo.

Es un buen consejo, después de todo. No debería dejar que nadie interfiera. Si se tratara de cualquier otra persona, yo estaría asintiendo enérgicamente en vez de permanecer apoyada en el marco de la puerta con una devastadora sensación atenazándome el corazón. Porque no hace falta ser un genio para saber que ese alguien del que estaba hablando Brian, ese alguien que se interpone entre Kieran y su sueño, soy yo.

27



Después de que Brian se marchara, le anuncié a Kieran que dormiría en el sofá. Él reaccionó como si no comprendiera mi decisión e intentó convencerme para que me quedara en el dormitorio.

—Ambos sabemos que necesitas descansar —le recordé entonces con una sonrisa tranquilizadora—. Imagina que me pongo a hablar en sueños o que comienzo a darte patadas o algo así. Sería un desastre que no pudieras dormir por mi culpa. Así te asegurarás de obtener el importantísimo descanso que necesitas para mañana. —Él no se mostró del todo convencido, de modo que, cuando terminé de colocar el edredón en el sofá, me acerqué a él y le di un pequeño beso en los labios—. No hay ningún problema, ¿de acuerdo? Es solo que ahora mismo lo más importante es el partido de mañana.

Si se dio cuenta de que estaba parafraseando a su padre, no me lo dijo. Se limitó a suspirar y, a regañadientes, accedió antes de darme otro beso. Al abrazarme, sus manos se deslizaron por mi espalda y me atrajo hacia sí mientras hundía la nariz en mi pelo.

—Pero te echaré de menos —me susurró a la oreja.

Se me formó un nudo en la garganta y preferí no decir nada.

Y es que, si Kieran no hubiera estado de acuerdo con su padre, se lo habría dicho. Le habría subrayado que había llegado a semifinales y que estaba jugando mejor que nunca, tal y como me dijo a mí en los vestuarios. Le habría dicho que me necesitaba. Sin embargo, no lo hizo. No dijo nada de nada. Y, la verdad, ahora que hay otra persona más en su rincón oponiéndose a nuestra relación, no me sorprende que haya comenzado a hacerles caso.

Yo tenía claro que no podía renunciar a lo nuestro, pero había aceptado el hecho de que tal vez debía dar un paso atrás y esperar entre bambalinas hasta el final del torneo. Si lo que necesitaba Kieran para ganar era que le dejara espacio, no vacilaría. Así pues, para cuando Brian finalmente se marchó a su hotel, yo ya había decidido que dormiría en el sofá. No quería hacer las cosas todavía más complicadas o confusas para Kieran. De esta forma, él no tenía que tomar ninguna decisión. Ya tenía suficientes cosas en la cabeza. Yo tomaría las difíciles por él.

Obviamente, apenas he dormido.

Cuando oigo que Kieran entra en el cuarto de baño, ya estoy completamente despierta, mirando al techo. Tras obligarme a mí misma a levantarme, me quito el pijama y me pongo unos pantalones vaqueros rasgados, anchos y de cintura alta y una camiseta. Soy plenamente consciente de que su equipo llegará en cualquier momento y preferiría que esta vez no me pillaran en pijama o envuelta en una toalla. Me ducharé cuando se hayan ido. Estoy haciéndome un moño suelto cuando, tal y como esperaba, suena el timbre.

—Buenos días —dice Neil, entrando a grandes zancadas en cuanto abro la puerta.

—Buenos días —contesto mientras unas cuantas personas más del equipo de Kieran se internan en el piso.

El último en pasar es Brian, que me saluda con una sonrisa forzada mientras cierro la puerta detrás de él.

—¿Cómo estáis esta mañana?

—Yo bien, gracias. A Kieran todavía no lo he visto, así que no puedo hablar por él.

—Ah.

De vuelta en el salón, comienzo a apartar mis cosas para hacer sitio. Reparo en la mirada que intercambian Brian y Neil cuando doblo el edredón y retiro la almohada del sofá para guardarlos en el baúl. Tras cerrar la tapa, me enderezo y me cruzo de brazos.

—Flora —comienza a decir Neil, acercándose a mí con una expresión solemne en el rostro—. Realmente pienso que es lo mejor que...

—Ya sé lo que piensas —digo, y mi interrupción suena mucho más brusca de lo que esperaba. Neil abre los ojos como platos, sorprendido ante mi tono, y Brian arquea una ceja. Entonces respiro hondo y murmuro—: Quiero que Kieran sea feliz, de modo que deseo que gane. Haré lo que él necesite.

Neil asiente a modo de respuesta.

—Gracias, Flora. E imagino que no quieres hablar al respecto, pero lamento todo eso que ha aparecido en la prensa sobre tus padres. Si necesitas hablar con Nicole, no dudes en llamarla.

Alzo la cabeza de golpe y la sangre se me hiela en las venas.

—¿Qué? —susurro antes de ponerme a buscar frenéticamente mi móvil. Lo encuentro sobre la mesita de centro y tecleo mi nombre en Google con rapidez.

—¡Ah, no lo habías visto! —dice Neil asustado—. Pensaba que...

Se calla al ver mi expresión. La mayoría de los artículos sobre mí son historias de relleno sobre la cita que tuvimos Kieran y yo en el Bounce y en ellos usan las grabaciones que hicieron otros clientes

del bar. También hay alguno que otro acerca de Jonah y su triste historia.

Pero hay uno nuevo más reciente:

> De una infancia traumática a un apasionado romance en Wimbledon: cómo Flora Hendrix, la nueva pareja de Kieran O'Sullivan, superó sus problemáticos años de adolescencia con una madre alcohólica y un padre ausente hasta encontrar la felicidad con el chico malo del tenis.

Mientras ojeo el artículo, tengo la sensación de que me falta el aliento. El autor desconoce la mayoría de los hechos y apenas consigue trenzar unos cuantos detalles para convertirlos en un texto disperso e inconexo. En realidad, los lectores descubrirán muy pocas cosas sobre mí. Aun así, en él se mencionan los «devastadores problemas de adicción» de mi madre antes de su trágica muerte; se explica que, tras separarse de ella y marcharse de casa, mi padre se casó por segunda vez; e incluso hay una línea en la que se menciona que solía «refugiarme» en Lake District con mi abuela. Cuando llego a la cita de Jonah en la que explica que no me gustaba hablar de mi infancia, todo encaja. No puedo creer que haya podido mencionarle esto a un periodista.

—¿Estás bien? —pregunta Neil, y suena realmente alarmado.

Mi expresión debe de ser terrible para que se preocupe por mí. Mi cerebro entra en acción con rapidez.

—No se lo digas a Kieran —me apresuro a decir, levantando la mirada de la pantalla del móvil.

—Pero... —comienza él con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio. No puede enterarse —digo, procurando no alzar demasiado la voz y cogiendo a Neil de la muñeca—. Debes ocultárselo. No dejes que nadie se lo mencione. Si lo ve, se disgustará mucho y podría afectar a su juego. Por favor.

Neil se frota la frente.

—Flora...

—Nos aseguraremos de que no lo vea —afirma Brian, comprendiendo al instante lo que estoy diciendo.

Finalmente, Neil asiente, aunque todavía no parece del todo convencido. Comprendo su reticencia. La última vez que le ocultó algo a Kieran se llevó una buena bronca y sé que hará todo lo posible para no poner en peligro la relación entre ellos dos, pero esto es lo mejor. Por mi parte, tengo claro que Kieran se culparía a sí mismo por el artículo y que, por más que no sea cosa suya, no conseguiría sacárselo de la cabeza antes del partido de esta tarde. Estaría distraído y cabreado. No podemos arriesgarnos. No puedo permitir que cargue con esto.

—Quizá sea mejor que hoy te mantengas a cierta distancia, Flora —sugiere Brian—. No queremos que nada lo distraiga de un partido tan importante y, si se da cuenta de que estás recibiendo mucha atención, podría perder la concentración.

Con el corazón encogido, asiento.

Cuando Kieran aparece por la puerta con la bolsa colgada del hombro, Neil se acerca a él con una sonrisa.

—Un gran día por delante —declara, frotándose las manos—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Kieran me busca con la mirada y en sus labios se forma una sonrisa—. Hola.

—Hola —respondo, haciendo un gesto hacia Brian.

Kieran se gira en su dirección y su sonrisa se desvanece.

—Estás aquí, papá.

—Listo para ponerme en marcha. —Brian asiente y da un paso adelante para colocarse al lado de Neil.

Yo me despido con la cabeza y me retiro.

—¡Todo el mundo fuera, vamos! ¡Los coches nos esperan! —anuncia Neil—. Kieran, creo que te gustará el programa de actividades previas al partido que hemos preparado. Primero un par de masajes, luego un poco de calentamiento y acabaremos repasando la estrategia.

—Sí, está bien —dice Kieran distraído—. Flossie, Matthew vendrá a recogerte antes del partido. Jugamos en segundo lugar, así que la hora de inicio dependerá de lo que dure el primer encuentro, pero yo creo que probablemente será sobre las cuatro. ¿Qué opinas tú, Neil?

—En realidad, Kieran, yo... no creo que pueda ir a verte hoy —digo.

Se hace el silencio en el salón. Kieran se me queda mirando fijamente con expresión de desconcierto. Neil baja la vista al suelo. Brian alza la barbilla. Mis palabras van en contra de todos mis instintos. Me gustaría estar en las gradas viéndolo jugar. Necesito estar ahí para él. Y, hoy que han difundido detalles privados de mi infancia para el entretenimiento de la gente, necesito sentirme cerca de él. Pero no se trata de lo que yo quiero o necesito, sino de lo que es mejor para él.

—¿No vas a venir? —dice Kieran lentamente, como si pronunciar las palabras en voz alta lo ayudara a comprenderlas.

—Tengo... —digo mientras mi cerebro hace todo lo posible para encontrar una excusa creíble— una entrevista de trabajo. Es por la tarde y no podré llegar a tiempo a Wimbledon.

Él ladea la cabeza.

—¿No puedes cambiarla?

—No, hay muchos candidatos y solo podía ser a esa hora.

Clava sus ojos en mí. A pesar de que lo intento, me resulta imposible sostenerle la mirada y bajo la vista al suelo.

—Esta es la primera vez que juego en la pista central —le oigo decir con un hilo de voz.

Dios, cómo duele esto. Joder. Está diciéndome que me necesita sin decirme que me necesita. Algo en mi interior se tambalea. A lo mejor todo el mundo lo ha entendido mal. Abro la boca para decir algo, pero Brian rodea a Neil y, acercándose a Kieran para darle unas palmadas en el brazo, dice:

—Y nos tendrás a Neil y a mí y a todo tu equipo en el palco. Estaremos ahí para ti. Tendrás todo el apoyo que necesitas. Ella no puede dejarlo todo para adaptarse a ti. Si tiene una entrevista de trabajo, no puede renunciar a ella. Estará animándote desde la distancia, ¿verdad, Flora? Esto son las semifinales de Wimbledon, Kieran. No deberías estar pensando en quién estará en el palco mientras juegas, sino en cómo vas a jugar y en quién es tu contrincante. Olvídate del público. Concéntrate en ti mismo.

Kieran baja la mirada.

—Muy bien, vamos —dice Brian, haciéndole un gesto con la cabeza a Neil.

Mientras todos salen del salón, yo me quedo donde estoy mordiéndome las uñas. Todo esto me parece antinatural, y, a pesar de que quiero hacer lo que sea mejor para Kieran, no puedo dejarle marchar sin al menos despedirme. Salgo corriendo al pasillo antes de que abran la puerta de entrada.

—¡Kieran! —exclamo, haciendo que todos se vuelvan hacia mí. Él está detrás de su padre y estira el cuello para mirarme—. Yo... yo solo... ¿Tienes las pompas de jabón?

Su expresión esperanzada se desvanece de golpe.

—No me iría sin ellas —dice, dándole unas palmaditas a un lado de la bolsa.

Sonrío, pero él no llega a verlo. Ya se ha dado la vuelta y está ocupado colocándose la gorra, bajando la visera para salir a la calle. Comienzo a sentir un escozor en los ojos.

—Atención a todos, agachad la cabeza —avisa Neil antes de abrir y que los *paparazzi* rodeen la verja que hay al final de la escalinata.

Cuando ya han salido todos de casa, me quedo mirando la puerta cerrada un buen rato. Tengo la sensación de que, de algún modo, he defraudado a Kieran. Noto una presión en el pecho que hace que me cueste incluso moverme. Al final, me obligo a mí misma a ir al cuarto de baño para prepararme, pero me siento como una zombi y me muevo casi por inercia.

Al menos el artículo sobre mi infancia no ha tenido demasiado eco. Aquello de lo que todo el mundo realmente habla hoy es de que, contra todo lo esperado, Brian vuelve a formar parte del séquito de Kieran.

La primera vez que recibo una llamada de la oficina de mi padre, la ignoro.

Tengo los ojos pegados a la pantalla del televisor. Kieran va perdiendo por dos sets. Está resultando durísimo ver este partido, y me alegro de no estar en el palco. En casa puedo hundir la cara en las manos y gritar cada vez que comete un error.

El apoyo con el que cuenta Kieran en la pista central es increíble: pueden verse un montón de prendas verdes en las gradas —jerséis verdes, camisetas verdes, gorras verdes— y muchas banderas irlandesas ondeando entre cada punto. Sus seguidores se hacen oír cada vez que gana uno. Lamentablemente, no han sido muchos. Está jugando contra el danés Arne Jensen, que, según me ha explicado Iris, es el cabeza de serie número once y juega mejor en

hierba. Jensen parece mucho más concentrado que Kieran, y el hecho de que este haya comenzado a perder los estribos no ayuda nada. Encima, en el segundo set ha recibido una advertencia de la jueza de silla por haber perdido demasiado tiempo en un saque. Kieran ha protestado y, acercándose a ella, ha comenzado a decirle a gritos que no era justo, pero no ha cambiado de opinión. Ha sido duro de ver.

Brian está sentado en el palco junto a Neil y, presa de la exasperación, no deja de negar con la cabeza y alzar los brazos cada vez que Kieran levanta la mirada en su dirección. Los comentaristas ya han observado que parece estar cometiendo demasiados errores no forzados. «Es lo que pasa al llegar a la pista central —ha dicho uno de ellos hace un momento—. Algunos jugadores no soportan la presión y pierden la cabeza».

Cuando Kieran envía lo que debería haber sido un derechazo ganador directamente a la red, suelta un grito de exasperación y arroja la raqueta al suelo. Esto le cuesta otra advertencia de la jueza de silla y se la queda mirando, negando con la cabeza y con los brazos en jarras. Justo entonces recibo otra llamada de la oficina de mi padre. Es una buena excusa para silenciar la retransmisión. No estoy segura de que pueda seguir viendo esto mucho más rato.

—Hola, Andy —digo despreocupada cuando descuelgo—. Perdona por no haber podido contestar antes.

—Hola, Flora. Soy yo.

El sonido de la voz de mi padre hace que de inmediato me siente erguida.

—¡Papá! ¡Hola! —exclamo repentinamente aturullada y nerviosa. Estoy acostumbrada a hablar con su asistente personal, no con él directamente. Cada vez que lo hacemos, no sé cómo comportarme —. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien —dice con su habitual tono seco y formal—. En realidad, te llamaba para hacerte esa pregunta yo a ti.

—¡Oh! —Trago saliva—. Eso es..., eh..., muy amable por tu parte.

Se hace un breve silencio y luego prosigue:

—Lamento no haber estado en contacto últimamente.

—No pasa nada. Sé que estás ocupado.

—Sí. Parece que tú también.

—Siento que los periodistas os hayan estado molestando a ti y a Camila. Yo no les he contado nada. Confío en que, si seguimos ignorándolos, terminarán aburriéndose y dejarán de fisgonear sobre mi vida. —Vacilo un momento y me paso una mano por el pelo—. No sé si has visto el último artículo que han publicado hoy sobre... mi infancia.

—Sí. Por eso llamaba. Mi equipo me lo ha enseñado esta mañana.

Me muerdo el labio y noto como mi rostro se sonroja.

—No son más que tonterías. Creo... Dios mío, qué vergüenza... Creo que mi exnovio les ha contado algunos chismes con los que luego ellos han construido sus artículos. ¿Puede esto afectar de alguna manera a tus negocios?

Él suspira pesadamente.

—No te he llamado para que te disculpes, Flora. Lo que quiero es disculparme yo.

Titubeo. Me siento demasiado estupefacta como para decir nada. Él se aclara la garganta y prosigue.

—Puedo comprender que sintieras que... te abandoné en un momento difícil de tu vida, y soy consciente de que no he estado presente mientras crecías.

—Ya te he dicho que yo no he hablado con la prensa, papá. Ese artículo no refleja mi opinión.

—Aun así, no te culparía si lo hiciera —dice él—. Podría decirse que este artículo ha sido una llamada de atención. En adelante, me gustaría hacer un esfuerzo para mejorar nuestra relación, Flora.

Contengo una risa nerviosa. No es que no aprecie la llamada o lo que está diciendo. Mi reacción se debe al modo en que lo dice: con una formalidad profesional, como si estuviera hablando con un cliente sobre un negocio, no con su hija sobre su relación. He aprendido a aceptar el hecho de que no es una auténtica figura paterna en mi vida. Lo veo más como un conocido que se siente culpable y está dispuesto a ayudarme económicamente cuando lo necesito. Hubo una época en la que deseaba que me prestara atención, pero en algún momento terminé aceptando la realidad. Eso hizo que todo fuera más fácil. Él es un importante hombre de negocios que siempre me parecerá un poco intimidante porque nunca he obtenido su aprobación, y yo soy la hija artística de un matrimonio fallido a la que nunca ha llegado a comprender. Nos las arreglamos manteniendo una relación educada, emocionalmente contenida y distante. La verdad es que no se le da muy bien esto de ser padre.

De ahí que esta llamada para hablar sobre nuestra relación me suene a estrategia de negocios.

—De acuerdo —digo al tiempo que le echo un vistazo a la tele y veo que van 6-6 en el tercer set.

—Bien. He hablado con Camila y nos gustaría ir a verte este verano.

Enarco las cejas.

—¿Queréis venir a Londres?

—Así podrás enseñarnos tu piso y la zona, y quizá podríamos conocer a tu novio.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Mi novio?

—Kieran O'Sullivan. —Hace una pausa—. La razón por la que llamo es que me he dado cuenta de que no estabas en la pista central. He temido que tal vez el artículo sobre tu madre... Como he dicho, quería saber si estabas bien.

Me sorprendo a mí misma sonriéndole al teléfono.

—Gracias. Es muy considerado por tu parte. Estoy bien. ¿Estás viendo el partido, entonces?

—Solo un rato. Lamentablemente, no tengo tiempo para verlo hasta el final, pero siempre me ha gustado O'Sullivan —dice, elevando el tono hasta sonar casi entusiasta—. Lo vi jugar en el Abierto de Estados Unidos al principio de su carrera y por aquel entonces ya se notaba que tenía algo especial. Me encantó oír que estabas saliendo con él.

Nunca había oído hablar a mi padre con esta pasión. Parece casi relajado, como si realmente estuviera disfrutando de la conversación, algo a lo que no estoy nada acostumbrada. Me desconcierta.

—Anda. Sí, bueno, ha sido todo un poco loco.

—Ya imagino. En cualquier caso, ahora estoy en la oficina y me temo que no tengo demasiado tiempo para charlar. Pero en otro momento podemos ponernos al día y me hablas un poco de él. Ya sabes, cómo os conocisteis, etcétera.

—De acuerdo —asiento—. Te pondré al corriente de todo el... «etcétera».

Él se queda callado y oigo como exhala.

—Lamento lo que han escrito sobre tu madre.

—Sí, yo también —digo en voz baja.

—Ella te quería, ¿sabes?

—Lo sé.

—No siempre fui muy amable con ella.

Sonrío débilmente.

—Ella tampoco lo fue contigo, papá.

—No, ya lo sé. —Respira hondo—. Decía en serio lo de hacer un esfuerzo para mejorar nuestra relación, Flora.

—Sí, suena bien. Es decir, yo también quiero.

—Perfecto. Bueno, ahora me temo que tengo que colgar para ir a una reunión —dice con brusquedad.

—Sí, yo también. Bueno, no a una reunión, pero... también tengo que colgar.

—Oye, mira, puede que haya tenido un golpe de suerte.

—¿Quién?

—Kieran —me informa—. El otro tipo se ha caído durante el *tie-break* del tercer set. Parece que se ha lesionado.

Me doy la vuelta para ver la tele. La cámara enfoca a Jensen, que está sentado en el suelo y se aferra uno de los gemelos con una clara expresión de dolor en el rostro.

—Esperemos que Kieran aproveche esta oportunidad para volver a meterse en el juego —dice mi padre animado—. Como le dije a Camila cuando estábamos viendo su último partido, el tenis depende sobre todo de la fuerza mental. Uno tiene que negarse a dar su brazo a torcer, aunque todo parezca estar perdido.

—Sí..., estoy de acuerdo.

—Mmm. Bueno, quizá podamos ir a Wimbledon el año que viene. Podría ser algo divertido para hacer juntos. Tú y yo, quiero decir.

Asiento lentamente.

—Sí. Tal vez.

—Muy bien. Hablaré con Camila y te propondremos algunas fechas para el viaje de este verano —concluye—. Hasta pronto, Flora.

—De acuerdo. Hasta pronto, papá.

Cuelga. Sintiéndome completamente desconcertada por la llamada, cojo el mando a distancia y subo el volumen justo a tiempo para oír el clamor del público cuando Kieran gana el tercer set.

28



—... y con esta actitud, Kieran, no vas a ganar mañana. Chris Courtney te dejará en ridículo en la pista central delante de todo el mundo. ¿Es eso lo que quieres?

La voz de Brian resuena por todo el piso en cuanto entra por la puerta el sábado por la tarde. La agresividad de sus comentarios hace que se me revuelva el estómago. Comienzo a recoger los dibujos que están desperdigados por la mesa de la cocina y los apilo ordenadamente. Luego dejo el lápiz y me dirijo al fregadero para limpiarme los manchurrones oscuros de las manos.

—Tienes que atacar más, Kieran —le indica Brian. Su voz se oye cada vez más a medida que se acercan a la cocina—. No estás jugando como si de verdad quisieras ganar. ¿Quieres ganar?

—Claro que sí —contesta Kieran, ya en la puerta.

Cierro el grifo y levanto la mirada cuando entra.

—Hola.

—Hola —contesta él, y, frunciendo aún más el ceño, se dirige directamente a la nevera para coger una bebida energética.

Brian se queda en la entrada, ignorando por completo mi presencia.

—No estás jugando bien porque estás permitiendo que tus emociones te dominen. Tienes que mantenerte concentrado. No puedes dejar que tu mente y tus emociones te boicoteen. Tienes que ser más...

Busca la palabra.

—¿Más como Aidan? —sugiere Kieran en un tono mecánico y cortante.

Tengo la sensación de que me quedo sin aliento.

Brian exhala lentamente y su expresión se ensombrece.

—Más controlado, eso es lo que iba a decir. Por el amor de Dios, Kieran. —Sus ojos se desvían un momento hacia mí y se aclara la garganta—. Descansa un poco un par de horas. Luego volveré para analizar el partido de hoy y repasaremos la estrategia para el de mañana. Chris tiene muchos puntos débiles que podemos atacar. Puedes ganar. Solo necesitas encontrar la fuerza para luchar por lo que quieres.

Kieran no dice nada. Se limita a darle un trago a su bebida con una expresión inescrutable.

Brian niega con la cabeza. Tras dar media vuelta, se aleja rápidamente por el pasillo y sale del piso. Solo cuando se ha ido tengo la sensación de que puedo volver a respirar, aunque, por alguna razón, su presencia parece seguir sintiéndose en la estancia. Es como si, de algún modo, ahora la atmósfera se hubiera vuelto más fría por su culpa. Kieran permanece inmóvil, con el cuerpo en tensión, la boca apretada y los ojos vidriosos.

No es el mismo. Su expresión, su postura, todo en él ha cambiado. Desde que alcanzó las semifinales, lo siento más distante. Eso es lo que yo quería. Era por su bien. Sin embargo, estos últimos dos días en los que he procurado mantener las distancias, no he podido evitar que me doliera en el alma ver como iba encerrándose

en sí mismo. No sé qué se siente al llegar a la final del torneo de Wimbledon, pero sí puedo imaginar lo difícil que debe de ser mantener la concentración bajo toda esa presión. Y parece que la manera que tiene Kieran de lidiar con ello es volverse insensible ante todo y todos los que lo rodean.

Todo el mundo está hablando de ello. Es una historia sensacional: Kieran O'Sullivan y Chris Courtney cara a cara en la final de Wimbledon. Los dos grandes rivales, ambos ya veteranos del circuito y también desesperados por conseguir este título. Chris ha ganado otros torneos de Grand Slam, pero nunca Wimbledon. Según la prensa, la atmósfera en Irlanda este fin de semana es eléctrica. En todas las calles de Dublín han pegado carteles con la cara de Kieran y los *pubs* están repletos de aficionados con ganas de celebrar la inesperada vuelta a lo más alto del chico local. El domingo todo el país estará viendo el partido y animándolo.

En el apartamento, sin embargo, la atmósfera es otra.

Brian y Neil vinieron con Kieran después del partido de semifinales del viernes. Apenas pude felicitarlo antes de que ellos comenzaran a explicarle la estricta rutina que tenían preparada. Cuando se marcharon, él se quedó conmigo en el salón y ninguno de los dos parecía saber qué decir.

—Has llegado a la final —conseguí decir estúpidamente por fin.

Él asintió.

—Me cuesta creérmelo.

—A mí no.

Alzó la mirada hacia la mía con el entrecejo arrugado y la mandíbula tensa.

—Flora —dijo—, ese artículo sobre tus padres...

—No es nada. Esperaba que no lo vieras.

—Me lo han enseñado después del partido. Debes de haber pensado que no me importaba.

—No, eso no es... No he pensado eso. En cualquier caso, preferiría olvidarme de ello.

Él agachó la cabeza.

—Lo siento mucho.

—Lo que tenemos que hacer es hablar sobre tu victoria. ¡Has llegado a la final de Wimbledon! Es increíble, Kieran. Estoy tan orgullosa de ti...

—He tenido suerte —dijo con expresión sombría—. Todo el mundo sabe que, de no haber sido por el calambre que ha sufrido, Jensen habría ganado. En el último set apenas podía correr.

—Eso no es cierto. Habrías ganado de todos modos. Eso es lo que pienso yo.

No me contestó, así que me acerqué a él y, con aire vacilante, lo rodeé con los brazos. Sus manos se deslizaron con lentitud a la parte baja de mi espalda y, acercándome hacia su cuerpo, exhaló directamente en mi pelo como si estuviera expulsando algo más que aire: el estrés, la ansiedad, el caos del día..., hasta que al final se quedó inmóvil. Permanecimos así unos pocos segundos y yo noté entonces como mi determinación iba fracturándose a medida que me derretía en la calidez de su pecho, sentía la segura solidez de sus brazos alrededor de mi cuerpo y apreciaba la fragancia que despedía recién salido de la ducha y que me provocaba escalofríos.

Me moría de ganas de hablar con él. Quería preguntarle cómo se sentía y explicarle cómo me sentía yo, hablar con él de su día y contarle el acuerdo al que había llegado con su padre. Pero no habría sido justo cargarlo con todo eso cuando acababa de jugar el partido de semifinales. Estaba agotado.

De modo que me aparté de él y le dije que deberíamos irnos a dormir.

Él permaneció inmóvil y pensativo mientras yo colocaba la almohada y el edredón en el sofá.

Era por su bien.

Pero, al mirarlo ahora, mientras continúa apoyado en la encimera, terminándose su bebida energética como un robot que ha sido programado para jugar al tenis y luego permanecer apagado entre partidos, no estoy tan segura de que todo esto sea por su bien. Estos últimos dos días, lo he dejado a merced de Neil y Brian, sin nadie más con quien hablar. Ellos no son precisamente la alegría de la huerta. Dudo que haya tenido un momento de alivio y, teniendo en cuenta que este es el momento más importante de toda su carrera, podría ser que me necesitase. Lo peor de todo es que sabe que le he mentido acerca de la entrevista de trabajo. Menuda excusa más estúpida.

—Has estado trabajando en tu libro —dice de repente, sacándome de mis pensamientos. Deja la bebida energética en la encimera y señala las páginas apiladas en la mesa junto a mis lápices.

—Sí, estoy avanzando a buen ritmo, la verdad.

—Pero ayer no dibujaste nada.

Parpadeo.

—No..., ayer no. ¿Cómo lo sabes?

—Siempre dejas tus dibujos sobre la mesa. El que había ayer en lo alto de la pila era el mismo que el del jueves.

—Se supone que no tienes permitido mirarlos —digo jovial.

Él se encoge de hombros y sonríe débilmente.

—No puedo evitarlo.

—Ayer no me sentía inspirada. Ni hoy, la verdad. He dibujado un poco, pero no creo que haya hecho nada demasiado bueno —admito —. No son mis mejores dibujos.

—No me sorprende. —Baja la vista al suelo—. Has tenido que lidiar con el hecho de que hayan expuesto tu vida a todo el mundo. Dudo que eso sea bueno para la creatividad.

Lo observo atentamente. Parece preocupado y tenso, y quiero ayudarlo.

—¿Estás bien, Kieran? —le pregunto con suavidad, muriéndome de ganas de extender las manos y tocarlo—. ¿Es por tu padre?

Él levanta la mirada hacia mí con expresión preocupada.

—¿Qué le pasa a mi padre?

—Lo que estaba diciéndote cuando habéis entrado. No sé, parecía un poco duro.

—Solo quiere que gane.

—Ya lo sé, pero ¿hace falta que sea tan agresivo? Todo eso acerca de Chris Courtney poniéndote en ridículo mañana parecía un poco innecesario.

—Pero tiene razón, ¿no? —dice Kieran en un tono de voz bajo y derrotado—. Hoy he entrenado fatal.

—Estoy segura de que no lo has hecho tan mal.

—No estabas ahí —me recrimina.

Aprieto los labios. Está frustrado consigo mismo, lo noto, pero me ha parecido percibir algo más en su expresión cuando me ha dicho eso. Parecía dolido.

—Lamento no haber estado en las semifinales, Kieran —digo, apartándome y agarrándome a la encimera para tener algo que hacer con las manos—. Debería contarte por qué me inventé lo de la entrevista de trabajo para no ir al partido.

Él agacha la cabeza.

—No pasa nada. No hace falta que me des ninguna explicación. Ya sé por qué no podías estar ahí. Por qué no debías estar ahí.

«No debías». Dos pequeñas palabras que poseen la capacidad de dejarme sin aliento. Lo cambian todo. Me confirman que Kieran está de acuerdo con su padre y con Neil. Creo que parte de mí esperaba que luchara para que estuviera en la final por más que hubiera sido yo misma la que se negó a ir en primer lugar. ¿No es natural querer que alguien plante cara por ti?

—¿Lo sabes? —digo con el corazón encogido.

—Lamento haberte puesto en esta situación —dice en voz baja—. No estaba pensando con claridad. Estaba siendo egoísta.

—Yo también. Solo quiero lo mejor para ti.

Él asiente.

—Y yo lo mejor para ti. Es mejor así —dice con voz quebrada y poco natural—. Es mejor dejarlo ahora que más tarde.

Parpadeo.

—¿Dejarlo?

—Flora, quiero que sepas que nunca he pretendido hacerte daño y...

—Un momento, Kieran. —Lo observo con incredulidad—. ¿Quieres dejarlo? ¿Estás... cortando conmigo?

Él me mira confundido y con el ceño fruncido.

—Eso es lo que estábamos diciendo, ¿no? Eso es de lo que estabas hablando.

—¡No! No... exactamente. Solo pensaba que debía dejarte un poco de espacio hasta el final del torneo —le digo. Las palabras salen atropelladamente de mi boca en un desesperado intento de explicarme y deshacer cualquier confusión—. Quería que te concentraras en el tenis en vez de hacerlo en... nosotros. He sido una distracción. Por eso no fui a ver el partido de semifinales.

A nadie le parecía una buena idea que lo hiciera y no quería ser la razón por la que perdieras tu gran oportunidad, de modo que pensé... —Me quedo callada con la cabeza dándome vueltas—. ¿De verdad quieres poner fin a lo nuestro? ¿Estás diciéndome en serio que quieres terminar la relación?

Entreabre los labios con la mandíbula tensa.

—Yo... Tenemos que hacerlo.

—No, no es verdad. —El corazón me late con tanta fuerza contra el pecho que oigo un pitido en los oídos y me cuesta respirar—. ¿Te han dicho tu padre y Neil que cortes conmigo, Kieran?

Él hace una mueca.

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso?

«Porque a mí me dijeron que lo hiciera», quiero gritar. A pesar de ello, no me siento capaz de revelarle sus triquiñuelas el día previo a la final del torneo de Wimbledon. No importa cómo me sienta yo, Kieran los necesita. Tiene que poder confiar en ellos. No puedo poner eso en peligro.

—¿Lo han hecho? —insisto.

—No pueden decirme qué hacer en mi vida personal.

—¿En serio? —digo con brusquedad, cruzándome de brazos.

Él me fulmina con la mirada.

—En serio. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Neil ha estado en mi contra desde el principio.

—Sí, y le dije que se fuera a la mierda —dice secamente.

—Entonces cortar conmigo ahora es lo que de verdad quieres.

—No se trata de lo que quiero —dice con un gruñido, bajando la vista al suelo—, sino de lo que es correcto. Esto no va a funcionar. Los últimos dos días lo han dejado bien claro.

—Si esto es porque dormí en el sofá y no fui al partido, ya te he explicado que mi intención era que te concentraras en el tenis. Sabía

que eso era lo que tu equipo pensaba, así que traté de hacer lo correcto.

—Exacto, y eso es lo que estoy intentando hacer ahora.

—No lo entiendo. Podemos esperar a que termine Wimbledon y ver entonces cómo nos sentimos. Podemos darle una oportunidad a lo nuestro. Yo quiero hacerlo.

—Flora, nos conocemos desde hace apenas unas semanas y mira lo que ha ocurrido —dice, cerrando los ojos y frotándose las sienes —. Mira las consecuencias de estar conmigo. *Paparazzi* por todas partes. Artículos sobre tu familia y tu pasado. Es devastador. No puedo..., no quiero que sigas pasando por algo así.

Siento un destello de esperanza en el corazón. Quiere protegerme. No es que no quiera estar conmigo, solo está intentando protegerme. Tiene que ser eso. Por favor, que sea eso.

—Todo eso me da igual —digo en un tono áspero y débil—. Puedo soportarlo.

—No se detendrán aquí. Seguirán hurgando.

—Lidiaré con ello. Kieran...

—No. —Niega con la cabeza, enrojeciendo—. No has podido trabajar por su culpa. Está afectando a tu creatividad. Estoy interponiéndome en tu sueño. Las cosas solo irán a peor. No funcionará. Es lo mejor.

Coge su bebida energética, se aparta de la encimera y, tras darle un largo trago, sale cabreado hacia el salón. Aunque necesita un descanso de esta conversación, no va a tenerlo. No pienso dárselo.

—Eso es lo que he estado diciéndome a mí misma estos últimos dos días. Que lo hacía por tu bien —digo, siguiéndolo hasta la ventana—. Pero no era así, ¿verdad? Vi tu partido, Kieran. Creo... que necesitabas que yo estuviera ahí.

—Necesitaba jugar mejor. Me puse nervioso.

—Permitiste que tu padre te pusiera nervioso —lo corrijo tercamente. Él se me queda mirando perplejo ante mi comentario, pero yo sigo adelante de todos modos—. He visto el efecto que tiene en ti. Con él al lado, juegas de otro modo.

—Me dejé llevar por mis emociones.

—¿Y qué hay de malo en eso? —lo desafío, dando un paso al frente—. Las veces que te he visto jugar mejor, lo hacías con el corazón, Kieran. Con pasión, divirtiéndote y por amor al deporte. Ese es tu estilo, ¿no? Jugar con carácter.

—Pero no era lo suficientemente bueno.

—Sí que lo eres —le digo con severidad, señalándolo con el índice —. Eres más que eso. Eres el mejor y estás a punto de ganar el torneo de Wimbledon.

Él se me queda mirando mientras su pecho sube y baja con cada respiración entrecortada.

—Y, si lo hago, ¿luego qué? ¿Sigo en el circuito, viajando por el mundo, intentando ganar una y otra vez?

—Si eso es lo que quieres —digo vacilante, viendo como se aparta de mí—. ¿Es lo que quieres?

No dice nada. Permanece inmóvil con la mirada puesta en los zapatos.

—Yo no creo que lo sea, Kieran —comienzo a decir con cautela—. Creo que eso es lo que todos los demás esperan de ti. Los títulos de Grand Slam. El circuito. Las victorias.

—Quiero ganar Wimbledon —declara con firmeza.

—Lo sé. Y confío en que lo lograrás. Pero no tienes que hacerlo para sentirte... feliz. He visto cómo te iluminas cuando juegas al tenis, un deporte que te salvó cuando te sentías perdido y solo, que te proporcionó un propósito. Es el tenis lo que te hace feliz, no las

victorias. No tienes por qué soportar toda esta presión. Puedes hacer otra cosa.

Él se acaricia la frente.

—Flora...

—Solo digo que no debes sentirte abrumado por lo que pueda depararte el futuro. Tienes opciones.

Kieran exhala un suspiro y cierra los ojos. Tardo un momento en darme cuenta de que me ha llamado Flora, no Flossie. Está alejándose de mí. Lo sé antes incluso de que diga nada.

—Lo siento —dice—. No puedo... hacerte esto. No funcionará. Nunca lo hace.

Puedo sentir el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Así que estás tirando la toalla —digo, tragando saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta—. Ni siquiera vas a intentarlo. Estás tirando algo bueno a la basura solo porque tienes miedo.

—No es eso.

—Es exactamente eso —replico mientras una lágrima comienza a caer por mi mejilla. Siento una tirantez en el pecho a causa de la confusión, el dolor, la rabia y la tristeza, todo al mismo tiempo—. Me dijiste que lo nuestro era especial y me prometiste una tercera cita, pero ahora estás haciendo lo que siempre haces, incluso jugando al tenis: rendirte antes de que la cosa se ponga seria. Intentas esquivar la presión. Me alejas para protegerte.

—Estoy intentando protegerte a ti —argumenta él con los ojos encendidos—. ¡Por el amor de Dios, Flossie, esto no debería ser así de difícil! ¡Nuestra relación apenas ha comenzado y míranos! —Alza las manos—. Las cosas siempre van así. Y, si gano mañana, solo empeorarán. La distancia, la presión, la atención. Todo va a más hasta que termina viniéndose abajo.

—¡Lo nuestro no tiene por qué hacerlo! —exclamo sin poder aguantarme las lágrimas.

—¡Lo hará! Claro que lo hará.

—Crees que no te mereces ser feliz. No sé si es porque te sientes culpable por lo de Aidan, pero por alguna razón crees que no te mereces ganar Wimbledon. Y sí que te lo mereces, Kieran. Te lo mereces todo. Solo tienes que atreverte.

Él exhala y se pasa las manos por la cara.

—Mira, lo siento, pero no puedo. Simplemente... no puedo. No contigo. No puedo hacer esto. Lo siento.

Se hace el silencio en el salón.

—Pues hasta aquí hemos llegado —susurro.

Incapaz de mirarme, Kieran se limita a asentir.

Después de la oleada de emociones, de repente me siento aturdida. No es la primera vez que paso por algo así. Ya me he sentido rechazada, repudiada e idiota por haber creído que una relación podía funcionar. No voy a arrastrarme. He intentado que se diera cuenta, y no quiere hacerlo.

De modo que, como he dicho, hasta aquí hemos llegado.

Aunque tanto mi cerebro como mi corazón están en caída libre, mi cuerpo parece saber qué hacer. Mis pies me llevan fuera del salón en dirección al perchero de la entrada, donde encuentro el bolso en el que guardo las gafas de sol. Con los dedos trémulos, las saco y me las coloco en lo alto de la cabeza. Luego me agacho para coger mis deportivas del zapatero y vacilo un momento cuando veo las de él en el suelo. Debe de habérselas quitado con los pies cuando ha entrado y, tal y como tiene costumbre de hacer, las ha dejado tiradas ahí en medio. Siempre se burlaba de mí cuando yo sentía la necesidad de colocarlas debidamente en el zapatero.

Nuestra pequeña broma privada ya no me parece graciosa.

No las coloco bien. Las dejo donde están. Mientras me calzo, veo mi reflejo en el espejo. Tengo los ojos rojos de llorar. Y la piel pálida por el shock. Cojo mi móvil del bolsillo trasero y pido un Uber. Hay uno a dos minutos de casa. Durante el torneo, suele haber muchos por el Village.

Mientras espero a que doble la esquina y aparezca, inhalo profundamente y vuelvo un momento a la entrada del salón. Kieran no se ha movido del lugar en el que lo he dejado. Ahora tiene la cabeza inclinada hacia delante, los brazos cruzados en el pecho y los hombros hundidos.

Al oírme regresar, levanta la mirada.

—Antes de irme, solo quiero dejar una cosa clara —le digo en un volumen tan bajo que me doy cuenta de que voy a tener que hablar más alto si quiero que me escuche desde el otro extremo de la estancia—. Antes has dicho que estabas interponiéndote en mi sueño. Que todo el sinsentido de los últimos dos días —señalo hacia fuera, más allá de la puerta de entrada— ha afectado a mi trabajo. Crees que por culpa tuya he dejado de dibujar.

Él se me queda mirando con los labios apretados.

—Pero te has olvidado de que la razón por la que comencé a hacerlo eres tú —digo, esbozando una sonrisa con dificultad—. Buena suerte mañana, Kieran.

No espero a oír su respuesta. Me alejo del salón en dirección a la puerta de entrada y, mientras la abro, me pongo las gafas de sol. Mi salida coge a los *paparazzi* por sorpresa, pero no tardan mucho en ponerse en acción y me rodean en cuanto cruzo la verja. Con la cabeza gacha, ignoro sus preguntas y, tras prácticamente arrojarme al asiento trasero del coche que está esperándome, cierro de un portazo.

El conductor arranca, llevándome lejos de Lingfield Road.

29



Courtney contra O’Sullivan

Por qué el título individual masculino del torneo de Wimbledon es el más codiciado
Por Iris Gray

Cuando comencé este blog hace dos semanas, mi jefe de sección me pidió que hiciera una predicción sobre quién creía que llegaría a la final. Hice una lista de posibles candidatos que publiqué, y la mayoría de los comentarios que recibí se mostraban de acuerdo.

Ni el australiano Chris Courtney ni el irlandés Kieran O’Sullivan figuraban en ella.

Pero aquí estamos, hoy es el día de la final y uno de los dos se coronará como campeón. Es cierto lo que dicen, pues: en Wimbledon puede pasar de todo.

No me molestaré en pronosticar quién será el nuevo rey de la pista central, aunque puedo decir con absoluta certeza que nos espera un gran partido. Ambos son jugadores experimentados que ya pasan de los treinta y han llevado a cabo un destacable retorno al primer nivel en este torneo.

Comencemos por el cabeza de serie número dieciocho, Chris Courtney, el australiano que disfrutó de un meteórico ascenso con veintipocos años al ganar tres títulos de Grand Slam: el Abierto de Australia y el Abierto de Estados Unidos dos veces. Tiempo atrás, admitió en una entrevista que era su «miedo a la derrota» más que la emoción de la victoria lo que lo empujaba. Hoy en día,

Courtney sigue siendo un jugador destacado, si bien en los últimos dos años no ha estado al nivel esperado en más de una ocasión. Sin embargo, tras una buena participación en el torneo de Queen's Club en junio, estas últimas dos semanas su juego ha sido espectacular, demostrando que todavía es ambicioso y que posee una gran resiliencia mental y una potencia extraordinaria. ¡Pobre de aquel que subestime a este feroz y dinámico tenista!

¿Hay alguna razón por la que haya vuelto a la primera línea? Bueno, es posible que esté jugando así para estar a la altura del reciente e inesperado ascenso de quien durante todos estos años ha sido considerado su principal rival...

Kieran O'Sullivan. El irlandés ni siquiera era cabeza de serie, pero, contra todo pronóstico, ha alcanzado la final de Wimbledon. Ya lo digo ahora: se trata del regreso del año.

Dos semanas atrás corrían rumores sobre su inminente jubilación, pero es innegable que ha sido el jugador más apasionante de todo el torneo. O'Sullivan se vio catapultado al estrellato internacional cuando, siendo todavía un adolescente, venció al entonces número uno para alcanzar la final del Abierto de Australia. Entonces dejó a los espectadores sin palabras con su abundante talento natural, su estilo fluido y su exquisita precisión; tal y como un comentarista de la época dijo, tenía «chispa en la pista». Después tuvo que enfrentarse a diversos retos tanto en su vida personal como profesional, en particular la trágica muerte de su hermano mayor, Aidan, y su carrera sufrió numerosos altibajos. A duras penas ha conseguido mantener su puesto entre los mejores jugadores, y últimamente se le conocía más por su volátil temperamento que por sus victorias en el circuito de la ATP.

Sin embargo, algo parece haber cambiado en O'Sullivan durante este torneo, y hemos tenido el privilegio de ser testigos de una cosa extraordinaria: vuelve a tener chispa. No podemos saber con seguridad qué —o tal vez quién— ha causado este cambio, pero sí que está jugando con más pasión de la que le hemos visto en la última década, y eso lo convierte en una fuerza que tener en cuenta.

Ambos son grandes jugadores que se han ganado a pulso esta oportunidad de hacerse con el trofeo más deseado en el mundo del tenis.

Que gane el mejor.

Echo un vistazo a Iris por encima del móvil mientras deja una taza de café sobre la mesa que hay junto al sofá de sus padres.

—¿Qué? —dice a la defensiva, apartándome los pies para poder sentarse.

Me aclaro la garganta y leo en voz alta: «No podemos saber con seguridad qué —o tal vez quién— ha causado este cambio, pero sí que está jugando con más pasión de la que le hemos visto en la última década». Bajo el móvil y añado:

—¿Va en serio?

—¡Es verdad! Y nada de lo que digo implica que tenga algo que ver contigo. ¡Podría estar hablando de cualquiera! Quizá de Neil. O de su padre.

Inclinando la cabeza, enarco una ceja. Ella pone los ojos en blanco.

—Está bien, tal vez pueda interpretarse como una alusión al hecho de que haberse enamorado hasta las trancas ha tenido cierto impacto en su juego en la pista. —Me sonríe a modo de disculpa—. En mi defensa, lo escribí ayer y estaba programado para publicarse esta mañana. Se me ha olvidado editarlo.

Suspiro y cojo mi taza.

—Te perdono porque me has traído café. Y porque, sin ti, anoche no habría tenido un techo bajo el que dormir.

—Mi casa es tu casa. —Vacila un momento—. O, más bien, la casa de mis padres es tu casa.

Sonrío con la taza en los labios.

—Fue muy amable por su parte permitir que me quedara a dormir en su sofá cuando aparecí ayer sin previo aviso.

—No te preocupes. Les encanta tenerte aquí. De hecho, mi madre está usándote como excusa para criticar a mi padre por haber convertido el dormitorio de invitados en un gimnasio que nunca utiliza. Me sabe mal que tengas que dormir en el sofá. Deberías haber venido a mi habitación. —Me da unas palmaditas en una

pierna por encima del edredón—. Soy una excelente compañera de cama. No ronco ni nada.

—No habrías podido descansar. Mi cerebro me ha tenido dando vueltas toda la noche. Y, de todos modos, últimamente me he acostumbrado a dormir en el sofá.

Ella se me queda mirando con los ojos colmados de preocupación.

—¿Estás bien, Flora?

—Claro que sí —digo. Iris no parece muy convencida—. En serio, lo estoy. Solo ha sido un romance corto, una aventura de verano, y ahora ya ha terminado. Somos adultos. Toca pasar página.

—Parecía algo más que una aventura, la verdad —dice con cuidado—. Quizá no deberías darla ya por perdida. La presión de Wimbledon puede hacer perder el juicio a la persona más equilibrada. A lo mejor lo de ayer solo fue una crisis pasajera.

Niego con la cabeza mientras jugueteo con el asa de la taza.

—Kieran me dejó bien claros sus sentimientos, Iris. Hemos terminado. E incluso si creyera que lo nuestro todavía es posible, no voy a convencer a nadie de que me quiera. Si él ya no está interesado en mantener una relación conmigo, no pienso luchar por ello.

Iris me mira de un modo extraño, mordiéndose fuerte el labio inferior con los ojos relucientes.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto desconcertada por su expresión.

—Ay, Flora. Has dicho que no vas a convencerlo de que te quiera —dice suavemente con una media sonrisa—. Estás enamorada.

Me pongo rígida.

—No, no quería decir...

No consigo terminar la frase, pues comprendo que de nada sirve protestar sobre algo que ambas sabemos que es cierto. Siento el

corazón acelerado. De repente, todo me da vueltas y una desagradable sensación me invade el estómago.

—No puede ser —susurro, mirando a Iris presa del pánico—. No nos conocemos desde hace tanto.

Ella se encoge de hombros.

—*When you know, you know*... Y estas han sido dos semanas muy intensas para ambos. Habéis pasado por muchas cosas mientras vivíais juntos. Además —dice, enarcando las cejas—, no creo que haya una regla estricta sobre el tiempo que tienes que pasar con una persona para enamorarte de ella.

Me llevo una mano al pecho en un intento de calmar los erráticos latidos de mi corazón.

—Tienes razón, me he enamorado de él. Pero ¿quién no lo habría hecho?

Ella asiente con solemnidad.

—Tiene el cuerpo de un modelo de Calvin Klein, habla con acento irlandés y, además, en tu piso solo hay una cama. Era inevitable.

—En efecto. Era inevitable. —Me muerdo la uña del pulgar con el ceño fruncido—. Pero lo cierto es que no era consciente de que me estaba enamorando. O, al menos, no del todo.

—Y ahora te has dado cuenta de que sí —dice Iris con lentitud, mirándome como si estuviera poniéndome a prueba.

Me tomo un momento para reflexionar seriamente sobre todo esto. Puede que no sea verdad. Todavía puedo corregirme; aún puedo asegurarle a Iris que lo he dicho sin pensar. Aunque, en realidad, ese es el problema. En efecto, lo he dicho sin pensar. No estaba pendiente de las palabras exactas ni tratando de escoger las más apropiadas. Simplemente he dicho lo que sentía. He hablado con el corazón.

Me he enamorado de él.

De repente, me parece algo obvio y prácticamente insignificante. Claro que me he enamorado de él. Es la persona más maravillosa que he conocido nunca. Se trata de alguien amable y considerado, listo y divertido. Bajo su coraza temperamental y desconfiada, es tierno y afectuoso, cariñoso y adorable. Es un hombre incuestionablemente guapo, sí, pero, cuando lo conoces más a fondo, ese atractivo adquiere otra dimensión. Pienso en el modo en el que sus ojos se iluminan cuando habla de algo que le apasiona; o en los hoyuelos que aparecen en su rostro cuando sonríe o, directamente, cuando se ríe de algo; o en las pequeñas arrugas que se le forman entre las cejas cuando está concentrado.

Cuando se preparaba un batido, también me hacía otro a mí. Cuando descubrió que me gustaba dibujar, me animó con paciencia, pero sin llegar a presionarme. Ha cocinado para mí, ha comprado el vino que me gustaba, me ha protegido de los *paparazzi*. Empezó a utilizar un posavasos cuando se dio cuenta de que me molestaba que no lo hiciera, y cada día dejaba sus deportivas tiradas para después burlarse afectuosamente de mí cuando terminaba colocándolas en el zapatero. Siente una pasión secreta por los cómics, le gusta Snoopy y su desconcierto ante los monos de vestir resulta adorable.

Pero es cómo me ha hecho sentir lo que ha conseguido que me resulte imposible no quererlo. Todas sus interacciones conmigo —las conversaciones, la lección de tenis, su forma de mirarme, besarme y tocarme— me han hecho sentir feliz y segura de mí misma y sexy y empoderada.

Me ha hecho sentir querida.

Y ahora todo ha terminado. Han sido las cuatro semanas más mágicas de toda mi vida. Iris tiene razón. Hemos pasado por todo. Desde el momento en el que nos conocimos, las cosas han sido

confusas, caóticas, ridículas, intensas, divertidas, espantosas y maravillosas. Ahora la relación ha llegado a su fin y tengo que olvidarme de él. Debería haberlo visto venir. Es lo que les ha pasado a todas las demás mujeres con las que ha estado. Kieran no deja que nadie se acerque demasiado a él. Nunca. No sé por qué fui tan estúpida de creer que yo era distinta. Qué vergüenza.

Siento como si el corazón se me estuviera rompiendo en mil pedazos. Es una absorbente agonía invisible que me provoca calambres en el estómago y una tirantez en el pecho. Y, encima, tengo la impresión de que no me he ganado el derecho a sentirme así porque no hemos estado juntos tanto tiempo como para que haya podido tener este impacto en mí. De repente, sin embargo, no me imagino cómo seré capaz de regresar alguna vez a casa si él no está ahí esperándome.

—Flora —dice Iris en voz baja, estudiándome mientras extiende un brazo para cogerme de la mano.

—No importa cómo me sienta —digo con voz ronca mientras las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas—. Fuera lo que fuera, tuviéramos lo que tuviéramos, ahora ya ha terminado.

—Lo siento mucho —dice ella, dándome un apretón en los dedos.

—No pasa nada. Estoy bien. —Me aclaro la garganta y me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano antes de darle otro sorbo a mi café—. Hablemos de otra cosa. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo estás? ¿Qué planes tienes para hoy?

Ella hace una mueca.

—Tengo que... cubrir la final de Wimbledon.

—Claro. —Cierro los ojos y se me escapa una risa ahogada ante mi propia estupidez.

—Siempre puedo decir que estoy enferma —propone—. Otra persona puede cubrir el partido y nosotras podríamos salir por ahí a

hacer lo que te apetezca.

—¡Eres tú quien escribe el blog, Iris! ¡No puedes faltar! Además, ya te pasaste la primera mitad del año cuidando de mí tras una ruptura. No pienso permitir que ahora vuelvas a hacerlo. Ya has cumplido con creces.

Ella pone los ojos en blanco.

—No es así como funcionan las cosas, Flora.

—Tienes que ir a hacer tu trabajo. ¡Es importante! Además, tengo entendido que va a ser un partido muy emocionante.

—Entiendo que no quieres venir.

—No, gracias. El último lugar en el que quiero estar hoy es Wimbledon.

—Puedo intentar conseguirte un pase de prensa. Podríamos tirarle fresas mientras juega.

—Nos echarían de las instalaciones y a ti te despedirían.

—Sería una historia guay para el blog.

—Gracias por la propuesta, pero no, gracias —le aseguro.

Ella suspira y echa la cabeza atrás.

—¡Argh! Me siento mal dejándote sola aquí todo el día.

—No estoy sola. Me quedaré con tus padres. Parecen majos.

—Me temo que ellos también vienen a ver el partido. Lo siento. Han ganado un par de entradas del cupo que se sortea.

—Bueno, no pasa nada. Puedo salir a pasear o algo así, ir a ver la zona —digo tan animadamente como puedo, dándole otro sorbo a mi café—. Putney es muy bonito. Hay muchas cosas que hacer por aquí. No te preocupes, ya me distraeré de algún modo.

—Puedes quedarte aquí si no quieres deambular por las calles.

—Pues mira, a lo mejor pruebo el gimnasio de tu padre.

—Buena idea. Lo montó hace un año y todavía no lo ha usado ni una sola vez —dice con una amplia sonrisa—. Pero lo digo en serio,

haz como si estuvieras en tu casa. Me han dicho que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Es realmente amable por su parte. Y, si no les importa, me quedaré otra noche. Para entonces el alquiler temporal de Kieran habrá terminado y el piso volverá a ser mío. Gane o pierda hoy, mañana ya se habrá marchado.

Fuerzo una sonrisa como si mi corazón no estuviera encogiéndose.

Ella asiente.

—Voy a ducharme y vestirme. ¿Te parece bien que vaya yo primero?

—Sí, claro. Ningún problema. Aunque, como ayer me marché de casa con cierta prisa, puede que necesite tomar prestadas algunas cosas.

—Sí, claro. ¿Qué necesitas?

—Solo lo básico. Si tienes un cepillo de dientes de sobra, sería genial. Y también algo de pasta de dientes, claro. Y desmaquillador, si te parece bien. Y quizá algo de maquillaje. Y un cargador me sería muy útil, que mi móvil ya está casi sin batería. Y también una camiseta limpia, que he dormido con la que llevaba ayer. Ah, y ropa interior, por favor.

Iris parpadea.

—O sea..., todo.

—No todo. He traído unas gafas de sol.

Ella suelta una risa ahogada y, tras levantarse, se inclina para darme un abrazo antes de marcharse del salón. Al erguirse, me coge la cara con ambas manos.

—¿Quieres mi opinión profesional? —pregunta.

—Sí, claro.

—Si gana Wimbledon sin ti —dice con un suspiro—, será un puto milagro.

Iris se marcha bien temprano a Wimbledon. Luego yo me ducho y me pongo la camiseta limpia que me ha dejado, metiéndola por dentro de mis pantalones cortos de tiro alto. Mientras sus padres todavía están en casa, pongo buena cara, contesto todas sus preguntas acerca del trabajo que me gustaría conseguir y sonrío cuando expresan lo genial que les parece que me apasione el dibujo. Ninguno de los dos menciona a Kieran, algo que le agradezco a Iris, quien, sin duda, los ha advertido al respecto. En cuanto se despiden de mí con la mano y cierran la puerta de entrada, me desplomo en el sofá.

Hoy pienso permitirme a mí misma regodearme en mi miseria. En realidad, es una suerte que se hayan marchado todos a Wimbledon, pues así podré autocompadecerme y estar triste sin tener que preocuparme por arruinarle a nadie el estado de ánimo.

No consigo sacármelo de la cabeza. Intento distraerme echándoles un vistazo a las redes sociales, pero Kieran, o algo que me recuerda a él, no deja de aparecer entre los adorables vídeos de perros y los memes. Hoy todo el mundo habla de Wimbledon. La gente publica fotografías sonriendo en las instalaciones o en el *pub*, o se dispone a ver el partido en alguna de las pantallas gigantes instaladas en la ciudad con un vaso de Pimm's en la mano. Con cada publicación que veo, la punzada es más intensa y el dolor, mayor.

Cuando la batería de mi móvil llega al diez por ciento, lo pongo en modo ahorro de energía y lo dejo en la mesa, sintiéndome agradecida por que Iris no encontrara ningún cargador que me sirviera y tener así una razón para no seguir torturándome más. Me levanto, me preparo un café y salgo al jardín, donde admiro todas las coloridas flores que el padre de Iris cuida con esmero. Es un día

nublado, pero no hace frío. Inhalo profundamente y, gracias al aire fresco, siento como se me aligera el corazón antes de que vuelva a encogerse al recordar los paseos que solía dar con Kieran por el parque.

Regreso al sofá a lamentarme y enciendo la tele. Obviamente, lo primero que aparece es la cobertura de la final de Wimbledon. Vuelvo a apagarla y tiro el mando a distancia a un lado con un dramático grito de exasperación. Un momento después vuelvo a encender el televisor, consciente de que tengo la capacidad de cambiar de canal y ver alguna otra cosa.

Tras un par de episodios de un *reality* que me hace sentir aún peor porque los participantes no paran de gritarse, cambio a la retransmisión del partido de Wimbledon solo para ver cómo va.

Kieran ha perdido el primer set y está perdiendo el segundo 1-2. Le toca sacar a Chris. La cámara muestra un primer plano de Kieran dirigiéndose de nuevo a la pista con la cabeza gacha y secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Apago la tele.

Voy un momento a la habitación de Iris. Tras examinar su estantería de libros, elijo uno y vuelvo a sentarme en la planta baja, haciendo todo lo posible para sumergirme en la historia y no permitir que mi mente vuelva a pensar en él a pesar de que eso es lo que se obstina en hacer.

De repente, suena mi móvil. Ignoraría la llamada, pero es de Iris, la única persona con la que me apetece hablar.

—¡Hola! —digo al contestar—. No he quemado la casa.

—¿Qué? —Suena sorprendida—. ¿Por qué ibas a quemar la casa?

—Pensaba que llamabas por eso, para comprobar que no lo hubiera hecho.

—No, Flora, te llamo porque necesito que enciendas la tele.

—¿Por qué?

—Hazlo y pon el partido.

Suelto un quejido.

—Iris, de verdad que no quiero verlo. Estoy leyendo y...

—Tienes que ver esto, Flora. Enciende la tele.

—¿En serio?

—Créeme, no te lo puedes perder —dice, y puedo notar que está sonriendo—. Kieran está haciendo algo muy extraño y tengo la sensación de que tal vez tú sepas por qué.

—Está bien, deja que busque el mando a distancia. Un momento.

Enciendo el televisor y Kieran ocupa toda la pantalla. Va perdiendo por dos sets y está sentado en su silla a un lado de la pista durante un descanso. El público se ríe nerviosamente y los comentaristas se preguntan entre risitas qué demonios está pasando. Suelto un grito ahogado sin apenas creerme lo que veo.

—¿Has encendido la tele? —pregunta Iris con impaciencia—. ¿Puedes verlo?

—Sí.

—¿Qué está haciendo?

Una sonrisa se forma en mis labios.

—Es obvio, ¿no? Pompas de jabón.

En plena final de Wimbledon, en la pista central, siendo observado por miles de personas en las gradas y muchas más a través de las pantallas de los televisores de todo el mundo, Kieran sostiene el bote que le di y se dedica a hacer pompas de jabón con tranquilidad, sonriendo levemente al contemplar cómo se elevan por los aires y luego estallan una a una.

—Sí, ya lo veo, Flora —dice Iris con un suspiro—. Pero ¿qué significa?

La conversación que tuvimos Kieran y yo acude a mi mente. La recuerdo a la perfección. Si alguna vez lo veía haciendo pompas de jabón en la pista central...

«Sabrás que estoy pensando en ti», concluyó él.

—¿Sabes qué significa, Flora? —repite Iris, todavía a la espera de mi respuesta.

—Sí —susurro aturdida—. Que tengo que llegar cuanto antes a Wimbledon.

30



—Iris, si voy ahora a Wimbledon, ¿podrás venir a mi encuentro y ayudarme a entrar? —le pregunto con tono urgente al tiempo que me pongo de pie de un salto y corro hacia la puerta de entrada para calzarme las zapatillas deportivas.

Ella suelta un grito ahogado, sorprendida.

—¿En serio? ¿Vas a venir? Sí, deja que mire qué puedo hacer. Te espero en la puerta principal.

—Perfecto, llegaré en...

Mi móvil emite un pitido para indicar que se le está acabando la batería y, acto seguido, se apaga.

Mierda.

¿Por qué no cogí anoche el cargador cuando me marché del piso? Ahora no puedo pedir un Uber, de modo que me apresuro a salir de la casa de los padres de Iris, cierro la puerta detrás de mí y me asomo a la calle. Es residencial y está vacía. Por aquí no pasa ni un solo coche, y menos todavía taxis. Encima, está comenzando a lloviznar y no llevo encima ni chaqueta ni paraguas.

Corro tan rápido como puedo hacia la calle principal y, tras doblar la esquina, me detengo un momento para recobrar el aliento

mientras miro desesperadamente a ambos lados con la esperanza de ver la hermosa luz amarilla de un taxi libre. Cuando aparece uno, no puedo evitar soltar un grito de alegría y lo llamo con ambas manos para asegurarme de que me ve.

—¡A Wimbledon, por favor! —exclamo al tiempo que me deslizo en el asiento trasero y dejo atrás la lluvia, que ha arreciado un poco —. Al torneo, quiero decir.

—Llega un poco tarde, ¿no? —comenta el taxista, poniendo el coche en marcha.

—Ni se lo imagina —contesto todavía jadeante mientras me acomodo sin dejar de mordisquearme el labio—. Lo más rápido posible, por favor.

—Sí, claro. No tardaremos mucho. Desde aquí es un trayecto de apenas ocho minutos —me asegura, echándome un vistazo por el espejo retrovisor. Al verme, arruga el entrecejo y, cuando nos detenemos en un semáforo, se da la vuelta para mirarme bien a través del cristal—. ¿No la conozco de algo? ¿Es usted famosa?

—Eh..., no.

—Pues me suena de algo. —Se encoge de hombros y se vuelve hacia delante cuando el semáforo se pone en verde—. Tengo la sensación de haberla visto en algún lado.

Suspiro y decido explicarle la razón. En mi experiencia, los taxistas de Londres son de fiar.

—He estado saliendo con Kieran O'Sullivan —admito.

—¡Eso es! Le dio un puñetazo a un tío por usted.

—No exactamente, pero sí, yo estaba ahí.

—Y se besaron bajo la lluvia —dice con una sonrisa, mirándome por el espejo retrovisor—. Una gran foto —añade, y luego su expresión se ensombrece—. ¿Cómo es que no está en las gradas de la pista central?

—Tuvimos una discusión.

—Vaya, lo lamento. —Y, enarcando una ceja, pregunta—: ¿Y qué pasó entonces? ¿Acaso se empecinó usted en que no iría a verlo?

Bajo la vista a las manos, que descansan sobre mi regazo.

—Él me dijo que no quería que fuera a verlo y lo creí. Ahora pienso que ambos estábamos equivocados.

El taxista suelta una risa ahogada.

—He pasado por eso. A veces mi mujer habla en acertijos. Dice una cosa, pero en realidad quiere que haga lo contrario. Con los años, he aprendido que las palabras no significan demasiado. Lo que cuenta son los actos, ¿verdad?

Asiento.

—Que ahora vaya corriendo a verlo significará mucho para él —añade.

—Eso espero —digo con el corazón martilleándome en el pecho—. O, al menos, no pienso rendirme tan fácilmente.

—¡Esa es la actitud! —El taxista sonríe afectuoso—. Esperemos que O'Sullivan comience a pensar del mismo modo en la pista. Ahora mismo está dejando que el otro tipo lo arrolle. A lo mejor verla le proporciona el empujón que necesita. En cualquier caso, a juzgar por el tiempo que hace, van a tener que cerrar el techo retráctil. Tampoco es que llueva demasiado, pero, aun así, en breve la pista estará demasiado resbaladiza.

—¿No cree que dejará de llover y aclarará?

—Según la previsión meteorológica, seguirá toda la tarde. ¡Típico! Este año hemos podido disfrutar de un tiempo bastante bueno durante el torneo, pero el día de la final va y se pone a llover.

De repente, caigo en la cuenta de algo que me hace erguirme de golpe en el asiento con un desagradable cosquilleo en el estómago.

—¡No llevo nada de dinero!

El taxista arruga el entrecejo.

—¿Cómo dice, señorita?

—Me he quedado sin batería en el móvil, que es donde llevo todas mis tarjetas. Y, por culpa de la discusión que tuve con Kieran, salí de casa sin la cartera. No tengo nada de dinero para pagarle. Cuando lleguemos, si espera un momento, le preguntaré a mi amiga si ella lleva encima sus tarjetas.

—¿Sabe qué? Invita la casa —dice él, apagando el taxímetro.

—¿Qué? ¡No! ¡Le debo el viaje!

—Me ha alegrado el día. Ahora podré decirle a todo el mundo que yo conducía el taxi que la llevó a Wimbledon a declararle su amor a Kieran O'Sullivan.

Una cálida sensación se extiende por mi barriga y tengo la impresión de que el corazón se me hincha tanto que asciende hasta la garganta, dificultándome la respiración.

—Sí —digo con un resuello, incapaz de reprimir una sonrisa—. Ese es el plan.

—¡Y yo formaré parte de esa historia! ¡Es como una maldita película! —dice el taxista, riéndose entre dientes—. Es un honor ser su conductor hoy, señorita.

—Muchas gracias —digo emocionada, llevándome una mano al pecho.

Cuando llegamos a la entrada principal, el vehículo se detiene a un lado. Luego el taxista baja la ventanilla mientras yo desciendo de un salto sin dejar de darle las gracias profusamente.

—¡A por él! —exclama mientras espero con impaciencia a que pasen unos coches para cruzar la calle, con lo que el pelo comienza a mojárseme por culpa de la lluvia.

No hay cola —hoy no se juega en ninguna pista exterior y todo aquel que quería ver la final desde el montículo de Murray ya está

dentro, agazapado bajo su paraguas—, de modo que corro hacia la entrada. Iris ya está ahí, charlando con una guarda de seguridad y sosteniendo el paraguas que las cubre a ambas.

—¡Ahí está! —exclama, saludándome con la mano.

—¡Iris! ¡No llevo nada de dinero! —le anuncio casi sin aliento cuando llego a su lado.

—Un curioso modo de saludar —dice ella, echándole un vistazo a la otra mujer—. Flora, esta es Selma. Selma, esta es la amiga de la que te he hablado. Al parecer, no tiene nada de dinero y le encanta contárselo a todo el mundo.

—Lo digo porque no llevo encima ni las tarjetas ni efectivo, así que no puedo comprar una entrada —explico.

—Y, con tan poca antelación y sin acreditación, yo no he podido conseguirte un pase de prensa —dice Iris con una sonrisa traviesa—, pero he hablado con Selma y creo que no hará falta.

—Confío en Iris —dice Selma con los ojos relucientes, y deja escapar un suspiro anhelante—. Además, me encantan las historias de amor. No voy a ser yo quien se interponga en tu cuento de hadas de Wimbledon. —Inclinándose hacia delante y bajando la voz, añade —: Y Courtney es un imbécil. Soy seguidora a muerte de Kieran.

—Una vez Chris Courtney le preguntó a Selma si sabía quién era él cuando, cumpliendo con su trabajo, tuvo que registrarle la bolsa al entrar —me informa Iris.

—Se puso a gritarme en la cara y en su bolsa ni siquiera había nada interesante —añade Selma, refunfuñando, y consulta la hora en su reloj—. Bueno, voy a mirar un momento en esa dirección y, si alguien entra corriendo sin que lo vea, qué se le va a hacer.

Guiñándome un ojo, se da la vuelta e Iris me coge de la muñeca para hacerme entrar.

—¡Gracias! —exclamo por encima del hombro, y salimos corriendo hacia la pista central mientras Iris hace todo lo posible para mantener el paraguas sobre la cabeza de ambas.

—¿Adónde vamos? —pregunta, y me doy cuenta de que no conozco la respuesta, de modo que aminoro la marcha hasta detenerme—. ¿Qué pasa, Flora? ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué has cambiado de idea sobre lo de venir? ¿Y a qué viene lo de las pompas de jabón?

—Luego te lo explicaré todo, Iris, pero primero tengo que encontrar un modo de hablar con Kieran.

Ella suelta un grito de alegría sin dejar de sonreírme.

—¡Oh, Dios mío! Lo de las burbujas iba por ti, ¿verdad? ¡Lo sabía! ¡Sabía que tenías que verlo!

—¡Concéntrate, Iris! ¿En qué parte de las gradas puedo colocarme para llamar su atención mientras está jugando? ¿El palco de prensa? O quizá pueda intentar acceder a donde se sienta su equipo si...

—¡Flora, Flora! —me corta, agitando una mano delante de mi cara para interrumpir mis divagaciones—. Kieran no está en la pista.

—¡Mierda! —Junto las manos ante mi boca—. ¿Ha terminado ya el partido? ¿Ha perdido?

—¡No! —Iris señala el cielo—. Lo han interrumpido mientras cierran el techo retráctil de la pista central. Se prevé que la lluvia dure toda la tarde. Incluso el tiempo está de tu lado.

Inhalo profundamente y siento en la garganta el cosquilleo de la esperanza burbujeando como si fuera un refresco.

—¿Adónde van los jugadores mientras cierran el techo?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. A los vestuarios, quizá. Sé que Courtney se ha trasladado a un camerino de lujo, pero no estoy segura de dónde...

No oigo el final de la frase porque ya he dado media vuelta y he echado a correr tan rápido como puedo hacia la entrada exterior de los vestuarios de hombres, los mismos a los que me condujo Neil hace apenas unos días aunque parezca que ha pasado toda una vida desde entonces. Finalmente, llego sonrojada y sin aliento a la puerta, seguida de Iris. El guarda de seguridad que se encuentra a su lado me mira de arriba abajo.

—¡Hola! —digo jadeante y agarrándome un costado. Está claro que tengo que hacer más cardio—. ¿Se acuerda de mí?

Él me estudia con atención.

—Quizá.

—Estuve aquí con Neil Damon, el entrenador de Kieran O'Sullivan. Él me dio un pase y usted nos dejó entrar —digo apresuradamente, desesperada por despertar su memoria.

—¡Ah, sí! —asiente, esbozando una sonrisa—. ¡Ya me acuerdo!

—¡Genial! —exclama Iris, cogiéndome del brazo—. ¿Puede entrar?

El guarda suelta una risa ahogada.

—Absolutamente imposible. Esta es la zona de jugadores.

—Sí, pero ya me conoce. No soy una cualquiera, estoy con Kieran O'Sullivan.

—Ajá, y me alegro de verla de nuevo. ¿Tiene un pase para esta zona? —me pregunta divertido.

—No, pero...

—Entonces lo siento, pero no puedo dejarla entrar —afirma con una sonrisa a modo de disculpa.

—¡Tiene que hablar con Kieran! —le suplica Iris—. ¡Él le ha enviado un mensaje secreto a través de la tele y ahora ella ha venido aquí a decirle lo que siente!

El guarda alza las cejas.

—Todo eso es muy bonito, pero, aun así, no puedo dejarla pasar.

—¡Por favor! ¡Un taxista me ha traído gratis y la guarda de seguridad de la entrada me ha dejado pasar solo para que pudiera hablar con él! —le explico suplicante, mordiéndome el labio—. ¿Dónde está su compasión? ¿Su romanticismo? ¡Esto es importante!

Él me mira recelosamente.

—¿Ha dicho que un miembro de nuestro equipo de seguridad la ha dejado pasar sin entrada? No debería haber hecho eso.

Parpadeo.

—¡No! ¡Claro que no! Menuda tontería. Tengo la entrada en algún lugar, debo de haberla perdido. Yo...

De repente, un movimiento al otro lado del cristal del pasillo atrae mi atención y veo a Neil con el móvil en la oreja, tratando de llamar a alguien todo enrojecido y agitado.

—¡Neil! —exclamo, agitando los brazos para que me vea. Y es que, a pesar de que es la última persona que querría dejarme entrar, es mi última esperanza—. ¡NEIL!

Él levanta la mirada y su rostro se ilumina como si yo fuera la respuesta a sus oraciones. Corre hacia la puerta, la abre y me indica que entre cuanto antes.

—Está conmigo —le dice al guarda de seguridad, que al instante se hace a un lado para dejarme pasar.

—¿Qué le habíamos dicho? —oigo que le murmura Iris antes de gritarme a mí—: ¡Buena suerte, Flora!

Para mi absoluta sorpresa, cuando ya estoy al otro lado de la puerta, Neil me da un abrazo. Me siento demasiado desconcertada para devolvérselo, pero a él no parece importarle. Cuando se aparta, sigue sujetándome por los brazos y esboza una sonrisa de alivio.

—Qué contento estoy de verte —dice jadeante antes de enfilar el pasillo a toda velocidad, indicándome que lo siga—. Estaba intentando llamarte, pero no dejaba de saltarme el buzón de voz.

—Mi móvil se ha quedado sin batería —le explico, doblando una esquina a la carrera detrás de él.

—Escucha, te debo una disculpa —afirma, girándose para que pueda ver la sinceridad de su expresión—. Cuando estoy equivocado, lo reconozco. En lo que respecta a Kieran y a ti, lo estaba. No estabas interponiéndote en su camino, sino ayudándolo a llegar aquí. Lo siento.

—No pasa nada. Entiendo que solo estabas intentando protegerlo.

—Sí, y, gracias a mí, llevamos una cagada tras otra —dice con los dientes apretados mientras descendemos la escalera—. Pero todavía creo que hoy podemos ganar. Y, ahora que tú estás aquí, prácticamente estoy seguro de ello.

Se detiene ante los vestuarios y me mira con fijeza.

—No tienes mucho, quizá diez minutos. El techo ya está cerrado. Ahora están esperando a que el aire acondicionado aclimate el interior. —Señala la puerta con un movimiento de cabeza—. Yo no puedo entrar aquí y, técnicamente, tú tampoco. Pero confío en que, aunque te echen de inmediato, al menos él se entere de que estás aquí. Eso debería bastar.

—Está bien —asiento, pasando los dedos por mi mojado y enredado pelo.

—Buena suerte —me susurra, y, silenciosamente y con mucho cuidado, abre la puerta apenas lo suficiente para que yo pueda pasar.

31



Un empleado del club está sentado en un banco que hay a la izquierda de la puerta, contemplando las taquillas que tiene enfrente con los ojos velados por el aburrimiento. Kieran se encuentra en otro que hay al fondo de la estancia con la cabeza apoyada en las manos. Encorvado de este modo, parece derrotado.

Me dirijo hacia él con paso decidido. El empleado repara en mí y se pone de pie.

—¡Oiga! —dice desconcertado—. ¡No puede estar aquí!

Kieran alza la cabeza. Oigo el grito ahogado que deja escapar al verme.

—Tengo que hablar contigo —le digo al tiempo que él se pone de pie de un salto.

—¡Tiene que marcharse! —me ordena el empleado con cara de susto.

—Has venido —dice Kieran, ignorándolo y caminando hacia mí a grandes zancadas.

Nos detenemos uno delante del otro mientras el empleado se acerca a un lado. Sus ojos oscilan entre ambos con rapidez hasta que finalmente dice:

—Disculpe, señorita, pero no puede estar aquí.

—Iré rápido, y no he venido para darle consejos ni comentar el partido, se lo prometo —insisto, mirándolo con expresión esperanzada—. Muchas gracias por su comprensión.

—¿Qué? No, yo no...

—Lo lamento mucho, Flossie —lo interrumpe Kieran apesadumbrado—. Lamento todo lo que ha pasado. Me convencí a mí mismo de que, poniéndole fin a lo nuestro, estaba protegiéndote. En cuanto he salido hoy a la pista, me he dado cuenta de que en realidad había perdido lo que había estado buscando todo este tiempo. Tenías razón sobre mí. Te aparté porque estaba asustado. Temía dejar que otra persona se acercara demasiado a mí, que alguien volviera a hacerme daño, hacerte daño a ti. Porque eres demasiado importante, Flossie. Lo eres todo para mí, y lo último que querría es hacerte daño.

Sonrojándose, el empleado se aclara la garganta.

—Me temo que tengo que protestar...

—Anoche no podía dormir —prosigue Kieran sin hacerle caso, bajando la vista y negando con la cabeza—. Pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero ¿cómo podía ser lo correcto si ya nada más parecía importar? Ganar Wimbledon siempre lo había significado todo para mí y, sin embargo, al salir hoy a la pista central para disputar la final, me he dado cuenta... —Hace una pausa, respira hondo y alza la cara para mirarme a los ojos—. Me he dado cuenta de que, sin ti aquí, ganar ya no parece tener la misma importancia.

Con los ojos vidriosos, el empleado traga saliva antes de decir:

—De verdad que no está permitido...

—Lo siento mucho, Flossie —concluye Kieran con expresión pesarosa mientras su nuez sube y baja—. Siento todo lo que ha

pasado. Espero que puedas perdonarme, pero comprendería que no fuera así, y quiero darte las gracias por lo que me has dado estas últimas semanas. Por primera vez en mucho tiempo, he tenido la sensación de que alguien me comprendía de verdad. Me has recordado que debo tener fe en mí mismo.

El vestuario se queda en silencio mientras proceso sus palabras. Una cálida y hormigueante sensación me invade. Tengo la impresión de que estoy flotando y nada de esto es real. Todo a nuestro alrededor parece haberse desvanecido en una neblina de ensueño y ahora solo estamos él y yo. Kieran me mira con tal intensidad que me resulta difícil recordar que tengo que respirar. Podría pasarme el resto de mi vida sumergida felizmente en esos ojos.

Me olvido de que no estamos solos hasta que el empleado, conmovido por el discurso de Kieran, emite un leve gimoteo.

—Esto no... debería estar pasando —nos recuerda en voz baja, pero se vuelve hacia mí expectante, instándome a contestar.

Me quedo callada un momento con el corazón martilleándome en el pecho.

—Te olvidaste de preguntarme mi secreto —le digo.

Kieran me mira extrañado.

—Cuando fuimos a jugar al ping-pong, me contaste un secreto, lo de Lingfield Road, y luego se suponía que yo debía desvelarte otro mío, pero nunca llegué a hacerlo —comienzo a explicarle. No era así como había planeado que fueran las cosas. Sin embargo, mi cerebro insiste en llevarnos en esta dirección, así que le hago caso—. Mi secreto, Kieran, es que estoy escribiendo una novela gráfica.

Él frunce el ceño.

—Eso ya lo sabía.

—Sí, pero no sabes de qué trata. Nadie lo sabe. Tenía demasiado miedo de contarlo porque, cuando una hace algo con el corazón —

con todo su corazón—, requiere mucho valor mostrárselo a otros. Bueno, allá va. —Me aclaro la garganta—. Es una historia de amor. Trata de una chica que va a la escuela y se siente... perdida. No tiene demasiados parientes ni muchos amigos, siempre ha sentido que no encaja en ningún sitio y no acaba de comprender cuál es su propósito. Se limita a tirar adelante sin tener muy claro qué será de ella. Es una lectora voraz, pues los libros la hacen sentir menos sola. Un día, sin embargo, llega un nuevo chico a la escuela. No es particularmente simpático ni amigable, aunque tiene un aire taciturno que resulta sexy... —Reparo en que, al decir esto, los labios de Kieran amagan una sonrisa y el empleado asiente aprobatoriamente—. Es más bien retraído, no habla mucho ni tampoco se esfuerza demasiado en hacer amigos. Un día los juntan para que hagan un proyecto escolar y sus personalidades chocan. Poco a poco, sin embargo, se ven obligados a aceptarse y empiezan a comprenderse. Ella lo ve jugar al tenis y descubre que es entonces cuando cobra vida y es él mismo. Resulta que, tiempo atrás, perdió a alguien y jugar al tenis... lo salvó. Y la motivación y la bondad que ella descubre en él la inspiran para escribir sus propias historias. Lentamente, estos dos marginados perdidos y desesperanzados comienzan a sentir que han encontrado un lugar en el mundo.

El empleado se sorbe la nariz.

—¿Y cómo termina? —pregunta en voz baja.

Me encojo de hombros.

—Todavía no lo he decidido. Pero creo que la historia seguirá más allá de la conclusión del libro.

Las comisuras de los labios de Kieran se curvan hacia arriba.

—¿Habrá una secuela?

—Eso espero.

—Yo también.

—Kieran —digo, y extiendo las manos para coger las suyas y entrelazar nuestros dedos—. Nunca había sentido que realmente le importaba a alguien, pero tú has cambiado eso. Debería ser yo quien te diera las gracias, no al revés.

Él inclina la cabeza y, apoyando su frente en la mía, cierra los ojos.

—Te quiero —susurro—. Ganes o pierdas hoy, estaré esperándote después.

Él exhala con lentitud.

—Entonces parece que ya he ganado.

—¡Oh, Dios mío! —El empleado suspira y se enjuga las lágrimas—. ¡Me alegro tanto!

De repente, llaman a la puerta y los tres nos sobresaltamos.

—¡Se reanuda el partido! —exclama una voz.

—¡Ahora vamos! —contesta el empleado con voz aguda, y se vuelve hacia Kieran—. Bueno, señor O'Sullivan, ha llegado el momento de regresar a la pista. Por favor, sígame.

Se vuelve y se dirige hacia la puerta.

Coloco las manos en los hombros de Kieran y le ofrezco lo que espero que sea una sonrisa confiada y despreocupada.

—Recuerda, abstráete del ruido.

—Solo voy a jugar un poco al tenis —dice él al tiempo que su sonrisa se ensancha y los hoyuelos de sus mejillas me derriten las entrañas.

—Y luego vuelve a casa a comer tarta.

—¿Una Victoria?

—Por supuesto.

—Y también habrá una pancarta, ¿no?

—Pondré todo mi empeño. Será la mejor que hayas visto nunca.

El empleado se aclara la garganta para llamar nuestra atención y, tras respirar hondo conmigo una última vez, Kieran coge su bolsa de tenis y se la cuelga del hombro. Yo le sonrío cuando se dirige hacia la puerta a grandes zancadas. Por alguna razón, ahora parece más alto.

Antes de salir, se vuelve un momento hacia mí.

—Estarás viendo el partido, ¿no?

—¿Estás de broma? —digo con una sonrisa y poniendo los brazos en jarras—. No me lo perdería por nada del mundo.

—Bien —dice él, sacando la gorra de un bolsillo exterior de su bolsa y poniéndosela—. Te buscaré entre el público.

Despidiéndose del empleado con un movimiento de cabeza, abre la puerta y sale de los vestuarios para seguir jugando la final del torneo de Wimbledon.

—Usted nunca ha estado aquí —me susurra el empleado por encima del hombro y, tras guiñarme un ojo, sale corriendo detrás de Kieran.

3-6, 2-6, 6-1, 6-4.

Tras empatar a seis en el quinto set, Kieran y Chris se juegan la final en un *tie-break* al mejor de diez puntos.

Ahora mismo van 8-8.

Tengo la sensación de que no puedo respirar. Se me ha hecho un nudo en el estómago, noto el corazón acelerado y tengo el cuerpo tan tenso que me tiemblan los dedos, por lo que tengo que sentarme sobre las manos.

Kieran está preparándose para restar mientras Courtney le pide otra pelota al recogepelotas antes de servir.

Esto es increíble. Él es increíble. El modo en el que Kieran le ha plantado cara ha sido, como poco, milagroso y el público está encantado. Nunca antes había estado en un lugar con una atmósfera tan eléctrica. Aquí hay miles de personas, pero al principio de un punto el silencio es tal que podría oírse la caída de un alfiler. Hasta una leve tos resuena por todo el estadio, sobre todo ahora, con el techo cerrado. Y entonces, cuando empieza el intercambio de golpes, el volumen del coro de gritos ahogados va en aumento hasta que se convierte en estruendo al finalizar el punto. Y Courtney tiene muchos seguidores, pero Kieran está conquistando sus corazones con cada golpe que da. El inicio ha sido tan desigual que el público debe de haber pensado que el irlandés no tenía oportunidad; sin embargo, luego él les ha ofrecido el partido que una final de Wimbledon merece: emocionante, dramático, entretenido, épico. Y lo adoran por ello.

A todo el mundo le gusta que el jugador por quien nadie apostaba termine sorprendiendo.

Maldita sea, nunca en mi vida había sudado tanto.

No sé cómo Neil puede estar sentado a mi lado tan compuesto y en calma, con la boca apretada en una fina línea todo el rato. Tengo la sensación de que el corazón me martillea con tanta fuerza en el pecho que Kieran podría llegar a ver sus latidos a través de mi piel cada vez que levanta la vista hacia mí.

Las miradas que me ha dedicado no han pasado desapercibidas.

Mi rostro ha aparecido en la pantalla grande en un par de ocasiones. La primera vez, cuando he entrado en el palco para ocupar mi asiento junto a Neil, una ola de susurros intrigados ha recorrido las gradas y yo me he sonrojado intensamente. Aunque, cuando Kieran ha ganado el tercer set y mi cara ha vuelto a aparecer en la pantalla, apenas me he dado cuenta. No me ha

importado lo más mínimo. Estaba demasiado ocupada animándolo. En cuanto a Brian, me ha saludado con un seco movimiento de cabeza cuando he llegado al palco del equipo de Kieran, pero está sentado demasiado lejos de mí como para que podamos hablar.

Y probablemente es mejor así. En realidad, no tengo nada que decirle.

La remontada de Kieran ha sido extraordinaria, y parece que a Courtney le cuesta creer que ahora está jugándose el título en un *tie-break*. Poco a poco, su juego ha ido evidenciando la frustración que parecía sentir ante el implacable ataque de Kieran. Al inicio del cuarto set, Courtney se mostraba desconcertado y, hacia el final, daba la sensación de que se resignaba al hecho de que la cosa iba a terminar en *tie-break*: ha cometido dos dobles faltas en su último servicio. Entre el tercer y el cuarto set, Neil me ha pasado su móvil para que le echara un vistazo al blog de Iris, en el que mantiene informados del partido a sus seguidores con constantes publicaciones:

> O'Sullivan está jugando finalmente como si acabara de recordar que de verdad quiere ganar. Ahora se lo cree, y nosotros también.

Por más que odie a Courtney, tengo que admitir que el nivel tenístico de ambos jugadores es increíblemente alto. Cualquiera de los dos puede terminar ganando.

Courtney selecciona al fin una pelota y se dirige hacia la línea de fondo.

—Silencio, por favor —pide el juez de silla.

La pista central obedece.

El servicio de Courtney es potente y aterriza en medio de la pista, pero los reflejos de Kieran están a flor de piel y lo devuelve con un revés, reaccionando con rapidez para enviar la pelota a contrapié de Courtney. Este ejecuta entonces un bonito revés cruzado y, a

continuación, sube rápidamente a la red. Kieran llega a la pelota y la envía al fondo con un golpe paralelo fuerte y plano, pero Courtney reacciona con una increíble volea. Estirándose todo lo que puede hacia delante, Kieran consigue alcanzarla y hace un globo altísimo hacia el fondo de la pista. Los espectadores sueltan un grito ahogado al unísono cuando Courtney corre de vuelta para intentar llegar a tiempo. La pelota bota a un palmo de la línea de fondo. Courtney salva la distancia con rapidez y consigue dar media vuelta y devolverla con un pobre *drive*. Kieran tiene tiempo. Con suavidad, hace una dejada cortada para frenar la pelota y esta cae justo al otro lado de la red, donde rueda hasta detenerse.

Hay un momento de silencio incrédulo ante semejante exhibición de talento antes de que el estadio estalle en un estupefacto aplauso y vitoree y ovacione a Kieran. Al fondo de la pista, Courtney tira su raqueta al suelo hecho una furia.

Madre mía.

Kieran acaba de romperle el servicio. Se ha puesto por delante. Está ganando.

Punto de torneo.

¡Y ahora le toca sacar a él!

Aunque, mirándolo, nadie lo diría. Mientras el público todavía permanece de pie, felicitándolo por el último punto, Kieran está ocupado comprobando las pelotas que tiene en la mano, seleccionando dos y guardándose una en el bolsillo con una expresión inescrutable. Se dirige hacia la línea de fondo y el juez de silla pide silencio, además de lanzarle una advertencia a Courtney.

—Joder —oigo que murmura Neil en voz baja a mi lado.

Secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, Kieran levanta la mirada hacia mí. Yo esbozo una leve sonrisa con la que le

indico que no importa lo que suceda a continuación y que, pase lo que pase, estaré ahí para él. Una sonrisa que dice: «Siempre».

Él responde frunciendo fugazmente el ceño. Es un gesto que desaparece tan rápido como aparece, pero llego a vislumbrarlo y me pregunto qué pensamiento habrá cruzado su mente. Fuera lo que fuera, lo deja a un lado para concentrarse en el siguiente punto. Uno bastante importante.

Cuando hace botar la pelota, el silencio resulta ensordecedor.

La lanza al aire y realiza un potente servicio que obliga a Courtney a responder con un revés que se eleva sobre la pista. Kieran devuelve la pelota con un revés paralelo y unos restos de pintura blanca salen volando cuando el bote roza el interior de la línea. Courtney, sin embargo, llega sin dificultad y ejecuta un poderoso derechazo que coge a contrapié a Kieran. Este apenas se las arregla para devolver la pelota al centro de la pista. Courtney corre hacia ella, conecta otro soberbio golpe de derecha al rincón derecho de la pista y, a continuación, sube rápidamente a la red. Kieran reacciona al instante y, tras correr a toda velocidad hacia la derecha, se estira todo lo que puede y consigue golpear la bola. Su derecha paralela deja a Courtney clavado y solo puede ver con impotencia como la pelota bota y se aleja fuera de su alcance.

Todo parece suceder a cámara lenta.

Hay una explosión de ruido cuando la pista central estalla en vítores de celebración. Me levanto de golpe de mi asiento con el corazón saliéndoseme del pecho. Kieran cae de rodillas al suelo y entierra el rostro en las manos. Todo su cuerpo tiembla con sollozos de júbilo e incredulidad. El estadio parece temblar bajo el peso de los miles de personas que se ponen de pie de un salto. Incluso con el techo cerrado, seguro que el aplauso se oye a varios kilómetros a la redonda.

—¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! —exclama Neil, abrazándose a su asistente y saltando de arriba abajo. A continuación, se da la vuelta para abrazarme a mí y susurrarme repetidamente al oído—: Gracias, gracias, gracias.

Cuando nos separamos, las mejillas de ambos están mojadas de lágrimas de felicidad.

Bajo un atronador aplauso, Kieran se pone de pie y se dirige a la red para estrecharle la mano a Courtney, que fuerza una sonrisa a pesar de su expresión de amargura. Después de darle asimismo la mano al juez de silla, se da la vuelta para saludar a sus fervientes seguidores. Abrumado por la emoción, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos para saborear este glorioso momento. Los irlandeses de las gradas han enloquecido por completo y no dejan de ondear con energía sus banderas y de entonar cánticos que reverberan por todo el estadio y me llegan al corazón. Es como si todos lo conocieran personalmente y no pudieran estar más orgullosos. Cuando Kieran vuelve a abrir los ojos, le relucen y los posa sobre mí. Alzo las manos, que ya me arden de tanto aplaudir, y le sonrío mientras las lágrimas caen libremente por mis mejillas.

Él entonces cruza corriendo la pista en dirección al palco y, cuando llega abajo, comienza a trepar por las gradas para llegar hasta nosotros.

Cuando sus seguidores lo ven, estalla otra estruendosa oleada de vítores y el público que hay cerca se echa hacia delante para darle unas palmaditas en la espalda. Neil recibe a Kieran con un fuerte abrazo y, con los ojos enrojecidos y húmedos, le dice que se lo ha ganado, que se lo merece y que él sabía que podía conseguirlo. El resto del equipo se une a ellos dos, rodeándolos para darles un abrazo grupal en medio del cual Kieran desaparece. Cuando vuelven a separarse, Brian se acerca a él y le da un breve abrazo y una

palmadita en la espalda. A causa del fragor del público, no puedo oír sus palabras, pero espero que por fin esté diciéndole que se siente orgulloso de él. En cualquier caso, tampoco estoy segura de que Kieran lo escuche, pues veo que está estirando el cuello en busca de otra persona.

Sus ojos encuentran los míos y, con una sonrisa, se abre paso entre los miembros del equipo para llegar a mí. Cuando rodea mi cintura con los brazos y me alza, la muchedumbre enloquece. Es como si estuvieran tan implicados emocionalmente en nuestra historia como nosotros.

—¡Has ganado el torneo de Wimbledon! —le digo al oído entre risas—. ¡Kieran, has ganado el torneo de Wimbledon!

—Antes se me ha olvidado decirte una cosa —dice sin aliento, dejándome de nuevo en el suelo y mirándome fijamente a los ojos —. Justo antes del servicio del último punto, me he acordado de que en los vestuarios no te he dicho que yo también te quiero.

Me quedo sin respiración y el atronador ruido que hay en la pista central queda ahogado por los fuertes latidos de mi corazón, henchido de amor y esperanza y felicidad. Todas esas cosas con las que una siempre sueña.

Cuando Kieran se inclina para besarme, me olvido de que todo el mundo está observándonos. Es como si solo estuviéramos él y yo. Nada más importa. Y, mientras sonrío con mis labios pegados a los suyos, me doy cuenta de que todo lo que ha sucedido hasta ahora —toda la confusión, todo el dolor, todo el caos y el júbilo— nos ha llevado a este momento perfecto.

Nos ha llevado el uno al otro.

Epílogo



Un año después

—¿Qué te parece? —me pregunta Kieran, poniendo los brazos en jarras.

Quitándome las gafas de sol, me acerco a él y contemplo las vistas. Estamos rodeados de montañas y, ante nosotros, se extiende un lago sobre cuya superficie relucen los rayos del sol. Mientras la brisa agita los mechones de pelo que me caen por la cara, respiro hondo y asiento.

—Es perfecto —declaro para su satisfacción.

Él se quita la mochila con un movimiento de hombros y, tras abrir la cremallera, saca una sábana de pícnic doblada y la extiende en el suelo. Luego se arrodilla y saca una botella medio vacía de champán, dos copas, una tarrina de fresas, un bote de nata y dos cucharitas.

Me siento a su lado y, tras ponerme de nuevo las gafas de sol, estiro las piernas y me reclino hacia atrás apoyándome en las manos. La región de Lake District es muy vasta, pero, aun así, en pleno verano puede resultar difícil encontrar un lugar apartado para hacer un pícnic. Kieran se tomó la tarea muy en serio y, después de

preguntar por ahí, se decidió por este sitio junto a Rydal Water. Yo no podría haber esperado nada mejor.

Abre la botella de champán, me sirve una copa y me la da antes de servirse otra. Después de brindar, vuelve a sentarse y admira las vistas. Yo doy un pequeño sorbo y dejo la copa sobre la precaria superficie de hierba, junto al borde de la sábana.

—No puedo creerme que estemos aquí —dice Kieran con un suspiro, apoyándose sobre los codos—. Esta semana ha sido muy larga y ya pensaba que no terminaría nunca.

Extiendo una mano para colocarla sobre su pierna.

—Te mereces este descanso. El baile de anoche no podría haber ido mejor. Me siento muy orgullosa de ti.

—El mérito no es solo mío —dice, mirándome fijamente—. Habría sido un desastre sin tus increíbles dotes para organizar y planear eventos. Todavía me parece un sueño. No puedo creer que lo consiguiéramos.

—Yo sí —digo, encogiéndome de hombros.

Cuando Kieran tuvo la idea de celebrar un gran baile de gala para recolectar fondos para su organización benéfica, Concentrados en el Juego, supe que sería una tarea ambiciosa, pero que merecería la pena. Tenía el potencial no solo de recaudar mucho dinero gracias a sus contactos en el mundo del deporte, sino también de proporcionarle a su organización un gran impulso publicitario, y eso es exactamente lo que sucedió. Esta mañana las fotos oficiales del evento, celebrado en el club Hurlingham, han aparecido en toda la prensa y las redes sociales gracias a las numerosas caras famosas que acudieron. Contamos con la asistencia de importantes nombres del mundo del tenis con sus mejores vestidos de gala y esmóquines, así como de glamurosas estrellas de todos los deportes que uno pueda imaginarse.

Recaudamos la asombrosa cantidad de 1,25 millones de libras esterlinas.

Anoche tuve la sensación de que iba a estallar de orgullo cuando Kieran, con una expresión de absoluta estupefacción, anunció la cantidad total entre entusiastas aplausos. A lo largo de este último año, se ha entregado en cuerpo y alma a esta organización benéfica que ofrece sesiones deportivas gratuitas —de tenis, fútbol, ballet y natación, entre otros— a niños de edades comprendidas entre los seis y los dieciocho años que hayan sufrido la pérdida de un familiar. Como bien sabe el propio Kieran, el deporte y el ejercicio pueden ayudar a sobrellevar el duelo, estimular la concentración y proporcionarle a uno un rumbo vital, de modo que ahora su principal objetivo consiste en asegurarse de que sean accesibles para niños de cualquier procedencia que estén pasando por lo mismo que él. Cuando tiene tiempo, él mismo ofrece clases de tenis. Los niños lo adoran, aunque eso no es ninguna sorpresa.

Su pasión y su duro trabajo van a cambiar muchas vidas para mejor. No creía que pudiera sentirme más orgullosa que el día que alzó ese trofeo en Wimbledon, pero, de algún modo, lo de anoche ha conseguido superar incluso eso.

Además de famosos, en el baile también había parientes y amigos. Iris estaba presente, así como Neil y varios miembros del antiguo equipo de Kieran, incluida su publicista, Nicole, de la que me he hecho bastante amiga. Hasta Brian cogió un vuelo para asistir. A su llegada hubo un momento de tensión entre él y Kieran, pero ambos consiguieron mantener la calma y Brian hizo una generosa donación. La organización benéfica también significa mucho para él, pues Kieran la creó en honor a la memoria de Aidan.

El libro de Brian se publicó las pasadas Navidades y Kieran no le ha perdonado del todo algunos de los capítulos en los que se

detallan algunos incidentes personales. En particular, le molestó especialmente el apartado en el que se revela lo destrozado que se quedó por esa entrevista que concedió y que se publicó después de la muerte de Aidan. Kieran es una persona muy reservada y detesta que el mundo conozca sus intimidades, con lo que le costó un poco dirigirle de nuevo la palabra a Brian.

A pesar de lo que este había asegurado, su libro no era un manual de tenis, sino unas memorias, tal y como se había dicho previamente en la prensa, y nunca llegó a enviarle a su hijo un borrador con antelación. Lo que sí hizo, sin embargo, fue editar muchos fragmentos tras su victoria en Wimbledon, razón por la cual la publicación se retrasó hasta diciembre. Se rumorea que la anterior versión era mucho más negativa respecto a Kieran, y los más cínicos de nosotros supusimos que había sentido la necesidad de cambiarla ahora que quería estar de buenas con su hijo, el campeón del último torneo de Wimbledon.

Aun así, me alegré de que viniera anoche y también de que ambos estén reconstruyendo su relación. Ahora que Kieran se ha retirado, ya no hay necesidad de que Brian sea su entrenador y puede limitarse a ejercer de padre. Llevará algo de tiempo, pero, tal y como Kieran dijo ayer, Aidan habría querido que ambos estuvieran en el evento, arreglando poco a poco su relación.

Mi padre y Camila también acudieron al baile y se lo pasaron muy bien hablando con los famosos presentes. No debería haberme sorprendido la cantidad de gente a la que ya conocían; al parecer, ya se habían codeado con muchas de esas celebridades en Nueva York. Ha estado bien tener la oportunidad de conocerlos un poco mejor este último año. Papá mantuvo su promesa y vino a Inglaterra a finales de verano para que pasáramos algo de tiempo juntos. No diría que ahora la conversación fluye con facilidad entre nosotros,

pero está haciendo un esfuerzo y me llama para saber qué tal estoy con más frecuencia. A menudo bromeo con Kieran diciéndole que si he conseguido recomponer la relación con mi padre ha sido básicamente porque por fin hemos encontrado algo de lo que hablar en lo que ambos estamos interesados: él.

Lo de anoche fue muy emotivo tanto para Kieran como para mí. Poner en pie esta organización benéfica ha supuesto mucho trabajo y lo hemos hecho mientras preparábamos el traslado a nuestro nuevo hogar, una casa de ensueño en el Village de Wimbledon. No había ningún otro lugar en el que quisiéramos vivir. Después del torneo, Kieran alquiló durante seis meses un piso en la zona, puesto que ambos estuvimos de acuerdo en que quizá debíamos salir durante un tiempo antes de mudarnos juntos. Sin embargo, ese tiempo fue más que suficiente para que nos diéramos cuenta de que lo nuestro iba en serio y volvió a Lingfield Road en cuanto terminó el contrato de su alquiler temporal. Me entristecerá dejar mi antiguo piso, pero ha llegado el momento de contar con un espacio propio más grande.

Observo a Kieran mientras contempla el idílico paisaje y extiendo una mano para pasar los dedos por su pelo. Él cierra los ojos y, tras dejar escapar un leve suspiro, se recuesta y me indica que me una a él. Quitándome las gafas de sol, me acurruco felizmente en el hueco de su brazo mientras traza suaves círculos en mi hombro.

—¿Sabes? Creo que es la primera vez que te veo relajado este último año —comento, acariciándole el cuello con la nariz—. Menuda jubilación más extraña la tuya.

—Estaba claro que lo de retirarse joven no sería para mí.

—Pues yo creo que te sienta de maravilla —replico—. Mira todo lo que has hecho en un año.

—¿Y qué hay de ti, autora superventas?

Suelto una carcajada.

—¡El libro todavía no se ha publicado! No digas que será un superventas o lo gafarás. Primero necesito encontrar una editorial.

Todos los momentos que he tenido libres los he dedicado a mi novela gráfica y por fin, hace dos meses, la terminé. Aunque desde el principio Kieran ha sido fundamental en el proceso creativo, lo cierto es que me aterraba enseñársela aunque estuviera convencida de que había creado algo de lo que podía sentirme orgullosa. Nunca me he sentido más vulnerable que cuando se la envié a varias agentes y tuve que esperar ansiosamente su respuesta. Después de tres rechazos, una se mostró interesada.

El día que firmé con ella, Kieran me compró un pastel y colgó una pancarta en la que podía leerse: «FELIZ CUMPLEAÑOS FIRMA CON UNA AGENTE LITERARIA».

La ejecución no era la mejor, pero lo felicité de todos modos por el esfuerzo.

—Tu agente está convencida de que, en cuanto envíe la novela gráfica a varias editoriales, será adquirida de inmediato —me recuerda Kieran—. ¿Cuándo será eso, por cierto?

—La semana que viene. —Me muerdo el labio inferior—. Estoy nerviosa. Espero que, efectivamente, le guste a alguna editorial. Si ninguna se muestra interesada, me moriré de la vergüenza.

—No hay nada vergonzoso en terminar una novela gráfica, firmar con una agente y enviársela a varios editores. Eso ya supone de por sí un gran logro, independientemente de lo que suceda a continuación —insiste Kieran, cambiando de postura para mirarme a la cara con el brazo todavía atrapado bajo mi cabeza.

Se quita las gafas de sol y se las guarda en el bolsillo de sus pantalones cortos. Contemplo entonces sus ojos y admiro sus rasgos mientras él me sonríe con cariño. El corazón se me acelera. «No

puedo creer que me haya elegido a mí». Podría pensarse que, después de un año, ya debería haberme acostumbrado a lo guapo que es, pero lo cierto es que todavía tiene la capacidad de dejarme sin aliento.

—¿Y si nadie quiere publicar mi novela gráfica? —murmuro nerviosa.

—Sí que lo harán.

—Pero ¿y si no es así?

—Entonces comienzas a trabajar en la siguiente —dice Kieran, y esboza una traviesa sonrisa—. Estás en el lugar adecuado. Tengo entendido que esta zona puede resultar muy inspiradora.

Yo lo miro recelosamente.

—Ah, ¿sí?

—Aunque todo ese bombo no deja de ser comprensible, ¿no? Es un lugar muy especial.

—Lo es. Muy especial.

Este parece ser el momento adecuado. Desde que me he hecho la prueba esta mañana, he estado esperando una oportunidad para decírselo y, ahora que estamos aquí tumbados como si no hubiera nadie más en el mundo salvo nosotros dos..., bueno, no creo que vaya a encontrar una ocasión mejor.

—Kieran —comienzo a decir despreocupadamente.

—¿Mmm? —contesta él con los ojos cerrados.

—¿Sabes esa botella de champán que has traído hoy?

—¿Quieres un poco más?

—No. De hecho, vas a tener que bebértela tú solo.

—¿Por qué? —pregunta perezosamente—. ¿Tienes pensado ir a algún sitio?

—No voy a ninguna parte. Es solo que no voy a poder beber nada de alcohol durante los próximos nueve meses.

Kieran abre los ojos de golpe y retira el brazo para poder sentarse.

—¿Estás...? ¿Estás...? —comienza a decir aturullado, y se inclina hacia mí con la respiración entrecortada.

Sonriendo con timidez, también me incorporo y asiento con los ojos anegados en lágrimas.

Él inhala profundamente antes de rodearme con los brazos y abrazarme con tanta fuerza que me pregunto si piensa volver a soltarme. Cuando esta mañana he visto el signo «más» de color azul, me ha parecido algo surrealista. A medida que he comenzado a asimilarlo, he sentido de todo, desde terror absoluto hasta una felicidad desmedida. Pero, en cualquier caso, estoy segura de que puedo hacer esto, y me siento muy afortunada de contar con alguien como Kieran a mi lado para lo que venga a continuación. Cuando este finalmente me suelta, me coge la cara con ambas manos y clava sus ojos llorosos en los míos.

—¿Vamos a tener un bebé? —me pregunta con voz ronca, como si apenas se atreviera a creérselo.

—Vamos a tener un bebé —susurro. La mandíbula me duele de sonreír tanto.

Con una amplia y radiante sonrisa, inclina la cabeza para posar sus labios sobre los míos. Es un beso tan intenso y significativo que el corazón me da un vuelco. Luego se separa un momento y dice con voz ronca y entrecortada:

—Te quiero mucho.

Acto seguido, me atrae hacia sí y, tras deslizar sus manos por mis caderas, las estrecha alrededor de mi cintura.

Al apoyar la barbilla en su hombro y abrazarlo con fuerza, exhalo lentamente y me quedo mirando el lago. Bajo el cálido sol de la tarde, una multitud de destellos dorados danzan sobre su superficie

azul zafiro. Es un lugar precioso, pero en realidad no importa dónde se lo haya dicho.

Cierro los ojos y sonrío para mí cuando Kieran me susurra al oído que se pasará el resto de su vida haciéndonos felices a mí y a nuestro hijo.

Parece que hace una eternidad desde que quería venir a toda costa a Lake District para escribir mi historia. Al final, ha resultado que se encontraba en Wimbledon.

Y no ha hecho más que comenzar.

Agradecimientos

Gracias especiales a mi extraordinaria editora Kim, que creyó en Flora y Kieran desde el principio y me hizo sentir que realmente podía escribir este libro. Gran parte de esta historia te pertenece. Gracias por tu guía y tus consejos. Todavía no puedo creer del todo la rapidez con la que lo hemos terminado, pero aquí está: ¡lo hemos conseguido!

Gracias enormes a Holly, Shannon, Yas, Becky y el maravilloso equipo de Head of Zeus por vuestro brillante trabajo en el libro y su lanzamiento. Y también a la ilustradora, Sofía, y la diseñadora, Meg: gracias a vuestro increíble talento la novela cuenta con una cubierta de ENSUEÑO. No podría gustarme más, gracias.

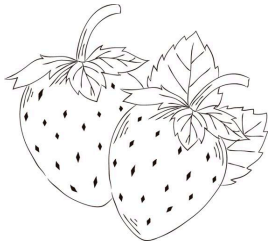
A Lauren y Callen, gracias por todo lo que hacéis. Sin vosotras, estaría perdida y me siento eternamente agradecida por trabajar con ambas. ¡Cuántas aventuras nos esperan!

Gracias a mi marido, mi familia y mis amigos por animarme y aguantarme incluso cuando estoy estresada por todas las fechas de entrega. Y gracias especiales a mi perro, mi fiel compañero, que siempre se sienta a mis pies mientras escribo.

También tengo que darle las gracias a Red Bull por estar a mi lado todas esas largas noches y tempranas mañanas. Gracias por tener un sabor tan delicioso.

Por último, me gustaría darle las gracias a todo aquel que lea este libro. Me ha encantado crear esta historia y espero que disfrutes sumergiéndote en ella, que sonrías, rías y te enamores de los

personajes. Y también que te resulten inspiradores. *Cree en ti mismo aunque nadie más lo haga.*



Match Point
Katherine Reilly

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Match Point*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en una idea original de Meg Shepherd
© de la ilustración de la portada, Sofia Miller Salazar
© de las ilustraciones del interior, Freepik

© Katherine Reilly, 2024
Publicado por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción, Aleix Montoto, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-270-5514-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
Epílogo
Agradecimientos
Créditos